Antonella Marty

LA NUEVA DERECHA

QUÉ ES, QUÉ DEFIENDE Y POR QUÉ REPRESENTA UNA AMENAZA PARA **NUESTRAS DEMOCRACIAS**

UN REPASO A LAS IDEAS, PRINCIPIOS Y OBSESIONES DE LA **NUEVA DERECHA MUNDIAL**



DEUSTO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Introducción

1. Quiénes son

2. La fe ha llegado al poder

3. Desentrañando a la nueva derecha

4. Nuevo mandamiento bíblico: «Tira piedras y ofende al prójimo»

5. El odio camuflado de libertad: «¡Viva el odio, carajo!»

6. Respira hondo, cuenta hasta diez y deja en paz a Groenlandia

7. Yo, yo y yo: el regreso de Narciso

8. El culto al macho

9. Una remodelación de mandíbula mientras hablo de «ideología de género»

10. Hey, Nietzsche: ¡Dios ha resucitado!

11. El que no es cristiano es marxista

12. La sangre pura

13. Las teorías conspirativas: Soros, China, la ONU y la Agenda 2030

14. El plan oculto para reemplazar a la población

15. 4chan, foros anónimos y troles

16. Los inmigrantes no van a comerse a tus perros y a tus gatos

17. El curioso caso de los magazolanos y los cubanos trumpistas

18. Los supremacistas, el KKK y los «estéticamente superiores»

19. «God, guns and Trump»

20. El final del «proyecto Estados Unidos»

21. La abstinencia sexual como educación sexual

22. Elon Musk: el mecenas de las nuevas derechas

23. La batalla cultural de Maduro y Milei

24. Murray Rothbard y sus «angry white men» («hombres blancos enfadados»)

25. ¡Son todos unos comunistas!

26. El Partido Demócrata está controlando el clima

27. El festín de los dioses y los justicieros del deporte

28. ¡Quieren ser trans para usar los baños!

29. ¡Pero la sirenita es blanca y pelirroja!

30. The handmaid's tale: el proyecto ideal de la nueva derecha

31. ¡Una lobotomía para la histérica!

32. «No al aborto, sí a la vida» (excepto si es un feto inmigrante)

33. ¿Woke o un rico wok?

34. Placer y prejuicio

Conclusión

Bibliografía

Notas

Créditos

LA NUEVA DERECHA

Qué es, qué defiende y por qué representa una amenaza para nuestras democracias

Antonella Marty

EDICIONES DEUSTO

En memoria de mi abuelo Juan,
desaparecido durante la última
dictadura militar argentina

Auschwitz fue el final de un largo proceso. Debemos recordar que no comenzó con las cámaras de gas. Este odio fue desarrollado gradualmente por los seres humanos. Desde ideas, palabras, estereotipos y prejuicios, pasando por la exclusión legal, la deshumanización y la violencia creciente, hasta el asesinato sistemático e industrial. Auschwitz tomó tiempo.

Declaración del Museo de Auschwitz en
el 80.º aniversario de la liberación del campo (2025)

Introducción

El hecho de que yo haya escrito este libro, diciendo lo que digo y cuestionando los temas que cuestiono, es algo que la mayoría de las mujeres a lo largo de la historia ni siquiera habrían podido imaginar como una posibilidad. En otra época, habría bastado con señalarme con el dedo índice para condenarme a la hoguera, acusada de herejía. Y, sin embargo, aquí estamos, en pleno siglo XXI, todavía enfrentándonos a otra forma de inquisición, la de la nueva derecha, un movimiento neorreaccionario, populista y violento que se alinea con el nacionalismo y la adoración de líderes «fuertes», promoviendo la idea de que un grupo de personas en la sociedad es «naturalmente superior» y debe concentrar el poder para destruir al enemigo *woke*,[1] mientras socava la democracia a través del uso del miedo y los discursos de odio, haciendo uso de la religión para justificar sus acciones.

Para los anti-*woke* deshumanizar al otro es ley; para los anti-*woke* deslegitimar o no reconocer la existencia del otro es el punto de partida. Hitler empezó llamando «parásitos» a los judíos y a otros grupos de personas en la sociedad. Trump hace lo mismo con los inmigrantes y las personas trans. Milei lo hace con los «zurdos»,[2] al menos en un tuit en el que, enfurecido, dice: «Zurdos hijos de puta, tiemblen». Y es así como se construyen realidades, a través del modo en que damos nombres al mundo.

Esta inquisición de la nueva derecha empuña las redes sociales como antorchas y defiende su dogma con la misma furia que antes

encendía los fuegos. Y escribir este libro ha sido posible gracias a todas esas mujeres que, a lo largo de los siglos, dieron su vida para que hoy podamos hablar, escribir y cuestionar temas y actitudes ante los que antes sólo se podía obedecer. A pesar de todo lo logrado, aún intentan silenciarnos.

Este libro surge de una reflexión a lo largo de mi trayectoria académica, en un entorno donde los debates han sido absorbidos por la narrativa de la nueva derecha, así como sucede en la política. En este panorama, el miedo, la sed de venganza y el odio se han apropiado de espacios que deberían ser propicios para la pluralidad y el pensamiento crítico. He observado cómo estas corrientes violentas y neorreaccionarias han transformado los espacios de discusión en reductos de discursos simplistas, conspiranoicos y extremos, eliminando cualquier posibilidad de matices o complejidades. En este contexto, como muchas otras personas, he sido testigo de un cambio político que impone el dogma e institucionaliza la crueldad. Lo que rescato de esta situación que vive el mundo es que me hizo ver cómo era realmente mucha gente que se encontraba en esos espacios.

Hace más de una década participé en un debate en el que un dirigente del Partido Solidario argentino me dijo lo siguiente: «¿Tan joven y tan macartista?». Hoy, ésa es la pregunta que yo les haría a muchos jóvenes. En aquel entonces, yo participaba en algunas organizaciones en el exterior, sosteniendo una especie de fundamentalismo de mercado y también, por supuesto (como enseñan en esos entornos), insistiendo en «el peligro comunista» o en que «solamente importa el feminismo de la primera ola». Hoy, viéndolo desde afuera, después de haber salido de ese ambiente de pensamientos intelectualmente acotados, lo entiendo con total claridad, y, de algún modo, lo siento como haber salido de una

especie de «secta» o «culto» (para salir, hay que estar dispuesto a romperlo todo, pues pudo haber sido muy sencillo quedarse y buscar *likes* y cargos). Repetía ciertos mantras económicos libertarios o capitalistas que después, con el tiempo, fui cuestionando (algo que en esos entornos es pecado). Sin embargo, nunca me sumé a las filas que atacaban el matrimonio igualitario, la libertad migratoria o los derechos LGTBI+. Tal vez eso me convirtió en hereje (con orgullo). En cuanto al aborto, debo decir que mi postura no estaba del todo definida a mis veinte años, pero me encontraba en un entorno académico donde abundaba el discurso en contra del aborto (siempre argumentado desde la religión). Hoy estoy firmemente a favor del derecho al aborto. No tendría sentido renegar de mis dichos o escritos de hace una década; más bien, agradezco haber desarrollado una mirada crítica gracias al pensamiento disidente. Por momentos pesa, pero es entendible que cuando uno está en una especie de «secta» o «culto» (como es el liberal-libertario) es natural convencerse de que está pensando por sí mismo. Con esto puedo afirmar que este libro representa para mí una especie de rienda suelta, un libro con el que me siento cómoda, un libro en el que verdaderamente estoy siendo yo.

La pregunta que a veces recibo al señalar el peligro del populismo de derechas de figuras como Donald Trump, Santiago Abascal, Marine Le Pen, Viktor Orbán, Giorgia Meloni, Nayib Bukele o Javier Milei —muchos de los cuales actúan como si fueran, por derecho divino, la mano extendida de algún dios— es la siguiente: «Antes eras diferente. ¿Qué te pasó?». Desde su perspectiva, mi «herejía» ha sido no enfrentarme única y exclusivamente al populismo de Nicolás Maduro. La herejía es haber ido más allá y cuestionar los postulados de esa nueva derecha, a su dios y a sus mesías, quienes repiten eslóganes y se disfrazan de libertad.

Lo que observé de cerca en aquellos entornos «liberal-libertarios», es que se lee una lista de autores extremadamente acotada y se cae en teorías conspirativas, como la del «marxismo cultural» (la cual demoniza los cambios sociales que buscan mayores libertades), argumentando que todo lo que no está a favor de cómo era la vida en los años cincuenta del siglo XX subvierte los llamados valores tradicionales mediante la cultura, los medios y la educación; y ese concepto es una copia del llamado «bolchevismo cultural», expresión utilizada por los nazis para agrupar a todos los autores, todas las ideas y todos los movimientos que no le gustaban a Adolf Hitler, quien perseguía a los comunistas.

No es fortuito que, en gran medida, la nueva derecha, nacionalista y cristiana, se identifique como antiprogresista, ni que haya utilizado de manera cada vez más difusa el término *izquierda* para referirse a cualquier reivindicación que cuestione el *statu quo*. Este fenómeno responde a la necesidad de construir un enemigo dialéctico que les sirva para camuflar su carencia de principios coherentes.

Todo esto ha derivado en que se me lancen etiquetas como «progresista» (algo que no me incomoda para nada) o, en otros casos, «convertida al marxismo», entendiendo que suelen llamar marxismo a todo lo que no comulga con sus obsesiones. El constante «¿qué te pasó?» que se me dirige también refleja un intento de control y señalamiento, como si una tuviera que rendir cuentas. Hecha esta aclaración completamente personal, señalo este aspecto únicamente para que los lectores que ya hayan leído otros libros míos comprendan el contexto al que me refiero y la evolución de mis ideas.

La nueva derecha tiene una obsesión por imponer un modelo de vida basado en los ideales de los años cincuenta del siglo XX: una

vida religiosa que busca llegar al poder político y materializarse en una inquisición moral, considerada como una causa digna de librar la llamada «batalla cultural» (aquí corresponde que nos hagamos la siguiente pregunta: ¿cómo sería el mundo después de esa batalla cultural que proponen Milei, Trump, Abascal, Meloni y otros personajes?).

Tienen hambre de teocracia. Esto implica atacar todo aquello que haga referencia a las teorías de género, el feminismo, el aborto, la educación sexual integral, la legalización de las drogas, los derechos de las personas trans o la defensa de los migrantes. Para esta nueva derecha macartista, todas estas posturas son consideradas herejías; todo ello es «comunismo», pues ven fantasmas en todas partes. No sumarse a esa batalla cultural es percibido como un pecado capital.

Ya no me preocupa defender términos ni ideologías específicas, como intenté hacerlo en el libro *El manual liberal* (Deusto, 2021), donde reuní aportaciones de 23 autores, algunos de los cuales han derivado hacia los postulados de la nueva derecha. Este fenómeno ilustra lo que ha ocurrido, por ejemplo, con el término *liberalismo*, al menos en países como Estados Unidos, Argentina y España, donde se lo han apropiado sectas libertarias, trumpistas, religiosas y conservadoras; y tal vez lo hicieron por sumar *likes* en sus redes sociales, por tener cargos políticos o por negocios personales, pero desconozco el verdadero motivo. Lo que sí está claro es que estos movimientos imponen pautas sobre cómo se debe pensar y otorgan una especie de «bendición» a quienes se alinean con su visión. Sin embargo, el mundo no necesita bendiciones, sino pensamiento crítico.

El lenguaje es un campo de batalla clave en la política, y esta nueva derecha sabe explotarlo. Así como algunos países autoritarios se han autodenominado «democracias» o «repúblicas» cuando en

realidad eran o son Estados de partido único, del mismo modo estos nuevos movimientos usan la palabra *libertad*, haciendo que tal palabra quede ya completamente vacía de contenido y significado. El lenguaje es esencial para organizar nuestro pensamiento y comunicarnos. Si es ambiguo o se malinterpreta, expresar ideas con claridad y comprenderlas se vuelve más difícil. Las palabras no sólo reflejan la realidad, sino que también influyen en cómo la percibimos y estructuran nuestras actitudes.

Javier Milei, quien continúa hablando de «liberalismo», sostuvo en enero de 2025, en el llamado Foro de Davos, que él está haciendo que Argentina «vuelva al liberalismo» y que eso es lo que confía que «el presidente Donald Trump hará en esta nueva Norteamérica» (donde el presidente estadounidense, por cierto, y al igual que Milei, decide qué periodistas son acreditados en los actos oficiales, limitando así la libertad de prensa). El término *liberalismo*, insisto, está ahora vaciado de sentido, y por eso ya no insisto en hablar desde ese lugar conceptual. Estamos en un escenario donde Milei, político que se autoproclama liberal, lanza una declaración como la siguiente: «No sólo no les tenemos miedo, sino que los vamos a ir a buscar hasta el último rincón del planeta. Zurdos hijos de puta, tiemblen».

El lector puede imaginar la incitación al odio que generan estos discursos. Para los académicos que se han convertido en aplaudidores habituales de Milei y que defienden lo indefendible, la economía era apenas una excusa; lo que deseaban era el autoritarismo moral del místico que mantiene conversaciones directas «con Dios». Jesucristo y las fuerzas celestiales son convocados por la nueva derecha a través del racismo, el elitismo social y la violencia grupal. Estamos ante el poder de un modelo que se presenta como la cumbre de la masculinidad «fuerte», pero

liderado por *incels* (acrónimo inglés de *involuntary celibates*, es decir, hombres heterosexuales que culpan a las mujeres y a la sociedad de su falta de éxito en las relaciones, que se identifican como involuntariamente célibes y que tienen actitudes misóginas hacia las mujeres), hombres obsesionados con su propia imagen, incitados por un grupo de CEO o dirigentes que revitalizan el fascismo y la ira; y ello incluso cuando los violentos se presentan como profetas de la «religión del amor», aquella que proclama el precepto de «amar al prójimo como a uno mismo». Un nuevo mandamiento ha sido creado por las fuerzas del cielo: «Tira piedras y ofende al prójimo». Ya no les va eso de «poner la otra mejilla», como habría dicho Jesucristo. Ahora se trata de golpear las dos mejillas del prójimo, ofenderlo, maltratarlo y ponerlo «en su lugar».

Se trata de aquello que las nuevas derechas llaman «derecho a ofender», lo cual, según sus miembros, representa algo así como un derecho a ser *bullies*, es decir, matones que asumen el papel de chicos malos y que sacan a relucir su intento de ser machos alfa para ganar impulso en su «lucha» por defender su concepto de «Occidente» (quizá el de la Edad Media) en una épica cruzada contra los «satánicos» que «quieren destruir a las familias» mediante una conspiración *woke*.

La mayoría de los *influencers* que tanto repiten este tipo de lemas no están casados y tampoco tienen hijos (o los abandonan), pero están resueltamente en contra del divorcio. Estas nuevas derechas, las que repiten insistentemente que han sido «transformadas por el amor de Jesucristo», son a menudo las que más odio destilan. Vivimos en una sociedad donde muchos creen que el odio debe ser permitido sin restricciones, pero no el amor. Así sucede con las opiniones del psicólogo y autor canadiense Jordan Peterson, gurú de los fanáticos de la nueva derecha que, mediante una narrativa de la

religión del amor, justifica expresiones de odio contra minorías, expresiones que sus fanáticos interpretan a la perfección sin esconder su misoginia y su homofobia. En una entrevista para *The New York Times*, Peterson llegó a sostener que «el espíritu masculino está en peligro» y que urge una «monogamia forzada» con el fin de alcanzar una especie de «orden frente al caos producido por lo femenino». Su obsesión con defender tal concepto de «masculinidad» (que, para la nueva derecha, está siendo atacada y en crisis) con el argumento de que «los hombres ya no pueden ser hombres» (y no sé qué legislaciones supuestamente los estarían limitando), resulta tan victimizadora que en sus propios parámetros debería ser entendida como «femenina», y eso supone toda una enorme paradoja.

Como dice el dicho, si regresa la Edad Media, yo estaré del lado de las brujas, o seré una de ellas. No obstante, este libro no pretende ser un relato personal, sino una invitación a analizar críticamente las narrativas que fragmentan nuestra sociedad. Avanzamos y retrocedemos todo el tiempo, por lo que resulta crucial saber de qué lado estar y mucho más en este momento histórico, donde los aspectos más oscuros del pasado humano son reavivados con mecanismos y tecnologías del presente. Lo que sí es seguro, como sostuvo Catherine Fahringer, activista social estadounidense que se dedicó a defender la importancia de separar la religión del gobierno, es que «estaríamos mil quinientos años más adelantados si no hubiera sido por la Iglesia, que arrastró a la ciencia y quemó nuestras mejores mentes en la hoguera».

Con esto presente, los capítulos siguientes presentarán al lector ideas que hoy podrían ser consideradas como *woke*, *liberprogres*, ateas o marxistas culturales. Por lo tanto, si el lector observa estos conceptos con desconfianza, pero aun así decide continuar con esta

lectura, agradezco y valoro su apertura intelectual, así como su predisposición a hacerse preguntas, conocer otras posturas y dudar, algo tan necesario en el mundo actual.

La política sigue usando la religión como ideología, y esto ha resurgido en la escena pública con más fuerza. Desde en los conflictos globales hasta en las decisiones individuales, la influencia de movimientos y líderes que buscan reavivar la relación entre poder y religión es evidente. Aclaro que no hablo necesariamente de fe, sino del teocratismo como herramienta de legitimación dentro del nuevo populismo de la nueva derecha, pero también hablo desde una postura abiertamente atea, por lo que el lector se encontrará con ideas que desafiarán los conceptos de *dios* o *divinidad,* ideas que no estarán expresadas con guantes de seda ni desde ciertas posturas privilegiadas desde las que suelen tratarse.

El poder de los demagogos y autócratas de la nueva derecha reside en su habilidad para generar nuevos escándalos de manera constante, día tras día, logrando que el escándalo de ayer sea rápidamente olvidado. Este flujo incesante de controversias y *shows* no sólo desvía la atención de sus transgresiones previas, sino que también contribuye a banalizarlas con el tiempo, desensibilizando a la opinión pública frente a los abusos de poder.

Estos demagogos nos tienen sumidos en debates sobre símbolos nazis o la moralidad de la homosexualidad. Son un retroceso para la humanidad. Hacer de la crueldad algo popular y *cool* tendrá efectos devastadores, y alentará a los violentos a sentirse apoyados y, por ende, impunes. Lo más triste es que quienes los respaldan han sido manipulados para creer que los inmigrantes y las personas trans son sus enemigos, mientras que los CEO multimillonarios y los políticos en el poder son quienes de verdad se preocupan por ellos. La

realidad es que han sido engañados. Estamos siendo testigos de un preocupante retroceso democrático a escala mundial.

El peligro que representa el auge de este tipo de poder político y su creciente influencia es precisamente la razón por la que decidí escribir este libro, consciente de que hacerlo era enfrentarse a un mundo en el que cada vez más formas de crueldad se disfrazan de un orden virtuoso bajo una supuesta religión del amor; aunque, en la actualidad, esas personas ya no se disfrazan tanto ni lo disimulan, pues parece ser que, para ellas, ejercer la crueldad es algo de lo que hay que sentirse orgulloso. La nueva derecha replica en el siglo XXI la crueldad milenaria de su religión, adaptando sus dogmas al lenguaje de las redes y plataformas digitales; su guía sigue siendo la misma: un libro sagrado que, si realmente se lee, nos daremos cuenta de que prioriza el narcisismo y la ira. La nueva derecha ha adaptado la metáfora de la espada en Mateo 10,34 —«No vine a traer paz, sino espada»—, reinterpretándola como una justificación simbólica para su batalla cultural en la política y en las redes sociales.

Esta «espada» ya no es física, sino principalmente digital: se manifiesta en los tuits (ahora posts) incendiarios, los ataques coordinados y el ejército de troles (*trolls*, en inglés) que «las fuerzas del cielo» emplean en plataformas como X (anteriormente Twitter) para «apedrear» (como sostienen los libros llamados sagrados) a quienes consideran adversarios. Justifican estos actos bajo el pretexto del «derecho a ofender», un arma que legitima la crueldad. Al mismo tiempo, evocan la narrativa que se lee en Mateo 13,41-42 para deshumanizar a sus enemigos ideológicos, deseando simbólicamente que sean «arrojados al horno de fuego, donde habrá llanto y rechinar de dientes». Así, la nueva derecha convierte metáforas bíblicas en herramientas contemporáneas para ejecutar su batalla cultural.

Este libro intenta ser una advertencia en un mundo que se torna cada vez más complejo y violento, no sólo en el discurso, sino también en las relaciones humanas y en lo que se ha denominado comportamientos «microfascistas». Se trata de identificar un conjunto de ideas que ya hemos visto operar en el pasado y que son capaces de convocar a las masas hacia su propia destrucción.

Vivimos en un contexto marcado por un «pánico moral», como lo denominó Jeffrey Weeks en *Sex, politics and society* (2012). Este pánico moral, que representa la intersección de ansiedades sociales y políticas generalmente vinculadas al sexo (algo que curiosamente obsesiona a la nueva derecha), parece ser una constante en la historia. Una constante que, cada vez que el mundo intenta salir de las sombras del misticismo y del oscurantismo, resurge con fuerza renovada para encender hogueras y construir patíbulos, ahora adaptados a las tecnologías de cada época.

Durante estos episodios, las preocupaciones generalizadas o difusas sobre la moral se cristalizan en movilizaciones políticas que, con frecuencia, conducen a cambios en las normas o políticas sociales. Estas iniciativas suelen orientarse hacia un regreso idealizado a un pasado que las nuevas derechas han revestido de nostalgia, un pasado asociado a conceptos como la «pureza racial» o lo «estéticamente superior». En este imaginario, se fabrican víctimas para justificar tratamientos inhumanos hacia aquellos que son considerados criminales, sucios o impuros.

Sin embargo, incluso en el corazón de este pánico moral se despliega una táctica de autovictimización: las nuevas derechas se presentan a sí mismas como silenciadas, marginadas o «canceladas» por lo que llaman la «dictadura progre» o por movimientos feministas a los que denominan despectivamente «feminazis» —como llaman a toda mujer que visibiliza y denuncia la misoginia—,

aunque, en verdad, quienes comulgan con el nazismo son los miembros de esa nueva derecha, quienes han normalizado hacer el saludo nazi en eventos públicos como lo han hecho recientemente Elon Musk, Steve Bannon o Eduardo Verástegui (este último es el representante de la nueva derecha mexicana, orador en CPAC, fundador del partido Viva México, y personaje reconocido con el premio de Hazte Oír por su «labor filantrópica» contra el aborto). Según su narrativa, estos movimientos habrían tomado el control de la cultura en una supuesta conspiración. Por ello, justifican sus discursos de odio como una cruzada para recuperar un Occidente hoy «perdido» y «decadente». Pero, detrás de esa retórica, lo que realmente buscan es restaurar estructuras de poder tradicionalmente machistas, heteropatriarcales y religiosas, estructuras que incluyen la relegación de las mujeres al espacio doméstico, perpetuando así los roles y construyendo jerarquías que consideran esenciales para su proyecto político. La nueva derecha insiste en hacernos involucionar, pues tiene una visión restaurativa: hay algo que desea restaurar, una idea de un «orden perdido».

Para la mente humana, la activación de conocimientos previos es un proceso fundamental en la construcción de significados. En este contexto, la metáfora tramposa de la «dictadura progre» desempeña un rol crucial, ya que promueve la transferencia de características asociadas a las dictaduras hacia la percepción del gobierno y del Estado, estableciendo una comparación entre ambos conceptos. Así, las propiedades vinculadas a las dictaduras se proyectan sobre el gobierno y el Estado, influyendo en cómo percibimos sus estructuras y dinámicas.

A lo largo de esta obra, intentaré abordar la profundidad del peligro que representa el movimiento conocido como nacionalismo cristiano, que, aunque cada vez más visible, lleva ya décadas

presente. Los nacionalistas cristianos, especialmente en Estados Unidos, defienden la idea de que el país debe ser una «nación cristiana» o, al menos, estar liderado por cristianos. Esta propuesta refleja la creación de un modelo teocrático que percibe Estados Unidos como un elemento único y especial en los «planes de Dios» para la humanidad. Hoy, ese proyecto está en el poder con Donald Trump.

A lo largo del tiempo, los enemigos del nacionalismo cristiano han ido cambiando de manera acorde con las épocas. Desde los pueblos originarios, las personas negras, los ateos, las mujeres, los comunistas, los *wokes*, las personas trans..., cada enemigo construido tiene su turno en la narrativa diseñada por este movimiento. Para los miembros de este movimiento, las bendiciones que se le habrían concedido a Estados Unidos estarían amenazadas actualmente por una degradación cultural que destruye la pureza de su nación, que estaría por ello en peligro. El nacionalismo cristiano no es sólo un conjunto de creencias religiosas, sino también una narrativa profundamente arraigada, una *deep story* que es contada y recontada una y otra vez a lo largo del tiempo, embellecida si acaso para satisfacer los deseos de aquellos que la compran o la abrazan.

Esto explica que la insurrección que condujo al asalto al Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021 no fuera un hecho aislado, sino una manifestación visible y violenta de un movimiento político que había estado cocinándose en las sombras durante años, y que es una de las corrientes más antiguas y poderosas de la política estadounidense. Hasta ese momento, muchos no habían reconocido la influencia de este nacionalismo cristiano y sus conexiones con las políticas de poder. Sin embargo, ese 6 de enero supuso la eclosión de una presión acumulada que había estado calentándose durante mucho tiempo, alimentada por figuras como Donald Trump, quien,

tras perder las elecciones frente a Joe Biden, usó las redes sociales para difundir mentiras sobre unas supuestas «elecciones robadas» (aunque fueron las elecciones más escrutadas de la historia del país).

El asalto al Capitolio se puede entender como un antes y un después, como un acto simbólico y físico. Ese asalto al Capitolio dejó al descubierto la fragilidad en la que se encuentra el sistema democrático global, y representa sólo la punta de un iceberg: una gran parte de la sociedad parece estar dispuesta a abandonar la democracia. La victoria electoral de Donald Trump en 2024 lo confirma.

En nombre de Jesucristo, en el piso de la vandalizada Cámara del Senado de Estados Unidos, Jacob Angeli, conocido como el «chamán de QAnon» (el hombre que llevaba un gorro con cuernos de bisonte, con el pecho desnudo y tatuado y con el rostro pintado con motivos de la bandera estadounidense), pronunció la siguiente plegaria, afirmando que la meta era recuperar Estados Unidos y entregárselo de nuevo a Dios, deshacerse de los comunistas y usar la violencia si era necesario:

> Gracias, padre celestial, por brindarnos esta oportunidad, por permitirnos ejercer nuestros derechos, por permitirnos enviar un mensaje a todos los tiranos, comunistas y globalistas..., que esta es nuestra nación, no la de ellos. No permitiremos que Estados Unidos, el estilo de vida estadounidense, caiga. Gracias, divino, omnisciente y omnipresente Dios creador, por bendecirnos.

Como explica Marcia Pally en *White evangelicals and right-wing populism* (2022), posturas como las de «el señor de los cuernos que entró al Capitolio» fusionan el cristianismo con un estilo de vida estadounidense particular que ha estado asociado en los últimos cincuenta años con la derecha política, el nacionalismo cristiano y el evangelismo blanco.

Imaginemos por un momento que un legislador, a la hora de proponer o votar leyes, basara sus decisiones en pasajes del Corán. Sin duda, tal práctica sería objeto de un profundo cuestionamiento por parte de muchos. De manera análoga, no debería permitirse que se recurra a la Torá, la Biblia o cualquier otro texto religioso para establecer las leyes de un país. Los políticos, quienes toman decisiones por nosotros y para representarnos, no deberían estar motivados por sus creencias religiosas a la hora de ejercer sus cargos. Actuar de esta manera viola la separación entre Iglesia y Estado, una separación crucial que, como sabemos por la historia, fue arduamente lograda y cuyo propósito es evitar los peligros inherentes a la fusión de ambos ámbitos. Las decisiones públicas deben fundarse en principios universales y racionales, no en escrituras sagradas. En los países democráticos, plurales y libres, la legislación y la política deben ser tareas centradas en el objetivo del bienestar común, lejos de dogmas religiosos que no representan ni representarán a toda la sociedad.

En un discurso del 3 de enero de 2020, Donald Trump declaró lo siguiente a su audiencia: «Nuestros oponentes quieren excluir a Dios del ámbito público para imponer su agenda antirreligiosa y socialista. La extrema izquierda, en Estados Unidos, está tratando de reemplazar la religión por el gobierno y a Dios por el socialismo».

Por otro lado, la hasta hace poco miembro republicana de la Cámara de Representantes de Estados Unidos Mayra Flores, inmigrante de origen mexicano que se opone a la inmigración y que es presidenta de la oficina de divulgación hispana para el Partido Republicano en Texas, impulsó su campaña con un lema que ella y su pastor promovieron como «el MAGA verdadero», que decía *«Make America Godly Again»* (algo así como «Hacer que Estados Unidos vuelva a ser de Dios»), utilizando el término *«Godly»*

[devoto, piadoso o religioso] en lugar del tradicional *«Great»* que Donald Trump volvió a traer al mundo político. Flores, cuyo lema es «Dios, familia y país», con una retórica agresiva, expresó las siguientes frases:

> La iglesia debe dirigir al gobierno, no al revés. Estoy cansada de este discurso de la separación entre Iglesia y Estado. Eso no figura realmente en la Constitución. Era sólo una carta insignificante y no significa nada de lo que dicen que significa. Somos una nación cristiana, y sólo Dios puede salvarnos.
>
> Soy embajadora de Cristo, y convertirme en congresista no cambia eso. Nuestro país pertenece a Dios, no a un partido político. Estoy aquí para ganar almas para Dios. Aleluya.

Congresistas republicanas actuales de la Cámara de Representantes, como Lauren Boebert y Marjorie T. Greene, han manifestado públicamente su rechazo a la separación entre Iglesia y Estado. Boebert, en particular, ha declarado: «Esa separación entre Iglesia y Estado es basura, y estoy harta de ella. Sí, creo que deberíamos ser una nación nacionalista cristiana. Siempre debemos poner a Dios en primer lugar». Afirmaciones como éstas, insisto, no provienen de pastores o creyentes en contextos informales, sino de representantes electos y con poder que sostienen, desde la raíz más profunda, que el cristianismo debe ser la norma. Mientras tanto, Greene es la campeona de las teorías conspirativas, y llegó a manifestar que un terremoto y un eclipse que sucedieron en la misma semana son fuertes señales y advertencias de que Dios nos dice que debemos arrepentirnos.

Esta representante por el estado de Georgia es conocida por protagonizar decenas de escenas escandalosas: acosar por los pasillos del Congreso a la congresista Alexandria Ocasio-Cortez y gritarle «socialista radical» y «terrorista»; enfrentarse con un sobreviviente del tiroteo en la escuela secundaria de Parkland;

colgar un cartel antitrans fuera de su oficina en el Congreso; y dar *like* en redes sociales a un tuit que llamaba a «ejecutar» a la representante Nancy Pelosi. Greene incluso comparó a Trump con Jesucristo con estas palabras: «Oh, ¿así que Trump es un criminal convicto? El hombre al que le rindo culto también fue un criminal convicto, y fue asesinado en una cruz romana». Y otra de sus perlas cultivadas fue la siguiente: «Tenemos que ser el partido del nacionalismo. Yo soy una nacionalista cristiana, y lo digo con orgullo. Todos deberíamos ser nacionalistas cristianos», dijo durante una Cumbre de Acción Estudiantil de la organización radical y trumpista por excelencia, Turning Point, sosteniendo que el nacionalismo cristiano es un movimiento que resolverá la «inmoralidad sexual» en Estados Unidos.

Más adelante veremos en profundidad cómo estas nuevas derechas edifican y construyen fantasmas, pero es importante entender que aquellos que repiten estas frases y defienden abiertamente que Estados Unidos debería ser una nación cristiana son miembros del Congreso, fiscales generales, candidatos a gobernadores, pastores de grandes iglesias y personas con influencia en la política pública, incluido el presidente Donald Trump, quien a comienzos de 2025 creó en el gobierno la Oficina para la Fe, dedicada a combatir un supuesto «sesgo anticristiano» en Estados Unidos, donde ordenó su conducción a Paula White, la telepredicadora, pastora y defensora de la teología de la prosperidad. En 2018, White criticó a los defensores de la inmigración durante una entrevista en la Christian Broadcasting Network, sosteniendo lo siguiente sobre la migración de Jesucristo a Egipto: «Sí, vivió en Egipto durante tres años y medio. Pero no fue ilegal. Si hubiera infringido la ley, entonces habría sido pecador y no habría sido nuestro mesías». En el año 2020, mientras apoyaba la

campaña de Trump, advirtió que «los cristianos que no apoyan al presidente Trump tendrán que responder ante Dios».

No se trata de impedir que las personas vayan a sus iglesias, sinagogas, mezquitas o templos. El problema radica en que hay quien busca imponer una visión religiosa específica como fundamento del gobierno, el Estado y las leyes apelando a las «fuerzas del cielo», como lo hace Javier Milei, quien justifica sus decisiones políticas mediante textos religiosos. Ninguna religión debe gozar de privilegios exclusivos. Las leyes y decisiones políticas deben mantenerse neutrales frente a las diferentes religiones, respetando al ateísmo y a las personas que no profesamos creencias en deidades. Afirmaciones como «tus derechos provienen de Dios y sólo de Dios» abren un debate preocupante, ya que desafían los principios seculares que sustentan los derechos humanos y el sistema político de las democracias modernas.

Corresponde aclarar también que la fusión entre el nacionalismo y la religión no es exclusiva de Estados Unidos. En Europa y América Latina existe una versión del nacionalismo cristiano cuyo eje central es la defensa de la «civilización cristiana» y la preservación de la «vida tradicional». El lema «Dios, familia y patria» ha encontrado eco profundo en muchas comunidades hispanas, donde la fe y la espiritualidad juegan un papel central. En términos de estrategia política, la nueva derecha ha identificado las iglesias o comunidades cristianas como un canal fundamental para conectar con los votantes latinos. Según las estimaciones, la mayoría de las veces el contacto con esta comunidad en Estados Unidos ocurre a través de las iglesias, muchos de cuyos adeptos ya comparten valores alineados con el conservadurismo de antaño.

Para concluir estas primeras páginas introductorias, anuncio que a lo largo de esta obra también intento desarrollar un análisis sobre los

principales lemas, paranoias, temores y obsesiones que conforman la base ideológica de esta nueva derecha. Entre los temas abordados se encuentran la creación de enemigos imaginarios, las teorías conspirativas, la obsesión con las armas y la tríada de «Dios, patria y familia».

También exploro el constante anhelo por un supuesto «pasado mejor» en un mundo donde la política ha sido reemplazada por el insulto, un arma que etiqueta, excluye y obliga a quien lo recibe a asumirse como un «indeseable» y hasta a dar «legitimidad» a la exclusión y al maltrato recibidos como si fueran merecidos. Asimismo, abordaré el tema de cómo las redes sociales se han transformado en un doloroso y brutal campo de batalla en el que el debate se reemplaza por ataques y deshumanización.

Vivimos en sociedades donde se erige una gran puerta con un cartel gigante en el que se lee: «FASCISMO». Y muchos están haciendo fila para entrar por esa puerta, guiados por *influencers*, magnates, pastores, dueños de plataformas digitales, conductores de pódcast, periodistas, personas que hacen coaching y políticos charlatanes que se dedican a entretener a la gente con gritos y escándalos, como si la vida real fuera un *reality show*.

No creo en ninguna religión, pero dejo aquí una advertencia que, según la Biblia, hizo Jesucristo, a quien la nueva derecha, curiosamente, blasfema día y noche con sus torcidos discursos, políticas y actitudes: «Cuídense de los falsos profetas» (Mateo 7,15). El resto queda a la interpretación del lector.

1

Quiénes son

La irrupción de las nuevas derechas, que comenzó a finales de la primera década del siglo XXI y que alcanzó su punto álgido durante las décadas de 2010 y 2020, no sólo reconfiguró el panorama político global, sino que también provocó una transformación ideológica significativa. En este proceso, las antiguas estructuras de poder se han entrelazado con narrativas emergentes, históricamente arraigadas en el miedo, la confrontación y la exclusión de aquello que consideran como diferente.

Se dice que la historia no se repite, pero definitivamente rima. La democracia mundial atraviesa tiempos oscuros, marcados por una política de revancha que ya está entre nosotros. El mundo ya no parece pertenecer a los valientes, sino a los brutos y *bullies* envalentonados. El populismo de las nuevas derechas está aquí, y su presencia no muestra signos de desvanecerse en el corto plazo.

Al inicio de esta década de 2020, pocos habrían imaginado que los partidos, magnates y líderes que hoy detentan poder, o que parecen encaminados a obtenerlo, alcanzarían tal relevancia. Sin embargo, estos movimientos han crecido con extrema rapidez, pasando casi inadvertidos para muchos. Es razonable afirmar que estos movimientos neorreaccionarios no sólo no desaparecerán, sino que probablemente continuarán expandiéndose y consolidándose en distintas regiones del mundo, al menos por un buen rato,

adaptándose a nuevos contextos y capitalizando el descontento social. Estos movimientos seguirán alimentando la polarización y moldearán el panorama político global de nuestro tiempo.

Nos corresponderá no sólo resistir estos modelos que amenazan la democracia, sino también educar sobre los peligros que representan. Quizá debamos asumir la tarea de enseñar la «vida no fascista» que Michel Foucault evocó en el prefacio a una edición de *El anti-Edipo* (1972), de Gilles Deleuze y Félix Guattari; esa tarea era para Foucault un llamado ético a resistir las dinámicas autoritarias del poder, y no sólo en la política partidaria, sino también en la vida cotidiana: cuestionar verdades absolutas, construir relaciones desde posturas alternativas, y vivir de manera crítica, autónoma y abierta al cambio, haciendo frente a las estructuras medievales que buscan normalizar y disciplinar nuestras vidas.

Estos años nos han demostrado que es posible ser públicamente golpista, corrupto, culpable de delitos graves (según la justicia), racista, maleducado, agresivo, antidemocrático, misógino... y, aun así, ganar elecciones. La irrupción de la nueva derecha lo demuestra claramente. Este movimiento puede describirse como un conglomerado diverso de personas: líderes, *influencers*, políticos, fanáticos, académicos, empresarios, militantes, pastores, seguidores y votantes, unidos por un común denominador: el rechazo al progresismo.

Para ellos, el progresismo no es simplemente una corriente ideológica, sino un supuesto comunismo fundamentalista camuflado bajo principios igualitarios que, según su narrativa, busca establecer una «dominación totalitaria global» a través de lo que denominan «hegemonía globalista». Este argumento, lejos de sustentarse en evidencias, se apoya con frecuencia en teorías conspirativas.

Dentro de este espectro de las nuevas derechas convergen diversos subgrupos, que incluyen libertarios, paleolibertarios, conservadores, extremistas de derecha, anarcocapitalistas, supremacistas blancos, nacionalistas religiosos, nacionalistas cristianos, evangélicos fundamentalistas, neonazis y representantes de la derecha alternativa (llamada *alt-right*), entre otros.

El apoyo popular a estas fuerzas políticas en distintos países refleja un cambio profundo en las dinámicas electorales. En Europa, la derecha populista ha conseguido captar respaldo en sectores sociales diversos; en Estados Unidos, los condados más empobrecidos han encontrado eco en movimientos como el Tea Party y en figuras como Donald Trump.

En El Salvador, Nayib Bukele, populista de manual y por definición, ha consolidado un régimen que viola los derechos humanos, controla los poderes del Estado, recurre a «Dios» en cada uno de sus discursos y hasta ha afirmado que su presidencia es un designio divino. Tras su victoria electoral en 2021, Bukele consolidó su poder al destituir al fiscal general independiente y a los magistrados de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia salvadoreña, el máximo tribunal del país. Estas jugadas le permitieron reemplazar vacantes con aliados cercanos, asegurándose un fallo favorable que avaló su aspiración a la reelección en 2024, a pesar de la prohibición explícita de la Constitución salvadoreña sobre la reelección presidencial.

Bukele, conocido por su estilo autoritario, ha emprendido no sólo una ofensiva contra las pandillas o maras, sino también una persecución activa contra periodistas y voces críticas con su Administración. Detrás de su imagen moderna y juvenil se esconde un exponente de la nueva derecha, caracterizado por su rechazo al matrimonio igualitario y al derecho al aborto. Su Administración ha

sido señalada como «una dictadura en ascenso», marcada por la militarización de las fuerzas policiales y de la sociedad en general. Hace muy poco, Bukele, siguiendo el patrón de las nuevas derechas, evidenció cómo su gobierno fusiona religión y poder político, dando así por muerto el principio del laicismo.

En una entrevista telefónica, el politólogo y periodista salvadoreño Ricardo Avelar profundizó en que, al llegar a la presidencia, Bukele recurrió a las viejas tácticas de un político populista latinoamericano de manual: «Apelar al sentimiento religioso (incluso cuando irrumpió en el Palacio Legislativo acuerpado por militares), con un discurso sexista, homofóbico y que constantemente apela a la idea de familia tradicional».

Si bien Bukele se publicitó en un inicio como un político progresista y de izquierda, tras múltiples abusos de poder fue ganando cuestionamientos de ese bando. Fue la nueva derecha, sostiene Avelar, «el bando donde sus ansias de poder nunca fueron condenadas»; en este espacio, sus tácticas y narrativas fueron aplaudidas: «Es allí donde le celebran la pantomima religiosa y su diatriba anti-*woke*. Es donde salivan sus políticas de mano dura, plagadas de violaciones a los derechos humanos», añade Alvear; además, este respaldo no proviene sólo de sectores políticos tradicionales, sino también de grupos más amplios: «[...] criptoevangelistas radicales, teóricos de la conspiración que rechazan las instituciones de la democracia liberal y, mucho más importante, miles de jóvenes, particularmente hombres, de la generación Z, que ven con interés su estilo autoritario».

Avelar señaló el silencio de Bukele ante los abusos de poder de la dictadura nicaragüense, aunque al inicio de su gestión la condenaba. Además, el politólogo resaltó el rol de bitcoin en el modelo salvadoreño, ya que la adopción del bitcoin por parte de Bukele fue

parte de su intento de reestructurar las finanzas de El Salvador desde 2021, en vista de lo complicado que le resultaba conseguir apoyo del Fondo Monetario Internacional (FMI). Sin embargo, su autoritarismo y falta de transparencia lo impedían, por lo que apostó por bitcoin en un momento en que el mercado parecía sólido. Según Avelar, la Ley Bitcoin coincidió con restricciones regulatorias que hicieron caer su valor, lo que lo volvió impopular en el país, pero hizo también que fuera percibido como un inconformista ante el poder de las instituciones financieras globales, ganando así seguidores de la nueva derecha.

Mientras tanto, Bukele invoca la figura de «Dios» para justificar su proyecto, presentándose como un «enviado» designado por «Él» para el «pueblo elegido de El Salvador»: «Dios quiso sanar nuestro país y lo sanó. Déjennos dar la gloria a Dios si así lo queremos. ¿En qué les molesta, en qué les afecta? Tal vez les afecta el ejemplo porque tal vez las poblaciones de sus países, a las que les han metido el ateísmo, vuelvan a creer en Dios». Y, más recientemente, Bukele justificó el retorno de la extracción minera de metales en el país como un «regalo de Dios», anticipando así un amplio rechazo social a lo que sería la Ley General de Minería Metálica, aprobada en enero de 2025.

«Dios me salvó para hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande», dijo Donald Trump en su discurso inaugural de su segunda presidencia, tras prometer una «era dorada» que «expanda nuestro territorio estadounidense» y que ponga a *«America First»* («Estados Unidos Primero»), el lema originado a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940 dentro de un grupo aislacionista en el que muchos de sus miembros, como el famoso aviador Charles Lindbergh, simpatizaban con el régimen de Hitler.

En Brasil, Jair Bolsonaro, quien se autoproclamaba «el Trump de los trópicos», alcanzó en su momento la presidencia mediante un discurso autoritario, ultraconservador y defensor de la dictadura militar, consolidando así esta tendencia global. En Argentina, Javier Milei llegó al poder con un mensaje divisivo, incluso refiriéndose a la última dictadura militar argentina como «una guerra en la que se cometieron excesos». Actualmente, Milei cuenta con su propio «brazo armado» dentro de su partido La Libertad Avanza, un grupo que se autodenomina Las Fuerzas del Cielo, lanzado en un acto con una estética histórica que invitaba al público a interpretar sus connotaciones. Este evento tuvo lugar en un escenario rojo y negro, con baja iluminación, y contó con la participación de funcionarios públicos, legisladores e *influencers*, todos vinculados al poder. Para comprender mejor la representación visual de este acto, se invita al lector a explorar en internet para que saque sus propias conclusiones sobre su significado y contexto histórico, buscando lo siguiente en Google: «brazo armado de las fuerzas del cielo».

Santiago Abascal, Marine Le Pen, Giorgia Meloni, Alice Weidel y Viktor Orbán son algunos de los políticos que se suman a la lista de las nuevas derechas. Todas estas fuerzas políticas comparten una estrategia común: abordar la sensación de vacío existencial que enfrentan muchos votantes. En respuesta a las crisis económicas, la nueva derecha promueve una identidad colectiva idealizada, centrada en conceptos como el patriotismo, la religión, las tradiciones y la raza (es importante aclarar que, desde un punto de vista biológico, no existen las razas humanas; todos los seres humanos pertenecemos a la especie *Homo sapiens*, y la noción de *raza* es una construcción social o sociocultural).

La mentira y la violencia parecen ser la norma, mientras la democracia es cuestionada y el mundo se torna un lugar hostil,

incierto y complejo. La mayoría de los cordones sanitarios parecen haberse roto: muchos de los partidos tradicionalmente conservadores, o incluso algunos que antes se identificaban como de centro o centroderecha, han desplazado su discurso hacia la derecha en su totalidad. En tiempos pasados, los partidos políticos mostraban apertura para formar alianzas y valoraban la legitimidad de sus contrincantes dentro del sistema democrático; hoy, la esfera pública democrática se ve gravemente afectada. En el caso de España, distintos partidos y políticos han adaptado su mensaje en diversas ocasiones al de Vox. Un ejemplo de ello es el discurso de la presidenta de la Comunidad de Madrid, del Partido Popular, Isabel Díaz Ayuso, quien planteó el lema «libertad o comunismo», lo que evidencia el componente neomacartista del actual clima político.

¿Qué sigue? ¿Qué va a pasar? ¿Cómo será el mundo si estas narrativas de odio se normalizan por completo? ¿Qué sucederá cuando olvidemos los consensos democráticos que tanto nos costó alcanzar? ¿Qué motivó a tantos a lo largo y ancho del mundo a sentirse atraídos por estas nuevas derechas? ¿Qué hizo que tantos votantes estadounidenses se sintieran atraídos por figuras como Trump? ¿Está la democracia en retirada? ¿En qué momento quedó «normalizado» lo que antes parecía inimaginable? ¿Qué tiene de «nuevo» la nueva derecha?

Todo esto nos lleva a otras preguntas: ¿por qué tanta gente aún se entrega ciegamente a la personalidad autoritaria? ¿Será que, como sociedad, debemos aprender a manejar nuestras desilusiones o frustraciones y dejar de votar por el entretenimiento peligroso de parte de políticos que nos dan contenido al estilo de *reality shows*? ¿Estamos presenciando el «fascismo eterno» del que habló Umberto Eco? Lo que sí es un hecho es que todo aquel que votó por Trump

votó por un candidato respaldado por el Ku Klux Klan (KKK), es decir, votó igual que ellos.

No podemos colaborar con el mal ni quedarnos callados ante él. La historia nos ha mostrado cómo el silencio y la pasividad ante el avance del odio institucionalizado pueden tener consecuencias devastadoras. El historiador británico Matthew Hughes destacaba en sus análisis sobre el Holocausto que, además de los actos de los nazis, fue crucial la inacción de aquellos que se consideraban «buenos» e incluso el rol de los que fueron cómplices, como las personas comunes y corrientes señaladas por Hannah Arendt, que no creían estar haciendo el mal y simplemente seguían órdenes.

La idea de la encarnación eterna impulsó tanto al fascismo como al populismo a exaltar la figura del líder infalible, llegando a presentar su victoria electoral como la última esperanza para la nación. Hubo un tiempo en que el nazismo era objeto de un rechazo unánime tanto a nivel político como social, siendo considerado moralmente inaceptable. Es fundamental recuperar ese consenso y reafirmar el rechazo categórico hacia cualquier forma de apología o normalización del odio. Ser nazi debería dar vergüenza, y no asegurar un cargo en el gobierno de Estados Unidos. Son los fascistas y los nazis los que deben regresar al *closet*. No debemos pedir perdón ni sentir vergüenza por ser *woke*, ni pensar que hemos ido «demasiado lejos» como quieren hacernos creer. Quienes deberían avergonzarse, insisto, son ellos.

El siglo XXI sigue cargando consigo las sombras de la crisis, la xenofobia, la homofobia, el racismo y el populismo, mostrando que la violencia y el odio, tan presentes en el siglo XX, no han desaparecido. El populismo tiende a desarrollarse en momentos de crisis política, social o económica, ya sea genuina o fabricada, y se presenta como la solución auténtica frente a la política convencional.

Hoy vivimos una nueva oleada populista. Estos fenómenos evocan inquietantemente algunos patrones del autoritarismo del siglo xx. Probablemente, la pregunta ya no es cómo muere la democracia, sino más bien por qué se permite su debilitamiento o por qué se contribuye tan cómodamente a matarla.

Hoy en día, es la nueva derecha la que, de algún modo, ha monopolizado los populismos, reduciendo la política a partidos sin democracia interna y con caudillos carismáticos. Este sistema ideológico se fundamenta en prejuicios, utiliza un lenguaje manipulador y una retórica diseñada para convencer al seguidor de que se obsesione con el «enemigo», al que debe odiar y humillar para poder pertenecer al grupo de los *bullies,* porque eso es *cool*.

Estos políticos enumerados anteriormente hacen uso de una herramienta central: la amenaza latente. Esta herramienta constituye un marco conceptual extremadamente poderoso, ya que son estructuras mentales que los seres humanos emplean para interpretar, evaluar y elegir la información que reciben de manera constante. Más adelante, observaremos qué sucede con la desinformación, otro grave problema en esta ecuación. La desinformación es la propagación (en manos de personas, organizaciones, plataformas o medios) de información engañosa o falsa que busca manipular o influir en la opinión pública (información que puede ser intencional o no). Por eso es importante aprender a detectarla, desconfiando de títulos sensacionalistas, aprendiendo a verificar fuentes originales, corroborando citas, imágenes y *links*. Recordemos que, al menos en el caso de Estados Unidos, y según un estudio del Pew Research Center, más del 40 % de los jóvenes de entre dieciocho y veintinueve años se «informan» sobre noticias actuales a través de *influencers*.

La mayoría de estos *influencers* son los que Trump halaga y denomina «*influencers* de la "manosfera"», y lo hace con el objetivo de atraer de manera directa a los votantes masculinos (aquellos de la «masculinidad tóxica»). El término *manosfera* se refiere a una comunidad online compuesta principalmente por hombres que, a través de blogs, foros, redes sociales y páginas web, comparten la ideología de la nueva derecha y sus preocupaciones sobre la «destrucción» de la masculinidad y el auge del feminismo. La manosfera se asocia con posturas misóginas, antifeministas e incluso extremas, y puede incluir a grupos como los «hombres derechos» o *incels*.

Uno de los grupos de odio más activos y grandes de Estados Unidos es el de los Proud Boys. Entre ellos, al igual que en la mayoría de los grupos ultra, la supremacía masculina es un componente central. Desde allí, plantean que los hombres deben ser dominantes en todas las áreas de la sociedad y que su trabajo es «proteger» a las mujeres, las cuales están destinadas a ser madres y cuidadoras. El motor del hombre, además, debe ser la violencia, sugieren los Proud Boys, quienes jugaron un papel importante en el asalto al Capitolio. El fundador del grupo, Gavin McInnes, sostuvo lo siguiente: «No eres un hombre a menos que hayas golpeado a alguien».

Algo que resulta interesante es el movimiento de las *tradwives* (o «esposas tradicionales»), a través del cual algunas mujeres, a pesar de ser maltratadas por grupos de odio, participan activamente en la promoción de la nueva derecha, defendiendo la «supremacía masculina». Este movimiento promueve la sumisión femenina como una forma de libertad, idealizando una vida doméstica inspirada en la década de 1950, con énfasis en el cristianismo, la castidad y la educación en el hogar. Para ellas, la felicidad radica en adherirse a

roles tradicionales y relaciones heterosexuales, en contraste con las promesas del feminismo. Como decía Simone de Beauvoir, «el opresor no sería tan fuerte si no tuviera cómplices entre los propios oprimidos».

El supremacismo de la masculinidad tóxica justifica, de este modo, las jerarquías que colocan a los hombres en una posición de superioridad y dominación sobre las mujeres, donde ellas son el «instrumento del diablo» (algo enseñado de manera literal desde las principales religiones), exponiendo todos los arquetipos del mundo más misógino, donde la mujer es sometida al escrutinio público, se la condena y se la juzga. A lo largo de la historia, la humanidad ha construido una narrativa en la que los fallos o errores atribuibles a los hombres se explican como el resultado de la presencia o acción de una mujer. Este patrón se observa incluso en la mitología griega, donde Pandora, al abrir la caja, desató todos los males del mundo, quedando representada como un símbolo de curiosidad peligrosa y desobediencia radical. A Eva y al resto de las mujeres, a lo largo de los milenios, les esperaría el mismo destino. Los padres viven con la preocupación y el temor de que sus hijas se conviertan en «zorras» o «promiscuas». Si tan sólo se preocuparan un poco por evitar que sus hijos se conviertan en violadores o abusadores, la historia sería otra, mucho más justa, y el mundo sería un lugar mejor.

En su libro *The far right today* (2019), Cas Mudde, especialista en los estudios del populismo de derechas, explica que «tanto en Europa como en el resto del mundo, pasando por India, Estados Unidos y Australia, el populismo de derechas se caracteriza por enfocarse en cuatro temas fundamentales a partir de los cuales se articula el ensamblaje discursivo nacionalista, nativista y, en la mayoría de los casos, xenófobo: la corrupción, la migración, la seguridad y la política exterior». Con el objetivo de definir a las

nuevas derechas que se reproducen, presenta el término o concepto de «derecha populista radical», que se fundamenta en tres ejes: el populismo, el autoritarismo y el nativismo. Estos instrumentos resultan eficaces, complementados por teorías conspirativas que alimentan en la sociedad el temor frente a la «inseguridad» o el «peligro» que causan «los de afuera», «los otros», «los enemigos», «lo *woke*», «la tiranía progre», «el negro», «la mujer», «el judío», «el musulmán», etcétera.

Al mismo tiempo, se observa un aumento en el drama y la victimización entre grupos que históricamente han ocupado posiciones de poder: hombres que se consideran oprimidos por leyes contra la violencia de género; religiosos que ven su fe amenazada por el laicismo, por otras religiones o por las procedencias de quienes no profesan sus creencias. La nueva derecha protesta porque «ahora el humor tiene límites», lo que significa que ya no pueden hacer bromas racistas, xenófobas, homofóbicas o misóginas. Esta situación la perciben como un límite a sus derechos.

La estrategia de la nueva derecha se centra en desencadenar el miedo ante supuestas amenazas que, según algunos, ponen en riesgo la masculinidad de los hombres o la pureza de una nación, atribuyendo ese desmoronamiento de la moral perfecta al avance del feminismo, de las teorías de género y de la inmigración, como ya fue mencionado. Esto pone de relieve, con mayor claridad, que, cuando el personaje de la nueva derecha habla sobre combatir la corrupción, en realidad no se refiere a delitos cometidos por funcionarios públicos, sino más bien a una corrupción de la supuesta pureza cultural, o de la pureza étnica (fenómeno más pronunciado en Estados Unidos y Europa), una corrupción moral que amenaza el orden tradicional. De esta forma, las fuerzas impuras del mal desplazan el orden establecido que perciben como natural y legítimo,

motivo por el cual proteger dicho orden (sus privilegios) se transforma en una lucha por la supervivencia (de la crueldad).

Los principios que se atribuyen a Jesucristo en los Evangelios, como el mandato de «amar al prójimo como a uno mismo» (Marcos 12,30-32) y la identificación del forastero con el prójimo, están en clara contradicción con la narrativa de la nueva derecha, que, a pesar de invocar a Jesucristo, promueve una visión excluyente y restrictiva hacia los inmigrantes. Incluso según el Nuevo Testamento, el trato compasivo hacia los forasteros es esencial para el juicio final, como se indica en Mateo 25,35, donde se describe a aquellos que serán bienaventurados por haber dado de comer, beber y acoger a los forasteros. La nueva derecha, sin duda, quedaría fuera del paraíso.

«Él regresará desde el cielo y, cuando lo haga, se llevará a su iglesia con Él y cohabitarán por siempre», se dice en 1 Tesalonicenses 4,16-18. Sin embargo, en las sagradas escrituras se afirma con claridad que nadie sabe cuándo será ese regreso (1 Tesalonicenses 5,1-3). Lo que sí sabemos con certeza es que, si Jesucristo hoy quisiera cumplir con su segunda venida, mejor que no lo intente en Estados Unidos o Europa, porque seguramente será deportado.

La paradoja de los trumpistas o de la xenofobia de la nueva derecha europea es que, bajo sus propias políticas migratorias, Jesucristo no podría entrar a Estados Unidos ni a Europa: sería rechazado por ser migrante, por ser pobre, por ser de Oriente Próximo, por tener un color de piel que «contamina la sangre de la nación» (como repite Trump) y por trabajar como carpintero, una ocupación que, según ellos, no está en la categoría de «trabajo cualificado o necesario». Además, sería una persona demasiado *woke* para ellos, porque andaría predicando sobre amar al prójimo,

ayudar a los pobres y rechazar la avaricia. La nueva derecha se proclama como cristiana, pero, si Jesucristo apareciera, lo tratarían de «zurdo de mierda», al fiel estilo de Milei.

Honestamente, la historia de Jesucristo, vista desde una perspectiva moderna, tiene elementos que podrían encajar con algunas ideas que hoy se asocian a lo *woke*. Según la narrativa cristiana, su «padre» (Dios) no es biológico, sino un espíritu, lo que rompe con las categorías tradicionales de género. Es hijo de un ser que trasciende lo físico y que se presenta con pronombres masculinos sin una corporeidad masculina (aunque la mayoría lo proyecta como un hombre blanco), lo que incluso podría interpretarse como una figura trans o no binaria. Además, Jesucristo predicaba el amor incondicional, sin restricciones de origen, clase o identidad, lo que podría considerarse una forma de poliamor espiritual. Su mensaje de inclusión y rechazo a las normas rígidas de su tiempo lo colocaría más cerca de las posturas progresistas que de los movimientos neorreaccionarios que hoy lo reclaman como símbolo.

Quizá la pregunta que deberíamos plantearnos sea la siguiente: ¿está realmente la izquierda (o lo que la nueva derecha denomina izquierda) obsesionada con el género, la sexualidad y otros temas similares? ¿O simplemente se encuentra en una posición constante de defensa de grupos marginados y minorías frente a una derecha que, en realidad, parece ser la verdadera obsesionada con estas cuestiones?

Aclaro que ellos llaman *izquierda* a todo lo que no les gusta. Cuando me refiero a que hay una izquierda que parece tener que defender constantemente a grupos marginados y minorías, no me refiero a los regímenes dictatoriales como la Venezuela de Maduro o la Cuba castrista (por el contrario, estas dictaduras están de acuerdo

con la propuesta de la cruzada moral de la derecha, pues están en contra del aborto, de las libertades sexuales, de la eutanasia, de la legalización de las drogas, etcétera). Tampoco debemos olvidar al expresidente ecuatoriano Rafael Correa, fiel a su fe católica, quien rechazó también el matrimonio igualitario, el aborto y descalificó los estudios de género como «ideología», al igual que lo hace Milei. Correa sostenía que las teorías de género son «peligrosas» y «absurdas». «Creo en la familia y creo que esta ideología de género, que estas novelerías, destruyen la familia convencional, que sigue siendo y creo que seguirá siendo la base de nuestra sociedad», decía Correa, uno de los exponentes más icónicos del grupo del cual la nueva derecha se queja constantemente. Cabe también mencionar a personajes como el expresidente de Bolivia Evo Morales, político que siempre hizo comentarios homofóbicos y machistas.

Sin embargo, los que tienen que defender permanentemente a las minorías frente a las turbas violentas de la nueva derecha suelen ser los modelos de las democracias modernas, los demócratas o la socialdemocracia de los países nórdicos. Sobre estos últimos, algunos libertarios los colocan como ejemplo a seguir, cuando, en realidad, serían los primeros países en llevarse el título de *liberprogre* por ser sociedades más bien alejadas de los mandatos religiosos en la política y por estar abiertos a las libertades sociales.

Nuestro planeta es testigo de una proliferación de movimientos y figuras políticas dentro de una derecha que ha logrado «desdemonizarse» a sí misma y cuyos representantes promueven los discursos de odio bajo el paraguas de una idea propia de lo que es la «libertad de expresión». Así, nos enfrentamos al auge de una especie de acoso político o *bullying* político. Parece que aún no logramos dimensionar el hecho de que todos perdemos cuando los

poderosos hacen uso de su posición para hostigar a otros, hacer *bullying* y faltar el respeto.

En este marco, el insulto se establece como su arma y herramienta predilecta, utilizada por aquellos que se escudan en un supuesto «derecho a ofender» (un derecho que no existe). Sin embargo, estos mismos actores suelen evadir las consecuencias de sus actos y, cuando son confrontados, adoptan una postura victimista, lamentándose ante lo que perciben como un acto de la «cultura de la cancelación». Su discurso y actitud evocan una forma de interactuar y debatir que parece más anclada en las dinámicas del pasado, más propia de la Edad Media (época a la cual les encantaría regresar) que del presente. Esta nueva derecha no tiene ningún interés en debatir ni en llegar a un consenso.

Se ha desatado una suerte de «liberación del odio». Con ellos en el poder, muchos sienten una legitimación tácita para expresar abiertamente actitudes racistas, sin temor a represalias. Este fenómeno ha contribuido al alarmante incremento de los crímenes de odio en diversas sociedades (no olvidemos lo fácil que es que los discursos de odio se conviertan rápidamente en delitos de odio). La sensación de estar «liberados» fomenta una peligrosa emulación, en la que incluso la transgresión de la ley, tal como la encarna Donald Trump, se convierte en un ideal digno de admiración y lealtad por parte de sus seguidores. Crear enemigos es parte del libreto, como lo hizo Trump unos meses antes de asumir la presidencia, al decir que iba a cambiar el nombre del golfo de México y reemplazarlo por el de golfo de América (en otras palabras, «golfo de la Masculinidad Frágil»). En ese mismo momento se llevaban a cabo en Venezuela las protestas contra el régimen de Maduro... Trump, tan adorado por muchos venezolanos (los llamados *magazolanos*, neologismo y acrónimo de *MAGA* y *venezolano*), no dijo una sola palabra al

respecto, pero sí se pronunció sobre anexar Groenlandia y Canadá a Estados Unidos. Los políticos narcisistas son de manual, y queda claro que muchos hombres elegirían invadir o comprar Groenlandia o cualquier país, o incluso proponer la toma del canal de Panamá, antes que enfrentarse a un par de sesiones de terapia.

Trump es un reflejo de las profundas tensiones y resentimientos latentes en la sociedad estadounidense, y ya desde mucho antes de su llegada al poder. Su ascenso capitalizó eficazmente el descontento, posicionándolo, en palabras de Barack Obama, más como un síntoma que como la causa del clima político y cultural actual. Esta realidad plantea la necesidad urgente de analizar nuestro pasado para comprender los mecanismos que hay detrás de estos fanatismos.

Recordemos que, antes de implementar su plan sistemático de exterminio, conocido como la «solución final», la ideología nazi se centró en construir una narrativa que retrataba a los judíos como una amenaza existencial para la pureza y la estabilidad de la nación alemana. En esta construcción discursiva, los judíos eran presentados como un elemento corruptor que ponía en peligro una identidad nacional supuestamente eterna y homogénea. Bajo esta perspectiva, se justificaba la necesidad de «purificar» la sociedad mediante su exclusión, deportación o eliminación, tratándolos como un cuerpo extraño que debía ser erradicado para restaurar un supuesto orden natural (así como lo hace Donald Trump con los inmigrantes). Este genocidio no surgió en el vacío: fue precedido por décadas de un racismo profundamente arraigado, que no se limitaba a Alemania o Europa, sino que también encontraba resonancia en numerosos países del mundo.

Así, tiempo antes, decenas de ideólogos respaldaron ese tipo de propuestas e incluso políticas que violaban los derechos humanos,

como las leyes racistas y segregacionistas llamadas leyes Jim Crow implementadas en Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX. La llamada legislación Jim Crow institucionalizaba y establecía oficialmente la segregación racista en espacios públicos. Y, curiosamente, el partido nazi se inspiró en esas leyes y las tomó como modelo para las racistas y antisemitas Leyes de Núremberg, de 1935.

Jim Crow fue un personaje de «comedia» musical de 1828, interpretado por un hombre blanco que, con su cara pintada de negro, se burlaba de los afroamericanos. Su nombre se utilizó para designar popularmente las leyes que institucionalizaron la segregación racista desde 1876 hasta 1965. Estas leyes fueron diseñadas para frenar los derechos de las personas negras, y estuvieron motivadas por el miedo de la población blanca a perder el control económico, social y político. Las leyes Jim Crow legitimaron la violencia racista, los linchamientos, los abusos policiales y la represión para mantener el *statu quo* racista.

Aprovechándose de la relación entre emoción y cognición, según la cual el cerebro tiende a pensar en función de lo que siente, las nuevas derechas han capitalizado el descontento ciudadano. Este descontento, en muchos casos exacerbado por las crisis que se intensificaron con la pandemia, ha abierto las puertas del escenario político a figuras *outsiders*: empresarios, líderes religiosos, comediantes o comentaristas mediáticos. Inicialmente, su éxito electoral se basó en captar el llamado «voto negativo», movilizando a una mayoría que buscaba rechazar a los actores políticos tradicionales. Sin embargo, el fenómeno ha evolucionado hasta un punto en el que gran parte del electorado es seducido por el atractivo populista y las teorías conspirativas. Esto ha llevado a la internalización de un profundo rechazo hacia la propia democracia,

materializando lo que Marine Le Pen describió décadas atrás como la «lepenización de los espíritus», algo que hoy recorre el mundo.

Estos fenómenos se ven potenciados por algoritmos que nos confinan a burbujas informativas, limitando nuestra exposición a la diversidad de perspectivas y encerrándonos en visiones únicas y homogéneas. Esto es peligroso porque las nuevas derechas, con sus presidentes troles, tienen la ventaja de comunicar o hacer llegar bien su mensaje en redes sociales y cuentan con estructuras que manejan significativas sumas de dinero, lo que les permite organizarse y difundir su mensaje cargado de ira y sed de venganza. El escritor Rodrigo Nunes lo explica así en su libro *Bolsonarismo y extrema derecha global* (2024a):

> Pero fue la *alt-right* la que entendió primero, y mejor que la mayoría, las ventajas de tomar la posición de una de las figuras centrales de la cultura contemporánea: el *troll*. El *troll* busca provocar reacciones fuertes y parece alimentarse de su propia capacidad para provocar el enfrentamiento y exponer a los demás al escarnio [...]. Ahí está la clave para entender la estrategia de la *alt-right* y, por extensión, del bolsonarismo. La doble comunicación, y el hecho de que sea el *troll* quien decida cuándo bromea y cuándo habla en serio, es la base de su técnica para introducir ideas «polémicas» y «controvertidas» en el debate público de forma irónica, humorística o con cierta distancia crítica, manteniendo siempre la duda sobre cuánto hay de broma y cuánto de verdad [...]. Si en algún momento siente que se ha pasado de la raya, siempre puede dar un paso atrás y decir que no lo entendieron, que fue una broma, y volver las tornas convirtiendo el episodio en un caso de persecución o de [su] defensa de la libertad de expresión y en un ataque a una cultura en la que «ya nadie sabe jugar». Esto es lo que hacen los comediantes que han construido carreras como críticos de la «corrección política».

El punto es que las redes sociales han emergido como herramientas fundamentales para dichos movimientos. Estas plataformas, más allá de su propósito inicial de entretenimiento, se han convertido en espacios estratégicos de movilización política. Su diseño interconectado facilita la propagación de la retórica populista

y favorecen su ascenso. Así comenzamos a observar con mayor claridad las respuestas a las preguntas que durante décadas nos planteamos sobre el impacto de las redes sociales en la política: un impacto que ya es una realidad consolidada en nuestro presente, y que es peor de lo que podíamos imaginar.

Todas las figuras políticas mencionadas antes han sabido capitalizar el poder y la influencia de las redes sociales para moldear la opinión pública y promover discursos populistas dirigidos contra lo que llaman «élites tradicionales». Al ofrecer a los votantes una alternativa directa y sin intermediarios tradicionales, estas plataformas digitales han adquirido un rol protagónico en la explicación del éxito o del fracaso de las campañas electorales contemporáneas. La creciente literatura académica sobre los procesos electorales recientes evidencia cómo las redes sociales han transformado profundamente la dinámica de la comunicación política en la era digital, alterando las relaciones entre los líderes políticos, los medios de comunicación y el electorado.

En *Del fascismo al populismo en la historia* (2019), Federico Finchelstein expone cómo el populismo y las redes sociales se complementan, así como la transformación del populismo en un fenómeno global, donde los populistas aprenden unos de los otros, colaborando a través de redes transnacionales. Los populistas de esta nueva derecha suelen desconfiar de los periodistas independientes, a quienes consideran enemigos, y las redes les proporcionan un medio para prescindir de la prensa tradicional y comunicarse directamente con sus fanáticos seguidores. Este contacto directo, sin precedentes, les permite sobresalir frente a los políticos tradicionales y fortalecer su rechazo hacia la política convencional.

José Benegas y yo misma compilamos y escribimos partes del libro *Nacionalismo: el culto común del colectivismo* (2021), en el que el coautor Loris Zanatta expone la dinámica del populismo, explicando que siempre se repite un mismo patrón:

> Había una vez un pueblo virtuoso que vivía en paz y armonía, el pueblo «elegido». Pero su unidad se desmoronó, su virtud se corrompió; una «élite corrupta» se desconectó del «pueblo puro» amenazando su identidad y contaminando su cultura. Le tocará a un Mesías salvarlo y restaurar la pureza perdida, llevarlo a la tierra prometida donde la armonía volverá a reinar.

Zanatta argumenta que el populismo es un patrón familiar a las religiones monoteístas, puesto que los populismos expresan en el plano temporal de la política un antiguo imaginario religioso, según el cual «el pueblo de los orígenes es una comunidad de fe, y su pureza es la del Edén, anterior al pecado original. La causa de su corrupción es la entrada a la historia, imperfecta y caduca, conflictiva e impredecible». Por lo tanto, remata el autor, no es de extrañar que los líderes populistas se erijan en profetas y que su pueblo sea un pueblo fiel que espera un redentor.

El populismo de estas nuevas derechas guarda vínculos tanto históricos como conceptuales con el fascismo. Algunos autores lo consideran un heredero del fascismo: una forma de posfascismo adaptada a contextos democráticos, que combina un compromiso limitado con la democracia y exhibe impulsos y tendencias tanto autoritarias como antidemocráticas. El historiador Enzo Traverso utiliza el término *posfascismo* para agrupar bajo una misma categoría los fenómenos reaccionarios emergentes, especialmente en Estados Unidos y Europa, donde ningún país es ajeno ni se salva de la aparición de las nuevas derechas. Dentro del fascismo, se hablaría de proyectos imperialistas de guerra, de la guerra como escuela, del organicismo, del Estado fuerte, de la movilización de

masas y de la propaganda; en el posfascismo se hace referencia a las batallas culturales, la incorrección política, el lema «Dios, patria y familia», la venganza como estrategia política, el protagonismo político de celebridades y las narrativas en torno a la pandemia. El uso de términos como *fascismo* y *posfascismo* no es fortuito, ya que hoy emergen los fantasmas de la década de 1930, lo cual no debe ser subestimado.

En su libro *Cómo funciona el fascismo* (2021), Jason Stanley elaboró un listado de las estrategias que ha utilizado el fascismo, entre ellas: el uso del pasado mítico; la propaganda; el antiintelectualismo; la supuesta época gloriosa de la nación que acaba por culpa de la globalización o del globalismo; las narraciones de las guerras de conquista lideradas por generales patrióticos y los ejércitos leales; el estado de irrealidad en el que las teorías conspirativas y la desinformación reemplazan el debate bien argumentado; la jerarquía; el victimismo; el llamado al orden público; la ansiedad sexual; y el llamamiento al espíritu de la nación y al desmantelamiento del estado de bienestar. El paralelismo entre estas estrategias y las de la nueva derecha, otra vez, son evidentes. Todos reivindican lo que ven como una masculinidad mancillada.

Por otro lado, la disonancia cognitiva puede entenderse como la incomodidad que surge cuando nuestras creencias o valores entran en conflicto con nueva información contradictoria, lo que nos lleva a justificar o modificar alguna de las dos partes para reducir la tensión. Esta disonancia se explica por el hecho de que el cerebro tiende a bloquear información racional que podría desafiar nuestras convicciones. La mayoría de las personas tiende a consumir contenidos que refuercen sus creencias previas y a expresar opiniones que estén alineadas con dichas percepciones. En este

contexto, la neuropolítica emerge para explorar cómo las emociones influyen en los procesos políticos y en la formación de opiniones.

Ningún continente se salva de esta tendencia nacionalista populista. Ya no ocultan lo que son ni lo disimulan; ahora, los nazis y racistas se sienten cómodos siendo nazis y racistas frente al mundo, tanto en las calles de Estados Unidos como en los parlamentos de Europa. Las bases de estos movimientos políticos se envalentonan cada vez más, mientras sus opiniones, amenazas y actitudes se radicalizan. Un ejemplo alarmante de esta normalización del odio ocurrió en noviembre de 2024 en Ohio (Estados Unidos), donde, tras la victoria de Trump, un grupo de supremacistas blancos marchó por las calles portando banderas nazis y entonando cánticos racistas, celebrando de esa manera los resultados. Estas escenas se vuelven cada vez más recurrentes. Nos encontramos frente a la normalización del odio y del nazismo.

Marine Le Pen, quien personifica la nueva derecha en Francia, sostuvo recientemente que la victoria de Trump «es un ladrillo más en la construcción de un nuevo mundo destinado a reemplazar al viejo». A menudo, el ascenso de los autoritarismos pasa desapercibido en su transcurso; mientras se desarrolla, suele subestimarse, y es difícil creer que pueda afectarnos personalmente. Generalmente, la toma de conciencia sobre su impacto llega cuando el daño ya está hecho. A pesar de ello, muchas personas siguen otorgando sus votos en las urnas a esas opciones del autoritarismo. En el relato de estas nuevas derechas, se celebra un pasado heroico, caracterizado por campañas militares y soldados leales, mientras las mujeres son retratadas en un rol de cuidadoras, encargadas de la crianza de la próxima generación.

Vivimos en una era donde las costumbres más arcaicas y sombrías se presentan como novedades, pero no son más que

versiones reeditadas de un viejo camino que se intenta imponer por la fuerza. Para comprender las nuevas derechas, es necesario identificar qué hay de nuevo en ellas, y sin perder de vista cómo sus discursos, prácticas y formas evocan aspectos del pasado. En la visión de estos nuevos populismos, el pasado está estrechamente vinculado a normas de género tradicionales y a una estructura de poder patriarcal. Su objetivo es reinstaurar en la sociedad el modelo de familia patriarcal, al que denominan natural y consideran el núcleo de las tradiciones nacionales de Occidente, las cuales, según la nueva derecha, se han visto debilitadas por el progresismo y el cosmopolitismo. Esta visión es clave, ya que la idea de «antiprogresismo» (al igual que la de antifeminismo, pues el populista de la nueva derecha se presenta como el líder masculino y viril, que lucha contra todo lo que aparece como «afeminado») constituye un elemento aglutinador en los discursos de esta corriente.

¿Qué semejanzas y diferencias pueden encontrarse en relación con las derechas tradicionales? ¿De qué manera se vinculan con los legados e identidades de las derechas del pasado? El hecho mismo de autodenominarse «nuevas» las sitúa en una posición diferenciada, marcando una cierta distancia respecto de las «viejas».

Lo que resulta evidente es que esta corriente mantiene una búsqueda de un chivo expiatorio al que responsabilizar, a la vez que le declara una guerra frontal a lo que denomina lo «políticamente correcto» (actualmente rebautizado por algunos como lo *woke*). Al respecto, en el libro de varios autores *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas* (2023), con edición a cargo de Pablo Stefanoni y José Antonio Sanahuja, Stefanoni nos ofrece la siguiente reflexión:

> Uno de los ejes discursivos de las derechas radicales actuales es la existencia de una nueva inquisición. La emergencia de Greta Thunberg como heroína de la lucha contra el calentamiento global, las «cazas de brujas» del Me Too —el movimiento que nació para denunciar acoso y abuso sexual en la comunidad de Hollywood pero luego se extendió hacia el resto del mundo—, las clases de educación sexual en las escuelas, los rescatistas de inmigrantes en el Mediterráneo, la omnipresencia del viejo financista George Soros como el gran villano detrás de todas las causas progresistas, los movimientos por la legalización del aborto, el lenguaje inclusivo, las normas de discriminación positiva, la militancia de los veganos o los animalistas...

En este contexto, el «líder de la nación» asume el papel de figura paterna dentro del imaginario de la «familia tradicional», convirtiéndose en un componente central de su guion ideológico. Se erige como el padre de la patria, un símbolo de autoridad moral y poder, que no muestra debilidad, es superior e irrefutable. Al igual que la figura del padre ha sido construida como un «sostén» del hogar, el populista de la nueva derecha se presenta como el guardián de la nación y el protector del pueblo, cuya autoridad se cimenta en su «fortaleza», la cual en ocasiones se simboliza con una máscara de león, guerrero o macho alfa. Por esta razón, avances como los estudios de género o el feminismo son percibidos por figuras como Milei, Abascal o Trump como amenazas. El patrimonio cultural de su país, como las estatuas o monumentos, no les interesa, salvo cuando lo usan como argumento para atacar las marchas feministas, actuando como «justicieros», así como hacen los «justicieros del deporte», aquellos que se oponen a la participación de las personas trans en campeonatos deportivos, aunque únicamente se interesen por el deporte en ese aspecto.

Lo repito: el mundo democrático atraviesa un momento oscuro. En las últimas elecciones estadounidenses de 2024, se confirmó que esta tendencia continuará, mientras los jóvenes están aprendiendo que se puede violar y agredir sexualmente a las mujeres, mentir sin

cesar, ser condenado por múltiples delitos, relacionarse con traficantes sexuales de menores como Jeffrey Epstein, idolatrar a dictadores como Putin, hacer acuerdos con Maduro, robar dinero de organizaciones benéficas e incitar disturbios..., y que, aun así, se puede llegar a la presidencia dos veces.

2

La fe ha llegado al poder

En la actualidad se observa una intensa competencia por captar la atención del público, lo cual ha llevado a los votantes a alejarse de la propuesta racional y cívica del debate político. Este cambio ha sido sustituido por espectáculos diseñados para atraer y mantener cautiva a la audiencia. En este escenario transformado, la calidad del discurso queda eclipsada por la lucha infernal por producir contenido en forma de *show* político, un panorama donde el entretenimiento de la crueldad y la provocación toma el control de las interacciones sociales.

Estos líderes carismáticos, cada vez más payasescos, buscan que un pueblo o un país se vea a sí mismo como excepcional, único y predestinado a dominar a otros pueblos o países y a prevalecer por ser el «mejor». Todas estas herramientas contribuyen a que los movimientos y líderes de la nueva derecha operen de manera similar a sectas o cultos. Como sabemos, la mayoría de las sectas se organizan en torno a una figura carismática que controla y manipula a sus seguidores.

Se estima que en Estados Unidos operan más de cinco mil cultos destructivos con diferentes niveles de influencia, los cuales manipulan psicológicamente a millones de personas, y que muchos de esos cultos tienen vínculos con la política (eso sin mencionar a las incontables fundaciones y sus cursos). Estas sectas emplean técnicas

de lavado de cerebro para anular la voluntad individual, creando un entorno de sumisión y dependencia hacia un líder o un dogma. A menudo, los seguidores son aislados de sus familias y amigos, lo que facilita el control de la persona captada y dificulta su escape o recuperación. Estos cultos organizan costosos talleres y seminarios con el objetivo de «iluminar» a sus participantes, y muchos de esos talleres se realizan en salones de conferencias de hoteles. Al adoptar la mentalidad de grupo, los miembros comienzan a actuar como vigilantes internos de sí mismos. Además, la nueva derecha tiende a interpretar el mundo en términos binarios, ya que este enfoque simplista es el único que parece comprender: blanco o negro, bien o mal, gente de bien frente a parásitos, puros contra degenerados, morales contra inmorales, empresarios versus personas que viven de planes sociales.

Steven Hassan, autor estadounidense y exmiembro de un culto, ha repasado desde su experiencia personal algunas características y rasgos para reconocer un culto y cuándo una persona se encuentra bajo su influencia.[1] En su libro *The cult of Trump* (2019), Hassan considera a Trump como el líder de un culto político, sugiriendo que no sólo debemos analizarlo desde la psicología, sino también desde la perspectiva de la manipulación. Este análisis no se limita a Trump, sino que se extiende a otros representantes del movimiento de la nueva derecha.

Los desafíos actuales son grandes, ya que hoy, en la era de los medios de comunicación e internet, la gente puede ser reclutada con facilidad a un clic de distancia. Trump logró persuadir a millones de personas para que lo apoyaran, creyeran en él y lo adoraran, en un proceso que le llevó años. Durante su primera presidencia señaló a medios periodísticos como *The New York Times* o la CNN como los principales «enemigos del pueblo». Javier Milei ha adoptado una

postura idéntica, declarando la guerra a todos los periodistas que lo critican y haciendo que Argentina cayera 26 puestos en el ranking de Reporteros Sin Fronteras que evalúa la libertad de prensa.

Estas figuras buscan proyectarse como entidades sobrenaturales o divinas. Sus seguidores, cautivados, llegan a creer que hay fuerzas místicas que operan para llevarlos al poder. Los líderes alimentan esta narrativa persuadiendo a sus seguidores de que el mundo es un lugar peligroso que sólo ellos pueden «arreglar». En este proceso, elaboran listas de miedos, enemigos y objetivos, dictando a sus seguidores qué temer, qué odiar, qué combatir y qué aplaudir. Todo ello acompañado de demandas de obediencia y lealtad absolutas, reforzadas mediante amenazas y escraches públicos, excomunión social e insultos dirigidos a quienes se atreven a cuestionar sus delirios de grandeza.

Para ello, tales líderes se valen de maquinarias mediáticas, redes sociales, troles (en el caso del gobierno de Javier Milei, financiados con recursos de los contribuyentes), *influencers* y fanáticos del culto, entre otros medios. En el caso de Donald Trump, además de los agentes del régimen ruso, destacan Nexstar Media Group, Fox Corporation, Breitbart News, Sinclair Broadcast Group y, especialmente, Trinity Broadcasting Network, fundada en 1973 como la primera plataforma mediática evangélica, que proyectó a figuras como los fundamentalistas evangelistas Pat Robertson (1930-2023) y Franklin Graham (el evangelista que, en enero de 2025, equiparó la toma de posesión de Trump con la bendición de Dios).

Desde tales medios, los «teleevangelistas» cautivaron a una enorme audiencia, definida incluso por expresentadores de estos programas televisivos como una red de «charlatanes», «autoproclamados profetas» y «recaudadores en serie de fondos». En nuestros días, la Trinity Broadcasting Network es la red televisiva

religiosa más grande del mundo, con una audiencia estimada de unos dos mil millones de espectadores. Esta red se ha convertido en un pilar fundamental de apoyo para Donald Trump y el movimiento MAGA, siendo clave la captación de una gran parte del voto evangélico para su llegada a la Casa Blanca.

Durante la década de 1970, los evangélicos comenzaron a acceder a un mayor número de canales de radio y televisión, incrementando así significativamente su influencia en la política estadounidense. Estos grupos contaron con el apoyo de la red de medios Christian Broadcast Network (Red de Radiodifusión Cristiana), fundada en 1959 y operada por el magnate Pat Robertson, quien utilizó los medios para unificar y movilizar a la base cristiana evangélica conservadora. La tecnología ha cambiado, pero los mecanismos parecen ser los mismos...

El copresidente de la Freedom From Religion Foundation, escritor y expastor evangélico Dan Barker (que ya en 1984 se declaró ateo) escribió el artículo «La importancia de la separación de gobierno y religión» (2022), que se publicó en castellano en *Revista Eupraxofia*. En dicho artículo, Barker señala que Estados Unidos se está alejando de los avances progresistas y positivos del secularismo alcanzados en el siglo xx. Esto resulta especialmente significativo si se considera que fue el primer país en la historia en separar la Iglesia del Estado, quitando el poder a los sacerdotes y reyes. Sin embargo, un ejemplo reciente de este retroceso es la decisión de la Corte Suprema estadounidense de anular el derecho federal al aborto después de medio siglo, una medida impulsada principalmente por la influencia del poder religioso en el país. Según Barker (2022):

> Seis de nuestros nueve jueces de la Corte Suprema se criaron como católicos romanos (uno de ellos, Neil Gorsuch, ahora es episcopal, pero vota consistentemente con la mayoría católica conservadora). La mayoría de esos jueces, incluidos los tres designados por Donald Trump, son

> ultraconservadores. No representan los puntos de vista de la mayoría de nuestra población, pero sus ideologías trogloditas se imponen al resto de nosotros. Una feroz batalla, liderada por cristianos evangélicos conservadores y los católicos «provida» (una minoría en ambos bandos), está presionando a los estados para que anulen las libertades de aborto o fortalezcan las prohibiciones de aborto que ya existen. Realmente somos testigos de una toma de posesión antidemocrática de una nación que alguna vez fue felizmente secular.

Por otro lado, Ariel Goldstein, en *Poder evangélico* (2021), explica lo siguiente:

> [...] en 1973 se produjo por parte de la Corte Suprema de Estados Unidos el fallo Roe vs. Wade, que permitió el acceso de las mujeres al aborto, basado en el «derecho a la privacidad» de la decimocuarta enmienda a la Constitución. Esta situación, entendida por los evangélicos como una amenaza, los llevó hacia una entrada en la política. Uno de los articuladores de este movimiento conservador, el pastor Jerry Falwell, señaló al respecto: «La decisión del Tribunal Supremo [Corte Suprema] de legalizar el aborto por demanda hizo más para destruir nuestra nación que cualquier otra decisión que haya tomado». Roe vs. Wade sirvió como factor unificador que hizo dejar de lado las diferencias en pos de una unión de la derecha religiosa.

El alineamiento entre republicanos y evangélicos, iniciado en 1980 con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia, no sólo se ha mantenido, sino que con Trump ha alcanzado niveles de radicalización y viralización producto de las plataformas digitales contemporáneas. Los pastores evangelistas han ganado relevancia en el liderazgo republicano, como señala Goldstein (2021), y los predicadores evangélicos llegaron incluso a comparar a Trump con figuras bíblicas como el rey David y el rey Ciro, en un intento de justificar su desconexión con los valores puritanos en la vida personal.

Poco a poco, estos cultos logran controlar a sus miembros, hasta el punto de que estos últimos adoptan nuevos vocabularios, términos o expresiones (como *deep state* [Estado dentro del Estado], batalla cultural, marxismo cultural o globalismo), eslóganes

y credos religiosos propios (como el de MAGA o el concepto *Build the Wall* [«Construyamos el muro»]). Sin embargo, hay aspectos aún más significativos... En su libro *The cult of Trump* (2019), Steven Hassan señala que existe un patrón recurrente entre los líderes de los cultos. Este patrón incluye experiencias como crecer en entornos familiares fríos y autoritarios, estar expuesto a una mentalidad militar, presenciar actos y comportamientos agresivos en figuras mayores durante la infancia, pasar extensos períodos en comunidades o grupos religiosos y someterse a la influencia de otras figuras autoritarias, siempre buscando algún tipo de validación. Hassan (2019) añade lo siguiente:

> El padre de Trump [Fred] fue la mayor influencia para él; duro, demandante y adicto al trabajo, no era afectivo, era supercrítico y no le dio nunca un cumplido. Las infancias que crecen así generalmente empiezan a tener maneras exageradas con el fin de llamar la atención. Trump dijo en sus propias palabras que fue un niño difícil, como confesó en el libro *Trump: the art of the deal*[2] [...]. Un compañero de Trump, Steven Nachtigall, ahora médico, lo describió como un «buscapleitos bocón». Desde joven, Trump ya tenía fama de intimidar a otros y de ser un *bully*; incluso en la academia militar se metía en peleas, siempre siguiendo las instrucciones de su padre. Trump admiraba a su padre, quien mostró tendencias racistas desde muy joven. En 1927, durante el Día de los Caídos, mil miembros del Ku Klux Klan se enfrentaron con la policía en las calles de Queens [Nueva York]. Fred Trump, de veintiún años, fue uno de los siete hombres arrestados por estar involucrado en las protestas del KKK.

Trump consolidó un culto a su personalidad desde el cual instrumentaliza la política y la religión bajo la ideología de la nueva derecha y que se caracteriza por ser antiaborto, anticiencia y antidiversidad. Este culto le permite proyectarse a sí mismo como «figura central planetaria», uniendo su imagen al Partido Republicano, que actualmente representa al nacionalismo cristiano. Tras haberse reinventado en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, la «presidencia» se convirtió en su manifestación más reciente y poderosa.

Hassan también destaca que «el negocio opera en ambos sentidos». Las organizaciones religiosas de derecha utilizan a Trump como un medio para vender sus propias agendas políticas y religiosas, mientras que él capitaliza el respaldo de estas entidades para consolidar su liderazgo. Este fenómeno genera un sistema de retroalimentación perversa, con jerarquías y estructuras sectarias en las que se encuentran grandes intereses económicos, ambiciones de poder y, en muchos casos, dinámicas de explotación sexual.

La única ideología de Trump es la de «ganar»; y persigue ese objetivo a toda costa, sin aceptar la posibilidad de perder y manifestando berrinches cuando algo no resulta como esperaba. Esto es alarmante, especialmente si se considera su historial empresarial, caracterizado por múltiples fracasos y transacciones ejecutadas a través de métodos cuestionables, incluyendo extorsiones (como hace ahora, cuando, si alguien no acepta lo que él quiere, le incrementa los aranceles de importación). Dos de los negocios de Trump, el casino Trump Taj Mahal y el Hotel Plaza, colapsaron, mientras que Trump Shuttle cerró sus operaciones. Trump lleva ya seis bancarrotas, ya que sus empresas no estaban en condiciones de pagar sus deudas.

Pero, en sus inicios como empresario, Trump aprovechó exenciones fiscales en Nueva York para sostener el imperio inmobiliario, a pesar de sus repetidos tropiezos financieros. Profundamente endeudado, encontró un salvavidas en oligarcas rusos dispuestos a inyectar grandes sumas de dinero. Es pertinente señalar cómo, desde la década de 1990, los vínculos entre Trump y Rusia fueron fortaleciéndose. «Ninguna entidad en Estados Unidos le prestaba; todo venía de Rusia. Su conexión con Rusia fue más cercana de lo que admite», escribe Michael Hirsh en su artículo en *Foreign Policy* titulado «How Russian money helped save Trump's

business» (2018). Inicialmente, el apoyo se materializó a través de asociaciones inmobiliarias y compras de condominios de Trump. A inicios de la década de 2000, comenzó a colaborar con dos empresarios rusos que lo ayudaron a transformar su actividad de constructor en una marca global. Como indicó Hirsh, para 2015, cuando anunció su candidatura, Trump ya estaba «profundamente conectado con este misterioso flujo de capital extranjero». Durante su primera presidencia, quedó expuesto que muchas de las políticas tomadas fueron para favorecer determinados objetivos estratégicos rusos, como distanciar a Estados Unidos de sus principales aliados democráticos a escala global. En lo que va de esta segunda presidencia, ya no caben dudas.

Un aspecto clave del comportamiento mafioso de Trump puede encontrarse en la influencia de Roy Cohn (1927-1986), abogado de Trump durante muchos años y conocido letrado defensor de mafiosos en Nueva York, además de ser figura central en las audiencias de la cruzada anticomunista promovida por el senador Joseph McCarthy en la primera mitad de la década de 1950. Cohn fue uno de los personajes clave en la vida de Trump: un hombre gay que fue conocido por perseguir y extorsionar a otros homosexuales durante la llamada «caza de brujas» del «terror lila» en la década de 1950, una campaña destinada a expulsar a funcionarios gubernamentales que fueran gais.

A lo largo de su carrera, Cohn se especializó en tácticas intimidatorias y ganó notoriedad como asesor principal del Comité de Joseph McCarthy, de quien hablaremos más tarde, desempeñando un papel crucial en la expulsión y purga de presuntos comunistas del gobierno de Estados Unidos. La influencia de Cohn sobre Trump marcó profundamente su estilo de liderazgo,

caracterizado por la agresión, la manipulación y la ausencia de escrúpulos en la búsqueda del poder y del dinero.

Cohn, quien además mantenía vínculos con la delincuencia organizada, influyó profundamente en Trump al inculcarle un estilo combativo cuyas consignas eran no admitir nunca errores, contraatacar siempre y proyectar una imagen constante de victoria. Así lo explica el periodista estadounidense George Packer en su artículo «The mafia style in American politics» (2019), publicado en *The Atlantic*:

> La vida de Cohn conecta la era McCarthy con la era Trump a lo largo de más de medio siglo, un hilo oscuro en la política estadounidense. McCarthy lo contrató como asesor principal de su Subcomité Permanente de Investigaciones y lo hizo tristemente famoso como cazador de comunistas. Cohn, a su vez, fue el mentor de Stone, quien comenzó como un estafador sucio de Nixon y luego presentó a Cohn a Ronald Reagan, a quien Cohn presentó a Rupert Murdoch. Cohn y Trump se conocieron en un club nocturno de Nueva York en 1973, cuando Trump tenía veintitantos años y la Organización Trump había recibido una demandada del gobierno federal por prácticas racistas sobre la vivienda. Trump reconoció a un hombre que parecía su propia imagen: un jugador despiadado que sabía cómo ganar. Trump se convirtió en cliente y protegido de Cohn. Ganaron el caso sin perder el paso, contraatacando, planteando acusaciones falsas y sin admitir nada malo. «Donald Trump es probablemente uno de los nombres más importantes de Estados Unidos hoy en día», dijo Cohn a un entrevistador en 1984, después de despejar el camino para que Trump construyera su torre en la Quinta Avenida.

Fue Cohn quien le enseñó a litigar de manera agresiva y a tratar los problemas legales como guerras personales, estrategia que Trump ha replicado a lo largo de su vida pública y privada. Incluso en lo simbólico, Cohn dejó huellas: desde el cuidado obsesivo por la imagen y la adicción al bronceado hasta el uso de tácticas de intimidación para consolidar poder, moldeando al Trump que conocemos hoy.

En enero de 2025, Meta, empresa matriz de Facebook, Instagram, Threads y WhatsApp, revisó su política de «conducta de odio», eliminando el término «discurso de odio» y las protecciones contra el odio hacia grupos como la comunidad LGTBI+, las mujeres y los inmigrantes. Ahora se permite lenguaje ofensivo como llamar a las personas LGTBI+ «enfermas mentales» o «anormales». Esto ocurre sólo cuatro años después de que Meta suspendiera la cuenta de Trump por difundir desinformación; claro que, en el juicio (o juicios) entre Meta y Trump por este tema, a finales de enero de 2025, Meta acordó pagar una compensación de 25 millones de dólares a Trump para cerrar las demandas de éste. Trump celebró los cambios, sugiriendo que eran una respuesta a sus amenazas previas a Zuckerberg (quien fue una de las estrellas invitadas a la ceremonia de asunción de Donald Trump en enero de 2025). Ahora, Meta se enfoca en «restaurar» una supuesta «libertad de expresión», dejando atrás los intentos de equilibrar la libertad con la civilidad. Estas extorsiones son visibles y se deben reconocer, puesto que son las que Trump aprendió de Roy Cohn. Otro ejemplo de extorsión se dio durante una crisis diplomática iniciada por el presidente estadounidense cuando Colombia rechazó dos vuelos con deportados de Estados Unidos. Como respuesta, Trump amenazó con imponer aranceles del 25 % a los productos colombianos y restricciones en los visados.

Con su papel de presentador durante 14 temporadas de su *reality show* «The Apprentice» (creado por Mark Burnett y emitido entre 2004 y 2017 por la NBC), Trump se convirtió en un personaje mediático, al igual que Milei con sus constantes apariciones en televisión. Ambos construyeron su imagen como celebridades que se sitúan en el centro de las noticias, fomentando conflictos permanentes y manteniéndose en el foco mediático, aprovechando

que muchos medios les otorgan exposición por la búsqueda de audiencia y puntos de cuota de pantalla, medios que acaban siendo cómplices de la creación del monstruo. De esta forma, en lugar de fomentar votantes reflexivos con pensamiento crítico, las personas son transformadas en consumidores de políticos que les ofrecen un espectáculo mediático constante, las 24 horas del día, los siete días de la semana, durante todo el año. Lo que deberíamos tener en cuenta es que, cuando dejamos de ver al payaso, empieza a cerrarse el circo.

Con todo esto, la política se ha transformado en un espectáculo de entretenimiento, al igual que lo hacía Silvio Berlusconi en Italia, quien durante décadas construyó su imagen desde la televisión y con espectáculos y exhibiciones personalistas propias del populismo más rancio. En su artículo «Elon Musk and the decline of Western civilization» (2025), Francis Fukuyama sostiene que Silvio Berlusconi inventó la oligarquía moderna y que Musk la está expandiendo:

> El ex primer ministro italiano fue el inventor de la forma moderna de oligarquía, en la que un individuo rico utiliza su dinero para comprar su camino hacia un cargo político mediante la adquisición de empresas mediáticas, y luego utiliza su cargo político para proteger sus intereses comerciales [...]. Musk no estaba comprando la plataforma [Twitter] por razones económicas, ni estaba interesado en defender la libertad de expresión como él sugirió. Más bien quería comprar influencia política, lo que hizo con creces. X pasó de ser una plataforma ligeramente de centroizquierda a convertirse en un megáfono del MAGA, que Musk utiliza muchas veces al día para difundir sus propias opiniones políticas. Eso y los 250 millones de dólares que donó a la campaña de Trump hicieron mucho para ayudar a que Trump fuera elegido, y Trump ahora le ha dado funciones políticas como codirector del DOGE [Departamento de Eficiencia Gubernamental] y asesor multiusos. No es necesario documentar los enormes conflictos de intereses de los que Musk podrá beneficiarse en su cargo actual, dada la importancia del gobierno federal para Tesla y SpaceX [...]. En 2020, dijimos en nuestro informe que las grandes plataformas de internet eran como un arma cargada sobre la mesa frente a nosotros, y sólo podíamos esperar que ningún mal actor la tomara y nos disparara con ella. Ese escenario es el que se ha desarrollado ahora con Twitter [X] y Elon Musk. Por lo tanto,

> reducir la escala y el poder de la plataforma sigue siendo una prioridad, pero la reforma está bloqueada, porque la plataforma ahora maneja un arma muy grande.

Tal vez Milei no encaje estrictamente en la categoría de *influencer*, pero sí podemos afirmar que la construcción de su imagen, su exagerada exposición mediática y también la propaganda de su gestión están manejadas por jóvenes *influencers* enfurecidos con las mujeres, siendo ellos quienes contribuyeron a aumentar la visibilidad del personaje de cara a la campaña presidencial desde el inicio de la pandemia hasta la actualidad. El populismo termina siendo la construcción de una marca en la política, un modelo de marketing que juega con el personalismo y apela a las emociones de la gente.

La autora de *El racismo y la brutalidad policial en los Estados Unidos* (2022), Esther Pineda, destaca un detalle sobre el casino y los negocios en Atlantic City, cuando cuenta que la empresa inmobiliaria de Donald Trump fue investigada por prácticas discriminatorias al negarse a alquilar apartamentos a la población afroamericana. Además, en 1981 llovieron denuncias que indicaban que, cuando Trump y su entonces esposa visitaban el casino de su propiedad en Atlantic City, había instrucciones explícitas de no permitir que personas negras estuvieran cerca de ellos. Trump también fue criticado y denunciado públicamente por hacer comentarios insultantes sobre diferentes grupos étnicos. Definitivamente, la inclinación política hacia figuras como Donald Trump representa una manifestación extrema de la capacidad humana para entregarse a la maldad. Es difícil cambiar la ignorancia y el deseo de algunas personas de institucionalizar la crueldad (personas que, además, disfrutan con el ejercicio de ésta), pero ciertos símbolos nos ayudan a identificarlas, como es el caso de los

gorros rojos con el lema *«Make America great again»*, que dio lugar al movimiento MAGA.

Se vuelve cada vez más interesante analizar el funcionamiento de la mente humana frente a estos fenómenos que encarnan el narcicismo político. Los cultos tienden a proliferar en tiempos de cambios bruscos, especialmente cuando se produce una desconexión entre las personas y las instituciones. Generalmente de manera inconsciente, el ser humano tiende a buscar a alguien que ofrezca una sensación de seguridad, y por eso hay personas que se convierten en presas fáciles y vulnerables a los cultos, y más en un mundo de persuasión y desinformación donde los hechos y la evidencia pierden relevancia. Esto se debe, en parte, a que una de las estrategias más poderosas de los movimientos de la nueva derecha para desorientar a sus seguidores consiste en desestabilizar su mente alterando su percepción de la realidad. Trump domina el arte de generar confusión: lanza información contradictoria y falsa con una convicción tal que, para muchos (tanto personas con formación como sin ella), resulta difícil cuestionarla, y, además, utiliza herramientas de oratoria que refuerzan su mensaje.

Estos políticos narcisistas mienten de manera descarada, y al mantener a su audiencia en un estado de ambigüedad, fomentan una dependencia hacia su figura, como si sólo ellos poseyeran las respuestas en medio del caos. Repetir, repetir, repetir... Repetir hasta que se grabe en la mente: Fred Trump, el padre de Donald Trump, le repetía una y otra vez la siguiente frase: *«You are a killer, you are a king, you are a killer»* [«Eres un asesino, eres un rey, eres un asesino»]. La persona que hoy ocupa la Casa Blanca internalizó estas palabras, adoptando una mentalidad con la que percibe el mundo y a los demás en términos de depredador y presas. *«He who saves his country does not violate any law»* [«Quien salva a su país

no viola ninguna ley»]. Éstas fueron las palabras de Donald Trump en febrero de 2025, usando en redes sociales la misma justificación que han usado todos los tiranos de la historia para sus abusos. Cuando un líder se coloca por encima de la ley en nombre de una supuesta salvación nacional, lo que sigue no es orden, sino autocracia y en este caso, además, una alta cuota de teocracia.

En el libro *La era de la propaganda* (1994), de Anthony Pratkanis y Elliot Aronson, hay un capítulo titulado «Cómo convertirse en dirigente de una secta» en el que se expone un conjunto de tácticas que utilizan las sectas y los cultos. Primero, se crea una realidad social propia, eliminando cualquier información que no provenga del culto o de la secta (en el caso de Trump, esto se lograría mediante la descalificación de los hechos tachándolos de *fake news*). Luego, se construye una visión de un mundo cerrado (por ejemplo, un «Estados Unidos amurallado»), que los seguidores utilizan para interpretar los acontecimientos. Además, se establece un «grupo interno» de seguidores que contrasta con un «grupo externo» maligno. El proceso comienza con pequeñas peticiones, como donaciones modestas o asistencia a mítines, y se refuerza el carisma del caudillo a través de mitos o historias que se transmitan de boca en boca. Asimismo, se alienta a los miembros a promover el mensaje del líder sin esperar recompensas económicas, mientras se les disuade de prestar atención a pensamientos críticos. Finalmente, se debe ofrecer una «tierra prometida» —como el ideal del eslogan *«Make America great again»*— accesible sólo para los «verdaderos creyentes», y repetir este mensaje sin parar.

El plato estaba listo para ser servido: las nuevas derechas sólo necesitaban el momento adecuado, el desencanto cíclico de las masas, la crisis y la ansiedad, todo aderezado con una pizca de miedo, incertidumbre, hartazgo y resignación. Todo esto les otorga

una especie de permiso para justificar el trato inhumano hacia quienes llama «desestabilizadores sociales». El populista se aprovecha de que la búsqueda de protección prevalece, respondiendo a los instintos primitivos de los seres humanos.

El castigo final al enemigo se convierte en uno de los principales incentivos y promesas de campaña. Los militantes de la nueva derecha buscan satisfacer la necesidad de que el «papá líder» castigue al enemigo que se comporta mal, lo que contribuye a la formación de una nueva identidad colectiva y simbólica. De ahí que los mensajes que repiten sean del tipo «hay que destruir a los zurdos de mierda», «el único comunista bueno es el comunista muerto» y otros de esa índole, proyectados todos en el «zurdo enemigo», un «monstruo» que abarca a cualquiera que se cruce en la peregrinación o cruzada de la nueva derecha.

En *La cuarta ola* (2024a), Goldstein sostiene que, en la actualidad, presenciamos una «cuarta ola» de la derecha, al menos en América Latina: la primera ocurrió entre 1920 y 1950, influenciada por la admiración hacia los fascismos europeos. La segunda surgió en la década de 1960, marcada por la Guerra Fría, la Doctrina de Seguridad Nacional (estrategia impulsada por Estados Unidos en América Latina para frenar el comunismo) y la proliferación de dictaduras que dominaron la región hasta finales de la década de 1980. La tercera ola llegó con los populismos de derecha de políticos como Fujimori, Menem y Collor de Mello, en el contexto de las reformas del Consenso de Washington tras la caída del Muro de Berlín.

La cuarta ola, la actual, se caracterizaría por las conexiones globales de la nueva derecha y el papel crucial de las redes sociales en su crecimiento. Muchas de estas organizaciones están unidas bajo la Fundación Disenso, el brazo ideológico de Vox (similar a lo

que fue y es la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales [FAES] para el Partido Popular español), y su famosa Carta de Madrid, firmada por decenas de partidarios de esta nueva derecha. Desde allí, se destacan los vínculos cercanos entre los Bolsonaro en Brasil, Baudet en Países Bajos, Trump en Estados Unidos, Bukele en El Salvador, Milei en Argentina, Orbán en Hungría, Le Pen en Francia, Meloni en Italia, Kast en Chile, Verástegui en México y muchos otros, todos ellos conectados a través de estas redes y generadores de eventos internacionales de la talla de la CPAC (Conservative Political Action Conference) o el Foro de Madrid, también una iniciativa de Vox, eventos en los que se reúnen varias veces al año en distintos lugares del mundo para difundir sus ideas y reclutar jóvenes. Esta nueva derecha está organizada internacionalmente a través de diversas plataformas que se suman a las ya mencionadas, incluyendo The Movement (o El Movimiento, organización conocida como «La internacional de la nueva derecha»), fundada y liderada por el estadounidense Steve Bannon y con sede en Bruselas, o bien ONG o *think tanks* como Turning Point, con sede en Phoenix (Arizona) o la Heritage Foundation, con sede en Washington, D. C.

Considerando el dinero y financiamiento proveniente de organizaciones religiosas y distintas iglesias, también es relevante mencionar el apoyo financiero de Vladímir Putin y el de figuras específicas de la nueva derecha estadounidense, como Alex Jones y Tucker Carlson, así como el principal «caballo de Troya» ruso en Europa, el líder del partido Fidesz y primer ministro de Hungría desde 2010, Viktor Orbán. Todas estas conexiones se fundamentan en su respaldo compartido a la idea de los «valores tradicionales», un tema central tanto en el discurso de estas figuras de la nueva derecha como en la narrativa oficial de Moscú, y en personajes como el dictador Nicolás Maduro, quien tiene miles de presos políticos en

centros de detención y tortura, y que apela exactamente a la misma retórica sobre la «decadencia moral».

En esta línea, el discurso de Maduro comparte los mismos condimentos que el de Javier Milei, Donald Trump, Santiago Abascal o cualquiera de los *influencers* asociados a este movimiento. En un episodio de su programa «Maduro Podcast» (otro narcisista), Maduro afirmó que el mundo atraviesa «una cultura totalmente decadente, de la pornografía, de la drogadicción autodestructiva, de la disolución del núcleo familiar, de la disolución social», y que «hay una destrucción de los valores de la familia, del derecho a la vida». Insisto, no es Le Pen, no es Orbán, no es Abascal, no es Milei, no es el gurú Peterson... Es Nicolás Maduro.

En ese ámbito conservador, Venezuela se convierte en una especie de meca para los promotores de la batalla cultural. Allí, todos los derechos humanos son vulnerados, pero también lo son los derechos de las personas LGTBI+. En el país no existe marco legal que reconozca las uniones entre personas del mismo sexo, y a las personas trans se las maltrata desde el poder y se les prohíbe hacerse cambios de nombre. Además, Maduro ha recurrido a la homofobia como herramienta política, al igual que lo hacen los miembros del movimiento MAGA.

Una de las principales figuras del régimen, el fiscal general de Venezuela, Tarek William Saab, ha profundizado en las narrativas homofóbicas y transfóbicas. Saab afirmó que las personas trans son «aberraciones humanas» que hay que «combatir» porque, según él, «tienen que ver con la traición moral, la traición espiritual, mental, a tener un camino recto». Declaraciones que sintonizan con los discursos de Donald Trump, quien también utiliza expresiones similares cuando habla de la «locura transgénero» y ataca activamente a las personas trans (en enero de 2025, Trump modificó

las webs oficiales del gobierno y quitó las letras I y T de la sigla LGTBI+, invisibilizando y borrando a las personas intersexuales y trans).

Saab también mostró la postura oficial del régimen venezolano respecto del matrimonio igualitario, y así lo sostuvo: «La Constitución que yo firmé y aprobamos establece el matrimonio entre un hombre y una mujer, es lo que yo defiendo»; ésa fue la respuesta del poderoso funcionario al ser consultado sobre la posibilidad de legislar sobre el matrimonio igualitario. El discurso de Vladímir Putin se alinea perfectamente con todo ello, consolidando su postura en torno a los «valores tradicionales» mediante una estrecha alianza con la Iglesia ortodoxa rusa. Esta institución, liderada por Cirilo (o Kirill), patriarca de Moscú y de todas las Rusias, juega un papel central en la narrativa de la «defensa moral» frente a la «decadencia occidental». A Dios invocando y con el veneno dando..., así es como se convierte Putin, a lo largo de muchos años de trabajo, en el gran inspirador del actual Partido Republicano estadounidense, con defensores que lo son abierta y desvergonzadamente, como el propagandista estadounidense Tucker Carlson, quien viajó a Rusia a entrevistar a Putin. Tras su entrevista con el *de facto* dictador ruso, justificó sus asesinatos diciendo que «todo líder mata gente».

De hecho, en su artículo «Extremas derechas: 50 tonos de pardo y un deseo de transgresión» (2024), Confavreux y Salvi destacan el reciente libro de los sociólogos Kristina Stoeckl y Dmitry Uzlaner titulado *The moralist international* (2022),[3] del que dicen lo siguiente:

> [...] explora la genealogía de un discurso común entre la derecha cristiana estadounidense y la Iglesia ortodoxa rusa. Rastrea los orígenes y las razones de la similitud entre la retórica del Kremlin y la de las extremas derechas estadounidense y europea sobre los valores tradicionales, la familia, el aborto y

la «decadencia de Occidente». El libro explora cómo la extrema derecha cristiana estadounidense exportó sus ideas a Rusia en la década de 1990 mediante la fundación del World Congress of Families, una organización alojada en el *think tank* conservador Centro Howard para la Familia, la Religión y la Sociedad, que desde entonces se ha convertido en la Organización Internacional para la Familia.

La Iglesia ortodoxa rusa, como aliada espiritual de la agenda de Putin, ha reforzado estos enfoques políticos. El patriarca Cirilo ha llegado a calificar el matrimonio igualitario como un «signo apocalíptico», y ha insistido en la «misión especial» del pueblo ruso bajo el liderazgo de Putin, consolidando aún más su régimen totalitario. Al presentar los valores progresistas occidentales (todo lo que la nueva derecha detesta) como una amenaza existencial, la retórica de Cirilo alimenta un nacionalismo exacerbado y un rechazo a los derechos humanos básicos, un panorama en el que Putin sofoca cualquier forma de oposición política y también persigue sistemáticamente a activistas LGTBI+.

Bajo el régimen de Putin se han aprobado leyes que limitan lo que denomina «propaganda homosexual» y se han intensificado las represalias contra quienes cuestionan este modelo social, reforzando así una agenda que sintoniza con la de sectores conservadores a escala global. Este enfoque consolida su base interna y establece conexiones ideológicas con actores de la nueva derecha en otros rincones del mundo. Cabe destacar nuevamente la amigable y sólida relación entre Trump y Putin, a quien el presidente estadounidense describió como «un líder muy fuerte y competente»,[4] mostrando en múltiples ocasiones su admiración por él. De hecho, en febrero de 2025, Trump reposteó la afirmación de Putin de que Europa pronto «se pondrá a los pies del amo y meneará la cola», un mensaje de sumisión que la nueva derecha no cuestiona porque admira en Putin su imagen de defensor de los «valores occidentales». Mientras

Trump llama «dictador» a Zelenski, jamás usa ese calificativo para Putin, uno de los mayores genocidas de estos tiempos. A varios años del inicio de la invasión rusa de Ucrania, la Asamblea General de la ONU adoptó una resolución presentada por Kiev que exige la retirada inmediata, completa e incondicional de las fuerzas rusas. Mientras 93 países votaron a favor, 18 votaron en contra y 65 se abstuvieron, Estados Unidos —alineándose con Rusia— votó en contra. Tras su visita a Donald Trump en la CPAC de febrero de 2025, que, por cierto, asistir a este tipo de convenciones partidarias debería ser malversación de fondos públicos, Milei demostró someterse a Putin a través de Trump al abstenerse en una votación tan importante como ésta, para dejar expuesto quién está con Rusia y quién está con Ucrania. Además, a finales de ese mismo mes, Putin disfrutó del desagradable ataque de Trump y Vance a Zelenski en la Casa Blanca. Trump culpó al líder ucraniano de estar jugando a las cartas y querer provocar una Tercera Guerra Mundial. La cuestión es que si quieren terminar la guerra, Putin debe regresar a su casa; no es culpa de Ucrania. Acusar a Ucrania de buscar una Tercera Guerra Mundial es tan absurdo como acusar a Polonia de haber provocado la Segunda Guerra Mundial. Culpabilizar al agredido es lo que hicieron al maltratar al líder de un país soberano que resiste una invasión criminal de un tirano dispuesto a masacrar a toda la población civil.

Por otro lado, y regresando al rol de los cultos, Steven Hassan destacó en 2019 el rol de distintas redes religiosas interconectadas que influyen en la nueva derecha. Una de estas redes es conocida públicamente como «The Fellowship» y, en privado, como «The Family», una organización cristiana (fundada en 1935 por el ministro metodista estadounidense Abraham Vereide) que funciona como foro con la misión de «capacitar» a personas y dar soporte a

«experiencias espirituales», mientras ayuda a colocar en posiciones de poder a personajes religiosos a través de las instituciones de Estados Unidos y del resto del mundo.

La segunda es la New Apostolic Reformation (NAR), surgida del ala pentecostal y carismática del evangelismo e integrada por una amplia gama de ministerios, tanto grandes como pequeños. En su artículo «The Christian right's playbook to elect Donald Trump in November» (2024), el periodista Frederick Clarkson alerta sobre el creciente poder de este movimiento religioso que lidera la política cristiana de la nueva derecha. Esta corriente, encabezada por figuras como Lance Wallnau, ha adoptado una retórica extremista, como cuando Wallnau afirmó que «la izquierda está llena de demonios» y, tras el anuncio de que el expresidente Joe Biden no buscaría la reelección y respaldaría a Kamala Harris, advirtió en sus vídeos que Harris representa «el espíritu de Jezabel» y la calificó como «la elección del diablo» para presidenta.

Para la New Apostolic Reformation, Trump es «un soldado de Dios peleando la batalla contra las fuerzas de Satanás». El movimiento profetiza un «fin de los tiempos», en el que buscan establecer un dominio religioso y político, luchando contra lo que consideran controlado por Satanás, mediante oración, acción política y un supuesto ejército sobrenatural. El concepto central de este movimiento es el «mandato de las siete montañas», que promueve que los cristianos deben tomar el control de áreas clave de la sociedad, como el gobierno, la religión, la familia, la educación, el arte, la industria del espectáculo, los negocios financieros y los medios de comunicación (lo que vendría a ser algo así como su batalla cultural). Este enfoque se ha vuelto cada vez más político, con figuras como el presidente de la Cámara de Representantes desde 2023, Mike Johnson, mostrando su apoyo; e incluso la Corte

Suprema de Estados Unidos y la Corte Suprema de Alabama se han visto vinculadas a este movimiento. La NAR está ganando visibilidad, y su influencia se extiende más allá de lo religioso hacia el poder político.

La tercera es la organización católica Opus Dei, que está presente en todos los países hispanos y cuyas reglas de pertenencia incluyen una aceptación de la obediencia ciega, ordenadas por el propio fundador de la secta, Josemaría Escrivá de Balaguer, en su obra *Camino* (título de 1939, tras ser publicada originalmente en 1934 como *Consideraciones espirituales*). Desde entonces, el Opus Dei se dedica a «evangelizar» a individuos con influencia económica o política, y representa un arma política que contiene el peligro de amenazar la forma republicana y democrática de gobierno. Asimismo, el Opus Dei está formado por individuos que, estando en posiciones de gran influencia, deben obedecer y eliminar la duda de su mente, siendo «verdaderos soldados» para seguir propósitos políticos que lleven a la instauración de la religión como ley del Estado.

Hassan describe en 2019 a todas estas redes como «bien conectadas y ambiciosas», y afirma que están convencidas de que el cristianismo está bajo asedio y debe ser restaurado en su lugar original mediante una toma de control teocrática de las instituciones políticas y culturales de Estados Unidos, algo que será mucho más sencillo de lograr en esta segunda Administración de Donald Trump. Para ellos, el objetivo es cristianizar la sociedad mediante el llamado de su Dios, supuesto creador del universo, con trillones de estrellas bajo su dominio, quien vive preocupado y obsesionado con lo que los adultos hacen voluntariamente en la privacidad de sus camas.

La situación es alarmante. En el pasado, los partidos políticos al menos intentaban funcionar como filtros para impedir que líderes

con tendencias autoritarias alcanzaran posiciones de poder. Esto ya no sucede, excepto en algunos casos electorales recientes, como las elecciones de Austria y Alemania en febrero de 2025, donde las derechas más tradicionales o conservadoras limitaron con alianzas la llegada al poder de partidos políticos como el FPO y la AFD, respectivamente. Sobre el FPO corresponde mencionar que su líder, Herbert Kickl, se autodenomina un «canciller del pueblo», que fue el título utilizado por Hitler en la década de 1930. Este partido político fue fundado en 1950 por antiguos generales de las SS (las *Schutzstaffel* fue una organización paramilitar, policial, política, penitenciaria y de seguridad al servicio de Adolf Hitler).

Un ejemplo histórico es el de Charles Lindbergh, el famoso aviador e ingeniero que en 1927 realizó el primer vuelo transatlántico en solitario y sin escalas, y a quien el Partido Republicano estadounidense le negó la posibilidad de postularse a la presidencia en el siglo XX debido a sus posturas filonazis. Sin embargo, Donald Trump logró capturar ese partido y transformarlo en un espacio irresistiblemente atractivo para todos los «Charles Lindbergh» del siglo XXI.

Hoy, Estados Unidos ha sacado a flote y a relucir ese «nacionalismo cristiano y blanco» del cual el aviador era partidario. Juegan a ser santos amorosos, y luego marginan y deshumanizan a inmigrantes, asilados y refugiados, promoviendo la idea de que ciertos grupos de personas, en su mayoría inmigrantes que escapan de la pobreza y la violencia de sus países natales (uno de ellos, Venezuela), son personas de «segunda categoría» (eso cuando les conceden el tratamiento de «personas») que no merecen ser acogidos. En realidad, lo que sucede no es que sobren inmigrantes, sino que sobran racistas.

La religión se erige así como un pilar fundamental en las nuevas derechas, articulando una estrecha conexión entre profetas y votantes. Raúl Tortolero, en *La nueva derecha: el retorno de dios a la cultura ante el supremacismo progresista* (2023), sostiene que este fenómeno representa la resurrección de Dios en la cultura occidental, con un propósito más allá de ser «ciudadano»; busca fomentar la militancia como «soldados de Cristo Rey», comprometidos con la defensa de la cristiandad, por la cual presentarán una lucha a muerte si es necesario. En *Poder evangélico* (2021), Goldstein añade que «el clero apoyó con beneplácito el golpe de Estado de 1973 perpetrado por Augusto Pinochet», y señala cómo «las dictaduras del Cono Sur justificaban su intervención militar en términos de una defensa de la "civilización occidental y cristiana", que entendían amenazada por el "marxismo ateo" representado por la Unión Soviética». Este resurgimiento de la narrativa de defensa de la cristiandad frente al «marxismo» conspirador que ellos imaginan es el eje en el discurso de la nueva derecha.

La influencia de esta retórica quedó evidenciada durante el debate presidencial del 10 de septiembre de 2024, cuando Donald Trump afirmó sobre Kamala Harris: «Ella es marxista. Todo el mundo sabe que es marxista». Una declaración que, más que un argumento, refleja una profunda ignorancia sobre lo que es el marxismo. Quien vea alguna traza de marxismo en Kamala Harris o el Partido Demócrata no tiene la menor idea de lo que es el marxismo.

3

Desentrañando a la nueva derecha

El mundo avanza, y, con el tiempo, es natural que cambien los ejes o parámetros utilizados para definir identidades ideológicas. Definir a la nueva derecha no es una tarea sencilla, ya que su esencia reside en la combinación de antiguos dogmas y de estrategias contemporáneas que trascienden fronteras. Esta corriente se presenta como una derecha renovada, pero su rasgo distintivo es la capacidad de adaptarse y mutar según los contextos culturales y políticos específicos de cada país, mientras coopera a través de alianzas internacionales y regionales.

Desde la campaña presidencial de Barry Goldwater en Estados Unidos, en 1964, el término «nueva derecha» ha sido empleado para describir una corriente que se oponía al progresismo de la época, defendiendo valores religiosos, un tono populista, prácticas segregacionistas y resistencia a la igualdad. Posteriormente, Richard Viguerie, figura clave del movimiento conservador estadounidense y gurú en las campañas electorales mediante el correo directo en el siglo xx, contribuyó a popularizar el término, ampliándolo para identificar un movimiento conservador en el mundo anglosajón, ejemplificado por partidos como New Zealand First o figuras como Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Este movimiento fue denominado «nueva derecha» en parte para contraponerse a la contracultura de la llamada «nueva izquierda» de la década de 1960,

y muchos de sus postulados se exponen en el libro de Viguerie *The new Right: we're ready to lead*, editado por su propia compañía en 1981.

Con el tiempo, en esta corriente se integraron filas como las del Ku Klux Klan (KKK) y el Partido Nazi estadounidense, ambos comprometidos con protestas contra lo que consideraban un «deterioro moral en la sociedad» por culpa del «progresismo de la década de los años sesenta». Paralelamente, surgieron milicias libertarias en varios estados, promoviendo la resistencia a gobiernos demócratas. Estos grupos no sólo defienden el derecho a portar armas, sino que también acumulan arsenales bajo una perspectiva de confrontación inminente con el gobierno. Para ellos, la llamada «batalla cultural» no es una simple metáfora, sino un conflicto tangible y real. Todos estos movimientos continúan operando.

Tras la victoria de la Unión en la guerra de Secesión estadounidense, que culminó en abril de 1865 con la rendición del general confederado Robert E. Lee ante el general de la Unión Ulysses S. Grant en Virginia, el Sur se vio obligado a aceptar la autoridad del gobierno federal. Como respuesta, los veteranos confederados fundaron el Ku Klux Klan (KKK) con el propósito de hostigar a sus oponentes y resistir el control federal en la región. El primer KKK fue establecido en 1865 y se disolvió en 1869; el segundo resurgió en 1915, alcanzando su apogeo antes de decaer en 1944. Desde 1946, varios grupos han mantenido vivo el KKK, demostrando la persistencia de un odio que no desaparece. El objetivo principal de los miembros del KKK ha sido promover y defender las supuestas pureza y supremacía de la «raza blanca» ante lo que perciben como amenazas o invasiones (dos términos que, como hemos observado, son recurrentes en el discurso de la nueva derecha de nuestros días).

En el caso de las nuevas derechas, además de los pensadores tradicionales que también influyeron en el nazismo o el fascismo, hay autores afines más recientes, como Jared Taylor, Richard Spencer, Kevin MacDonald y Greg Johnson (este último sostuvo que lo ideal sería regresar a la configuración de la vida previa a 1965, cuando en Estados Unidos el 90 % de la población era de origen europeo, promoviendo incluso una «depuración»). Estos autores presentan la propuesta renovada de una llamada derecha alternativa (o *alt-right*) destinada a reemplazar un conservadurismo percibido como insuficiente, obsoleto y que consideran que debe radicalizarse y adoptar sin reservas ni complejos el nacionalismo autoritario, destruyendo lo que denominan la «tiranía de las minorías», minorías que, paradójicamente, han sido históricamente perseguidas y amedrentadas.

Richard Spencer, admirador de Carl Schmitt, es uno de los rostros más reconocidos de la derecha y ha estado públicamente involucrado en la creación de numerosos partidos políticos de la nueva derecha fundados en las últimas décadas. En 2010, Spencer fundó el sitio web alternativeright.com, que dio origen al término *alt-right* y promovió la idea de «la defensa de la europeidad blanca». Durante un evento en 2018, organizado por el National Policy Institute, Spencer exclamó: «*Hail Trump! Hail our people! Hail victory!*» [«¡Viva Trump! ¡Viva nuestra gente! ¡Viva la victoria!»], seguido del saludo nazi, realizado también por militantes y asistentes al evento.

Según Harrison Fluss, profesor de filosofía en la Universidad de Stony Brook y experto en la derecha norteamericana, estos ideólogos se ven a sí mismos como intelectuales orgánicos que proporcionan sustento ideológico al régimen que buscan establecer. De manera similar, Mussolini contó con Filippo Tommaso Marinetti,

mientras que Hitler tuvo el respaldo de figuras como Alfred Rosenberg, Martin Heidegger y Carl Schmitt.

He hecho este paréntesis porque me ha parecido importante destacar que las ideologías fascistas y nazis no surgieron de manera aislada, de la noche a la mañana, sino que hunden sus raíces en una tradición intelectual europea, representada por autores como Johann Fichte, Friedrich List, Houston Stewart Chamberlain, Thomas Carlyle, John Ruskin, Charles Davenport, Oswald Spengler, Carl Schmitt, Julius Evola y Giovanni Gentile, entre otros. Estas ideas, que hoy tienen sus ramificaciones, estuvieron sustentadas en gran medida por el mito de la raza. Por ejemplo, Johan Fichte (1762-1814) describió a los alemanes como un pueblo arquetípico con la misión especial de liderar una lucha cultural contra la influencia occidental, especialmente contra el cosmopolitismo francés.

En los movimientos de la nueva derecha, la negación fanática de la realidad es pan de cada día: la mentira se emplea como técnica de propaganda, emulando elementos del fascismo. «El partido te dijo que negaras la evidencia de tus ojos y oídos. Fue su orden final, la más esencial», escribió George Orwell en su novela *1984*. Confundir a las personas hasta que no puedan distinguir entre lo verdadero y lo falso constituye una táctica eficaz para desorientar y facilitar que el populista narcisista logre sus objetivos. En este contexto, el método de manipulación conocido como *gaslighting* [hacer luz de gas] busca lograr que las personas duden de su propia percepción de la realidad. El término se origina en la obra teatral de Patrick Hamilton *Gas light* [*Luz de gas*], estrenada en 1938, en la que un marido hace uso de engaños psicológicos para que su esposa dude de su propia salud mental. La repetición constante de mentiras erosiona la capacidad de pensamiento crítico, generando una realidad alterna. La obsesión final es conferir un sentido

trascendental a su movimiento y retornar al mundo de la superstición, un mundo repleto de prejuicios de tinte medieval.

Todo esto se convierte en un desafío aún mayor en un momento en el que intentar razonar con alguien que no ha formado su opinión a través del razonamiento parece volverse una tarea estéril y sumamente agotadora. Discutir temas científicos con personas de mentalidad racista y aferradas a teorías conspirativas parece ser una labor excesivamente infructuosa, pues están demasiado obsesionadas y atrincheradas en sus dogmas y prejuicios. Así, en el ámbito de estas nuevas derechas, sacrificar al «otro» se considera necesario para la supervivencia del «nosotros», al igual que usar la retórica del «asco» al otro y exacerbar el sentimiento de pérdida de cierto estatus, todo lo cual los impulsa a volverse más violentos para conservar sus privilegios históricos. Además, el uso del miedo es un arma de manipulación poderosa, un arma que la nueva derecha, al presentar una visión apocalíptica del mundo, utiliza a su favor.

Hasta aquí, hemos logrado establecer un marco para estos movimientos, pero continuaremos indagando sobre cuáles son sus motivaciones, quiénes y cómo piensan sus consignas y por qué su auge debe ser motivo de preocupación. La preservación de la democracia dependerá de cómo enfrentemos estos desafíos. La democracia ya no muere de forma abrupta ni por un golpe de mano de un grupo de militares, como ocurría en los años setenta y ochenta del pasado siglo XX en Latinoamérica, sino mediante pequeños golpes y de manera más lenta y disimulada. La democracia no fenece ahora con un golpe militar o una revolución, sino con un «leve quejido», mueren con un progresivo debilitamiento de instituciones clave, como lo son el sistema judicial o la prensa, como afirman Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en *Cómo mueren las democracias* (2018):

> Con un golpe de Estado clásico, como en el Chile de Pinochet, la muerte de la democracia es inmediata y resulta evidente para todo el mundo. El palacio presidencial arde en llamas. El presidente es asesinado, encarcelado o desterrado al exilio. La Constitución se suspende o descarta. Por la vía electoral, en cambio, no ocurre nada de esto. No hay tanques en las calles. La Constitución y otras instituciones nominalmente democráticas continúan vigentes. La población sigue votando. Los autócratas electos mantienen una apariencia de democracia, a la que van destripando hasta despojarla de contenido.

Parafraseando a los autores de la obra citada antes, todos los países suelen albergar a demagogos en potencia, y, cada tanto, algunos de ellos hacen vibrar al público. A Javier Milei, por ejemplo, se le ha preguntado en reiteradas ocasiones si cree o no en el sistema democrático, y jamás ha podido ofrecer una respuesta afirmativa. Cuando una persona con tendencias autoritarias y narcisistas alcanza el poder de un país, las democracias enfrentan un segundo desafío: ¿logrará ese político socavar las instituciones o serán éstas capaces de imponer un límite a su personalidad?

Hasta ahora he mencionado el populismo reiteradas veces, subrayando su impacto en la dinámica política actual. En las páginas siguientes profundizaré en su concepto, pero también en cómo se ha convertido en la estrategia predilecta de la nueva derecha, en un estilo político caracterizado por la reconstrucción de la voluntad política y el uso del discurso personalista para establecer significados en un contexto de lucha por el poder.

Pierre Rosanvallon, en su libro *El siglo del populismo* (2020), interpreta el populismo como una «patología política» en la que el caudillo encarna al pueblo y emerge como la supuesta solución a los problemas del «pueblo». En el libro *Populism: a very short introduction* (2017), de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, los autores sugieren que el populismo ve la sociedad dividida en dos campos homogéneos y antagónicos: el «pueblo puro» frente a la

«élite corrupta». Los populismos suelen surgir en momentos de crisis, pero los líderes populistas no sólo las aprovechan, sino que las definen y las disfrazan. De este modo, el populismo puede interpretarse como una «*performance* política» con una estrategia para alcanzar y ejercer el poder.

Los populismos enfatizan la excepcionalidad del contexto y se presentan como los únicos capaces de guiar al pueblo fuera de la crisis, construyendo la política como una lucha maniquea entre el bien y el mal. Donald Trump maneja el siguiente lema: «Yo soy vuestra voz»; y con ese mensaje refleja esta dinámica, de manera similar a como lo hacía Hugo Chávez en Venezuela. En este simbolismo, la boina roja de Chávez y la gorra roja de Trump parecen estar hermanadas.

En su libro *La razón populista* (2005), Ernesto Laclau expresa que el populismo es un proceso político que construye la idea del «pueblo» en un escenario de confrontación y lucha por el control discursivo. Este fenómeno ocurre cuando diversas demandas sociales, inicialmente dispersas, se conectan bajo un símbolo común, que funciona como un punto de referencia vacío. Esto desvincula el populismo de una ideología concreta. Por su lado, Jan-Werner Müller, en *What is populism?* (2019), señala que es un «marco» que los populistas llenan de contenido con el fin de definir al «verdadero pueblo» y sus necesidades. El populismo necesita apoyarse en ideologías complementarias que le brinden contenido, lo que hace que adquiera «distintos apellidos» y se transforme en un canal para las ideas de las ideologías, en un vehículo para comunicar sus propuestas.

En su libro *Populismos globales* (2024)*,* Carlos de la Torre y Treethep Srisa-nga aportan análisis relevantes, y describen el populismo como «casi una religión política que hace uso político de

la religión», un modelo basado en una concepción de liderazgo en el que el líder tiene encomendada la misión de dirigir la «liberación del pueblo». En este marco, la política se transforma en una lucha de carácter religioso «entre creyentes de confesiones antagónicas», donde los enemigos políticos «representan el pecado y la condenación»; mientras que «el pueblo y su líder son presentados como la encarnación de lo bueno, lo moral y lo correcto». Los fanáticos de Trump llegaron a edificar la figura del presidente como el emisario de su Dios, «una figura providencial destinada a salvar Estados Unidos».

Sin embargo, paradójicamente, nadie tiene muy claro *qué es* el populismo. Este vacío conceptual, como señalan diversos autores, obliga a los académicos a reflexionar y definir también qué entienden por democracia. Lo que sí sabemos es que las nuevas derechas populistas merodean incesantemente alrededor de la democracia, como si ésta fuera una deliciosa presa que van a devorar, mientras transforman a los que piensan diferente en enemigos existenciales, discursivos y simbólicos, presentándolos como un virus que debe ser erradicado de la sociedad antes de que pudra al pueblo.

Hoy, el populismo no sólo trasciende las fórmulas tradicionales de seducción política, sino que emerge como el fenómeno que da color a la política internacional del siglo XXI.

4

Nuevo mandamiento bíblico: «Tira piedras y ofende al prójimo»

El título de este capítulo enuncia y resume una de las mayores obsesiones y tácticas del populismo contemporáneo: la agresión como forma de interacción y relación con los demás. Aunque el maltrato y la hostilidad no son algo nuevo, lo que realmente marca la diferencia es el uso masivo de las redes sociales como vehículos para propagar odio, maltratar y hacer *bullying*, generando una viralización sin precedentes de estas dinámicas. Desde las plataformas digitales que mueven el mundo hasta las instituciones políticas. El evidente impacto es que los hombres más ricos del mundo, los CEO de compañías como Meta, TikTok, Instagram, Facebook, Amazon y X hayan ocupado asientos privilegiados en la tarima durante la toma de posesión de Donald Trump, a la altura de su familia; ésa es una imagen que habla por sí sola: la «CEO-oligarquía» no sólo hace negocios, sino que activa, financia y alimenta la maquinaria de la nueva derecha.

Tal vez nos encontramos en el ojo del huracán, pero no cabe duda de que esto puede ponerse peor. En algún momento de la historia, creímos que los nazis se habían extinguido. Sin embargo, el fascismo y el nazismo siguen existiendo. A pesar de la derrota del fascismo y el nazismo en la Segunda Guerra Mundial, estas

ideologías continuaron operando en las sombras, marginadas por la condena social. Esta derrota dejó desacreditada a la extrema derecha durante gran parte del siglo xx, pero, en respuesta, las corrientes ultraconservadoras adoptaron un discurso más sutil para ocultar sus vínculos y posturas violentas, intentando disimular sus intenciones. Hoy, las cosas se han salido de control, y ser filonazi es *cool*. La banalización de ideologías extremas en las redes sociales y en algunos discursos públicos ha creado un caldo de cultivo que pone en riesgo los principios fundamentales de la convivencia democrática.

Mientras tanto, la nueva derecha se queja si no la dejan ser racista, nazi, homofóbica, transfóbica, xenofóbica o lo que sea. El argumento de que «nos persiguen porque no nos dejan ser racistas abiertamente» es como si Hitler hubiera protestado porque no lo dejaban ser antijudío o lo hubieran aplaudido en el nombre de la libertad de expresión. En este contexto, se victimizan, lloran y patalean, protestando por ser cancelados por no poder maltratar al prójimo. En *Cómo funciona el fascismo* (2020), Jason Stanley nos trae un ejemplo de ello cuando señala que el 45 % de los seguidores de Trump cree que los «blancos» son el grupo más discriminado de Estados Unidos y que el 54 % opina que los cristianos son el grupo religioso más perseguido. La psicología social explica cómo la mayor visibilidad de las minorías genera una reacción victimista de los grupos dominantes.

Toda esa ira y bronca acumulada la canalizan a través de discursos de odio, bajo la falaz justificación de la «libertad de expresión». Sin embargo, la libertad de expresión no implica la libertad de incitar al odio ni equivale al *bullying*. No existe un «derecho a ofender». Este supuesto derecho se usa para legitimar la maldad, organizarla políticamente y poner nuevamente a las

personas y los grupos afectados en el que se considera que es «su lugar», etiquetándolos como enfermos, locos, herejes, brujas, histéricas, feminazis, indeseables..., todo en nombre de una religión de prejuicios personales. Para la nueva derecha, sólo hay libertad de expresión racista y homofóbica, el resto es «pura cosa *woke*». En su lógica, ser racista es visto como una forma de libertad. Hoy, ser cruel se presenta como un acto heroico, mientras que ser *woke* —es decir, ser consciente de las injusticias tanto históricas como actuales— se considera un insulto.

Así como no existe un «derecho a ofender», tampoco existe, por ejemplo, un «derecho a matar». Es sencillo de entender: uno tiene el derecho de conducir un automóvil, pero no el de matar a alguien atropellándolo. Señalar esos daños no limita la libertad de movimiento, sino que busca prevenir el mal uso o los abusos de esa libertad. No podemos reducir la ofensa al ámbito físico. El lema según el cual «las palabras no pueden dolerte» ignora el hecho de que el lenguaje está vinculado al poder y puede ser utilizado como arma o herramienta de agresión: hay palabras que pueden doler tanto como un puñetazo y tener incluso peores consecuencias para un ser humano. Por ejemplo, quienes critican el movimiento *woke* suelen afirmar que el enfoque *woke*, con su uso cuidadoso del lenguaje, está «limitando la libertad de expresión» (como sostiene el autor José Benegas en X, «se le llama *woke* a todo lo que irritaría a Hitler»).

No obstante, el argumento de que «limita la libertad de expresión» no tiene en cuenta las dinámicas de poder que existen en el lenguaje mismo. Lejos de ser neutral, el lenguaje puede reforzar desigualdades y perpetuar la discriminación. La resistencia a hacer uso de términos o palabras degradantes o dañinas se interpreta erróneamente como una restricción de la libertad de

expresión, cuando en realidad ésta conlleva responsabilidad y consecuencias. Otra vez, se quejan de que no pueden ser filonazis abiertamente, aunque ya no es algo que les dé vergüenza. Ya no esconden sus posturas, y la gente parece votarlos y seguirlos por «decir las cosas como son»...

Lo que buscan es una libertad para ejercer y organizar el odio sin afrontar sus repercusiones ni rendir cuentas por ello. Comprender las dinámicas de poder en una sociedad se vuelve necesario para interpretar las denuncias realizadas por los grupos perseguidos y burlados. Como señala Kimmel en *Angry white men* (2015), «estas nuevas legiones de hombres blancos enfadados tienen una característica peculiar: aunque siguen siendo los que ostentan casi todo el poder y el control en el mundo, sienten que son víctimas». De hecho, algo que se repite es que los hombres sienten que se ha llegado demasiado lejos en la promoción de la igualdad de las mujeres, hasta el punto de que ahora se les está «discriminando» a ellos. ¡Cómo se nota que no son mujeres!

Por otro lado, al discutirse conceptos como «racismo invertido» y «homofobia invertida», se genera un intento de victimización que distorsiona el verdadero propósito de las luchas por la igualdad. Esta reacción busca desviar la atención, argumentando que quienes luchan contra la discriminación racial o la homofobia son, en realidad, los agresores. Se trata de un cinismo que intenta invalidar el esfuerzo legítimo por defender los derechos de las minorías, etiquetándolo como una forma de odio. Este enfoque refleja una actitud de resistencia frente a la inclusión y la justicia social, una actitud para la que cualquier intento de reivindicar los derechos de los grupos históricamente marginados se percibe como una amenaza. De esta manera, se ignora el poder estructural que

sostiene las desigualdades, presentando la lucha por la igualdad como si fuera, en sí misma, una forma de discriminación.

La frontera entre la discrepancia y el peligro, entre el cuestionamiento y la provocación, es extremadamente delicada, y quienes emplean el lenguaje como arma lo saben bien. De hecho, la candidatura de Valentina Gómez en Texas por el movimiento MAGA de Donald Trump, ejemplifica cómo las nuevas derechas han llevado los discursos de odio al centro de sus estrategias políticas, incluso cuando quienes los promueven son inmigrantes. Gómez, nacida en Medellín (Colombia) y emigrada a Estados Unidos con su familia en 2009, publicó un vídeo en el que simula la ejecución de un inmigrante indocumentado, atado a una silla. Este acto, que combina violencia explícita con un discurso de exclusión, no sólo normaliza el odio, sino que lo incita a convertirse en acción.

El llamado «mercado de las ideas» no es, por sí mismo, un espacio o un foro de debates sanos, respetuosos, civilizados y filosóficos. La realidad es diferente, y quienes caen en el fundamentalismo de mercado, asumen una visión utópica del ser humano y del mercado que lo sustenta. En el ámbito de los discursos no reina la racionalidad, no todas las personas tienen buenas intenciones, y el mercado no actúa como un juez imparcial. En *Cómo funciona el fascismo* (2020), Stanley explica que la tesis del «mercado de las ideas» presupone que las palabras se utilizan únicamente en un «sentido descriptivo, lógico o semántico», pero, en política, el lenguaje no se emplea sólo para transmitir información, sino para despertar emociones. Defender el modelo del «mercado de las ideas» en el ámbito de la libertad de expresión sólo sería efectivo si la sociedad estuviera predispuesta a aceptar que la razón y la empatía son más poderosas que el rencor irracional, los prejuicios personales y los dogmas religiosos.

Intentar combatir las retóricas violentas de la nueva derecha con la razón, dice Stanley en *Cómo funciona el fascismo* (2020), es como usar un panfleto contra una pistola: «Dos personas que se baten en duelo tienen que estar de acuerdo con las reglas de esa práctica. ¿Cómo se hace para rebatir racionalmente sobre el cambio climático a alguien si esa persona cree que los científicos que hablan del calentamiento global tienen un plan oculto para favorecer a los homosexuales?».

El prejuicio, los milenios de imposiciones normativas, la desinformación, las injusticias históricas y la manipulación, queramos o no, influyen en ese «libre mercado de ideas» que algunos autores pretenden presentar como «libertad de expresión» o «debate». Las normas internacionales de derechos humanos exigen la prohibición de cualquier expresión de odio que incite a la discriminación, hostilidad o violencia contra grupos vulnerables, lo que conocemos como «apología del odio». La iniciativa de la ONU denominada Plan de Acción de Rabat, sobre la prohibición de la apología del odio, subraya la importancia de diferenciar entre varios tipos de expresión. Algunas deben considerarse delitos, otras no requieren sanciones penales, pero podrían dar lugar a demandas civiles.

La nueva derecha y su oligarquía tecnológica, que es dueña de las principales plataformas de redes sociales, favorece a los agresores para agredir, a los abusadores para abusar, a los estafadores para estafar, a los maltratadores para maltratar y a los *bullies* para hacer *bullying*. Ellos definen qué constituye agresión y qué no, qué es ofensa y qué no: si te metes con su religión o con sus valores tradicionales, o bien si haces una interpretación artística de la historia o dices algo en contra de su «familia natural», ahí sí que es «agresión».

La nueva derecha sostiene que la homosexualidad, por ejemplo, está en contra de la naturaleza, pero en realidad, más de 500 especies animales mantienen vínculos sexuales y afectivos entre parejas del mismo sexo. Tal vez lo que está en contra de la naturaleza es la propia religión, que no es practicada por ningún otro animal en el mundo.

«Ser una persona trans no es natural», repiten aquellos que toman como referencia una obra en la que las serpientes hablan, las manzanas pueden condenar a toda la humanidad y a todas las generaciones a una maldición eterna, las personas regresan de la muerte, un joven camina sobre el agua y una virgen tiene un bebé. Se respeta que cada uno crea en lo que prefiera creer, pero también es necesario exponer estas contradicciones, especialmente cuando la política coyuntural busca aplicar textualmente la Biblia a las políticas públicas, influyendo así en la vida de toda la sociedad.

Existen mitos, como el de Santa Claus, que, aunque falsos, no causan daño, y que la sociedad va dejando atrás (aunque se puede debatir si es adecuado y ético hacerle creer a las infancias en algo que es mentira, pero ése es otro debate). Sin embargo, las religiones tienden a limitar los derechos de otras personas. Un creyente tiene todo el derecho de atormentarse a sí mismo con el cumplimiento estricto de los mandamientos, pero no tiene el derecho de imponerlos a los demás. Es sumamente peligroso basar las legislaciones en la Biblia y destruir el principio constitucional de separación entre la Iglesia y el Estado. Milei, por ejemplo, vive repitiendo que rechaza la autoridad del Estado, pero claramente no tiene ningún problema en someterse (y someter a los habitantes de Argentina) a la autoridad total de la religión.

Por cierto, cabe agregar que, antes del cristianismo, al menos unos quince movimientos religiosos y corrientes teológicas fuertes

en el mundo relataban la misma e idéntica historia: un mesías que llegó, nacido de una virgen, entre otros elementos comunes. El inventor del monoteísmo o de la religión que adora a un solo dios fue el faraón egipcio Akenatón (1353-1336 a. C.), con su exigencia de adoración única a Atón, el dios sol. Fue así como se instauró la primera religión monoteísta entre los seres humanos, dándole a la religión una perspectiva intolerante, a diferencia de los politeísmos que, aunque no eran maravillosos, eran tolerantes. Podemos agregar a este detalle la obra de Gary Greenberg titulada *101 mitos de la Biblia: cómo crearon los antiguos escribas los relatos bíblicos* (2002), donde su autor profundizó en cómo los redactores de los textos bíblicos tomaron ideas de otras leyendas y culturas vecinas, pues la mitología egipcia influyó en los primeros pasos de la historia de la Biblia, en las narraciones sobre la creación o el diluvio universal. Otros autores exponen una teoría que sostiene que las religiones mistéricas son puramente zodiacales.

En *Dios en el laberinto* (2016), el filósofo argentino Juan José Sebreli explicó que la Biblia —que es el fundamento de las tres religiones monoteístas y el Nuevo Testamento mediante los cuatro evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan que intentan ser testimonio de la vida y doctrina de Jesucristo— menciona un sinfín de contradicciones, anacronismos y acontecimientos históricos que «le impiden ser tenido en cuenta como documento histórico», sostuvo. Hoy no tenemos documentos ni pruebas sobre la existencia de Jesucristo, e incluso tampoco hay ningún historiador de renombre que en su momento haya escrito o dejado registros de tal existencia, en tanto que autores alemanes como David Strauss y Bruno Bauer, por mencionar algunos, sostienen que los Evangelios fueron novelas literarias y que Jesucristo, tal y como lo conocemos, podría no haber existido. Ambos fueron figuras clave en el escepticismo religioso del

siglo XIX, pero mientras Strauss veía a Jesús como un personaje mitificado, Bauer lo consideraba una invención literaria. A lo largo del siglo XX, decenas de historiadores más llegaron a la misma conclusión, partiendo de que sobre los antiguos griegos o romanos hay evidencia de su paso por la tierra, pero sobre Jesucristo no hay absolutamente nada, pues la fuente más importante que relata la historia de Jesucristo es la Biblia en el Nuevo Testamento, pero no corresponde precisamente a un documento histórico, puesto que el Dios de este escrito fue descrito decenios de años después de que acontecieran los hechos que se cuentan allí (Mateo y Lucas no coinciden en la genealogía de los sucesos, y Marcos, el primero que escribe, según la teoría de las dos fuentes, parece conocer menos de la vida de Jesucristo que los otros que le siguen basándose en su texto). De tal modo, no hay hoy un documento que no sea religioso que hable de Jesucristo.

Retomando el asunto, y a fin de cuentas, desde el punto de vista de los representantes de la nueva derecha, si ellos se inmiscuyen en las decisiones que tomas a lo largo de tu vida o te acosan por cuestionar injusticias o por ser una persona trans o gay, entonces eso no es agresión, sino libertad de expresión. Ellos pueden burlarse de las personas trans, pero uno no puede siquiera señalar los tonos o versículos violentos que se encuentran en un libro como la Biblia. Si quienes denuncian sus injusticias se organizan, lo llaman «cultura de la cancelación» y lo ven como una dictadura (cuando son ellos los que no tienen problemas en defender dictaduras como las de Pinochet, Franco o Videla). La diferencia entre la segregación que ellos practican y la «cancelación» que temen es que la primera la imponen ellos bajo prejuicios personales y religiosos, mientras que la segunda es una reacción contra su racismo, sexismo, homofobia, machismo, transfobia, misoginia, etcétera.

En su artículo «La democracia cruel» (2024), Ezequiel Ipar señala un aspecto que aplica tanto para las nuevas derechas como para los libertarios y las derechas alternativas que habitan bajo su paraguas:

> Hay que entender la crueldad como una práctica que cosifica, humilla y provoca deliberadamente sufrimiento a sus víctimas y, al mismo tiempo, como un discurso que pretende establecer una forma de comunicación perversa [...]. Las derechas radicales activan la retórica de la crueldad ante una multiplicidad de grupos vulnerables como los migrantes, las diversidades sexuales, los pobres y las clases trabajadoras que ocupan las últimas posiciones en el espacio social [...]. Culpar y castigar a los pobres por su pobreza, a las mujeres por la violencia de género, a los grupos discriminados por su discriminación es sólo la puerta de entrada para la política de la crueldad en el siglo XXI.

Detrás del discurso del «derecho a ofender» se encuentra una clara intención de legitimar y ponerse del lado de los que atacan y se dedican a destruir al prójimo en nombre de Jesucristo. Ofender es una forma de atacar. No somos sólo cuerpos, no somos sólo carne y hueso, por lo que circunscribir el respeto a los derechos únicamente al plano material o estrictamente físico es una forma de habilitar agresiones que, aunque no sean físicas, pueden ser serias y abrir la puerta a consecuencias más graves una vez que el repudio se ha instalado de manera pública y colectiva. El derecho a ofender incita la violencia. Si esto no fuera cierto, acciones que no constituyen ofensas directas, sino que impactan en aspectos externos al individuo, como el robo o el fraude, no deberían tener consecuencias legales.

Lo más llamativo es que los que promueven el «derecho a ofender» son los mismos que van a misa y escuchan los sermones sobre «poner la otra mejilla», la «misericordia» y «amar al prójimo». El mensaje les entra por un oído y les sale por el otro. El amor no les da *likes* ni grandes sumas de dinero, pero la ira sí. Como sostiene el psicólogo estadounidense Jack Schafer, quien durante décadas

intentó responder a la pregunta de qué es lo que moviliza a las personas hacia los movimientos de supremacistas blancos, «el odio es una máscara que cubre inseguridades». A esto agrega que lo que resulta atractivo para la dinámica humana en estos modelos de odio es el deseo de odiar en grupo, el deseo de odiar juntos y lo que ello produce dentro de la psiquis humana.

Jennifer Bosson [1] (2006), psicóloga y miembro de la Universidad del Sur de Florida, escribió que «los sentimientos negativos hacia los demás pueden fortalecer los lazos y fomentar la cercanía entre extraños mucho más que los sentimientos positivos». Para rematar y encender aún más nuestras alertas ante el peligro del avance de los discursos de odio, Bosson agrega lo siguiente: «El odio es una de esas emociones que no podemos experimentar solos. Tan pronto como no te gusta alguien, ¿qué tendemos a hacer las personas? Inmediatamente encuentras a otro a quien tampoco le guste esa persona, y juntos se compadecen y validan las experiencias de cada uno. Formas un pequeño grupo». El resto es estudiar libros de historia. Todo acaba en una milenaria adopción de símbolos y lenguajes, esvásticas y señales de brazo alzado, que ahora son llevados a la política y a las redes sociales en forma de memes, leyes, palabras hirientes y calificativos despectivos, traducidos en el mero deseo de mostrarse como miembros validados de un grupo. Insisto en que todo lo que buscan es una validación que no tuvieron en otro momento. Todo lo que buscan es, finalmente, sentirse queridos por alguien. El mensaje para los representantes de la nueva derecha, como Milei o Trump, es el siguiente: el hecho de que nunca los hayan querido de verdad, que nunca hayan conocido lo que es realmente el amor, no justifica que quieran que las demás personas no puedan amarse o quererse entre ellas.

Unos escalones más abajo se encuentran los militantes de estos íconos. Se trata de los fanáticos, los troles, los llamados «hombres beta» que aspiran a ser los «machos alfa», que sueñan con ser barbudos, disparar un rifle y contar con una esposa puritana a su disposición, una mujer a la que se refieren como «mi mujer», demostrando el dominio de propiedad sobre ella. Todo lo que quieren es que «su mujer» se someta a prepararles cada noche una cena ambientada en los años cincuenta del siglo XX. Todo esto lo exigen desde sus teléfonos o computadoras, desde el hogar de sus padres, esperando que los llamen para bajar a cenar, justo después de repetir el lema «Dios, patria y familia» en plataformas como X o en foros como 4chan, mandoneando a las mujeres de la sociedad y diciéndoles lo que deben hacer con su cuerpo, sintiéndose los dueños de los derechos del cuerpo de las personas gestantes. Desean que las mujeres permanezcan en el hogar... y hablan mucho de la defensa de la «propiedad privada», pero ellos siguen viviendo con sus padres, a quienes les piden dinero para comprarse las gorritas con el eslogan *«Make America great again»* o, en la Argentina de Milei, el de «Las fuerzas del cielo».

Desde esas redes sociales, en las que se hacen pasar por expertos en la «vida tradicional conservadora» aunque no tengan un solo hijo ni una familia propia, pasan su día alabando a Elon Musk, el inmigrante que odia a los inmigrantes, el inmigrante que trabajó ilegalmente en Estados Unidos, mientras construía la empresa Zip2, que fue su trampolín hacia Tesla y otras empresas, todo mientras recibía subsidios y fondos de parte del gobierno de Estados Unidos. Ahí está, el ídolo de los libertarios anti-Estado y anti-impuestos. Toda su vida es una gran contradicción.

Donald Trump se ha divorciado en varias ocasiones y ha enfrentado numerosas acusaciones de acoso sexual, abuso y

conducta inapropiada. Además, mantuvo una relación con una actriz de cine para adultos, a quien le pagó 130.000 dólares para que guardara silencio durante su campaña presidencial en 2016. Por otro lado, Javier Milei jamás se ha casado ni tenido hijos (sólo los de «cuatro patas», y hoy habla de Conan, uno de sus perros, el clonado, que murió en 2017, como si estuviese aún vivo), y se ha jactado públicamente de ser el máximo consumidor de prostitutas del planeta. Además de haberse autodenominado «profesor de sexo tántrico», confesó haber participado en varios tríos sexuales, especificando que «el 90 % de las veces»[2] eran con mujeres. Teniendo en cuenta sus «valores tradicionales», el «Dios, patria y familia» y su agenda anti-LGTBI+, surge la siguiente pregunta: ¿y el otro 10 %?

Santiago Abascal, por su parte, se ha divorciado una vez. Giorgia Meloni, la actual primera ministra de Italia tuvo una hija fuera del matrimonio y se separó del padre de la niña, el periodista Andrea Giambruno. La noticia de su separación se dio a conocer tras la filtración de mensajes sexuales de Giambruno con otra mujer, en los que hablaba de hacer tríos. Finalmente, Marine La Pen, líder de la nueva derecha en Francia, ha experimentado dos divorcios a lo largo de su vida. Victoria Villarruel, la vicepresidenta de Milei, jamás se ha casado, no se le conoce una sola pareja y no tiene hijos, pero su obsesión es imponer al mundo la «familia tradicional».

Es irónico que aquellos que predican una vida casta, puritana y guiada por los «valores tradicionales» de la «familia natural» sean los mismos que, en privado, arrastran un historial de divorcios y escándalos sexuales; como si su moralidad estuviera reservada sólo para imponerla a los demás, mientras que ellos mismos eluden sus propias reglas. Ninguno de ellos vive como exige que vivan los demás. Los autoproclamados mesías de las nuevas derechas son los

pecadores que pasan su día excomulgando gente y mandando a los demás al purgatorio. Al final, ellos actúan como sus propias religiones, utilizando una doble vara de medir, exigiendo a otros que sigan mandamientos con los que ellos mismos no pueden cumplir. Muchos de los *influencers* libertarios que recitan ese «Dios, patria y familia» son los primeros en carecer de hijos, estar solteros o no tener una familia.

5

El odio camuflado de libertad: «¡Viva el odio, carajo!»

> Si no se grita ¡viva la libertad! con humildad, no se grita ¡viva la libertad! / Si no se grita ¡viva la libertad! riendo, no se grita ¡viva la libertad! / Si no se grita ¡viva la libertad! con amor, no se grita ¡viva la libertad! / Ustedes, hijos de los hijos, / gritan con desprecio, con rabia, con odio, ¡viva la libertad! / Por eso no gritan ¡viva la libertad!
>
> Poema «Viva la libertad»,
> de PIER PAOLO PASOLINI

El eslogan de Javier Milei «¡Viva la libertad, carajo!», ejemplifica lo que Pasolini ya intuía en su poema «Viva la libertad»: la verdadera libertad no puede reducirse a una consigna vacía. Para Pasolini, escritor, director de cine y uno de los artistas italianos más reconocidos de su generación, la libertad era una expresión esencialmente humana que adquiría sentido sólo cuando se vivía desde la humildad, la alegría y el amor hacia los otros. Al utilizarla como una consigna agresiva y vulgar, Milei despoja a la libertad de su significado, convirtiéndola en un instrumento de división y odio. Queda claro que la palabra *libertad* le queda demasiado grande a Milei. Esto refuerza la advertencia de Pasolini sobre las consecuencias de vaciar de contenido lo que debería ser un acto de

respeto y empatía, y esta última no se trata sencillamente de experimentar lo mismo que la otra persona, sino de reconocer que cada uno siente de manera diferente. Es una mezcla de delicadeza y comprensión para no reaccionar sólo desde nuestro propio punto de vista.

Al ignorar las dinámicas de poder que funcionan dentro del lenguaje, las nuevas derechas pasan por alto el impacto y los efectos tangibles que tienen las palabras sobre las personas. Como señaló Michel Foucault, el lenguaje es una manifestación de poder, capaz de moldear realidades y de influir en las personas hasta el punto de hacerlas sentir físicamente vulnerables.

En cualquier sociedad, establecemos normas y límites, como las reglas para conducir, para prevenir daños y fomentar la convivencia pacífica. De manera análoga, condenar y limitar los discursos de odio tiene como objetivo prevenir golpizas, violencia, suicidios o incluso genocidios. La resistencia de las nuevas derechas anti-*woke* a promover un uso del lenguaje más equitativo y libre de discriminación refleja su intención de preservar un *statu quo* en el que ciertos grupos mantienen el control de la narrativa en detrimento de otros. El punto central es que el discurso de odio debe ser considerado como un delito.

El Comité de Ministros del Consejo de Europa define el discurso de odio como toda forma de expresión que difunda, incite, justifique o promueva el odio racista, el antisemitismo, la xenofobia y demás formas de odio basadas en la intolerancia. Los textos constitucionales y las declaraciones universales de derechos subrayan, además, que la libertad de expresión está sujeta a límites que garantizan el respeto a otros derechos y que buscan evitar la legitimación de narrativas dañinas. En Alemania, las leyes sobre el discurso de odio y la negación del Holocausto son mucho más

estrictas que en países como Estados Unidos (por ahora). El código penal alemán prohíbe la negación pública del Holocausto y la difusión de propaganda nazi, ya sea online o en espacios públicos.

Cuando hablamos de «discursos de odio», no nos referimos únicamente a palabras expresadas verbalmente, sino también a símbolos, gestos o actitudes que, además de odio, manifiestan desprecio y maltrato. Estos elementos funcionan como mecanismos para estigmatizar a ciertos grupos, abriendo la puerta a la hostilidad social y digital, la marginación y la discriminación institucional por parte del Estado. El discurso de odio es la antesala al crimen de odio, y esto se ha comprobado, una vez más, desde que Donald Trump alimentó el odio a los inmigrantes, lo que derivó en un aumento de crímenes de odio, persecución, manifestaciones públicas de racismo y un crecimiento de la violencia sobre distintas minorías. La ira desbordada de la nueva derecha y su incitación cada vez más peligrosa a la violencia nos arrastran al borde de un abismo, un camino que podría conducirnos a un destino peligroso y desolador, o incluso a un centro de detención, como ya está sucediendo: Donald Trump anunció que usará la base de Guantánamo para enviar a más de 30.000 inmigrantes (y, en términos de política internacional, ha propuesto «limpiar» Gaza, enviando a su población a Egipto y Jordania; es decir, en pleno siglo XXI, el presidente de Estados Unidos propone abiertamente una limpieza étnica).

La apología del odio se ha convertido en una pandemia que se extiende a cada rincón del mundo. A esto se suma la decisión de los CEO de las mayores compañías tecnológicas de desvincularse de la responsabilidad sobre el contenido que circula en sus plataformas, eliminando políticas de prevención contra la apología del odio, la xenofobia, la transfobia, la homofobia y otras formas de

discriminación. Este vacío de regulación refuerza la capacidad destructiva de estos discursos celebrados por la nueva derecha.

Esto es clave, ya que vivimos en una era en la que la información es tan accesible como manipulable. Por estas y otras razones, resulta necesario que las plataformas digitales asuman una mayor responsabilidad en la detección de campañas de desinformación coordinadas, que no se limitan sólo a bots (cuentas automatizadas de redes sociales), y que implementen políticas para eliminar las cuentas de los principales actores involucrados en estos discursos de odio y desinformación. Sin embargo, esto es imposible si el dueño de una de las plataformas más grandes del mundo es uno de los principales defensores y promotores del «derecho a ofender».

Hoy resurge la relevancia de la «paradoja de la tolerancia» formulada por Karl Popper hacia los años cuarenta del siglo XX, en su exilio en Nueva Zelanda. El dilema planteado por el filósofo gira en torno al continuo debate sobre el grado de intolerancia que una sociedad abierta puede aceptar sin comprometer sus valores fundamentales. Popper argumentaba que «la tolerancia ilimitada conduce inevitablemente a la extinción de la tolerancia», y sostenía que una sociedad tiene el derecho —e incluso el deber— de prohibir la difusión de ideas intolerantes, particularmente aquellas que promuevan la persecución, el odio y la discriminación.

Popper advierte sobre el uso del concepto de tolerancia para justificar la intolerancia. Los intolerantes, como los nazis o la nueva derecha, demandan respeto hacia sus ideas en nombre de la tolerancia o la libertad de expresión, pero la respuesta debe ser negativa. Esta paradoja nos advierte que una tolerancia ilimitada puede conducir a la desaparición de la propia tolerancia. Permitir que quienes promueven la intolerancia actúen libremente llevará a la destrucción de los tolerantes y, con ello, del principio mismo de

tolerancia. El mundo, ahora convertido en un lugar más hostil con la oligarquía tecnológica que existe en Estados Unidos, nos trae un acontecimiento que inaugura esta nueva y peligrosa forma de poder, como lo advirtió el presidente Joe Biden en su discurso de despedida como presidente. Los CEO en el gobierno de Trump ejercen un poder enorme al controlar fuentes clave de información y amplificar o silenciar discursos, moldeando el debate público. Multimillonarios como Elon Musk y otros financian campañas y medios para favorecer a candidatos afines, mientras usan inteligencia artificial para personalizar mensajes políticos y perfilar votantes: éstos son los monstruos que ha creado el capitalismo más salvaje, nos guste o no. Con su alcance mundial, influyen en elecciones y movimientos sin recurrir a la fuerza militar o diplomática, y consolidan su posición en el centro del poder político.

Isaiah Berlin se refirió a la paradoja de la libertad, la cual se manifiesta cuando la libertad se utiliza de tal manera que termina por destruirla a sí misma. El trabajo de pensadores como Berlin y Popper explica que la libertad debe ser limitada para mantener su estatus como un principio universal dentro de un contexto de igualdad ante la ley y la justicia. En este marco, la libertad de expresión se entiende como una defensa heroica de la crítica y del cuestionamiento al poder, en lugar de un permiso para agredir a ciudadanos vulnerables. Sin la justicia, el concepto de libertad pierde su significado y se convierte en una amenaza en lugar de en un derecho.

En su documento de trabajo «Does fake news affect voting behaviour?» (2019) [«¿Las noticias falsas afectan el comportamiento electoral?»], Fraccaroli, Cantarella y Volpe explican que, en Estados Unidos, los votantes de Trump tienen más probabilidades de estar expuestos a información errónea y de creer ciegamente en ella. Lo

mismo ocurre en Italia, donde la probabilidad de creer y compartir teorías conspirativas es mayor entre los votantes del movimiento populista 5 Stelle, de Fratelli d'Italia y de la Lega que entre los votantes de otros partidos. De este modo, las tropas de troles en X y los bots en redes sociales (cuentas controladas en masa desde un punto central) contribuyen al auge de la nueva derecha, creando acusaciones falsas y abriendo paso a la desinformación celebrada y permitida por los CEO de las plataformas digitales.

Hay una conexión entre el discurso de odio en las redes sociales (potenciado por políticos que se benefician de la polarización) y la violencia en el mundo real; es decir, el aumento de la actividad de extrema derecha en redes sociales tiene un vínculo directo con el incremento de la violencia, y Estados Unidos es un ejemplo claro de ello. Pero veamos lo que dicen los tres autores antes citados:

> Hay empresas tecnológicas que ejercen y hacen recircular los discursos, que alcanzan y afectan a sus destinatarios de formas inimaginables para quienes pensaron y discutieron sobre la normativa y política del derecho a la libertad de expresión en los siglos XVII y XVIII. Con las redes sociales y la comunicación digital en general, un mismo mensaje puede pasar de la pura expresión ficcional o emotiva a la organización y ejecución de un comportamiento violento de una manera sencilla, promoviendo asedios y matanzas generalizadas a través de la movilización de la propia sociedad civil, como en el caso de limpieza étnica de los rohinyás durante 2017 en Myanmar o los crímenes contra las minorías en Etiopía, ambos organizados mediante Facebook [...]. Entendidas como prácticas discursivas globales —cuando se articulan con instituciones y tecnologías— suscitan preocupación y exigen consideraciones normativas, porque su dinámica interna puede producir estructuras de silenciamiento, segregación y, en los casos límite, la autorización para el ejercicio de violencias masivas dentro de la sociedad civil.

Pensemos en el caso de los duelos con armas, una práctica común en Europa y América entre los siglos XVII y XIX para resolver disputas, que refleja cómo las sociedades han modificado sus costumbres a lo largo del tiempo. Estos enfrentamientos,

generalmente armados, escapaban al control de la ley y con frecuencia resultaban en muertes innecesarias, lo que llevó a su prohibición en muchos países durante el siglo XIX. En territorios como Francia, Reino Unido y Estados Unidos, las autoridades comenzaron a tomar medidas más estrictas contra los duelos a medida que la violencia asociada a estas prácticas se percibía como un desafío al orden público.

Este proceso de ilegalización de los duelos es un buen ejemplo de cómo las sociedades han adoptado normas más pacíficas y civilizadas. La consolidación de sistemas judiciales modernos fue clave para erradicar dichas prácticas, que antes se veían como una forma legítima de resolver disputas. Al prohibir los duelos, se reforzó la idea de que los conflictos deben resolverse a través de mecanismos legales, y no mediante la violencia, con lo cual se contribuía a la transformación de las costumbres en pos de una sociedad más organizada y menos propensa a la violencia. Lo que algunos libertarios desean es el retorno a prácticas como los duelos armados o algo similar, creyendo que la vida es un videojuego como *Call of Duty* o *Grand Theft Auto*, donde todo se resuelve a base de disparos. Sin embargo, cuando se enfrentan a la realidad fuera de la pantalla, la situación es completamente distinta, no pueden resetear los hechos con un botón o ponerlos en pausa, y deben enfrentar las consecuencias de sus acciones, que muchas veces es ser cancelados o tener que salir corriendo de las marchas opositoras a las que van a infiltrarse y molestar.

Como se señala en una nota editorial de la BBC (2022),[1] el fenómeno conocido como «cancelación» ha generado controversia: es un «boicot social y profesional, que suele realizarse a través de las redes sociales, contra individuos cuyas acciones o palabras se consideran intolerables». Para quienes nos identificamos con el

movimiento *woke*, se presenta como una forma de protesta no violenta que permite empoderar a los grupos históricamente marginalizados y corregir comportamientos de sectores privilegiados, los cuales, hasta ese momento, formaban parte del *statu quo* sin enfrentar consecuencias ni cambios. Sin embargo, los críticos de esta práctica argumentan que limita la libertad de expresión, sugiriendo que defender dicha libertad implica permitir que los sectores opresivos o abusivos puedan expresarse sin ser confrontados. Este rechazo no se refiere a la prohibición de un debate de ideas, sino a la molestia de no poder imponer sus discursos cargados de agresión y rabia sin ser cuestionados o señalados.

Cancelar no es lo mismo que censurar; mientras que la censura es una acción impuesta por el gobierno o el Estado (que es lo que pretenden hacer desde la nueva derecha cuando legislan en contra de las minorías), cancelar es una forma de protesta social (para quien desee profundizar más en esta perspectiva sobre la llamada cultura de la cancelación, recomiendo el libro *The case for cancel culture: How this democratic tool Works to liberate us all* escrito en 2023 por Ernest Owens). Sin embargo, lo que resulta peligroso hoy en día es que, en el caso de Estados Unidos, muchos de los grandes empresarios dueños de las plataformas digitales que gestionan la comunicación de mensajes, símbolos e ideas tienen estrechos vínculos, influencia, cargos y poder dentro del gobierno de Donald Trump, lo que genera un entorno donde el poder empresarial y político se entrelazan.

¿Cuánto tiempo puede resistir una sociedad ante el avance de los discursos de odio sin ceder a la normalización de la violencia social y política? ¿Qué ocurre cuando estos discursos se generalizan y comienzan a arrastrar a las personas hacia prácticas crueles? ¿Es

posible que, en su expansión, logren borrar los aprendizajes históricos?

6

Respira hondo, cuenta hasta diez y deja en paz a Groenlandia

En su primera semana como presidente, Donald Trump anunció una orden ejecutiva «para derrotar la inflación», incluyendo «la imposición de regulaciones de precios y aranceles aduaneros», lo cual supone emprender lo que, en economía, se conoce lisa y llanamente como política proteccionista. La congresista Alexandria Ocasio-Cortez, a quien la nueva derecha llama «bruja comunista», criticó la medida, argumentando que los aranceles perjudicarían a los trabajadores y consumidores al encarecer productos importados. Es curioso ver cómo algunos «libertarios» tienen que ser educados sobre cuestiones tan básicas de una economía sobre la que se dicen «expertos». (Milei, por ejemplo, volvió a endeudar a Argentina con el Fondo Monetario Internacional.)

Trump, con sus aires de colono machote conquistador, formalizó el cambio de nombre del golfo de México por el de golfo de Estados Unidos. En respuesta, la presidenta mexicana, Claudia Sheinbaum, propuso renombrar Estados Unidos como «América Mexicana», tomando como referencia un antiguo mapa. Además, no existe tal cosa como un «mexicano ilegal» que emigre a lugares como, por ejemplo, Texas, California, Arizona y otros lugares de Estados Unidos, ya que históricamente estos territorios formaban parte de

México antes de que Estados Unidos se los anexara. En este sentido, podría haber un giro sobre quiénes son los inmigrantes y quiénes no, o quiénes son los ilegales y quiénes no. Nadie es ilegal en tierra robada.

Recordemos que los colonos, en su afán de apoderarse de las tierras y riquezas del continente americano, mataron, desplazaron y borraron a los pueblos originarios. En el caso de Estados Unidos, el genocidio de los nativos norteamericanos es una parte oscura de su historia que los republicanos quieren esconder. La Ley de Remoción India de 1830, que obligó a pueblos enteros a desplazarse hacia el oeste, resultó en la muerte de miles de nativos en un éxodo que se llamó *«Trail of tears»* [«Sendero de lágrimas»], uno de los episodios más trágicos del país, en el que miles de miembros de las tribus *cherokee*, *choctaw*, *chickasaw*, *creek* y *seminola* fueron forzados a caminar largas distancias hacia territorios remotos, sufriendo enfermedades y condiciones inhumanas. Así, la expansión territorial y las políticas de colonización se consolidaron a través de la violencia y el exterminio, como parte de la llamada «conquista del Oeste», que incluyó masacres y el despojo sistemático de sus tierras a sus habitantes, todo lo cual dejó una marca indeleble en la historia del país.

Esa misma primera semana de gobierno, como mencionamos, Trump también habló de sus ganas de invadir Groenlandia, de tomar el control sobre el Canal de Panamá y de convertir Canadá en un estado más de Estados Unidos, evidenciando un enfoque expansionista de su Administración (aunque, sobre su relación con la región latinoamericana, sostuvo que «no la necesita»). El «Destino Manifiesto», doctrina citada por Trump, refleja la visión de Estados Unidos como la nación elegida, y cuyo imaginario colectivo sostiene

que Dios les ha encomendado la expansión de su territorio, bajo la creencia de su superioridad como pueblo.

El ataque estaba listo: Trump firmó una orden el día de su investidura para limitar la ciudadanía por nacimiento, afectando a cientos de miles de niños nacidos en Estados Unidos de madres y padres no ciudadanos. Otra de sus primeras medidas ha sido comenzar a deportar a quienes tienen el estatus de protección temporal (*temporary protected status*, TPS) o la protección del *parole* humanitario, así como dar de baja el servicio o aplicación digital de citas migratorias CBP One que puso en marcha la Administración Biden y que permitió a casi un millón de migrantes ingresar legalmente, con lo cual se ha dejado sin esperanza a los que esperaban sus citas desde hace años. Además, Trump permitió que el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés) realice redadas y deportaciones inmediatas, sin importar la protección de zonas como escuelas, estableciendo, además, cuotas diarias obligatorias de detención de inmigrantes. Estas medidas no sólo reflejan un endurecimiento drástico de la política migratoria en su Administración, sino que fomentan una sensación de persecución, miedo y desesperación social real. El ICE detiene a personas sólo por hablar en español, algo que ya ha sucedido recientemente en cientos de casos, como, por ejemplo, en la detención de una madre y una hija puertorriqueñas. Tampoco debemos olvidar el caso de Jocelynn Rojo Carranza, una niña de once años que se quitó la vida tras ser víctima de acoso escolar debido al estatus migratorio de su familia. Según su madre, sus compañeros la hostigaban y la amenazaban con llamar al ICE, asegurándole que ella, junto a su familia, sería deportada. La menor se suicidó el 8 de febrero de 2025 en su hogar en Gainesville, al norte de Fort Worth, Estados Unidos.

Mientras tanto, los *magazolanos* (venezolanos fanáticos de Trump y del MAGA) militaron en contra de Kamala Harris porque supuestamente era «comunista», pensando que Donald Trump iba a mandarles tropas para «liberar» a Venezuela de Maduro; pero lo que ha hecho Trump es forzar el regreso de los inmigrantes venezolanos; además, en el primer mes de su gestión, envió a un representante del gobierno estadounidense a visitar a Maduro, entablar relaciones «desde cero», estrecharle la mano y posar con sonrisas y las banderas de ambos países en Caracas. Esto debería ser una lección para aquellos fanáticos de mesías salvadores que fueron usados por Donald Trump. Vaya momento para ser *magazolano*.

Pero continuemos... Otra disputa surgió cuando la obispa Jennifer Budde pidió misericordia por los migrantes y la comunidad LGTBI+ durante el Servicio Nacional de Oración (la religión, definitivamente, necesita más personas como Budde). Donald Trump respondió con un fuerte ataque, calificándola de «izquierdista radical» y acusándola de ser «desagradable» y le exigió una disculpa. En realidad, Budde estaba pidiendo misericordia por las minorías perseguidas, algo que, según las supuestas enseñanzas de Jesucristo, sería lo que se esperaría de alguien en dicho cargo. Donald Trump ha indultado a casi 1.600 personas procesadas por el asalto al Capitolio, incluyendo a individuos condenados por agredir a policías. Entre ellos se encuentra el hombre que llevaba la sudadera con el texto «Camp Auschwitz» y una calavera estampados, un símbolo asociado al Holocausto. Para ellos sí hay misericordia, ésos no son «criminales», pero los migrantes que están trabajando en el campo o en cualquier otro lugar sí lo son. Imaginemos por un momento la reacción del mundo si Obama hubiera indultado a 1.500 personas negras que atacaron a la policía. En ese caso, sí mostrarían indignación, ¿verdad?

Sin embargo, no todos los indultados comparten la decisión de Trump de indultar a los insurrectos. Pamela Hemphill, una de las participantes del asalto, rechazó el indulto, calificándolo como un «insulto» a los policías y al Estado de derecho. En declaraciones al *Idaho Statesman*, afirmó no querer formar parte de los intentos de «reescribir» lo ocurrido el 6 de enero. Hemphill fue incluida en el perdón presidencial junto con cientos de otros implicados en la insurrección, pero decidió desvincularse de esa narrativa.

Sin embargo, es interesante cómo los Trump, Milei, Abascal y otros líderes de la nueva derecha prefieren usar la religión como herramienta política, sin que parezca que se les pueda cuestionar por ello. Budde, en su intervención, había expresado su preocupación por los trabajadores migrantes, quienes, a pesar de contribuir a la sociedad, temen ser deportados. Trump prefirió descalificar su mensaje en lugar de abordar las realidades señaladas por la obispa, lo que refleja una vez más su falta de empatía y su tendencia a rechazar cualquier crítica que cuestione sus políticas y su retórica divisiva. Por su parte, el congresista republicano Mike Collins, del lado del culto MAGA, sugirió que la obispa Budde «debería ser añadida a la lista de deportaciones». Así de descolocados los dejó el sermón, y mucho más viniendo de una mujer. Éste es el clima político estadounidense en el año 2025.

7

Yo, yo y yo: el regreso de Narciso

Veintisiete psicólogos y profesionales de la salud estadounidenses se reunieron en la Escuela de Medicina de Yale y debatieron lo que después se convertiría en el libro editado por Bandy Lee *The dangerous case of Donald Trump* (2017). En dicho libro se expone que en Trump existe un diagrama de Venn compuesto por tres círculos: el primero, el extremo hedonismo; el segundo, el narcicismo; y el tercero, el comportamiento *bully*. Estos tres círculos se unen en el centro para crear a una persona «incompetente, inmadura e impulsiva», que, en una posición de poder total, podría intentar convertirse en un tirano (dicho y hecho). ¿Cuál era el «patrón perturbador» que encontraron en Trump? Uno que incluía tendencias narcisistas, impulsividad, delirios de grandeza, paranoia, xenofobia, misoginia, incapacidad para aceptar sus propios errores, mentiras patológicas y hedonismo extremo.

Según explica Malkin Craig, de la Universidad de Harvard, el narcicismo puede volverse patológico cuando una persona se vuelve adicta a sentirse especial, al punto de que haría cualquier cosa para alcanzar ese pico de excitación, incluyendo mentir, robar, traicionar, lastimar o engañar a otros. Esto me recuerda el momento en que un periodista le pregunta a Milei —quien se define como el mejor presidente de la historia y líder mundial de la libertad— cómo controla la vanidad. Milei responde comparándose con Moisés, y

menciona su admiración por él, destacando que su amigo Nik le pintó un mural bíblico en la residencia presidencial. No olvidemos que Milei se define a sí mismo como un «león alfa», se compara con Napoleón Bonaparte y no tolera una sola crítica. A comienzos de 2025, Milei mostró uno de los pasillos de la residencia presidencial repleto de imágenes y pinturas suyas personificado como Wolverine, gigantografías de la revista *Time* y *The Economist*. Un claro ejemplo de delirio narcisista total, donde su figura se eleva a un culto a la personalidad que busca moldear la imagen pública y acallar cualquier crítica. Así como hizo Trump al burlarse de una persona con discapacidad, Milei posteó una imagen generada por inteligencia artificial que muestra al gobernador de la provincia argentina de Chubut, con quien había tenido una pugna política, quien aparece como si tuviera síndrome de Down (como si tener síndrome de Down fuera un insulto). El gobierno de Milei decretó durante este mismo año que las personas con discapacidad sean clasificadas como «idiota», «imbécil», «retardado» y «débil mental», según un boletín oficial que viola los acuerdos internacionales contra la discriminación. La medida fue implementada a través de la Agencia Nacional de Discapacidad. Éstas son precisamente las palabras que Milei utiliza cuando se brota en público, mientras que sus asesores también recurren a términos como «mogólico» para descalificar a cualquiera que los contradiga. Se ha naturalizado el insulto sistemático como herramienta de poder, legitimando la violencia verbal y la humillación en nombre de la «libertad». En enero de 2025, Milei reunió múltiples insultos en un posteo de siete líneas: «El reclamo de los boluprogres zurdos por nuestras políticas libertarias y en contra de la basura inmunda de la justicia social se parece a la queja de los chorros [ladrones] por mejoras en la política de

seguridad. Entiendan esto, zurdos resentidos fracasados, la revolución es moral».

Meryl Streep, en la entrega de los Globos de Oro de 2017, dio una lección sobre por qué no debemos tolerar estas actitudes abusivas, en referencia a la desagradable burla que hizo Trump: «Todavía no puedo sacármelo de la cabeza, porque no pasó en una película, pasó en la vida real. Y ese instinto que busca humillar, cuando lo hace alguien público, alguien poderoso, penetra en la vida de todos, porque les da permiso a otros para hacer lo mismo. La falta de respeto invita a la falta de respeto. La violencia incita a la violencia. Cuando los poderosos usan su posición para hostigar y hacer *bullying* a otros, todos perdemos». El acoso de parte de los políticos es un daño grave que debería hacer responsables civilmente a quienes lo organizan y lo propician.

El narcisismo está compuesto por dos aristas: el deseo de ser admirado y la necesidad de competir con los demás. Estos componentes contribuyen a que el narcisista construya una percepción obsesiva de sí mismo, mientras intenta llamar la atención a toda costa. El psicoanalista Erich Fromm, quien vivió el nazismo en primera persona, explicó que el narcisismo, cuando alcanza sus extremos (llamados malignos), se convierte en la «quinta esencia del mal». Fromm fue uno de los primeros en llamar la atención sobre el rasgo de personalidad narcisista como el producto de numerosos problemas tanto en las relaciones personales como en la sociedad. Según Craig, líderes y dictadores como Putin, Kim Jong-un o Hitler se encuentran bajo este paraguas conceptual, confluyendo en una especie de «adaptación a la crueldad» o «normalización del odio» que es visible en todos los cultos destructivos y, ahora también, en la nueva derecha.

Ciertos rasgos característicos permiten identificarlos con claridad: sienten envidia hacia los demás y creen que los otros también los envidian; perciben a los demás como rivales, atribuyéndoles celos hacia su posición, aunque esta percepción no siempre se corresponda con la realidad. Además, su conducta suele ser soberbia y arrogante, menospreciando a quienes consideran inferiores o ciudadanos de segunda categoría. Carecen de empatía, lo que se traduce en una incapacidad para comprender o gestionar las emociones propias y ajenas. Esto va acompañado de sentimientos reprimidos de vergüenza, inseguridad y miedo, así como de una inteligencia emocional prácticamente nula y ausencia de amor y cariño. Si no le das a tu hija o hijo el cariño y la seguridad que necesita cada día, buscará llenar ese vacío en otros lugares, a veces, en los más inesperados. La armonía y la sensación de seguridad y amor deben comenzar en casa, pero, lamentablemente, ésta no es la realidad de millones de personas.

La economista australiana Karen Stenner, especialista en estudios de comportamiento, ha realizado investigaciones sobre los rasgos de personalidad, enfocándose en lo que denomina la «predisposición autoritaria». En su obra *The authoritarian dynamic* (2005), Stenner busca comprender las actitudes y predisposiciones de las personas hacia el autoritarismo, explorando cómo ciertos contextos sociales pueden activar o suprimir estas inclinaciones autoritarias en la población. Además, investiga la preferencia por la homogeneidad y el orden, así como el rechazo hacia lo diferente o complejo, que se percibe como una amenaza potencial. Stenner argumenta que, «desde la perspectiva autoritaria, los conceptos *desacuerdo*, *disentimiento*, *desobediencia*, así como la determinación del bien común mediante el debate y la negociación no son comprensibles».

Los líderes narcisistas y autoritarios no manifiestan compasión por el sufrimiento ajeno, no son capaces de pedir disculpas ni de asumir errores, ya que, desde su perspectiva, nunca se equivocan. Tienden a rodearse de individuos que los adulen constantemente, esperando ser reconocidos como figuras superiores o personajes del año. Fantasean con el poder, el éxito y la admiración, y se perciben a sí mismos como poseedores de cualidades únicas y divinas, sintiéndose dignos de ser recordados con honores en la historia. Frente a las críticas, especialmente de periodistas, reaccionan de manera agresiva y defensiva. Son personas completamente rotas, y por eso es imposible «debatir» con ellos; eso no les interesa. Al fascismo no se lo derrota con «amor». Al fascismo se lo enfrenta y se lo combate activamente.

¿Por qué el mundo se muestra cada vez más predispuesto a votar a políticos con estos rasgos de personalidad? ¿Qué sucede cuando la sociedad siente que sus dirigentes ya no representan sus intereses? Este contexto da lugar a una crisis de representación, una crisis de identidad política en la cual el sistema tradicional de organización política comienza a desintegrarse. Como resultado, y ante la desesperación, surgen nuevas fuerzas o alternativas, generalmente encauzadas por *outsiders* narcisistas al estilo de Trump, Meloni, Milei y otros, personajes que se vuelven cada vez más comunes en la arena política moderna y que exhiben una obsesión por el poder. Ver el mundo como una amenaza es, en este sentido, un reflejo de la relación tóxica que estos individuos tienen tanto consigo mismos como con el propio mundo.

¿Qué espacios vacíos están llenando estos liderazgos? No se trata únicamente de la oportunidad que los populistas de derecha aprovechan frente a las crisis económicas, sino que también llenan algo más, algo más profundo.

Estos *outsiders* llegan al poder haciendo política con gritos que convencen, porque aparecen como una «opción diferente» y se convierten en la esperanza de la gente cansada. Proponen destruir la educación y la salud pública, pero garantizan el derecho a portar armas, el servicio militar y la venta de órganos. Los extremos reaccionarios ya no están en los márgenes de la política o aislados por cordones sanitarios, como ya mencionamos. La democracia se vuelve rehén de los fanáticos, y los más jóvenes, en lugar de luchar por ideales constructivos, sienten que cumplen su rebeldía a través de la viralización de memes misóginos, banderas libertarias o confederadas y frases en X como «¡Viva Franco!» o «No fueron 30.000» (los libertarios argentinos niegan el número de desaparecidos durante la última dictadura militar).

En su artículo «¿Peor que el fascismo?» (2022), Franco Delle Donne (de quien recomiendo escuchar su pódcast *Epidemia Ultra*) señala que el discurso de las nuevas derechas se fue incorporando paulatinamente en el debate político, a pesar de las contradicciones de este movimiento con los valores democráticos. Delle Donne se hace una pregunta que también nos hicimos: ¿cómo es que una narrativa autoritaria llega a ser aceptada como una opción viable para una porción tan grande de la sociedad? Y lo explica así:

> [Se] logró, por un lado, por la incapacidad de los partidos tradicionales y otros actores de las élites políticas y económicas de identificar el peligro a tiempo. Y, por otro, por la astucia de los líderes de las derechas radicales para convertir una narrativa autoritaria, xenófoba, nativista y ultraconservadora en un discurso aceptable por el resto de la sociedad e incluso por los partidos políticos mainstream [...]. El elemento que expresa la consolidación del proceso de normalización podemos encontrarlo en el discurso de Mateo Salvini, líder del otro partido de derecha radical italiano, la Lega. Hacia fines de 2017, Salvini inició una campaña titulada *«la rivoluzione del buonsenso»* («la revolución del sentido común»). Una premisa que apuntaba a transformar ideas abiertamente racistas o xenófobas en políticas «normales» y «útiles» para todos los italianos. Se naturalizaba, de esta manera, una forzada y supuesta conexión entre los

problemas del país y el discurso antiinmigración propulsado por la plataforma de quien luego fuera ministro del Interior. Esta utilización del «sentido común» como herramienta discursiva se relaciona con la falsa idea de que decir lo incómodo o lo políticamente incorrecto es una forma de manifestar «lo que nadie dice, pero todos piensan». Y de este recurso se han aprovechado todas las expresiones de la derecha radical contemporánea, desde Donald Trump, con su apoyo a las ideas del nacionalismo blanco de los grupos de la *alt-right* en Estados Unidos, hasta las publicidades xenófobas de Vox en España, que acusan sin pruebas a niños inmigrantes de cometer delitos. Tanto para el líder republicano como para el partido de Santiago Abascal, sus discursos no son racistas ni xenófobos, sino supuestas verdades que nadie se animaría a decir y que afectarían los intereses nacionales. En Hungría, en Polonia, en el este de Alemania, en Francia, en Suecia, en el norte de Bélgica, en Austria y en algunas regiones de España, la derecha radical ya condiciona desde hace tiempo la formación de gobiernos y hasta la elaboración de políticas públicas. Y lo hace desde dos lugares. Por un lado, desde su presencia en los parlamentos a partir de los resultados electorales o incluso llegando al gobierno, ya sea como compañeros de coalición (como en Austria, Holanda y Bélgica) o como líderes de este (Hungría, Eslovenia, Polonia). Y por otro, desde la penetración de su ideología en la agenda del resto de los partidos políticos. Al incorporar la ideología de las derechas radicales a la agenda de los partidos tradicionales se habilita su discusión como políticas válidas y hasta necesarias.

Creo que es importante detenernos un momento en la figura de Giorgia Meloni. Antes de tomar posesión como primera ministra, la líder del partido Fratelli d'Italia (FDI) logró romper el aislamiento de la extrema derecha en Bruselas, proyectándose como una figura «moderada» ante la comunidad internacional. Sin embargo, desde su llegada al gobierno en 2022, en alianza con la Lega y Forza Italia, ha comenzado un proceso progresivo de erosión de las garantías del Estado de derecho en Italia. Ha atacado la libertad de prensa y ha puesto en marcha reformas que centralizan el poder en el ejecutivo. Paralelamente, ha mantenido una retórica fuertemente antiinmigración; se opone a todo lo relacionado con el cuidado del medio ambiente, lo *woke* o los estudios de género; rechaza los derechos LGTBI+ y ha restringido los espacios para los opositores.

La integración y normalización de los mensajes de la nueva derecha en el discurso político es una maniobra calculada que les facilita alcanzar el poder y afianzar su presencia en la arena política. En Italia, el ya fallecido millonario, ex primer ministro y propietario de medios de comunicación Silvio Berlusconi desempeñó un papel clave en la normalización del discurso de la extrema derecha, facilitando su aceptación en el ámbito político y abriéndole el camino a Giorgia. En un detallado análisis en su artículo «Las dos caras del gobierno de Giorgia Meloni» (2024), Francesca De Benedetti explica cómo, después de que Forza Italia perdiera apoyo, la Lega asumió el liderazgo en 2019. Sin embargo, en 2022, el poder se reconfiguró, favoreciendo a Meloni y Fratelli d'Italia:

> Cuando Forza Italia, el partido de Berlusconi, perdió dinamismo electoral, ese papel de pivote lo asumió la Lega, no los Fratelli de Meloni. En las elecciones europeas de 2019, la Lega, sucesor de Lega Norte y liderado por Matteo Salvini, se consolidó como el partido líder del país. La Lega también había cogobernado brevemente el país de 2018 a 2020 junto con el Movimiento 5 Estrellas, con el que compartía cierta vocación populista, con Salvini como vicepresidente y ministro del Interior. A la luz de esta historia, ¿cómo es posible que en 2022 el equilibrio de poder —incluso entre Salvini y Meloni— se haya invertido tan profundamente?

Meloni, al promover la idea de «desburocratización» (que, en realidad, es el título que le coloca a eliminar todo lo *woke* que no le gusta), intenta presentarse como la antipolítica, con un discurso que deslegitima las instituciones, dándole una patada a la democracia. En 2022 participó en un acto de Vox en Marbella, junto con Santiago Abascal y Macarena Olona, donde afirmó, a gritos y con los ojos totalmente fuera de órbita, repletos de furia, que la «ideología de género» no busca combatir la discriminación, sino que persigue «la desaparición de la mujer y el fin de la maternidad». En su discurso, cargó contra los migrantes y concluyó su intervención con un

mensaje cargado de polarización: «Sí a la familia natural, no a los *lobbies* LGTB; sí a la identidad sexual, no a la ideología de género; sí a la cultura de la vida, no al abismo de la muerte; sí a la universalidad de la cruz, no a la violencia islamista; sí a las fronteras seguras, no a la inmigración masiva». Meloni es todo lo que desea ser Abascal.

De Benedetti también pone énfasis en la represión de la disidencia bajo el gobierno de Meloni y cómo ha adoptado formas diversas:

> Los ataques a los medios de comunicación son una de las más evidentes y visibles. Estos ataques se despliegan a través de iniciativas legales y reglamentarias del gobierno contra los periodistas y contra el derecho a informar, la toma de control político de la televisión pública RAI, episodios de censura y ataques directos de la propia *premier* contra reporteros y medios de comunicación independientes. Tanto en sus ruedas de prensa como en los mítines electorales en los que habla en apoyo de su partido, Meloni ha atacado repetidamente a los periodistas, llegando a deslegitimar y acusar a periodistas de investigación de la televisión pública y a lanzar acusaciones contra periódicos independientes concretos, como *Domani*. Este medio se ha convertido en un verdadero blanco del gobierno. Meloni elevó la potencia del control gubernamental de la radiotelevisión pública. Desde su arribo al gobierno, en otoño de 2022, del Ministerio de Cultura llegaron indicaciones de que era necesario «un cambio en la cúpula de la RAI», así como un «cambio de narrativa» [...]. En 2024, Media Freedom Rapid Response, un grupo de trabajo que supervisa los ataques a la prensa para la Comisión Europea llevó a cabo una misión urgente en Italia (donde nadie de la mayoría gubernamental aceptó reunirse con el equipo), y dejó Roma aún más preocupado que cuando arribó. También esta primavera, la clasificación mundial de la libertad de prensa elaborada por Reporteros sin Fronteras mostraba una caída de cinco puestos de la Italia de Meloni, que acabó en las «zonas problemáticas» junto con Hungría. En 2010, cuando Orbán inició su propia deriva antiliberal, la transformación de la estructura de los medios de comunicación fue uno de los primeros pasos de este cambio. Desde hace años, las derechas italiana y húngara no sólo se codean, sino que intercambian tácticas.

Como menciona De Benedetti, el «sistema Giorgia-céntrico» es una dinámica clara en el «triángulo familia-partido-gobierno»,

especialmente después de que, en 2023, Meloni otorgara a su hermana el cargo de secretaria política del partido. Este tipo de estructura, donde la familia juega un rol central en la gestión política, es similar a la creada por otros líderes, como Nayib Bukele (asesorado únicamente por su círculo de hermanos) o Donald Trump (con su hija Ivanka y otros miembros de la familia). Este modelo de control familiar refuerza la cohesión y lealtad interna, y probablemente sume puntos a la estrecha relación que mantiene Meloni con Milei: la extarotista y hermana de Javier Milei, Karina, a quien él denomina «El Jefe», tiene un papel fundamental tanto en la vida política como en la vida personal de Javier. En su nota «La ruta del dinero K(arina): la plata sucia de los Milei» [1] (2025), el periodista argentino Juan Luis González explicó lo siguiente:

> Ella lleva mis números, históricamente. Y cuando paso demasiado tiempo haciendo política me dice «Los números no cierran, anda y laburá, y meté conferencias, porque los números no cierran». O sea, con lo cual, o sea, me dice «pará, el chiste hasta acá está bien», digamos, «y hasta acá se acabó la joda». El que habla es Javier Milei, en junio del 2022, en una nota con su entonces conductora preferida, Viviana Canosa. Esa frase resume lo que pasaba con él ya siendo diputado, aunque era algo que venía de larga data. Ya antes de meterse en la política, cuando sólo era un economista marginal de los medios, era Karina Milei quien le manejaba la plata y quien, por ejemplo, se encargaba de pagarle las expensas. El especialista en «crecimiento con o sin dinero» nunca fue, irónicamente, bueno para controlar el propio. Los pocos amigos que tenía el libertario en aquel momento aportan un dato adicional: que la hermana, a quien en aquel momento le costaba llegar a fin de mes con la venta de tortas, se quedaba con un 10 por ciento de lo que ganaba el hermano. El «diezmo» era para Moisés, como la llama él. Parecería que todo lo que pasó luego fue nada más que una historia que se volvió a repetir.

El escándalo de la criptomoneda $LIBRA desatado en febrero de 2025 colocó a Javier Milei y a su hermana Karina en el ojo de la tormenta. Según revelaciones de medios como *CoinDesk* y *La Nación*, Hayden Davis, cocreador del token y líder de la empresa

detrás de la criptomoneda, alardeaba de tener acceso directo al mandatario a través de pagos a Karina Milei. En mensajes filtrados, Davis aseguraba que *«I send $$ to his sister and he signs whatever I say and does what I want»*. («Le envío dinero a su hermana y él firma lo que yo digo y hace lo que quiero».) Además, se jactó de haber comprado influencia sobre Milei mediante estos pagos y de utilizar maniobras de *insider trading*, una práctica delictiva basada en el uso de información privilegiada para manipular el mercado financiero en beneficio propio. Estas declaraciones sugieren una preocupante influencia sobre el presidente por parte de actores del mundo cripto y han generado una ola de críticas tanto a nivel local como internacional. La revista *Forbes* publicó que la estafa cripto fue de 4.600 millones de dólares, catalogándola como «el robo más grande de la historia»; el *New York Times* reveló pagos de múltiples empresarios que, para poder ver a Javier Milei en la casa de gobierno, se les solicitó dinero, con sumas de hasta 500.000 dólares por reunión.

Primero, se lanza $LIBRA. Apenas tres minutos después, el presidente lo promociona en sus redes sociales con publicaciones cuidadosamente estructuradas, que incluyen la dirección del contrato inteligente y la web del proyecto, lo que indica que la información ya estaba preparada antes del lanzamiento. Como resultado, el valor del token se dispara, sus allegados retiran 84,7 millones de dólares y miles de personas pierden su inversión.

Milei promocionó una criptomoneda de la cual el 84 % de los tokens estaban en manos de 10 personas que no se sabe quiénes son. El presidente de Argentina parece haberse convertido en un Cositorto, quien fue líder de una estafa piramidal conocida como *Generación Zoe*, donde prometió ganancias a sus seguidores, pero resultó ser una red fraudulenta que operaba bajo la fachada de una

«empresa de inversiones». Al igual que en el caso $LIBRA la manipulación de personas y el enriquecimiento ilícito eran el objetivo. El periodista argentino Leandro Renou, escribió una nota para *Página12* titulada «Cripto, coimas y la pista de la plata negra» (2025), donde sostuvo lo siguiente:

> Desde que Javier Milei arrancó con su carrera política, la recaudación de dinero informal fue una constante. Cobró cursos en dólares sin registrar, dio charlas para empresarios facturando sin ticket en la misma moneda y hasta le armaron cenas multitudinarias para hacerse de capitales que luego usaría para hacer crecer el partido, La Libertad Avanza. En las últimas horas, un testimonio vinculado a la mega estafa de $Libra, deslizó la chance de una conexión directa entre el sector cripto y personajes muy cercanos al esquema de colecta de fondos de Milei. Agustín Laje, uno de los escribas del modelo libertario, creó el año pasado la Fundación Faro. La formalizó con varios eventos de recaudación. El más emblemático, una cena en el Yacht Club en la cual empresarios de todos los colores pagaron un mínimo de 25.000 dólares por cubierto. En esa velada, juntaron 10 millones de dólares de manera informal [...]. Laje, al que todos piden ponerle un ojo, tiene un fluido contacto con la pata argentina de la estafa. Desde hace al menos cinco años tiene una amistad con Mauricio Novelli, el dueño de NW Professionals, quien armó el Tech Forum, lugar donde hubo denuncias de pedidos de coimas y donde Milei conoció a todos los que participaron del caso $LIBRA. Hace unas semanas, de hecho, Laje y Novelli estuvieron juntos en los Estados Unidos, en días de descanso que incluyeron una foto de ambos en un partido de la NBA.

Algunos fanáticos de Milei afirman que en el caso $LIBRA no hubo dolo, es decir, que no existió conocimiento ni voluntad de cometer el hecho. Sin embargo, se trata del presidente de la nación, un economista con supuesto conocimiento del sector financiero, que mantuvo reuniones con los creadores de $LIBRA y que, además, fue instructor en la empresa NW Traders de Novelli. No es suficiente alegar desconocimiento, especialmente considerando su cargo. De aceptarse tal justificación, cualquier persona podría eludir la responsabilidad penal simplemente alegando ignorancia sobre la ilicitud de sus actos.

De todos los escándalos de corrupción en Argentina desde los años noventa, éste es el más difícil de disfrazar: los involucrados están identificados, el delito se cometió a plena vista, el esquema es transparente, la ruta del dinero está documentada y hay testimonios directos de los pagos realizados. En cualquier otro país, un escándalo de esta magnitud bastaría para que un presidente se viera obligado a dimitir.

La revelación es tan escandalosa como reveladora: el presidente que prometía «perseguir a la *casta*» (aunque la tenga dentro de su gobierno) parece haber instalado su propio modelo de tráfico de influencias, con su hermana en el centro de todo. El escándalo $LIBRA vuelve a poner la lupa sobre un tema de fondo: a los Milei no les cierran las cuentas. Dicho de otra manera, desde que se involucró en la política, tanto él como su hermana han acumulado una cantidad de dinero que nadie sabe dónde está, e incluso han incrementado sus riquezas. Javier Milei fue oficialmente imputado por estafa, tráfico de influencias y negociaciones incompatibles con la función pública.

Resulta irónico que Javier Milei, quien hablaba tanto en contra de la corrupción, ahora se vea envuelto en un escándalo que lo involucra a él y a su círculo más cercano. El mismo que clamaba por auditorías exhaustivas en las universidades públicas, ahora enfrenta acusaciones de estafa y asociación ilícita sin que el Congreso lo someta a una investigación rigurosa. De hecho, muchos congresistas se negaron a impulsar una auditoría sobre el caso, lo que no sólo refuerza la impunidad del gobierno, sino que también deja en evidencia el tráfico de influencias y posibles coimas dentro del poder legislativo.

Los seguidores de Milei, incluidos los congresistas de otros partidos que se someten a su liderazgo, están dispuestos a respaldar

cualquier cosa con tal de evitar el «regreso del pasado». No les importa la corrupción, la censura, ni las estafas. Su animosidad hacia el kirchnerismo supera su compromiso con la defensa de la democracia, el Estado de derecho y la transparencia. El odio al kirchnerismo los mueve más que el interés por construir un país justo y democrático. La corrupción que critican sólo les importa cuando es de sus adversarios. Esto es hipocresía en su máxima expresión.

Uno de los defensores más fervientes de Milei es el autor chileno Áxel Kaiser, quien también forma parte de la Fundación Faro. Cuando se le acusó de ser un seguidor incondicional del líder argentino, respondió en un post de X: «Fanático es tratar de enlodar al mejor líder de Occidente de honestidad intachable por un error de buena fe». Sin embargo, esta postura fue brillantemente refutada por Santiago Siri, el especialista argentino en cripto, quien le respondió en X:

> Fanático es defender lo indefendible como si fuera una cuestión de fe, sin importar la realidad de los hechos. Un presidente no puede estar promocionando inversiones especulativas sin regulación ni control. No es un «error de buena fe», es una irresponsabilidad mayúscula que pone en riesgo la confianza en las instituciones y expone a miles de personas a posibles estafas. Además, nada más antiliberal que ser un fanático ideologizado incapaz de cuestionar a su líder. El liberalismo es pensamiento crítico, no culto a la personalidad. Están demostrando ser la misma basura de siempre en la política latinoamericana, pero con otro color.

Además, las restricciones y condiciones periodísticas impuestas por Milei atentan contra el derecho a la información de la ciudadanía. Milei no habla en vivo, edita sus entrevistas y generó un escándalo cuando su asesor, Caputo, interrumpió una parte de la entrevista editada que luego salió a la luz, en la que se tocó este caso, demostrando cómo su control sobre los medios va más allá de

lo político, afectando a la transparencia necesaria para una democracia informada. «Te puede traer un quilombo judicial», le dijo el asesor que interrumpió el momento de la entrevista a Milei, que luego fue eliminado por pedido del gobierno. Está mal que sea el gobierno el que graba las entrevistas, las edita y las entrega al medio. Es el propio gobierno quien «dicta» las entrevistas, lo que supone un grave atentado contra la libertad de prensa. Un periodista no debería ser un vocero del poder. El periodismo independiente y crítico es clave para la democracia, y por eso molesta a quienes se consideran dueños de la verdad. Los intentos de imponer condiciones desde el poder son censura, y las notas manipuladas no son más que propaganda. La sociedad tiene derecho a recibir información veraz y completa.

De este modo, la influencia de Karina Milei va mucho más allá de lo político, ya que es la figura central dentro de la estructura del partido y del gobierno de su hermano. Este vínculo estrecho entre ambos refuerza un modelo de poder concentrado en la familia.

Tras figuras como Hitler, Stalin, Napoleón, Franco, Pinochet, Mussolini o Maduro, todos ellos caracterizados por actuar bajo el delirio místico de creer, parafraseando a Luis XIV (otro narcisista), que el Estado son ellos mismos, se observa un patrón psicológico claro. Los narcisistas, según diversos estudios, registran niveles bajos de autoestima y necesitan constantemente la atención y energía de los demás para construir una falsa imagen de autoestima elevada. Paradójicamente, estas personas suelen ser profundamente inseguras, aunque proyecten lo contrario cuando sacan a relucir al personaje en público. El médico Alfred Adler explicó que el «complejo de inferioridad» surge cuando alguien se siente insuficiente, lo que puede llevar a buscar compensación a través de una ambición excesiva o actitudes de poder y control. A menudo,

estas personas intentan elevarse por encima de los demás para ocultar sus inseguridades, creando una «capa exterior» como fachada de superioridad, siempre compitiendo y señalando los errores ajenos para así poder reafirmarse a sí mismos.

Estos políticos emergen como protagonistas de un espectáculo mediático en el que los gritos y el éxtasis del ego son la norma. Aspiran a ser *rockstars* de la política, recreando simbólicamente las dinámicas de humillación pública que solían darse en las plazas medievales, donde el público acudía a presenciar castigos como azotes o decapitaciones. Buscan aplausos, anhelan ser los «leones» que rugen ante una audiencia fascinada. En el fondo son payasos peligrosos, y, mientras exista un público dispuesto a asistir a ese circo, será aún más complejo desplazar esos liderazgos tóxicos. En febrero de 2025, la Casa Blanca publicó un video de inmigrantes encadenados y expulsados, convirtiendo la crueldad en un espectáculo oficial. No es sólo una política brutal, es un mensaje: la humillación como herramienta de poder. Y los *magazolanos* y libertarios venezolanos que hicieron campaña anti-Kamala son *coautores* de esto. Sólo hace falta una causa que movilice y un líder dispuesto a guiar, incluso si el destino final es un precipicio. En lugar de divertirnos, los políticos que gritan deberían alarmarnos profundamente.

8

El culto al macho

> Todo o casi todo lo que es propio del amor, la mayoría de los hombres hetero lo reservan exclusivamente para otros hombres. Las personas que ellos admiran, respetan, adoran y veneran, a quienes honran, imitan e idolatran y con quienes cultivan vínculos más profundos, aquellos a quienes están dispuestos a enseñar y con quienes están dispuestos a aprender, aquellos cuyo respeto, admiración, reconocimiento, honra, reverencia y amor desean..., éstos son, en su enorme mayoría, otros hombres. En sus relaciones con mujeres, lo que es visto como respeto es la cortesía, la generosidad o el paternalismo; y lo que es visto como honra es colocar a la mujer como en una campana de cristal. De las mujeres, ellos quieren devoción, servidumbre y sexo. La cultura heterosexual masculina es homoafectiva, pues cultiva el amor por los hombres.
>
> MARILYN FRYE, *Las políticas de la realidad: ensayo sobre teoría feminista*

Durante siglos, la masculinidad se ha definido en oposición a lo femenino, asociándola con la supresión de emociones y el rechazo a cualquier característica vinculada con lo que se considera algo «de nena». En su libro *La cultura de la homofobia y cómo acabar con ella* (2016), el filólogo y activista español Ramón Martínez analiza

este paradigma destacando dos puntos fundamentales: en primer lugar, cómo las identidades LGTBI+ se configuran en respuesta a un marco de pensamiento hostil; y, en segundo lugar, cómo a los niños varones se les inculca desde temprana edad el temor a no encajar en el molde de lo que se percibe como «verdaderos hombres». Lo explica así:

> Nuestras identidades acaban siendo respuestas a preguntas diseñadas desde un marco de pensamiento que nos es ajeno: realizamos la identificación con nuestras identidades del mismo modo que pensamos en el elefante de Lakoff, porque nos dijeron que no pensáramos en él, de igual manera en que nos dijeron que no podíamos ser homosexuales, lesbianas, gais, bisexuales o transexuales. De esta forma, la heterosexualidad es nuestro muro dentro de la cueva [...]. A los niños se les educa fundamentalmente en otro miedo distinto: el miedo a no ser «verdaderos hombres». Da comienzo así un difícil entramado que agrupa los mandatos de la masculinidad y la heterosexualidad haciéndolos interdependientes, una serie de códigos que se imponen como forma de respuesta a las prácticas sexuales y de género que se apartan de la norma.

Desde el análisis de Martínez, situamos la heterosexualidad como un sistema que ordena socialmente la sexualidad, presentándola como una cultura, como un objeto del cosmos que pretende ordenar los movimientos de todos los cuerpos que se encuentran bajo su influencia gravitacional, y como un conjunto de ideas que define el pensamiento de una persona, colectividad o época. De tal modo, la heterosexualidad no se refiere únicamente a la inclinación erótica hacia individuos del sexo contrario, sino que es «una forma de pensar la sexualidad que prescribe un modelo de comportamiento al que debe adscribirse todo el mundo, sean o no su deseo y su género calificables como heterosexuales».

Este sistema implica una cosmovisión que define cómo deben ser las relaciones sexuales y delimita si es posible expresar otras preferencias sexuales o identidades de género, que desde esta perspectiva han sido clasificadas como «diferentes». Un ejemplo

ilustrativo de esta visión es la campaña publicitaria de la marca Always titulada «Run Like a Girl» [Corre como una niña], que muestra cómo «ser niña» o «ser mujer» aún es percibido en muchos sectores como algo débil, ridículo, superficial y motivo de burla.

Ejemplos como éstos evidencian cómo los insultos y las normas sociales han sido utilizados históricamente como herramientas de control para reforzar las jerarquías de género y de sexualidad en sociedades estructuradas bajo el paradigma de la heterosexualidad normativa. En su texto «Masculinidades y homofobias: resistencia y liberación» (2014), el antropólogo Óscar Guasch explicó el uso de dos insultos «populares»:

> La antropóloga feminista Dolores Juliano explica que la palabra *puta* sirve para mucho más que para ofender a las trabajadoras sexuales. Dolores Juliano explica que la palabra *puta* sirve para amenazar al conjunto de las mujeres diciéndoles: «Ten cuidado..., si traspasas ciertas fronteras de género te llamaremos puta y te trataremos en tanto que tal». Según esta antropóloga, el insulto de *puta* se usa para castigar a las mujeres que van más allá de lo que la sociedad ha previsto como permitido para ellas. En ese sentido, el insulto, la injuria, la palabra *puta*, actúa como una suerte de policía de género que busca reforzar las fronteras de lo prohibido en las mujeres. Pues bien: lo mismo sucede con la palabra *marica*. La palabra *marica* se usa contra los homosexuales, es cierto. Pero el insulto *marica* se utiliza también contra quienes no dan la talla como hombres. Marica lo es el calzonazos que quiere a su mujer, y que decide no traicionarla acostándose con otras para sentirse más hombre. Marica lo es también el chico heterosexual afeminado. Marica es el gordito que, en la clase de deportes, siempre llega el último y resoplando. Marica lo es el cobarde, y también lo es el miedoso. En definitiva: marica lo es cualquiera que no dé la talla como hombre. Y es que el insulto de *marica* se usa para degradar la masculinidad de los hombres y ubicarlos, de ese modo, en un espacio de género idéntico al que ocupan las mujeres.

En tiempos pasados, aquellos que se enamoraban o tenían relaciones con personas de su mismo sexo eran denominados «sodomitas», un término que los sectores de la nueva derecha continúan utilizando de manera peyorativa para referirse a la

homosexualidad (además de «puto», «trolo», «maricón», etcétera). El sexo entre hombres, durante mucho tiempo, fue castigado con pena de muerte, la horca, la castración química o la hoguera. Sin embargo, la crítica que llevaron adelante pensadoras y pensadores de la época provocó un cambio crucial en la forma de empezar a entender la sexualidad y los derechos humanos, desafiando las antiguas normas.

A lo largo del siglo XIX, se utilizaban términos como «uranista» o «uranismo» para referirse a la homosexualidad masculina y a aquellos que no se ajustaban a los roles de género convencionales y que no restringían su deseo a un sexo opuesto. En Europa y América, surgió un movimiento firme en la defensa de los derechos de las personas «uranistas», lo que reflejó una aceptación creciente de la diversidad sexual en la sociedad. En este contexto, recomiendo la lectura de *Un apartamento en Urano* (2019), de Paul B. Preciado, quien ofrece una reflexión sobre la identidad trans, afirmando: «Es una nueva forma de uranismo. No soy un hombre. No soy una mujer. No soy heterosexual. No soy homosexual. Soy un disidente del sistema sexo-género. Soy la multiplicidad del cosmos encerrada en un régimen epistemológico y político binario; gritando delante de ustedes».

En 1897, el médico alemán Magnus Hirschfeld, pionero en el estudio de la sexualidad, fundó el Comité Científico Humanitario, la primera organización que abogó de forma activa por la despenalización de la homosexualidad, promoviendo que tanto la orientación sexual como la identidad de género debían ser reconocidas y respetadas. Lili Elbe, conocida como la primera persona en hacerse una cirugía de reasignación de sexo, pasó por su primera intervención en Berlín en 1930, bajo la supervisión de Magnus Hirschfeld.

Hirschfeld no sólo luchó contra los prejuicios existentes, sino que también estableció una base científica para cuestionar las nociones tradicionales de la sexualidad, sentando así gran parte de las bases para avances futuros en los derechos de la comunidad LGTBI+. En 1919, Hirschfeld fundó el Instituto para el Estudio de la Sexualidad, dedicado a investigar todas las formas de erotismo que se apartaban de las normas establecidas. Posteriormente, promovió la creación de la Liga Mundial para la Reforma Sexual, con el objetivo de coordinar esfuerzos con otras entidades del mundo. Sin embargo, el ascenso de los regímenes totalitarios y la Segunda Guerra Mundial interrumpieron este proceso. El nazismo destruyó el trabajo de Hirschfeld, arrasó con su biblioteca y archivos, y las víctimas de la persecución homofóbica fueron numerosas, aunque aún se desconoce cuántas personas fueron encarceladas o enviadas a los campos de concentración por su preferencia sexual.

En la década de 1950, un nuevo puritanismo se apoderó del mundo occidental, pero décadas después, la rebelión de Stonewall y los movimientos como el Gay Liberation Front y la Gay Activist Alliance sacaron la lucha por los derechos LGTBI+ a las calles, desafiando la moral conservadora de la época. Sin embargo, a pesar de todos estos avances y los que se han alcanzado en lo que va de este milenio, todavía existe un largo camino por recorrer en muchos lugares, y las actitudes hacia la diversidad sexual siguen siendo objeto de preocupación. Hay una frase que Javier Milei repite una y otra vez para «explicar» que los que llama «comunistas» recurren sin cesar al «gasto público» (que identifica con expoliar los bolsillos de la gente con impuestos): «Con el culo ajeno somos todos putos». Esta expresión de Milei refleja una absoluta falta de respeto hacia la larga lucha por los derechos de las personas LGTBI+, además de que revela distintos aspectos personales.

Asimismo, es relevante recordar cómo, en el pasado, el término *lesbiana* fue asociado a un problema de salud atribuido a dos posibles causas que se consideraban «trastornos» y que precisaban de tratamiento médico. Se pensaba que la falta de actividad sexual provocaba una acumulación en el útero, cuyo «tratamiento» consistía en inducir un orgasmo. Además, se esperaba que las mujeres nunca adoptaran una posición dominante en el acto sexual, sino que permanecieran siempre bajo el control y la autoridad del hombre. Este enfoque refleja cómo, bajo la heterosexualidad como modelo de ordenación social, las identidades y expresiones sexuales que no se ajustan al modelo normativo han sido históricamente estigmatizadas y patologizadas. Señalo, por cierto, que esta observación no constituye un ataque a los heterosexuales, sino que es un análisis de las dinámicas que históricamente han definido su rol en las jerarquías de género, poder y sexualidad.

Para analizar la visión de la sexualidad promovida por las nuevas derechas, se pueden utilizar los parámetros que Óscar Guasch desarrolla en varias de sus obras y artículos. Según el autor, esta corriente se caracteriza por ser sexista, misógina y homofóbica. Los adscritos a esa corriente consideran el sexo aceptable únicamente con fines reproductivos, priorizando las necesidades y perspectivas masculinas mientras subordinan la experiencia femenina. Además, tienden a «condenar, perseguir o ignorar» cualquier desviación que cuestione el orden vigente o el sistema establecido. En muchos casos, los seguidores, pastores, *influencers* y líderes de la nueva derecha son los primeros en violar todos los mandamientos religiosos que quieren imponer a los demás.

En la lectura de textos que abogan por el retorno del «macho», como *El camino del hombre alfa: la masculinidad bajo el nuevo orden social* (2022), de George Temperley, entre muchos otros que

se obsesionan con imitar a Jordan Peterson, se observa una narrativa recurrente. Temperley, quien afirma haber alcanzado la «masculinidad total», describe la experiencia de ser hombre como una tarea intrínsecamente ligada a las penurias: «Ser hombre hoy, y desde siempre, es una tarea de sufrimiento».

Cuando una lee textos como ése, para hacer un análisis detenido del pensamiento de esta mentalidad, se revela casi de manera automática un patrón en su estructura argumentativa: los primeros párrafos de ese tipo de lecturas suelen estar plagados de teorías conspirativas. En el caso específico del autor mencionado, se recurre al concepto de «marxismo cultural» y a la idea de una supuesta misión feminista destinada a conquistar el mundo. El autor inicia su argumentación quejándose de los cambios sociales que comenzaron en la década de 1960 con la revolución sexual facilitada por la introducción de la píldora anticonceptiva.

Desde entonces, alega que el marxismo cambió de estrategia, abandonando la lucha de clases como medio para llegar al poder y centrándose, en cambio, en «distorsionar la dinámica entre hombres y mujeres». Por otro lado, describe que en esta nueva sociedad «se puede tener relaciones sin la preocupación de caer en un embarazo porque siempre podrás matar a tu hijo según la conveniencia mediante el aborto» y se queja de que «los mecanismos sociales que regulaban las relaciones entre ambos sexos se terminan por romper del todo al otorgarle a la mujer el absoluto poder de controlar la reproducción». Todo este cambio, dice, daña y altera el «modo natural» en que la sociedad se ha organizado durante milenios (aunque omite considerar que esta organización «natural» estuvo marcada por conversiones religiosas forzadas y castigos).

Para traer esto a la actualidad, corresponde mencionar que organizaciones influyentes en la nueva derecha estadounidense,

como la Heritage Foundation —que tiene un papel central en el gobierno de Donald Trump tras presentar el llamado Project 2025—, han declarado que «los conservadores deben liderar el camino para restaurar el propósito verdadero del sexo y poner fin al sexo recreativo y al uso sin sentido de las píldoras anticonceptivas».

Temperley no se limita a rechazar a las mujeres, sino que las clasifica en dos categorías (cual objeto, por supuesto): las de «alto valor», descritas como bellas, fértiles y sumisas; y las de «bajo valor», identificadas como mujeres con cualidades masculinas que, según él, carecen de éxito. Afirma que después de los veinticuatro años «el valor de la mujer va decayendo estrepitosamente». Además, desaconseja a los hombres relacionarse con «mujeres profesionales, intelectuales, atléticas..., ya que éstas demuestran más energía masculina que femenina y no hace falta entablar una relación corta o larga para darte cuenta de que será una mala inversión». Él la quiere sumisa, virgen, fértil y callada. En paralelo a este ataque misógino, también dirige su desprecio hacia lo que describe como «hombres de bajo valor», a los que estos movimientos denominan «hombres beta», a quienes «habría que poner a raya siempre». Concluye con una queja resignada, asegurando que es imposible «cambiar a las mujeres» y que, «por mucho que te esfuerces, no podrás convertir a una mujer en aquella fantasía de Disney que tenías en la cabeza».

Es posible que dicho autor anhele tener a una Cenicienta que espera un salvador eterno en un príncipe que le cambie la vida, una vida cuyo final feliz depende de ser elegida por él; tal vez desee una princesa sirena como Ariel, la del filme de animación *La sirenita* (1989), dispuesta a entregar literalmente su voz a cambio de piernas humanas en su afán de estar con el príncipe Eric; o quizá prefiera una Aurora como la de *La bella durmiente*, cuya pasividad la define,

permaneciendo inactiva hasta ser despertada por el beso de un príncipe. Lo que también llama la atención es que ellos no son ningunos príncipes, pero viven demandando princesas.

En la actualidad, las representaciones femeninas en el cine han experimentado una evolución, aunque el análisis de las primeras «princesas» evidencia cómo sus historias moldearon, de alguna manera, roles de género limitantes. Quizá por eso la nueva derecha está molesta: pues ya no hay figuras como Cenicienta, Ariel o Aurora, personajes definidos por su pasividad, dependencia o relación con los hombres (y qué decir de Blancanieves, quien esperaba con la casa limpia y la comida lista a siete hombres). Las princesas y los personajes femeninos han roto con esta tradición.

No podemos pasar por alto que el apóstol Pablo comparaba el matrimonio entre un hombre y una mujer con la relación entre Cristo y la Iglesia, lo que establece que el esposo debe emular a Cristo en su liderazgo sacrificial, así como en su papel de protector y proveedor. Mientras tanto, la esposa debía reflejar el respeto y sumisión. Los roles en la vida conyugal, bajo esta perspectiva, eran claramente definidos. Como sostiene Martínez en *La cultura de la homofobia y cómo acabar con ella* (2016), es posible diferenciar unos períodos de otros atendiendo a quién ostenta el poder de producción del discurso relativo a la norma sexual. Así, la institucionalización del cristianismo generó mandatos con el objetivo de preservar y mantener el orden de género, unificándolo bajo la «ley de Dios».

A lo largo de la historia, han existido «guías» sobre cómo debe ser una mujer. Uno de los manuales más conocidos, elaborado en la década de 1950, enumera los rasgos anormales en una mujer: mostrar una tendencia a mandar y a dirigir; el erotismo exagerado; promover ideas de emancipación; tener voz algo grave; caminar

rígido y con paso largo; tener pies y manos grandes, piernas largas, hombros anchos, nuez marcada o pechos pequeños.

A la mujer se le hace la promesa social de que, si es «buena», será amada y, en consecuencia, alcanzará la felicidad, y de que el incumplimiento de los estándares de belleza establecidos conlleva una exclusión casi total. Mientras tanto, en nuestra sociedad no se sanciona a los padres que optan por abandonar, descuidar o desatender a sus hijos afectiva y económicamente. La sociedad mide al hombre con una vara y a la mujer con otra (diseñada por el hombre o por la idea de lo que es «ser hombre»).

El cuerpo de la mujer es constantemente objeto de juicio. Hoy en día, las mujeres son transformadas en productos estandarizados, y sus cuerpos son, como explica Lala Pasquinelli en *La estafa de la feminidad* (2024), «algo ajeno, algo que analizamos y miramos en el espejo». Las mujeres empiezan a mirarse a sí mismas de la manera en que los otros las miran, considerándose «como cosas que se vuelven obsoletas con el paso del tiempo», donde los valores mágicos son la idea de lo que es «belleza» y la «eterna juventud» (las «mujeres bien», claro está, según los *influencers* de la nueva derecha, no pueden envejecer). La autora se pregunta si existe una «internalización de la misoginia», ya que hoy en día se imponen consumos a las niñas desde temprana edad, llegando al punto de ver a niñas en redes sociales mostrando rutinas de cuidado de la piel. El mundo está marcado por una hipersexualización de la mujer, incluso desde edades muy tempranas, donde se les enseña a las «nenas» que tienen valor como objetos sexuales, lo que impacta negativamente en la construcción de su identidad. A las mujeres se les pide renunciar a la comida para que sus cuerpos se ajusten a un ideal en el que la belleza, desde la infancia, exige delgadez.

Los cuerpos que no se ajustan a este molde estético son estigmatizados como enfermos, perezosos y alejados del concepto de «estar en forma». La culpa conlleva la vergüenza, y pasar hambre se impone como un hábito, el de «me privo, me limito, me niego». Se reprime el disfrute y el placer. La figura de las brujas, representadas en la cultura popular como mujeres feas, malas y solteras, surgió como un estigma, lo que demuestra que estos prejuicios no son un fenómeno reciente y que desde hace mucho tiempo están entre nosotros. Es crucial repensar el cuerpo no como un objeto moldeado por el deseo ajeno, sino como un sujeto político capaz de reclamar su autonomía.

Recuerdo que, durante un viaje por carretera en Georgia (Estados Unidos), me encontré con una situación profundamente reveladora sobre los efectos del control parental y la dinámica familiar en la autoestima de los adolescentes. En un café, una niña de unos trece o catorce años lloraba desconsolada mientras su madre le prohibía comer un sándwich, repitiéndole de manera despectiva: «Estás gorda, estás gorda, estás gorda». La niña, claramente delgada, pedía entre lágrimas que tenía hambre, pero su madre insistía. La situación estuvo tensa durante mucho tiempo, con una discusión en español, porque era una familia latina. El padre permanecía en silencio, sin intervenir. Finalmente, la niña salió llorando del local para sentarse en las mesas de afuera, y el padre la siguió.

No pude permanecer indiferente. Afuera, me acerqué y le dije que estaba bien tal como era, que nadie, ni siquiera sus padres, tenía derecho a hacerla sentir lo contrario. Su respuesta fue conmovedora: agradeció y me confesó que nunca nadie antes le había dicho algo así. Este encuentro reafirmó mi convicción de no ser una mera espectadora pasiva ante el maltrato.

Levantar la voz y brindar apoyo a los más vulnerables, incluso mediante un gesto sencillo, puede marcar un impacto significativo en sus vidas. Ayudar y defender públicamente a alguien que está siendo maltratado no es únicamente un acto de empatía; es un imperativo ético que todos deberíamos asumir. Lamentablemente, muchas personas han normalizado las microagresiones que se manifiestan en frases como «te verías mejor si usaras otra ropa» o «siempre eres tan sensible», muchas veces provenientes de personas cercanas, de aquellas que más seguridad deberían brindar. Con frecuencia, las microagresiones adoptan la forma de invalidaciones como «lo mío es mucho peor», «exageras» o «no llores, no es para tanto». Es fundamental ser conscientes de que debemos cuidar lo que decimos y también nuestras acciones, ya que todas estas conductas, aunque parecen pequeñas, tienen un impacto negativo que la otra persona quizá jamás pueda borrar de su cabeza.

En *La estafa de la feminidad* (2024), Lala Pasquinelli señala que las mujeres son preparadas para entrar a la sociedad bajo la premisa de que su sexo es el débil, una noción construida social y culturalmente. Desde la infancia, se las educa para la inmovilidad y se las limita a tareas consideradas «apropiadas». Los cuerpos femeninos no se perciben libres en espacios públicos, mientras la sumisión se normaliza y erotiza como un estándar. En este contexto, resulta alarmante que una de cada tres mujeres en el mundo sea víctima de violencia física o sexual en algún momento de su vida, un hecho que evidencia cómo el control y la violencia sobre los cuerpos femeninos persisten como formas de dominación. Simone de Beauvoir, cuya obra ha sido esencial, lo dijo así en *El segundo sexo*: «No olviden jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser

cuestionados. Estos derechos nunca se dan por adquiridos, hay que permanecer vigilantes toda la vida».

Con la evolución de la tecnología y el armamento, Mariana Gabarrot, en *El ABC del género* (2022), sostiene que la fuerza física ha dejado de ser un factor determinante en numerosos aspectos de la vida. Su análisis destaca que el poder predominante en nuestra sociedad se encuentra asociado al estereotipo del hombre blanco heterosexual, comúnmente referido como «masculinidad hegemónica», una figura que domina en las esferas de poder, tales como las presidencias, los sistemas judiciales, los directorios empresariales y los ámbitos legislativos. Este estereotipo no sólo disfruta de un estatus, sino que también cuenta con ventajas y privilegios en el ejercicio del poder. A esta figura se suman otras formas de género y poder, que se estructuran en el siguiente orden: masculinidad subordinada, feminidad subordinada, masculinidad resistente y feminidad resistente.

En su influyente ensayo *XY, la identidad masculina* (1993), la filósofa francesa Elisabeth Badinter explora cómo la sociedad construye la masculinidad clásica a partir de tres negaciones fundamentales: «no soy un bebé», «no soy una mujer» y «no quiero a otros hombres ni quiero que otros hombres me quieran a mí». Según Badinter, estas negaciones revelan una identidad masculina profundamente arraigada en la misoginia y la homofobia, destacando las bases excluyentes y restrictivas de esta construcción social.

El machismo, como forma de pensamiento y acción, perpetúa el patriarcado (una realidad y una palabra tan ninguneada por los libertarios cuyas mentes están tan cerradas y limitadas a los mismos libros y autores de siempre, como Hayek, Rand o Mises), una estructura cultural profundamente arraigada en instituciones,

imágenes, costumbres y prácticas sociales. Este sistema refuerza estereotipos de género y desigualdades asociadas. Por ejemplo, como decíamos antes, mientras una madre ausente es juzgada con severidad, a un padre en la misma situación se le suele justificar, o bien se encuentran motivos que legitimen su ausencia. Consideremos el caso hipotético entre Kamala Harris y Donald Trump: ¿cómo sería el juicio público hacia Harris si tuviera cinco hijos con tres esposos diferentes, estuviera cerca de sus ochenta años y, además, tuviera antecedentes como delincuente condenada? La disparidad en la vara con la que se mide a los hombres y a las mujeres es evidente y refleja las profundas raíces del sistema patriarcal.

Regreso al libro *La estafa de la feminidad* (2024), porque su autora, Lala Pasquinelli, también remarca que la masculinidad tóxica actúa como una cárcel, bloqueando en los hombres la posibilidad de conectar con sus emociones y forzándolos a mostrar furia para ser valorados positivamente por sus pares. Con esto también se imponen micromachismos, entendidos como formas sutiles de dominación sobre la mujer, como es el caso del *mansplaining*, término que en español se traduce comúnmente como «machoexplicar» o «androexplicar». Esta actitud se refiere al comportamiento de ciertos hombres que adoptan un tono paternalista o pedagógico para «explicar» algo a una mujer, asumiendo de antemano que ella no lo comprende o desconoce el tema, mientras se consideran a sí mismos expertos. En su libro *Los hombres me explican cosas* (2017), Rebecca Solnit sostiene lo siguiente:

> Los hombres me explican cosas, a mí y a otras mujeres por igual, sin importar que sepan o no de qué están hablando. Algunos hombres... Toda mujer sabe de lo que estoy hablando. Se trata de esa arrogancia que hace que las cosas se vuelvan difíciles, a veces, para cualquier mujer en cualquier profesión; la que

> incita a las mujeres a no hablar e impide que sean escuchadas cuando se atreven a hablar; esa que silencia con fuerza a las mujeres jóvenes diciéndoles, de la misma forma en que lo hace el acoso callejero: «Éste no es tu mundo». Nos entrena para limitarnos y dudar de nosotras mismas, mientras propicia un injustificado exceso de seguridad en los hombres [...]. Surgió una página de internet llamada «Los hombres académicos me explican cosas», y cientos de mujeres universitarias compartieron anécdotas de cómo eran tratadas con paternalismo y menosprecio en ese ámbito, de cómo los hombres hablaban por encima de ellas, y más.

Los roles de género impregnan todos los aspectos de la vida cotidiana: desde el hogar hasta las instituciones, incluso en los espacios más comunes, como los lavabos de establecimientos públicos. Al abrir puertas con símbolos de una personita con pantalones u otra con faldas, reafirmamos inconscientemente nuestra identidad y las expectativas sobre cómo debemos actuar. A menudo, estos roles se interiorizan sin darnos cuenta, aunque también son impuestos por las normas sociales. Por ello, movimientos como el feminismo o los estudios de género desempeñan un papel crucial en cuestionar y transformar estas estructuras. Y no se trata solamente del uso de pronombres (que también es importante). De lo que se trata es de la autonomía de los cuerpos, del derecho a decidir sobre el propio ser, sin por ello ser objeto de discriminación, señalamiento ni control por parte de otros.

En su libro *Make men strong again: the 12 pillars of traditional masculinity* (2023), Elliott Hulse, autodenominado «el rey católico que hace fuertes a los hombres», se propone «enseñar» a los hombres a aplicar «los métodos poderosos de la masculinidad tradicional», aprovechando «el poder que Dios les dio como hombres» para enfrentar los desafíos actuales.

Según el autor, los hombres de hoy enfrentan diversos problemas, que él describe de la siguiente manera: «Todo hombre carga con el peso del mundo sobre sus hombros. Desde el peso de la frustración

por no poder encontrar un trabajo, hasta el peso de la letargia por no poder dormir por las noches con un recién nacido, hasta el peso de la ira por esa chica que lo traicionó a pesar de haberle dado su corazón».

Menos mal que sus problemas no son estar expuesto a sufrir violencia de género, ser asesinado por su pareja, ser víctima de acoso en las calles, estar obligado a parir tras una violación en su adolescencia o vivir acoso en el ámbito laboral, donde incluso la mujer cobra menos que el género opuesto debido a la llamada «brecha salarial». Quizá pudiésemos preguntarles a cuántos hombres vemos asesinados por mujeres, descuartizados y tirados en bolsas de basura o siendo víctimas de violaciones grupales, como en el caso de los autodenominados La Manada, en España, o incluso el caso de la propia Gisèle Pelicot, violada por decenas de hombres durante años tras ser drogada y con la complicidad de su entonces esposo. Hoy, muchos hombres con masculinidad tóxica se quejan porque ya no se les permite ejercer *bullying* o decir piropos, y las mujeres gritan porque hay impunidad e injusticia.

A nivel global, las mujeres se enfrentan a problemas que no sólo afectan a su bienestar emocional, sino que ponen en riesgo constantemente sus vidas y su libertad. Ojalá los problemas y dificultades que enfrentan las mujeres fueran la «frustración por no encontrar trabajo» o no estar con «el hombre de sus sueños». Autores como Elliott Hulse continúan proliferando en distintas partes del mundo, envalentonados por figuras como Jordan Peterson y sus emuladores.

En su libro *Desarmar la masculinidad* (2021), Beatriz Ranea Triviño argumenta que la actividad sexual juega un papel primordial en el proceso de confirmación de la masculinidad, ya que «mostrar que se es activo sexualmente en relaciones heterosexuales se

convierte en un elemento central para los hombres». La sexualidad acaba reduciéndose a la genitalidad, y se reproduce un modelo falocentrista. La autora afirma que «los cuerpos penetrables se muestran como cuerpos vulnerables y pasivos, características que no han de ser relacionadas con el auténtico hombre», y añade que «se construye así la idea de hombre impenetrable tanto corporal como psicológicamente: la impenetrabilidad afectiva y empática forma parte del proceso de enmascaramiento tras el cuerpo construido como fortaleza».

Es evidente que las expectativas que la nueva derecha busca imponer a los hombres perpetúan una masculinidad tóxica que tiene un impacto negativo en toda la sociedad. Dichas expectativas refuerzan la violencia, la represión emocional, los estereotipos y las dinámicas de poder desequilibradas en relaciones familiares, de pareja y sociales. Toda la sociedad termina pagando por la presión constante que se pone para cumplir con los estándares rígidos de la masculinidad tóxica.

La necesidad de controlar a las mujeres está intrínsecamente ligada a la construcción de la identidad masculina. Así ha sido a lo largo de la historia. Cuando este control ya no puede ejercerse, algunos hombres lo perciben como una pérdida de poder sobre las mujeres, como se evidencia en la reacción frente a los avances feministas de los que hablamos previamente. En la actualidad, somos testigos de cómo se debilitan los cimientos predominantes de la masculinidad tradicional, pero, a pesar de que nuestras sociedades proclaman la igualdad formal, la desigualdad persiste en numerosos aspectos estructurales y en la vida cotidiana. Muchas leyes han cambiado, pero el argumento no está en la simple «igualdad ante la ley»; al menos no mientras no cambiemos la mentalidad medieval o la mentalidad de los años cincuenta del

siglo xx y que todavía persiste en tantas personas. El trabajo aún no ha terminado.

En su discurso de despedida como presidente, Joe Biden afirmó que en Estados Unidos está tomando forma una oligarquía de extrema riqueza, poder, influencia y plataformas de internet, cuyos intereses ponen en peligro la democracia misma. Podemos comenzar definiendo el término *oligarquía* como un gobierno de y para unos pocos en la cima, quienes ejercen el poder en su propio beneficio. Su poder y riqueza aumentan con el tiempo debido a que crean leyes que los favorecen, manipulan los mercados financieros en su beneficio y crean o explotan monopolios económicos que colocan aún más riqueza en sus bolsillos. Este grupo está únicamente compuesto por hombres que juegan a ver quién es «más macho».

Ésta es una descripción inicial del aparato de esta segunda Administración Trump, siempre acompañada del ascenso de un macho fuerte que, paradójicamente, baila en sus mítines políticos la conocida canción *YMCA* (1978), título que alude a la asociación cristiana Young Men's Christian Association; el tema fue un gran éxito del grupo Village People, y fue concebido como un homenaje a la comunidad gay y al ambiente *queer* de Greenwich Village (el barrio gay de Nueva York). Y ahora es la canción que baila Trump en todos sus eventos y con la que pone a sus invitados a bailar. Mientras David Hodo, integrante del grupo, confirma su origen *queer*, Victor Willis, coautor de la canción, rechaza esta interpretación y avaló su uso en la campaña de Trump. Parece que, en su cruzada moral, a esta nueva derecha le resulta inevitable ser seducida por lo que dice rechazar, así como le sucede a Milei, quien se maquilla excesivamente cada vez que sale a hablar en público y demuestra, en cada uno de sus discursos y arrebatos, una clarísima fijación con la homosexualidad.

Algunos analistas estarían tomando notas después de ver al actor Mel Gibson diciendo en Fox News que se alegra de que Trump esté de regreso: *«It's like daddy arrived and he's taking his belt off, you know?»* [«Es como si papá llegara a casa y se quitara el cinturón, ¿sabes?»]. Mientras tanto, en un post en X, Elon Musk subió una foto de Trump y la siguiente frase: *«The Return of the King»* [«El retorno del rey»]; y Charlie Kirk, el conocido *influencer* estadounidense de esta nueva derecha, publicó una foto de Trump en sus redes con el siguiente título: *«Dad is home»* [«Papá está en casa»].

Todo esto refleja una especie de relación psicosexual de muchos hombres conservadores y de la nueva derecha con Trump. Esta dinámica, con tintes de una admiración paternal (a un padre *bully*, maltratador, vengativo e incapaz de hacer una caricia), es un claro indicio de la obsesión con la figura de Trump, como si fuera una figura de autoridad, castigo y protección (y, realmente, hay que ser bastante débil como para buscar protección en Trump). Es como si necesitaran una figura de poder dominante para sentirse validados, algo muy común en las figuras autoritarias. Los representantes políticos, *influencers*, podcasteros, periodistas, académicos y simpatizantes de Trump, ven en él a un padre que les permite proyectar una imagen de masculinidad, que les llena un profundo vacío lleno de represiones, angustia y soledad. El asunto es que la sociedad no tiene por qué pagar por sus vacíos, carencias emocionales y falta de cariño.

No es nuevo que el surgimiento de los dictadores esté relacionado con el deseo psicosexual de sus seguidores de tener una figura paterna punitiva, alguien que ofreciera control y disciplina, pero que también genera una relación de dependencia emocional y adoración, motivo por el cual ahora todos emularán el discurso trumpista y se

dedicarán a lanzarle besos y flores, peleando para ver quién resulta el hijo favorito, el heredero, el elegido por el hombre que encarna a Dios. Milei está completamente desesperado por conseguirlo y por recibir así aunque sólo sea un poquito de validación de una figura paterna.

9

Una remodelación de mandíbula mientras hablo de «ideología de género»

Género, género, género. Ésta es una de las palabras que toca los nervios más profundos de la nueva derecha, al punto de que, en su discurso inaugural de esta segunda presidencia, Donald Trump declaró que Estados Unidos «sólo reconocerá dos géneros» (aunque la ciencia demuestra que no sólo existen los cromosomas XX en las mujeres y XY en los hombres, hay combinaciones como XXY o XXX y personas intersexuales, lo cual está documentado y respaldado científicamente).

Si realmente sólo existieran dos géneros de manera rígida, no tendría sentido afirmar que alguien es «más varonil» que otra persona. Esa misma afirmación implicaría la existencia de un espectro dentro de la masculinidad y, por extensión, dentro del género. Si se puede reconocer que hay diferentes grados de masculinidad o feminidad, entonces, la idea de un sistema binario absoluto se contradice a sí misma. La cuestión es que, en su interpretación binaria de la vida, las nuevas derechas se cierran a cualquier cuestionamiento y emiten opiniones de asuntos sobre los que jamás han leído. Al final, cobra sentido esa pregunta que algunos hacemos: ¿cómo se le llama a un club de lectura que se quedó atrapado en un solo libro?, ¿secta o religión? Como sostenía

Friedrich Nietzsche, «no hay que tener miedo de quien tiene una biblioteca y lee muchos libros; hay que tener miedo de quien tiene un solo libro y lo considera sagrado, pero nunca lo ha leído».

Pero el asunto toca fondo tras haber acuñado una expresión un poco más coqueta y con un supuesto «marco académico», para intensificar su carga de conspiración y paranoia, la expresión *ideología de género*. Lo irónico es que quienes verdaderamente convierten el género en una ideología son ellos mismos, es decir, la propia nueva derecha. Como afirma Nuria Varela en *Feminismo 4.0: la cuarta ola* (2019):

> La ideología de género es precisamente la ideología fundamentalista, lo que el feminismo denuncia desde que conceptualizó el género como una categoría de análisis que ponía al descubierto que no había nada de natural en la desigualdad entre hombres y mujeres, que el género era una construcción social y cultural jerarquizada que subordinaba lo femenino y colocaba lo masculino en situación de superioridad haciéndolo pasar por neutro y universal. El feminismo desarrolló la perspectiva de género como método para visibilizar esa ideología de género que sustenta el patriarcado. Por eso, al contrario de lo que afirman los fundamentalistas cristianos, dice Alda Facio, somos las feministas y todas las personas que creemos en la igualdad las que más nos oponemos a la «ideología de género», porque es esta ideología la que justifica el sexismo y la discriminación contra las mujeres y todas las otras personas que no se ajustan a la heteronormatividad.

La afirmación de que el género es ideológico, como explica Judith Butler en *¿Quién le teme al género?* (2024), es ideológica en sí misma: el propio movimiento en contra de la ideología de género es en sí mismo una ideología. Al mismo tiempo, los que abogan por eliminar programas de estudios de género o excluir estos temas de la educación y la sanidad están, irónicamente, promoviendo una ampliación del control estatal sobre esferas del ámbito público.

En 1997, la expresión *ideología de género* fue introducida por el sacerdote belga Michael Schooyans en una de sus obras, cuyo prólogo estaba escrito por el cardenal Joseph Ratzinger. Para

Ratzinger, el género era interpretado como un ejercicio desviado o excesivo de la libertad, y es la libertad de destruir la «esencia del ser humano». En 2008, ya siendo papa (Benedicto XVI), Ratzinger dijo que «lo que con frecuencia se expresa y entiende con el término *género* se reduce, en definitiva, a la autoemancipación del hombre de la creación y del Creador».

Schooyans atacó la «agenda de género», vinculándola a una conspiración global con la participación de organizaciones feministas, la Organización Mundial de la Salud y el Banco Mundial. La expresión *ideología de género* fue oficializada por el Vaticano, y Benedicto XVI se dedicó más tarde a encabezar una verdadera cruzada moral contra la homosexualidad, además de encubrir los cientos de miles de casos de abusos sexuales a niños por parte de miembros de la Iglesia. En el libro cuya edición estuvo a cargo de Yesenia Álvarez y Diego Ato titulado *La familia en disputa: ensayos sobre el género, la libertad, el matrimonio y las familias homoparentales* (2024), disponible online para descarga gratuita, colaboré con un ensayo titulado «La sociedad multicolor», donde destaco el siguiente aspecto sobre la Iglesia y la homofobia:

> La homofobia en la Iglesia no es una mera rémora ni un prejuicio, sino un sistema de control que se extiende a la familia declarada cristiana que mantienen bajo sus hechizos. La unión de la Iglesia y sus familias en cuestión es un sistema de control sobre las niñas y niños en su más temprana edad para mantenerlos a raya, contra lo que ellas y ellos sean o aspiren a ser. Allí se siembra, aunque no sólo ahí, el modelo del género, el tipo de hombre y mujer «como deben ser», los sentimientos que deben tener, los que no deben tener, [y] se reprime el sexo y se lo reconduce hacia un orden muy estructurado en el que la relación única aceptable entre un hombre y una mujer tiene un camino trazado en el matrimonio y la producción de más hijas e hijos cristianos a ser educados con el mismo modelo ajustado de género. La sociedad abierta iba a llegar necesariamente al punto en el que se cuestionara la propagación de la disciplina del género, con la consecuente traumatización de los diferentes, y eso sería, como estamos atestiguando, una gran crisis para un sistema

implacable de control moral y de establecimiento de jerarquías entre vidas debidas y no debidas.

Hoy, la nueva derecha utiliza el término o la expresión *ideología de género* como una herramienta para estructurar y justificar la oposición a una variedad de derechos que abarcan tanto a mujeres como a personas de identidades de género diversas. Les molesta que se legitime la existencia de minorías o de géneros no binarios porque sin represión no hay víctimas de abuso que se mantengan en silencio. Los que invocan al fantasma de la llamada «ideología de género» para asustar a la sociedad pertenecen a una de las corrientes políticas más corruptoras que se haya visto. Putin, por ejemplo, ha calificado los estudios de género como una «amenaza contra la seguridad nacional»; la nueva derecha repite que es una «amenaza para la civilización y para el varón»; y los evangélicos y católicos lo ven como un programa político destinado a destruir la «familia natural y tradicional». Todo esto, claro está, bajo una narrativa de «complot» orquestado por las «élites globales» y considerado por la nueva derecha como una «obra del diablo». Bolsonaro, al igual que Putin, percibe que tanto la noción de nación como la de masculinidad están en riesgo debido a la «ideología de género».

En *¿Quién le teme al género?* (2024), Judith Butler se pregunta cómo es posible que el género haya generado tal nivel de temor y se haya convertido en una «amenaza existencial» que, para muchas personas, parece ser el objetivo a destruir. Asimismo, sostiene que existe un «delirio obsesivo» contra el género, lo cual entiende como un fenómeno psicosocial en el que los miedos y ansiedades íntimos se organizan socialmente, despertando pasiones políticas; y lo explica así:

> Las personas que militan contra el género, las que lo interpretan como una ideología, piensan que tienen que acabar con el género, el campo, el concepto, la realidad social. Y lo piensan justamente porque no leen los estudios sobre el género a los que se oponen, negándose a veces por principios a participar en análisis críticos fundamentados en su desconfianza hacia la investigación, lo que es, al mismo tiempo, una resistencia a entrar en un debate público. Y un debate público informado resulta imposible cuando algunas partes se niegan a leer el material objeto de controversia [...]. Para la crítica religiosa, que reivindica una oposición al género basada en motivos bíblicos, el único libro que merece la pena leer sobre este tema es la propia Biblia. Leer textos académicos y, mucho más, textos críticos es admitir que podría haber otros puntos de vista distintos a los que se encuentran en las Escrituras o a los propugnados por los líderes de carácter religioso. Para ellos, leer un libro sobre género sería entregarse al diablo. Es el punto de vista que subyace en la exigencia de sacar los libros sobre género de las aulas y en el temor a que quienes los lean queden «contaminados» o sometidos a una presión ideológica, aunque quienes pretenden restringir estos libros normalmente nunca los han leído [...]. El género es, como mínimo, el paraguas que abarca los cambios en la forma en que se perciben los hombres, las mujeres y otras categorías.

Utilizando esta etiqueta como un fantasma y generando miedo, se oponen a derechos fundamentales como el aborto, las leyes de identidad de género y las leyes contra la violencia de género. La negación de la violencia de género, como señala Bernal-Triviño en *No manipuléis el feminismo* (2019), es una táctica recurrente en el populismo de derecha, que éste emplea para desprestigiar los avances del feminismo y promover lo que se ha denominado «reacción patriarcal». Esta estrategia deslegitima el sufrimiento de las víctimas al diluir la problemática específica de la violencia de género y presentar el concepto de «violencia» de forma generalizada. Argumentan que «violencia es violencia», insinuando que también existen víctimas masculinas y, por lo tanto, descalifican la necesidad de leyes y políticas específicas para abordar las desigualdades y la violencia dirigida hacia las mujeres.

Además, la nueva derecha ha intentado minimizar la magnitud del problema de la violencia de género haciendo uso de otro argumento:

que muchas de las denuncias por violencia de género son falsas y que, en consecuencia, «arruinan carreras». Sin embargo, por ejemplo, los datos en España son claros: entre 2009 y 2017, sólo un 0,01 % del total de denuncias de violencia de género fueron falsas, y, dentro de este porcentaje, no todas corresponden a denuncias basadas en falsos testimonios, sino a casos archivados por falta de pruebas. De hecho, el hogar es el lugar más peligroso para las mujeres, según un informe global de feminicidios elaborado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

¿Cómo entender el género? ¿Se entiende, se vive o se observa? La primera tarea consiste en distinguir los conceptos de *sexo* y *género*, dos palabras que, comúnmente, han ido atadas a una propuesta obligatoria o un mandato del que no se puede ni debe escapar. Regresamos al libro *Feminismo 4.0: la cuarta ola* (2019), de Nuria Varela, quien explica de esta forma la idea de Judith Butler:

> Judith Butler defiende que el género es algo performativo; al igual que la sexualidad, el género es lo que haces, no lo que eres. Determinados actos producen nuestro género en la medida en que son repetidos continuamente de manera que nuestro cuerpo nos sirve para producir un determinado género a partir de actos, unos intencionales, otros asimilados por las normas y comportamientos que aprendemos socialmente —cómo caminamos, cómo nos vestimos, cómo miramos, cómo expresamos afecto—. El género, entonces, no sería algo que poseemos, sino algo que construimos a partir de determinados actos corporales que unas veces aceptarán las normas de género y otras las desafiarán. Un desafío que puede ser castigado, y esa penalización recaerá en los cuerpos que pueden ser marginados, heridos, asesinados [...]. Butler reitera que, si bien normalmente se ha entendido que el género es una construcción cultural mientras que el sexo es lo biológico dado «de forma natural», lo cierto es que tanto uno como el otro forman parte de construcciones discursivas y performativas que los caracterizan y significan en el mundo, y afirma que todo lo que rodea el género se hace en un espacio, tiempo y colectividad determinados.

En *Deshacer el género* (2006), Judith Butler aborda la performatividad del género, conceptualizándolo como una serie de

actos repetidos, una actuación social, en lugar de una esencia biológica o psicológica. Por otro lado, destaca cómo la idea binaria del género está influenciada y moldeada por normas y expectativas sociales específicas. Es importante notar, de nuevo, que el género y la sexualidad no son lo mismo. Incluso algo tan cotidiano como la manera de sentarse, suele asociarse con comportamientos masculinos o femeninos. Cuando se menciona la palabra *género*, la mayoría de las personas tiende a vincularla inmediatamente con los genitales externos; sin embargo, éstos no son los que determinan o dictan nuestro género. No hay una ciencia natural que dictamine lo femenino o masculino, pero sí hay un aparato ordenador que busca dividir conductas esperadas, expectativas, roles y situaciones de poder, hasta el punto de que tanto «hombre» como «mujer» están abarrotados de género y la carga es moral, no biológica.

Percibirse de otra manera no es creerse un «alienígena», un «árbol» o un «unicornio» (que son los ejemplos que se usan para deshumanizar al que rompe la norma y es un «degenerado», como los usa Javier Milei cuando usa a los animales «foca» y «puma»). El argumento que reza «no me obligues a llamarte X si eres Y» ignora que muchas personas, incluidas aquellas que critican las identidades de género, modifican constantemente su apariencia, su cuerpo, el color de su cabello o incluso su nombre para ajustarse a cómo quieren ser percibidas. Respetar la forma en la que alguien se identifica no es una imposición, sino una cortesía básica que no difiere de llamar a alguien por el nombre que eligió. Como sostiene Íñigo Domínguez en su nota titulada «Una sublime perversidad» de febrero de 2025:

> En la cosificación y animalización de seres humanos, para despojarlos de alma, sentimientos, dignidad, estamos dando pasos de gigante, no cabe duda [...]. Vuelve esa retórica del fuerte y el débil muy de los años treinta, que en este mundo nuestro de hoy tiene un matiz muy particular, la fascinación por el

> multimillonario, para quien las leyes son un estorbo y que crea sus reglas, su propio marco moral. Si hay algo que a todo el mundo le da miedo es ser pobre, tal como nos planteamos la vida es el mal absoluto. El pobre, el negro, el latino, el moro, convertidos en categorías abstractas, deben ser apartados de la vista. [1]

Lo más llamativo es que los que critican a las personas trans por querer cambiar su apariencia son las mismas que, a menudo, se hacen remodelación de mandíbula (conocidas como «mandíbulas de emperador») para revitalizar una masculinidad que sienten que no logran alcanzar. En realidad, todos modificamos nuestros cuerpos de alguna forma, ya sea con *piercings*, tatuajes o lo que sea, pero parece que algunas intervenciones o modificaciones molestan más que otras.

Todo en nuestra sociedad está atravesado por discursos hegemónicos sobre el cuerpo, sostenidos por instituciones como la familia, la religión, los clubes, el Estado, etcétera. En *Educación sexual integral: guía básica para trabajar en la escuela y en la familia* (2020), de Leandro Cahn y otros autores, agregan estas palabras:

> Los cuerpos llevan las marcas de la propia historia: las miradas, los contactos y el lenguaje que, cuando éramos niños, ejercieron las personas que nos eran más próximas afectivamente: madre, padre, abuelos, tíos, hermanos, cuidadores. Algunos de nosotros vivimos las caricias, besos y abrazos como algo intenso y frecuente, o bien como algo raro, infrecuente; otros experimentamos violencias de distinto tipo sobre nuestros cuerpos; algunos experimentamos de manera confusa lo inapropiado de ciertos contactos. Habrá quienes recibieron una mirada de aceptación o de aprobación, o bien de exaltación de su cuerpo, o, por el contrario, de desaprobación o rechazo. Habrá quienes lo vivenciaron como un lugar conocido, seguro, fuente de placeres, y otros como un territorio ajeno, peligroso, vedado.

Muchas personas, incluso quienes no lo reconocen, tienen características que en la sociedad suelen asociarse con el género opuesto al suyo. Veamos el caso de Javier Milei, por ejemplo, quien demuestra una preocupación notable por su imagen: maquillaje,

base blanca (de la que todavía no logra encontrar el tono correcto), cuidado de la papada y de las poses estudiadas para las fotos..., algo que socialmente puede relacionarse más con la idea construida de «mujer» (y recordemos que, siglos atrás, maquillarse, o incluso hacer uso de pelucas, era «cosa de hombres»). O veamos a Donald Trump, con su inconfundible bronceado o sus poses en su mitin de inauguración bailando la canción *YMCA*; o veamos a los *influencers* poniéndose bótox, trasplantándose cabello o definiéndose la mandíbula con ácido hialurónico. ¿Y después se enojan con las personas trans? ¿Y después critican a las *drag queens*? La sociedad impone a las mujeres un ideal de belleza que las lleva a someterse a intervenciones quirúrgicas como rinoplastias, mamoplastias, cambio en el color del cabello y tratamientos con ácido hialurónico que hacen que todas las caras, labios y narices se vean iguales, sin que esto sea cuestionado. En cambio, cuando las personas trans deciden sobre su identidad de género, se las acusa de ser influenciadas. Mientras nadie dice nada sobre la presión de parecer muñecas inflables, se deslegitima el derecho de las personas trans a decidir sobre sus propios cuerpos.

Es curioso observar cómo incluso personas que no son heterosexuales pueden verse arrastradas por la idea de apoyar un sistema patriarcal y homofóbico, creyendo que así serán bien vistos y aceptados o que serán «los gais buenos». Este fenómeno, donde individuos de minorías marginadas se alinean con quienes los oprimen, suele estar motivado por el miedo, el deseo de encajar o la búsqueda de cierta comodidad social. Por esto acaban sosteniendo las ideas de quienes los discriminan y maltratan. Este fenómeno se explica en parte por la identificación con el agresor y el llamado «síndrome de Estocolmo cultural» (una extensión del síndrome de Estocolmo, en el que la víctima desarrolla simpatía por su captor).

Individuos marginados adoptan las creencias de sus opresores para encajar. A corto plazo, eso les da una falsa sensación de seguridad, pero a largo plazo refuerza el sistema que los discrimina y los usa (por ejemplo, como sucede con los homosexuales que forman parte de partidos políticos de la nueva derecha y que, abiertamente, los catalogan como «aberraciones» o «enfermos mentales»).

Es un patrón que también se observa en mujeres que respaldan el machismo y la misoginia, buscando encajar o conservar su lugar en un sistema que las desvaloriza, y también en inmigrantes que apoyan a Donald Trump. En «Masculinidades y homofobias: resistencia y liberación» (2014), Óscar Guasch explica lo siguiente:

> Debo confesarles que, además de sufrir la homofobia de los otros, yo también proyecté mi homofobia contra otras personas. He sido homófobo: tanto contra los demás como contra mí mismo [...]. ¿Que el amor entre hombres es un acto privado? ¿Que esto de salir del armario es un capricho exhibicionista? Pero, oigan: si salimos del armario es porque alguien nos ha metido dentro. Claro que queremos salir del armario: el armario es un lugar frío, oscuro y sin colores. Métanse ustedes dentro y verán. Métanse, métanse en el armario y verán lo que es la epistemología del secreto, de la vergüenza, del autoodio y del miedo [...]. La homofobia simple a veces se presenta como homofobia clínica, y otras veces se presenta como homofobia liberal. Pero seguramente la forma más terrible de homofobia simple es el autoodio interiorizado por muchos homosexuales y gais. La homofobia interiorizada es, quizá, la forma de homofobia más dañina y también la más complicada de detectar. Algunos homosexuales nos hemos odiado por serlo. Pero lo que es peor: algunos, demasiados en mi opinión, siguen odiándose a sí mismos sin saberlo [...]. La homofobia interiorizada hace que los homosexuales critiquen el estilo de vida de sus iguales. Cuando un homosexual les diga que hay demasiados maricas desnudos en las carrozas del orgullo gay, no lo duden, ese homosexual se sigue odiando a sí mismo y también proyecta ese odio hacia los demás.

Retomamos ahora el esclarecedor libro *Educación sexual integral: guía básica para trabajar en la escuela y en la familia* (2020), de Leandro Cahn y otros autores, obra de la cual quiero hacer un

paréntesis sobre el concepto de «sociedad heteropatriarcal» que plantea:

> Es un diagnóstico, no una ofensa ni una calumnia. Los roles de género binarios resultan opresivos para los varones y para las mujeres, porque nos cargan con mandatos que dificultan la libre expresión de nuestros deseos [...]. Comenzamos a construir sentidos sobre estas corporalidades, aunque no hay nada en esa biología que determine que a los varones no les guste el rosa ni jugar con una cocinita, ni que las nenas no sean unas *cracks* jugando a la pelota. Nuestras interacciones sociales nos darán la oportunidad de vincularnos con personas, objetos y representaciones diversas y nos permitirán o no ser maravillosos maestros jardineros o jugadoras profesionales de fútbol [...]. El problema de clasificar a las personas según esta concepción binaria de los géneros —es decir, con estas dos únicas categorías de varón o mujer— es que sólo nos habilita a ser una cosa, como si se tratara de un destino inmodificable porque se lo presenta como un orden «natural». Sin embargo, dado que no hay naturaleza en estado puro, sino vida social, la perspectiva de género nos permite romper con la rigidez de estas categorías, reflexionar sobre los mandatos que estos roles exigen y vivir la construcción de nuestras identidades de género con libertad, experimentando la diversidad y promoviendo relaciones de equidad.

Muchas personas aprenden sobre el género a través del prejuicio o la vergüenza, ya desde el típico «no te comportes como una niña y crece» o «eso es cosa de varones, no te comportes así, vístete bien y sé una señorita». De hecho, a las mujeres se les asignan títulos como «señorita», «señora» o «dama» en función de su estado civil, reflejando una importancia social atribuida a su relación marital. En contraste, a los hombres se les llama simplemente «señor», ya que su estatus social no se ve afectado por su vínculo con las mujeres. La misoginia no es sólo un odio generalizado hacia las mujeres, sino también un odio dirigido específicamente a aquellas que se desvían de lo que se espera de ellas. Por eso corresponde aclarar que los misóginos pueden ser amables con sus novias, esposas y madres. Los misóginos viven la vida buscando impresionar a otros hombres a

través del odio hacia las mujeres y eso es, para mí, una de las actitudes más desagradables.

Una parte de la sociedad se dedica a poner a otra parte en cajas, donde todo lo que no es familiar se convierte en una amenaza, y no en una oportunidad. A las personas se les enseña que la masculinidad es algo que pertenece a los hombres, y la feminidad, a las mujeres, y que ésas son las dos únicas opciones de expresión personal. Al nacer, los bebés son divididos en las categorías niña o niño, y este hecho define con qué juguetes se te permitirá jugar, qué ropa se te pondrá y de qué colores... Este hecho, esta imposición, afecta a cómo se trata al niño o a la niña que lloran. A los nenes se les enseña a responder con agresividad, y a las nenas, a ser más delicadas. El concepto de virginidad, por ejemplo, fue creado por hombres que creían que sus penes eran tan importantes que podían definir la identidad de una mujer. En el concepto de virginidad se refleja la visión profundamente machista y sexista que aún prevalece en muchas de nuestras sociedades.

Procesar las emociones de manera consciente ayuda a combatir la masculinidad tóxica, ya que fomenta una mayor conexión con los sentimientos y una expresión emocional saludable. Por este motivo y por muchos más, es importante que las personas en nuestras sociedades trabajen en la educación emocional, identificando cómo se sienten, localizando esas emociones en el cuerpo, nombrándolas y evaluando qué se necesita (llorar, recibir un abrazo, poner límites) para luego liberar esas emociones, ya sea hablando sobre ellas, expresándolas, cantando, escribiendo, conversando con alguien o trabajándolas en terapia. Este proceso inicial puede abrir la puerta a una relación más sana consigo mismo y con el mundo.

En 1976, Michel Foucault inició su indagación y estudio sobre la sexualidad postulando que ésta no es un hecho biológico inherente,

sino una construcción social. Desde esta perspectiva, la sexualidad es el resultado de discursos que definen, refuerzan y reproducen valores, comportamientos y creencias acerca de lo que es considerado aceptable o desviado en una sociedad. Esto significa que lo que sentimos, cómo actuamos y cómo pensamos acerca de la sexualidad son cosas que se moldean a través de procesos sociales, históricos y culturales. Además, Foucault sostuvo que las restricciones sexuales indican una fascinación por el sexo. Al etiquetar, regular y castigar, se desarrolla una ciencia de la sexualidad, permitiendo al Estado ejercer control sobre los cuerpos, disciplinándolos según las normas sociales dominantes. En su obra *Historia de la locura en la época clásica* (2018), presentada originalmente como tesis en 1961, Foucault analizó el modo en que la psiquiatría moderna institucionalizaba a individuos cuyo comportamiento se alejaba de normas estrictas y establecidas. Llamó a este fenómeno el «gran confinamiento». Con mucha razón, sostenía que «el pez nunca descubre que vive en el agua; de hecho vive inmerso en ella, su vida transcurre sin advertir su existencia. De igual forma, una conducta que se normaliza en su ambiente cultural dominante se vuelve invisible».

10

Hey, Nietzsche: ¡Dios ha resucitado!

Cuando Nietzsche proclamó que «Dios ha muerto», hacía referencia a que las creencias tradicionales, especialmente las religiosas, habían perdido su poder y relevancia en la sociedad moderna. En ese contexto histórico, marcado por el avance de la ciencia y el pensamiento crítico, muchas personas dejaron de adherirse ciegamente a las enseñanzas religiosas. La frase funciona como una metáfora de la disminución de la influencia de la religión en la vida diaria y en la moralidad. Sin embargo, con el resurgir de las nuevas derechas y el nacionalismo cristiano, podría decirse que «Dios ha resucitado», pero ahora también como un símbolo político, listo para guiar a sus «soldados» en la batalla cultural, acompañado de las plataformas digitales y Elon Musk, para tomar el poder y restablecer la religión en la vida cotidiana, «debatiendo» derechos humanos, como si fueran algo debatible y no algo que debe respetarse y punto.

En la introducción a este libro hice énfasis en el auge de un movimiento político-religioso en específico, el nacionalismo cristiano, particularmente visible en países como Estados Unidos y dentro del propio Partido Republicano. Varios de sus miembros se identifican con él. El propio vicepresidente del país en la segunda Administración Trump, J. D. Vance, milita activamente con los principales líderes de dicho movimiento, entre ellos el predicador

texano Lance Wallnau, quien ha montado un ejército de activistas cristianos y sostiene que Trump está librando una guerra espiritual contra fuerzas demoníacas.

El Partido Republicano se ha transformado en una especie de filial de la Trump Foundation, un fenómeno de culto a la personalidad que gira en torno al presidente. Desde este espacio se difunden todo tipo de teorías conspirativas. Según el libro *Neofascismo: ¿cómo surgió la extrema derecha global (y cuáles pueden ser sus consecuencias)?* (2022), de autoría colectiva, el Partido Republicano, que en sus primeros días fue conocido por su oposición a la esclavitud, comenzó a cambiar radicalmente en los años sesenta del siglo xx. Esto se debió, en gran medida, al impacto del movimiento por los derechos civiles. Durante esa época, figuras como Richard Nixon y Ronald Reagan se dieron cuenta de que podían aprovechar el resentimiento y el racismo prevaleciente en el sur para consolidar su poder.

El nacionalismo cristiano es un movimiento político-religioso que surge con la intención de crear una nación cristiana y perpetuar la falsa narrativa de que Estados Unidos fue, alguna vez, una nación cristiana, pero que ya no lo es por culpa de una crisis moral. En *The cross of war* (2014), el pastor y autor Matthew McCullough afirma que el nacionalismo cristiano se entiende como «la forma en que los cristianos conciben la identidad estadounidense y el sentido de lo estadounidense, una noción según la cual la nación desempeña un papel central en los propósitos históricos en el mundo del dios cristiano». Sin embargo, McCullough advierte de lo siguiente:

> [...] no podemos confundir el activismo cristiano —del cual también podemos señalar algunas problemáticas que se han dado en las instituciones como la Iglesia respecto del abuso de menores a nivel global o la imposición de determinados mandamientos a los hijos— con algo que no es lo mismo, el movimiento del nacionalismo cristiano, un modelo organizado de pies a cabeza con un propósito puntual, que es el de convertir (o retornar, según sus narrativas) a Estados Unidos en una nación bajo leyes cristianas, donde los

valores de dicha religión tengan prioridad tanto en el derecho como en la propia política.

Este movimiento es diverso y tiene múltiples variantes, que abarcan desde el catolicismo y el protestantismo hasta las iglesias pentecostales y las megaiglesias evangélicas, cada una con su propia interpretación y enfoque, pero todas con el mismo objetivo: hacernos creer que Estados Unidos, desde la década de 1960, se ha alejado de Dios y debemos ser castigados por ello. Según la nueva derecha y su nacionalismo cristiano, esa «decadencia moral» de esos años sesenta se debe a que se ha abandonado el ideal de la década de 1950, la época anterior al movimiento por los derechos civiles, antes de la revuelta de Stonewall en Nueva York, etcétera. Donald Trump, en este contexto, se presenta como la figura que encarna esta tradición de nacionalismo cristiano blanco.

La pregunta que podemos hacernos es la siguiente: ¿quién decide qué religión debe guiar al gobierno? Un cristiano en un país mayoritariamente musulmán, un judío bajo leyes budistas o un musulmán en una nación con tradiciones animistas rápidamente sentirían las tensiones de esta mezcla, y todos creerían que su religión es mejor que la otra, que su religión es la verdadera entre los miles de religiones del mundo, incluidas todas las derivaciones dentro de cada una de ellas.

Para la nueva derecha, el concepto de «intervención divina» emerge como una justificación para imponer la cosmovisión cristiana. Figuras como Jordan Peterson argumentan que, si la sociedad se corrompe, debe intervenirse al igual que Dios intervino en Sodoma y Gomorra. La separación de la religión y el Estado no ha sido suficiente para permitir una transformación civil inmediata; aún persiste una fuerte autorrepresión psicológica que mantiene la obediencia a preceptos religiosos. «¿Qué estás sacrificando al

casarte? Pensémoslo. ¿Qué estás sacrificando? La promiscuidad tonta, juvenil, miope, hedonista, nihilista, cínica, psicópata e impulsiva..., eso es lo que estás sacrificando. No quieres ser la persona más vieja en la fiesta de la fraternidad», dijo Peterson en un pódcast sobre el matrimonio.

En una entrevista para *The New York Times*, Peterson afirmó que «el espíritu masculino está en peligro», y abogó por una «monogamia forzada» como medio para alcanzar un supuesto orden frente al caos producido por «lo femenino». Esta postura refuerza también su activismo en contra de las teorías y los estudios de género, consolidando su papel como un autoproclamado «guardián del patriarcado». Peterson también expresó que vivimos en una «sociedad de llorones», una afirmación que coincide con las declaraciones de la vicepresidenta de Javier Milei, Victoria Villarruel, quien llegó a decir que quitar el servicio militar obligatorio en Argentina tuvo como resultado una sociedad de hombres y mujeres llorones.

En su discurso, Peterson sostiene que es necesaria una «vuelta a la jerarquía», y él se presenta como un guía que «explica a la gente cómo encontrar un significado a sus vidas» y argumenta que «en nuestra cultura se dice que hay una tiranía patriarcal, que es una idea que se desarrolló a principios de los años setenta como una reconfiguración de viejas ideas marxistas» y que «la ha impuesto la narrativa que utiliza el feminismo, el posmodernismo y el marxismo», agregando que son «narrativas antihumanas». Peterson dice «antihumanas» porque su concepto de «humano» es dogmático y rígido, sin diversidad de «ser humano», un concepto completamente medieval y talibán de «ser humano».

El nacionalismo cristiano siempre ha existido. Hoy se erige desde la nueva derecha con un programa de gobierno que busca diseñar

un país donde una niña de trece años pueda ser forzada a dar a luz mientras se le prohíbe leer un libro sobre la importancia de la diversidad sexual o sobre la turbia historia segregacionista de la nación; un país donde los cuerpos de las mujeres y personas trans están sujetos a una regulación más estricta que las armas de fuego; un país donde se protege a las infancias del «mal» de las banderas de arcoíris, pero se las deja vulnerables a tiroteos masivos en las escuelas o a incontables abusos sexuales en manos de dirigentes religiosos; un país donde la policía dispara por la espalda a personas negras desarmadas, pero elige para la presidencia a un delincuente convicto que ha cometido 34 delitos, como es el caso de Donald Trump. Parafraseando a Isaac Asimov, cuando la estupidez es considerada patriotismo, ser inteligente y cuestionar las cosas se vuelve peligroso.

El investigador metodista David W. Scott sostiene que «el nacionalismo cristiano identifica a la nación con la voluntad y la acción de Dios en el mundo, fusiona la identidad nacional con la cristiana y asocia el servicio a la nación con el servicio a Dios», y agrega que «el nacionalismo cristiano ofrece una justificación moral para acciones, incluso las que son cuestionables, cuando se persiguen objetivos nacionales o políticos».

Por su parte, el periodista estadounidense John Blake, en su artículo «Un "cristianismo impostor" está amenazando la democracia estadounidense» (2022), argumenta que los nacionalistas cristianos creen que hay tal cosa como un «estadounidense real y verdadero» —una idea que refleja su tradición histórica de exclusión— y que consideran Estados Unidos como un país elegido por Dios para cumplir un propósito especial en la historia. Asimismo, defienden que las personas que fundaron el país lo hicieron en nombre del cristianismo, lo cual es una falsedad histórica, dado que muchos de

los fundadores eran ateos y deístas y establecieron desde el comienzo el principio fundamental de la separación entre el poder y la religión.

Las menciones al «Creador» y a la «Providencia divina» en la Declaración de Independencia no son un aval al cristianismo, ni a ninguna religión específica. Su redactor, Thomas Jefferson, quien, por cierto, tuvo más de 600 esclavos, era deísta y se oponía tanto al cristianismo tradicional como a las creencias sobrenaturales. Como suele ocurrir, los defensores del nacionalismo cristiano pasan por alto las propias enseñanzas de su mesías Jesucristo, quien habría afirmado: «Dale al César lo que es del César» y «Mi reino no es de este mundo». Estas palabras, de haber existido Jesucristo, podrían interpretarse como un llamado claro a separar su figura de cualquier proyecto de gobierno, destacando que la vida política debía manejarse por caminos diferentes a los de la religión. Sin embargo, esta separación es ignorada por la nueva derecha. Ejemplo de ello fue la toma trumpista del Capitolio, un evento recargado de pancartas que proclamaban *«Jesus 2020»* y en el que los insurrectos introdujeron la bandera cristiana en el propio Senado, cuna sagrada de la democracia estadounidense, y la colocaron junto a la bandera del país, todo acompañado de una escenificación grotesca de masculinidad violenta. Es preocupante que en pleno siglo XXI tengamos que seguir recordándole a la gente que más personas fueron asesinadas en el nombre de un dios que por cualquier otro motivo en la historia. Así y todo, los falsos profetas llegan al poder y son aclamados.

El movimiento MAGA parece dispuesto a desmantelar los principios de una nación secular para instaurar una nación cristiana. Desde entonces, han cobrado fuerza ideas como que Estados Unidos «necesita un dictador» o expresiones de seguidores de Trump

dándole la bienvenida «al fin de la democracia». Un ejemplo de ello es la declaración de uno de sus seguidores: «Bienvenidos al fin de la democracia. Estamos aquí para derrocarla completamente. No lo logramos el 6 de enero [de 2021], pero seguiremos intentando desmantelarla y reemplazarla».

La pregunta inevitable es la siguiente: reemplazarla... ¿con qué? La insurrección del 6 de enero no fue una anomalía ni un evento históricamente desconcertante que brotó de la nada, sino el resultado de décadas de retórica y organización nacionalista cristiana blanca en Estados Unidos. Como señalan Andrew Whitehead y Samuel Perry en *Taking America back for God* (2020), este movimiento se articula en torno a tres componentes fundamentales: el mito de la nación cristiana, la nostalgia por una supuesta gloria pasada y una visión apocalíptica del futuro del país. Donald Trump, con su astuta capacidad para amplificar los temores y resentimientos de sectores específicos de la población, supo sacar provecho de ello.

El patriotismo, el nacionalismo, la adoración y la religión son la combinación perfecta para el desastre. Al servir a la nación elegida, los individuos sienten que están sirviendo a su dios, y estarán dispuestos a destruir todo lo que se interponga en su camino. Asumir que un grupo actúa en nombre de su dios, mientras que el otro se opone al orden divino, constituye una distorsión peligrosa. Quienes no se alinean con ellos son considerados ajenos a la nación, enemigos de su dios y de la supuesta pureza originaria de la nación.

Cuando tuvo lugar el asalto al Capitolio, el megalómano presidente Trump optó por no hacer nada, y, con comodidad, se sentó a observar cómo el país ardía en este intento de golpe de Estado, incitado por él mismo. Movilizó a las hordas de fanáticos armados, con banderas cristianas, libertarias y confederadas, dispuestos a recibir y ejecutar las órdenes de su ídolo, sin importar

el costo, con tal de mantenerlo en el poder y «detener el robo» (*«Stop the Steal»* era el eslogan), buscando impedir que el Congreso cumpliera con su deber constitucional de certificar las elecciones. En medio de esa multitud, los símbolos cristianos eran una constante. Se podían ver banderas con mensajes como «Trump es mi presidente / Jesucristo es mi salvador» y «Dios, armas y coraje hicieron América / Mantengamos los tres».

No había ni una sola evidencia que respaldara el planteamiento de las supuestas «elecciones robadas», sumado a que fueron las elecciones más escrutadas y revisadas de la historia. En *The authoritarian dynamic* (2005), Karen Stenner nos explica que «para ellos, la idea de elecciones robadas no es una gran mentira, sino una suerte de "verdad superior" basada en una cuestión fundamental: ¿a quién pertenece realmente Estados Unidos? Muchos ciudadanos estadounidenses consideran que la legitimidad de una elección no depende de si se llevó a cabo de manera libre y justa, sino de si se obtuvo el resultado correcto». Para estas nuevas derechas, siempre se trata de presentar mitos como si fueran hechos, influyendo en la voluntad de las personas con una elocuencia y retórica populistas que no parece requerir una convicción intelectual: pensar por uno mismo ha dejado de ser *cool*.

También se podían observar carteles hechos a mano con pasajes de la Biblia, una cruz fijada sobre una bandera estadounidense y, lo más llamativo, una enorme cruz de madera de al menos dos o tres metros de altura. Sobresalían emblemas como una bandera con la inscripción *«An appeal to heaven»* [«Una súplica al cielo»] y la icónica serpiente enroscada sobre un fondo amarillo con el lema *«Don't tread on me»* [«No me pises»], utilizada originalmente en la Revolución de las Trece Colonias (1763-1783), que supuso la independencia respecto a los británicos; dicha bandera fue adoptada

más tarde por los libertarios y sus activistas de derecha. Lo que ahora sabemos de los libertarios y paleolibertarios que repiten el lema «No me pises» es que realmente no es que «no quieren que los pisen», sino más bien que quieren tener el derecho de «pisar a los demás». Lo que buscan es destruir al otro, en nombre de una libertad que es sinónimo de crueldad. La nueva derecha quiere que la dejemos tranquila mientras construye infiernos.

Algunos supremacistas blancos exhibían camisetas decoradas con una cruz roja, evocando las Cruzadas. Una persona sostenía un cartel con la consigna del movimiento QAnon *«Trust the plan»* [«Confía en el plan»], mientras que otros ondeaban banderas cristianas al lado de banderas de Estados Unidos. Debería quedar claro que, al igual que sucede con los seguidores de Milei, los seguidores de Trump lo respaldan a él mismo, y no a pesar de sus actitudes antidemocráticas, sino precisamente por dichas actitudes. Ellos son conscientes de sus mentiras y su culpabilidad, y apoyan a Trump porque valida su racismo y xenofobia. Eso es suficiente para entender sus motivaciones.

El país autoproclamado defensor de la democracia mundial, Estados Unidos, es golpeado por quien expresó que le gustaría ser dictador por un día, al menos «el primer día». No se puede esperar más de un personaje como Trump, quien admira a dictadores y es amigo de ellos. No es casualidad que, ya en 2012, el bloguero estadounidense de la nueva derecha conocido como Mencius Moldbug, vinculado a Steve Banon, afirmara que «los estadounidenses deberían superar su fobia a los dictadores».

Los conspiracionistas provienen de grupos religiosos y están vinculados a fundaciones como Heritage Foundation, Moms for Liberty, Discovery Institute (dedicado a defender el creacionismo), Turning Point USA, la asociación española Hazte Oír y su *lobby*

CitizenGO, entre muchas otras más. Estos individuos suelen rechazar la Agenda 2030, viéndola como una amenaza a la «libertad individual» y un intento de «control gubernamental». Para comprender el rol de las fundaciones y los mecanismos religiosos en la política estadounidense, es útil leer lo que señala Ariel Goldstein en *Poder evangélico* (2021):

> Patrick Buchanan, el escritor de los discursos de Nixon, había pedido al entonces presidente una contraparte conservadora frente a la influencia que ejercía el *think tank* liberal de izquierda Brookings Institution en Washington. Como respuesta a este pedido, Paul Weyrich, pastor de la Iglesia ultraconservadora Melkite Greek [Iglesia grecocatólica melquita], quien mezclaba política y religión en la lucha contra «el comunismo», participó de la fundación del *think tank* conservador Heritage Foundation. Además, desarrolló estrategias clave para la aproximación entre evangélicos y republicanos en oposición al aborto y los derechos para las minorías sexuales. Durante la presidencia de Ronald Reagan, exactor de Hollywood y exgobernador de California, quien estableció las bases del programa neoliberal y galvanizó a los republicanos, se definieron las líneas del actual sistema político de Estados Unidos, cruzado por las luchas de los conservadores contra el aborto y las feministas a favor del fallo de Roe vs. Wade. En 1979 se produjo la formación de la llamada Mayoría Moral, donde Jerry Falwell, un predicador conservador de una pequeña iglesia en Virginia se asoció con Paul Weyrich. Este último entendió el potencial de movilizar a los evangélicos, y decidió en 1978 convocarlos en rechazo al aborto. Una semana después de su primer servicio, Falwell comenzó a predicar en un programa de radio local los domingos, para pronto hacerlo en la televisión. Usó el medio televisivo para evangelizar, comprando tiempo de televisión en distintos canales. Según el periodista Cal Thomas, que fue vicepresidente entre 1980 y 1985 de la Mayoría Moral, se buscaba que católicos, judíos, mormones y protestantes conservadores formaran un bloque conjunto. Falwell escribió que «la familia es el bloque de construcción fundamental y la unidad básica de nuestra sociedad, y su salud continua es un requisito previo para una nación saludable y próspera. Ninguna nación ha sido nunca más fuerte que las familias que la componen». Ese discurso en defensa de «la familia» les permitió ampliar su influencia a círculos que excedían grupos religiosos, entre aquellos que tenían una visión conservadora sobre el orden social. Falwell se oponía a toda asistencia estatal y predicaba el libre mercado. Unió este frente en defensa de «la familia», destacando que la idea de que política y religión no se juntan fue inventada por el diablo para evitar que los cristianos dirijan su propio país [...]. Sostenía que

> era el deber de un evangélico actuar en política de forma colectiva, saliendo del individualismo, al considerar que el destino de Dios también rige sobre las naciones. Logró crear un movimiento fundamentalista con extensión nacional, opuesto a la revolución social de ampliación de derechos para las minorías que había caracterizado los años sesenta [...]. Falwell, Pat Robertson y los Bautistas del Sur lideraron la cruzada contra el «humanismo secular» y la agenda progresista en materia de género, contra los derechos para las minorías sexuales y el aborto. Formaron la Mayoría Moral, la Voz Cristiana y la Mesa Redonda Religiosa. Falwell se opuso a la rebelión cultural de los años sesenta en todas sus manifestaciones, impulsando a los cristianos a ingresar en política para evitar «la destrucción de la nación».

En su impecable artículo titulado «El nuevo mesías» (2024), Gina Montaner describe cómo una parte significativa del movimiento evangélico en Estados Unidos comenzó a ver a Donald Trump como una figura mesiánica, especialmente después de su apoyo a la agenda cristiana, centrada en la lucha contra el derecho al aborto. Según Montaner, el ataque al Capitolio fue interpretado por muchos evangélicos como una batalla bíblica, en la que las fuerzas del «bien» (representadas por el trumpismo) luchaban contra las fuerzas del «mal» (el Partido Demócrata o lo progre). Esta visión transformó el Capitolio en un templo que debía ser purificado, con Trump tomando el rol de un líder profético que guiaba la lucha. A pesar del lenguaje agresivo y divisivo de Trump, los líderes evangélicos no sólo aceptaron su estilo, sino que lo vieron como el vehículo para imponer su mensaje. La llegada de Trump al poder desmanteló cualquier idea de que Estados Unidos fuese un país excepcional o estuviera a salvo del avance del populismo.

El acuerdo entre Trump y los evangélicos sigue siendo claro: el republicano, que en el pasado había defendido el aborto, comenzó a tomar decisiones para satisfacer a un poderoso *lobby* religioso, como lo fueron los nombramientos en la Corte Suprema. A cambio, los líderes religiosos movilizaron a sus feligreses para que votaran por él. Montaner también señala cómo, en la segunda vuelta electoral,

los líderes evangélicos celebraron la victoria de Trump como un cumplimiento de una «profecía», conectando su triunfo con un «designio divino» y la creación de una nueva era de «dominio cristiano». Este fenómeno subraya cómo el apoyo político y religioso a Trump está profundamente arraigado en una ideología que lo ve como el salvador de los valores cristianos frente al supuesto «pecado» del Partido Demócrata.

11

El que no es cristiano es marxista

El cristianismo, al igual que otras religiones, se compone en gran medida de elementos tomados de otras culturas. Por ejemplo, la Navidad tiene raíces en festividades romanas y paganas. Incluso cuando se habla de los mandamientos escritos por Dios en tablas de piedra y entregados a Moisés (Deuteronomio 5,22), este acto no es más que una repetición de lo que ya habían hecho divinidades como Baco, Zoroastro y Minos en tiempos anteriores. La pregunta que plantea Sam Harris en *Carta a una nación cristiana* (2007) es clave:

> ¿Podrías demostrar que Zeus no existe? No. Ahora imagina vivir en una sociedad donde la gente gasta miles de millones de dólares al año para honrar a los dioses del monte Olimpo. Un lugar donde el gobierno destina fondos públicos para apoyar instituciones dedicadas a rendirles culto, y donde templos paganos reciben subsidios provenientes de los impuestos. En esta sociedad, incluso las decisiones sobre temas como el aborto se basan en pasajes de *La Ilíada* o *La Odisea*, influyendo directamente en los debates sobre políticas públicas.

Hago este comentario respecto de la religión porque históricamente nos hemos enfrentado a un problema importante: fanáticos que se creen profetas han llegado a la política, al poder, al diseño de políticas públicas y al dictado de la moral a través del poder estatal. Esta combinación ha causado mares de sangre, cruzadas, inquisiciones, hogueras y toda aquella etapa medieval y oscura. Por eso es fundamental conocer lo que se profesa, narrar la

historia de las religiones, sus componentes, lo que producen en la mente humana, incluyendo la historia del cristianismo, que tuvo sus propias versiones de la yihad hasta hace muy poco y que otros quieren reincorporar.

El juramento original a la bandera de Estados Unidos, recitado durante generaciones, proclamaba «lealtad a la bandera de Estados Unidos de América y a la república que representa, una nación indivisible, con libertad y justicia para todos». Este juramento, sin referencias religiosas, constituía una afirmación puramente cívica. Sin embargo, en 1954, bajo la influencia del macartismo, el Congreso decidió añadir la frase «bajo Dios», introduciendo una connotación religiosa ausente en el mensaje original. Además, en 1955, el Congreso dispuso que la frase «En Dios confiamos» apareciera en todas las monedas, extendiéndose a los billetes en 1957.

El asunto sigue siendo el siguiente: la nueva derecha tiene una obsesión por mostrarse como representante de su dios en la Tierra, como mesías enviados para resolver los males generados por los progres y combatir las «fuerzas del maligno» junto con los «soldados de las fuerzas del cielo» (éste es el eslogan de Milei, visible en las gorras de sus simpatizantes y repetido constantemente por él), haciendo referencia al versículo de Macabeos 3,19, que afirma que la victoria en la batalla no depende de la cantidad de soldados, sino de las fuerzas que vienen del cielo. Ellos deciden quién es bienvenido o no a las «fuerzas del cielo». Como los falsos profetas bíblicos, Trump y Milei deberían ser señalados por usar un discurso que busca legitimarse como guía indispensable, mientras frecuentemente priorizan intereses personales. Su retórica desinforma y explota las emociones de su audiencia, aspectos que sintonizan con las advertencias bíblicas sobre los «falsos profetas»

que hablarán en nombre de Dios y que usarán una marca en sus frentes (tal vez son las gorras de *«Make America great again»* o de «Las fuerzas del cielo»). Milei, quien cita la Biblia para justificar sus acciones y decisiones, aseguró que tuvo una conversación directa con Dios, y se comparó con Aarón, y a su hermana Karina, con Moisés: «Vos sabes que Moisés era un gran líder, pero no era bueno divulgando. Entonces, Dios le mandó a Aarón para que divulgue. Bueno, Kari es Moisés y yo soy el que divulga. Soy sólo un divulgador». [1]

El mismo día en que hizo esta referencia, se describió con firmeza ante la periodista como «blanco y rubio de ojos celestes», repitiendo en numerosas ocasiones a lo largo de su vida que es «moral y estéticamente superior» a los «zurdos», algo similar a como lo hacían los nazis al hablar de la «superioridad de la raza aria». Para Milei y los exponentes de la nueva derecha, la humanidad se divide entre quienes consideran inferiores y aquellos que se perciben como superiores. Esta nueva derecha aparece así para «reformar» lo que para ella ha sido corrompido o deformado, y lo hace levantando las banderas de su dios.

En el nombre de Dios, todo en el nombre de Dios. Ya en abril de 1922, en uno de sus discursos, el propio Adolf Hitler gritó que «mi sentimiento como cristiano me lleva al señor y mi salvador como un luchador, como cristiano tengo una tarea con mi propia gente». También declaró: «Por lo tanto, hoy creo que estoy actuando de acuerdo con la voluntad del creador todopoderoso: al defenderme del judío, estoy luchando por la obra del señor».

Es evidente que tanto la Iglesia católica como la Iglesia protestante cargan con un lamentable historial de complicidad con el Holocausto y el régimen nazi. En una conferencia de prensa, Nora Cortiñas, quien fue integrante de Madres de Plaza de Mayo y que fue

una reconocida defensora de los derechos humanos en Argentina, señaló que la cúpula de la Iglesia fue cómplice durante la última dictadura militar argentina en la desaparición forzada de personas y la desintegración de familias por parte de las fuerzas militares. Según expresó, la Iglesia nunca convocó a movilizaciones ni denunció estos crímenes, ni siquiera los abortos forzados practicados a mujeres embarazadas que habían sido detenidas por el régimen militar, que ha sido reivindicado por biógrafos y asesores de Javier Milei.

En *Liberto de la religión* (2018), Paulo Bittencourt indica que los nazis no sólo se identificaban como cristianos, sino que incluso se consideraban a sí mismos como los auténticos seguidores de Jesucristo. El problema con las religiones radica en su capacidad de llevar a sus seguidores a cometer actos crueles bajo la convicción de que están cumpliendo con la voluntad del creador del universo. Un ejemplo de esta relación simbólica se reflejaba en las hebillas de los cinturones nazis, que llevaban inscrito el lema «Dios está con nosotros».

Tengamos en cuenta a lo que juega Donald Trump, y lo que Goldstein, en su libro *La cuarta ola* (2024a), señala como la capacidad de Milei para ejecutar la «hibridación religiosa» como forma de legitimación de su gobierno, en una «convocatoria conservadora que reúne a exponentes del judaísmo conservador y del Opus Dei, así como a grupos evangélicos con los cuales ha intermediado la ayuda social desde el Estado». Y no nos olvidemos que Jair Bolsonaro, quien fortaleció a una nueva élite evangélica exponiendo el fenómeno imparable y evidenció el auge de las Iglesias evangélicas, sostuvo que el atentado en su contra fue una «gran experiencia con Dios», orientando su campaña y gobierno por un discurso de oración, divinidad y milagro. Goldstein (2024a)

menciona que se abre una nueva iglesia evangélica en Brasil cada hora.

Jair Bolsonaro, al igual que muchos populistas, se nutrió del conflicto utilizando temas controvertidos para ganar visibilidad política. Durante su carrera como diputado, hizo declaraciones abiertamente homofóbicas, como afirmar que preferiría un hijo muerto antes que tener un hijo homosexual. Fue un defensor activo de la dictadura militar brasileña, del golpe de 1964 y de los torturadores de ese régimen, llegando a decir que el error de la dictadura fue «torturar y no matar». Además, recurrió a una retórica polarizadora contra figuras como Lula da Silva, a quien describió como un «diablo» dispuesto a imponer el comunismo en Brasil.

«Sabía que Dios lo había elegido [a Trump] para este momento. Se nos dio una segunda oportunidad y el tiempo para poner a nuestro país de nuevo en el camino correcto, con nuestros valores conservadores, y salvar a las personas en el nombre de Jesucristo», dijo Mike Lindell, empresario y asesor de Trump, durante un evento de la Conservative Political Action Conference (CPAC). Sin embargo, esos eventos y convenciones se toman estas afirmaciones muy en serio. Como explica Steven Hassan en *The cult of Trump* (2019), mientras que los grupos cristianos más convencionales pueden evangelizar y tratar de influir en el gobierno y la política, lo que distingue a la derecha cristiana moderna es la creencia de que su toma de control teocrática está ordenada por Dios y que, según ellos, podría «llevar al regreso de Jesucristo». Tal como expresó Dutch Sheets, líder de la New Apostolic Reformation (NAR), en la CPAC unos años atrás: «Expondremos a los enemigos de Dios, interrumpiremos sus planes, haremos cumplir el gobierno del cielo y reformaremos Estados Unidos».

Todos ellos son enviados de Dios, como se observó en un *spot* de campaña de Trump, titulado *«God Made Trump»* [«Dios hizo a Trump»]. Si existen fuerzas del cielo, entonces deben existir fuerzas del infierno; si hay verdad, debe haber mentira; si hay luz, debe haber oscuridad. Ellos son los salvadores, los representantes de ese «bien» (un bien que, irónicamente, se encarga de odiar al prójimo). De esta forma, entienden el mundo como una relación amigo-enemigo, bien-mal.

Están aquí para regresarnos a los siglos en los que prevalecían el «orden» y la «rectitud moral», a los siglos en los que se festejaba la esclavitud, se colgaba a los homosexuales con sogas en el cuello (recordemos que, antes de 1967, en el Reino Unido, los hombres podían ser encarcelados por tener relaciones homosexuales, incluso en privado), y que se quemaba a mujeres a las que llamaban «brujas», sometiéndolas a sus esposos y tratándolas como una propiedad más. Que quede claro que se enseña a temer a las brujas, pero no a las Iglesias ni a los religiosos que las quemaron vivas. (Y, por cierto, no quemaron a brujas, quemaron a mujeres.)

Según escribe Nuria Varela en *Feminismo 4.0: la cuarta ola* (2019), la más violenta y determinante de las reacciones contra las mujeres «fue la quema de brujas, millones de mujeres quemadas en la hoguera entre los siglos XV y XVII en Europa y algunos países de América Latina, fenómeno que la mayoría de los historiadores ha silenciado». La quema de brujas fue un mecanismo para socavar, demonizar y deshumanizar a la mujer. En las torturas y hogueras se moldearon los ideales de feminidad y los roles domésticos. Esto llevó a que cada mujer comenzara a confrontar su propia realidad, revelando una cultura que había estado centrada en los hombres, donde la idea de «mujer» ha sido definida por los varones. Este terrible legado persiste en la idea de que el cuerpo de las mujeres

existe únicamente para «la satisfacción, los objetivos y los deseos de los otros», según Varela.

Son muchos los niños y las niñas que salen de cursos y colegios religiosos temiendo ser colgados cabeza abajo eternamente en el infierno si no cumplen con una serie de mandamientos, o incluso creyendo que los bebés que no se bautizan «nunca conocerán el cielo» (la Biblia ni siquiera menciona el purgatorio). Es el epítome de la inflexibilidad, con «el señor tu Dios» —cuya vanidad recuerda a los dictadores que recurren a amenazas en vez de a la persuasión para promover su punto de vista— dispuesto a castigar a las niñas y niños incluso «hasta la tercera y cuarta generación» si sus padres no fueron creyentes. Nadie debería crecer creyendo que un ser invisible lo está observando y está juzgando cada palabra, pensamiento o acción que hace (tuve la gran suerte de que éste no fue mi caso). Crecer y hacerlo desde la culpa no enseña moralidad, sino que genera vergüenza, miedo y dudas sobre uno mismo.

En un debate organizado por Intelligence Squared en 2009, el actor, comediante y escritor británico Stephen Fry sostuvo con sólidos argumentos que la Iglesia católica no ha sido una influencia positiva en el mundo. Hablando de argumentos y sumando el condimento de la hipocresía o la doble vara de medir, podemos traer las palabras que supuestamente dijo Jesucristo: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el rico entre en el reino de Dios» (Mateo 19,24). Sin embargo, la Iglesia católica posee una inmensa cantidad de riquezas. Se estima que su patrimonio neto global oscila entre 10.000 y 15.000 millones de dólares, y que incluye multitud de propiedades a lo largo del mundo y un presupuesto anual de aproximadamente 145 millones de dólares para la Santa Sede. Además, alberga obras de arte y reliquias adquiridas de todo el mundo. A pesar de estos recursos con los que

podrían alimentar, curar y ayudar a tantos, la mayoría de las veces ese poderío económico de la Iglesia católica no se refleja directamente en ayuda a los más vulnerables. Además, ¿cómo podemos pensar que un hombre que se hace llamar «padre», que es célibe y que no tiene una familia, tiene la capacidad y autoridad moral para darnos lecciones sobre valores familiares?

En su intervención, Fry criticó varios aspectos de la Iglesia católica, incluidos la postura sobre la homosexualidad, el uso de preservativos y el manejo de los casos de violación y abuso sexual. Recordemos que, durante su mandato como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Joseph Ratzinger emitió en 2001 la carta *De delictis gravioribus*, con la que se centralizaban los casos de abuso sexual clerical bajo la jurisdicción de este órgano del Vaticano.

La medida priorizó el secreto y dificultó la cooperación con las autoridades civiles en muchos países: la carta de Ratzinger establecía que los casos de violación y abusos sexuales clericales debían ser manejados bajo el llamado «secreto pontificio», lo que significaba que la información no debía compartirse con la policía ni con otras autoridades externas a la Iglesia. En este contexto, el caso de Marcial Maciel, el sacerdote mexicano fundador de los Legionarios de Cristo, se convirtió en un símbolo de encubrimiento institucional, ya que las denuncias en su contra fueron ignoradas durante décadas. Fue ya en 2006, bajo el liderazgo de Ratzinger como papa Benedicto XVI, cuando Maciel fue sancionado con «el retiro a una vida de oración y penitencia», evitando un juicio penal eclesiástico. Proteger a los abusadores y violadores ha sido la respuesta durante siglos.

Dicha institución del Vaticano sostiene que, a través de la intercesión y las manos de sus apóstoles, los sacerdotes tienen el

poder de transformar moléculas y perdonar los pecados de las personas desde un cubículo de madera, a través de una rejilla y viéndolos desde arriba, mientras el pecador se arrodilla, confesando «pecados» que, en realidad, son lo que hace feliz a mucha gente, como si la felicidad de uno fuera un delito celestial por el cual hay que autocastigarse y sentirse culpable (Michel Foucault nos dio un importante análisis sobre la historia y el uso religioso de la confesión como producción del discurso verídico sobre el sexo, por ejemplo).

Además, este «perdón» está arraigado en la idea de que sólo puede ser realizado por hombres (y solamente por hombres que nunca se casaron ni tienen una familia) que han sido ordenados como sacerdotes. Además, la doctrina afirma que no hay salvación fuera de la Iglesia, un dogma que ha sido utilizado históricamente para justificar atrocidades como la conquista y violación de las civilizaciones originarias en América, así como los horrores cometidos en África y otras partes del mundo colonizado.

Pensemos esto... La Biblia nos cuenta la personalidad de ese dios al que la nueva derecha le rinde culto y del cual habla en su nombre; un dios que, si realmente leemos la Biblia, lo podemos describir como alguien maníaco, iracundo y egoísta, que pide a la gente ponerse de rodillas ante él (así como lo hacen los mesías de este movimiento político). Además, ese dios pudo haber creado un mundo sin maldad, y eligió no hacerlo, ¿por qué debería uno respetar a alguien así? Si existe un dios tan bueno, ¿por qué hay niñas y niños con cáncer de huesos? Esto es algo que Stephen Fry se preguntó varias veces. ¿Cómo podemos afirmar que hay un dios amoroso cuando, al mismo tiempo, existen realidades tan crueles como ésas?

Es que no es fácil vivir una vida completamente ausente de mitología: al ser humano le produce angustia el saberse un ser

finito, por lo que se encontrará buscando trascender todo el tiempo, siendo así más vulnerables a las promesas de quienes dicen garantizarles dicha trascendencia, dicha inmortalidad, dicho sentido de pertenencia que nos da el mito, pero también el visto bueno de la moral: el «bueno» es el que pertenece al grupo; el «malo» es el de afuera.

Comprendo perfectamente el deseo de las personas de obtener recompensas espirituales y respuestas en un mundo que no comprendemos, en el que ni siquiera sabemos hacia dónde nos dirigimos. Nos atrae la idea de encontrar respuestas, pero debemos recordar que también existen otras vías para alcanzarlas, algunas que se basan en descubrir, en explorar, en pensar críticamente e incluso en aceptar que, la mayoría de las veces, no tendremos respuestas. Quizá nos toque aprender a vivir con él «no sé». Hay que tener el valor de decir «no sé» y convivir con esa incertidumbre, por más pesada que sea. Es una tarea difícil, sí, pero vale la pena. Ahora bien, como digo siempre, quien desee y necesite creer en un dios tiene todo el derecho de hacerlo y de cobijarse en lo que les proporciona su creencia. Si alguien busca encontrar salvación en ello, pues... adelante. Las preguntas que invito a formular son las siguientes: ¿salvarnos de qué?, ¿salvarnos de quién?, ¿quién determinó de qué debemos salvarnos?, ¿a quién le beneficia que vivamos la vida con el objetivo de «salvarnos»?

Mientras escribía este libro, en un vuelo desde Washington a Nueva York, un joven de Filadelfia que estaba sentado a mi lado me propuso conversación. La mayoría de sus frases terminaban con «así Dios lo quiso» o «por la gloria de Dios». Mis alarmas se encendieron cuando noté lo interesado que estaba en contarme sobre su Iglesia y su religión. Sin más ni más, me contó que fue criado en una familia católica y que pertenecía a una congregación. Y a

continuación, me preguntó cuál era mi religión. Cuando le respondí que «ninguna», se quedó perplejo. «¿Cómo que ninguna?», me dijo. «Ninguna», le reiteré, «soy atea». Un argumento que es muy útil en este tipo de ocasiones es el siguiente, y requiere hacerles esta pregunta: «¿Tú crees en los 2.993 dioses que supuestamente existen aparte del tuyo?». La otra persona, probablemente, dirá que no, puesto que sólo cree en un dios, su dios. Pues a eso se responde con lo siguiente: «Bueno, yo no creo en esos 2.993, más uno más». Honestamente, la doctrina religiosa no ofrece una explicación sobre por qué un dios considerado perfecto crearía seres imperfectos para luego castigarlos por sus propias imperfecciones.

Con cara de arrogancia más que de confusión, me aseguró que él encontraba todas las respuestas en la Biblia, y me preguntó entonces que cómo hacía yo para diferenciar el bien del mal si no tenía ninguna guía. Le respondí que lo hacía como fuera, menos a partir de la Biblia, un libro usado por siglos para justificar la esclavitud, apedrear a mujeres o quemarlas por hechiceras; y agregué que, a diferencia de ciertas religiones, el ateísmo no fomenta de manera sistemática que las personas actúen de forma malintencionada o con maldad, ni pide que se ejecuten masacres en nombre del ateísmo. Sólo debemos leer la Biblia para conocer al dios del cual nace la «moral ideal» que la nueva derecha quiere instaurar. Es importante saber cómo es el carácter del dios al que se le rinde culto, un dios que dice «no reconocerás a otro dios más que a mí», que masacra a un pueblo entero como el de los cananeos, incendia ciudades completas e induce a otras tantas atrocidades.

Creo que se molestó porque trunqué su intento de reclutamiento a algún grupo de lectura o secta religiosa. La moral es simplemente no hacer daño a los demás, es la «amabilidad». Como dicen los autores humanistas, muchos religiosos son buenas personas, pero

probablemente serían buenos sin importar lo que sean. La religión, a fin de cuentas, no tiene el monopolio de los beneficios: la mayor porción del progreso social y moral se logró a pesar de la religión y por gente sin religión, como Elizabeth Candy Stanton, Susan B. Anthony, Margaret Sanger, Albert Einstein, Marie Curie o Bertrand Russell, entre otros tantos. Realmente, no creo que la religión haya hecho un gran beneficio moral al mundo, ni científico, ni político, ni nada por el estilo. Por el contrario, la religión parece ser más bien una invención de los humanos en un intento de darse un lugar privilegiado a sí mismos con el poder al que llaman dios (conste, querido lector, que al comienzo de este libro avisé que pondría a prueba la idea de «dios», con críticas, argumentos y sin guantes de seda).

Trump, Meloni, Milei, Abascal, Le Pen y demás insisten en la idea cristiana como la dueña de la moralidad; el cristianismo se ha creído durante siglos el dueño de la verdad. Antes del cristianismo, civilizaciones como las de los griegos, los romanos y los egipcios ya tenían sistemas éticos avanzados. La moralidad no necesita un fundamento religioso. La moralidad avanza, evoluciona: muchas cosas que antes eran aceptables según la moral cristiana, como quemar a personas por leer ciertos libros o como matar a homosexuales, hoy son inaceptables (bueno, por el momento). La moralidad no es estática, sino que evoluciona con la sociedad.

Pensemos en cómo los diez mandamientos no detuvieron la esclavitud, ni el racismo, ni el abuso infantil. ¿Qué sociedad perfecta han creado los diez mandamientos? Pensadores como Sócrates y otros tantos, aquellos que se interesaron por la virtud, la justicia y la verdad y por hacer lo correcto, buscaban examinar lo que está en el fondo del bien, señaló Stephen Fry en distintas ocasiones en el mencionado debate. Además, pongamos atención a qué supone ser

comandados, ser mandados, tener que obedecer las decisiones de un señor patriarca que nos observa todo el tiempo, día y noche. Todos sabemos que la vida es mucho mejor cuando no estamos bajo el control de una figura autoritaria. Yo creo en la capacidad de las personas para resolver sus propios problemas; no creo que debamos esperar la decisión de un ser supremo. Es angustiante que una supuesta vida en el cielo después de la muerte limite la vida de tanta gente hoy, aquí, en este planeta Tierra.

En *El espejismo de Dios* (2017), su autor Richard Dawkins dice que el personaje de Dios en la Biblia estaba actuando de acuerdo con los valores morales que estaban en el aire en esa época, y que cambian de siglo en siglo o de década en década, y lo hacen a partir de charlas, conversaciones en bares, en la mesa, por lo que leemos o las opiniones que escuchamos..., y todo ello nos puede hacer cambiar de parecer: los cambios en el clima moral se reflejan en discursos políticos, en el humor, en las leyes, la radio, las películas... Hay retrocesos locales y temporales. En cualquier sistema legal moderno, Abraham, una figura central en las tradiciones judeocristianas y conocido por ser el patriarca del pueblo hebreo, sería procesado por abuso de menores, por intentar matar a su hijo Isaac a petición del propio Dios, quien luego le dijo que era una «broma».

Pero profundicemos en el análisis sobre la moral, que la podemos entender, según Michel Foucault, como «un código de valores y de reglas que se les propone a las personas o el adecuar sus comportamientos a esos valores y reglas». En *El espejismo de Dios* (2017), Dawkins explicó que suele enseñarse que la moral tiene sus raíces en la religión, pero que, en realidad, la moral antecede a la religión, como fue mencionado con anterioridad. La moral no depende de la religión, y, de hecho, algunas de las virtudes más

importantes tienden a darse más entre las personas que rechazan los dogmas religiosos que entre los que los aceptan.

A fin de cuentas, explica Dawkins, «todavía nos matamos por libros de la Antigüedad», pero «la hostilidad que el ateo tiene a la religión se queda en debates y en ideas, no se bombardea, decapita, crucifica, quema ni nada por un desacuerdo teológico». A veces nos olvidamos completamente de que las religiones organizadas están compuestas, precisamente, por personas de carne y hueso, con intereses, con experiencias, con incentivos... El poder de la religión para consolar no la convierte en verdadera, sostiene Dawkins: «Los humanos nos damos unos aires de grandeza tales que creemos que nuestro día a día le importa a un ser divino que creó el cosmos». Nuestra mente, que siempre busca patrones, tiende a conectar hechos y deducir resultados. Muchas veces, imaginamos patrones que en realidad no están realmente allí.

Paulo Bittencourt, en *Liberto de la religión* (2018), nos dice que las religiones hacen uso del miedo como instrumento de dominación, y que toda ideología que amenaza con el castigo a quienes la rechazan es intrínsecamente perversa (el cristianismo se usa como una ideología política). Esto se debe a la figura de un dios que recompensa y castiga, donde los creyentes ven la vida como una prueba administrada por este ser superior, un dios que, insisto, exige ser temido; un dios que, a pesar de que muchos sostengan que es un dios de amor, no perdonó a Eva y Adán por comer de una fruta; un dios que nos lleva a una relación tóxica, en la que nos mira todo el tiempo y mantiene un temperamento terrible; un dios que incluso creó un plan divino sacrificando a su único hijo, Jesucristo: primero, si Dios es omnipotente y misericordioso, ¿por qué requeriría la muerte de su propio hijo para perdonar a la humanidad? Y, segundo, si Dios, básicamente, dejó morir a su propio hijo, nadie puede

argumentar que la postura en contra del aborto proviene de las enseñanzas de ese dios, ¿verdad? Es muy difícil adorar a un dios que amenaza con el fuego eterno a quienes no creen en él. Un ser así no es digno de devoción. Piensa en esto: si le dijeras a tu pareja «si dejas de amarme, te prenderé fuego en el infierno», ¿serías una buena pareja? Por supuesto que no. Del mismo modo, ¿cómo es posible que nos ame un dios que nos condena al infierno y al fuego eterno si lo desobedecemos?

Estos hechos, dice Bittencourt, nos llevan a cuestionarnos si es psicológicamente sano vivir con un constante temor a desagradar al «gran padre» (o gran hermano) que día y noche vigila a sus hijos anotando en un libro sus acciones y pensamientos, y que pareciera estar morbosamente obsesionado con las restricciones sexuales. Es la nueva derecha la que está patológicamente obsesionada con el sexo.

Al final, el puritanismo y la nueva derecha son el miedo de que alguien en algún lugar pueda ser feliz. Cualquier sistema de pensamiento o religión que amenace con violencia física o de cualquier tipo es de por sí moralmente fallido. La Biblia, dice Bittencourt, es un conjunto de compilaciones de tradiciones orales de la Edad de Bronce y redactadas en la Edad de Hierro. Cualquier religión es reflejo de la mentalidad de la época en la que fue inventada y, al parecer, administrar dos trillones de galaxias no estresa a Dios lo suficiente como el revisar que las personas no sean gais o trans.

Ese dios que se comunica con Milei, Bolsonaro, Trump y todos ellos, es el que ahogó y asesinó a toda la humanidad por puro capricho: es el que dijo «no matarás», pero ordenó la muerte de toda oposición (Éxodo 32,27), ejecutó ahogamientos masivos y exterminios en masa, castigó a la descendencia hasta la cuarta

generación (Éxodo 20,5), ordenó que se aplastara a bebés y se descuartizara a mujeres embarazadas (Oseas 13,16), es parcial con una «raza» de personas, juzgó a las mujeres como inferiores a los hombres, creó un infierno para torturar a los que no creían en él, ordenó que las vírgenes se conservaran como botín de guerra (Números 31,15-18), castigó a la gente con serpientes, espadas, fuego, hambre e infanticidio... Ése es el libro que recita Milei en sus entrevistas y el que los republicanos del culto MAGA quieren imponer como lectura obligatoria en las escuelas.

La prédica de venganza y muerte, de ira y angustia, de infierno y tortura, de ángeles y demonios es algo que comparten las tres religiones monoteístas: según el Antiguo Testamento, Dios ordena: «Si tu hermano, el hijo de tu madre, o tu hijo, o tu hija, o la mujer de tu seno, o tu amigo que es como tu propia alma, intenta atraerte secretamente, diciendo: "Vámonos y sirvamos a otros dioses"; no cederás a él ni le escucharás, ni tu ojo le tendrá pena, ni le perdonarás, ni le encubrirás; sino que le matarás» (Deuteronomio 13,6-9). En *Carta a una nación cristiana* (2007), Sam Harris indica que esta idea de que la Biblia es una guía perfecta de la moralidad es incoherente dados los contenidos de ese libro:

> Jesucristo dijo algunas cosas profundas sobre el amor, la caridad y el perdón. La regla de oro (no hagas a los otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti) es un precepto moral maravilloso, pero numerosos maestros dieron la misma instrucción antes de Jesucristo, como Zoroastro, Buda, Confucio, Epicteto... Encontramos celebraciones de violencia en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Quien crea que el cristianismo es la expresión más directa de amor y compasión en el mundo, entonces realmente no conoce la religión en profundidad. La Inquisición no fue una perversión del espíritu real del cristianismo, en realidad fue el propio espíritu. Los cristianos quemaron herejes vivos durante al menos cinco siglos [...], abusaron, oprimieron, esclavizaron, atormentaron y asesinaron a personas en el nombre de Dios durante siglos, basados en la lectura de la Biblia. ¿Crees que, a no ser que la Biblia sea aceptada como la palabra de Dios, no habrá moralidad estándar en el universo? [...] Jesucristo dice que el amor puede transformar una vida humana,

> pero no necesitamos creer que nació de una virgen o que va a volver a la tierra como un superhéroe para entender que el amor puede transformar una vida humana [...]. La religión permite a la gente imaginar que sus preocupaciones son morales cuando en realidad son altamente inmorales. Tu principal preocupación parece ser la de que el creador del universo se va a enojar u ofender con ciertas personas por lo que hacen desnudas [...]. ¿Qué es más moral? ¿Ayudar a las personas sólo por estar preocupados por su sufrimiento, o porque creemos que el creador del universo nos va a premiar por hacerlo?

No debemos olvidar lo que habría dicho Jesucristo: «El que venga a mí y no aborrezca a su padre, madre, esposa, hijos, hermanos y hermanas, e incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lucas 14,26). Algunos autores ateos explican muy bien lo que hay detrás de frases bíblicas como ésta, al señalar las dos preguntas siguientes: ¿cómo juzgaríamos a un líder religioso actual que afirmara que debemos preferirlo a él sobre nuestra familia?, ¿por qué no lo consideraríamos un líder de culto egomaníaco, que, como todos los líderes de cultos, busca desviar la relación de la familia hacia él mismo? Insisto en que lo que explico no es un ataque personal, sino una búsqueda por desmantelar los sistemas de opresión, y, también, por señalar lo «antifamiliares» que resultan varios escritos en la Biblia.

Sí corresponde mencionar que el papa Francisco se ha distinguido en aspectos clave, especialmente frente al avance de la nueva derecha, al defender que las infancias de Palestina tienen derecho a vivir en paz y al oponerse a la discriminación contra la comunidad LGTBI+ dentro de la Iglesia. Francisco recibió a Milei a pesar de cómo este último lo insultó en una entrevista durante la campaña electoral de 2023, gritando que el papa era un «comunista» y «el representante del maligno en la Tierra, ocupando el trono de la casa de Dios». Francisco también tomó medidas importantes contra los abusos sexuales en la Iglesia, eliminando el secreto pontificio en estos casos y exigiendo mayor rendición de cuentas; y apoyó con

mucho énfasis a los inmigrantes y refugiados. Tal vez es por estas cosas que tantos religiosos y miembros de la nueva derecha lo detestan y acusan de «comunista». Desde mi ateísmo, considero que parte de su trabajo ha sido importante en estos tiempos de creciente oscuridad.

La nueva derecha, al sumergirse en una constante interacción con lo sobrenatural, como las presuntas comunicaciones directas con el propio Jesucristo, quien supuestamente intercede y evita los intentos de asesinato a Trump o Bolsonaro, se ve especialmente inclinada, más que cualquier otro grupo de personas, a difundir y abrazar teorías conspirativas. Las teorías conspirativas, como mencioné, son una moda cada vez más atractiva, y nos llevan a los antecedentes más primitivos de las redes de información humanas.

Cada vez que la humanidad está dispuesta a abrirse hacia una mayor libertad, dando espacio para la duda, el cuestionamiento y el pensamiento crítico, existe un sector que se resiste a que ese cambio tenga lugar. Esto sucedía, por ejemplo, con quienes no querían que las mujeres votaran o se quejaban del fin de la segregación. Como sostiene la frase popular, cuanto más grande se vuelve el círculo de luz, mayor es el perímetro de oscuridad que lo rodea. Hay décadas en las que se hacen preguntas, y hay décadas en las que se responden (o se destruyen). Sin embargo, hay una cosa que sí ha quedado clara desde la nueva derecha: quien no segrega, no grita discursos de odio y no ofende al prójimo es un zurdo destructor, empobrecedor y marxista cultural.

12

La sangre pura

La propuesta de Donald Trump de volver a un «pasado glorioso» plantea interrogantes sobre a qué período histórico se refiere exactamente. ¿Será el siglo XIX, cuando la esclavitud y la opresión sobre las personas negras predominaban en Estados Unidos? ¿Se referirá a los tiempos de la Confederación? ¿O acaso a la era de las leyes Jim Crow? ¿O estará aludiendo a la propuesta de Lindbergh para Estados Unidos, la cara del movimiento America First que sostenía que «es hora de volver a levantar nuestras blancas murallas», porque «la alianza con las razas extranjeras sólo nos traerá muerte»?

El movimiento America First representó una manifestación pública del sentimiento a favor del fascismo en Estados Unidos durante las décadas de 1920 y 1930, cuando figuras como el aviador Charles Lindbergh promovían una postura antiinmigración, especialmente hacia los no europeos. Cabe recordar que America First repudiaba las ideas que hoy se llamarían progresistas o *woke*, porque, según Lindbergh, conducían a la contaminación de la «sangre pura». La Ley de Inmigración de 1924 restringió severamente la entrada de personas no blancas y judías, al mismo tiempo que favorecía a los europeos del norte y oeste. Cuando Trump rescató este lema en 2016, lo hizo con el propósito de evocar un «Estados Unidos grande otra vez». El nacionalismo cristiano, la *alt-right* y en el propio Partido

Republicano se perciben a sí mismos como herederos de un legado ario que consideran deben proteger frente a una supuesta invasión planificada en un complot global. «America First» es el actual eslogan de la Presidencia de Donald Trump.

Este panorama tiene una extensa sombra en el pasado. Un ejemplo de ello ocurrió en 1956, cuando una joven afroamericana de quince años, Dorothy Counts-Scoggins, se convirtió en una de las primeras estudiantes negras en ser admitidas en una escuela para blancos en el país, concretamente en Carolina del Norte. Este hecho, que se dio en un momento clave para los derechos civiles, fue una muestra de los desafíos a los que se enfrentaron quienes lucharon contra la segregación racial. El primer día en que asistió al colegio, y cada vez que lo hizo hasta que tuvo que abandonarlo cuatro días después, fue recibida con una ola de acoso, violencia y hostilidad. Los insultos y las agresiones físicas no sólo provinieron de sus compañeros, sino que fueron alentados por figuras vinculadas a movimientos supremacistas dentro de la propia comunidad. La familia de Dorothy tuvo que retirarla por su propia seguridad, después de recibir todo tipo de amenazas y acosos, incluso en su propio hogar. ¿Qué refleja esta situación, que ocurrió no hace tanto tiempo en la historia? Que la segregación racial (racista), aunque declarada inconstitucional, seguía profundamente arraigada en la sociedad, y cómo el miedo y el odio a la integración se manifestaban de manera brutal. Su experiencia marcó un hito en la lucha por la igualdad y contra el racismo. Hoy también es una lucha en defensa de los inmigrantes, otro de los «demonios» que la nueva derecha está expulsando de sus respectivos países.

De hecho, según reportes de la Liga Antidifamación, el número de asesinatos ligados al extremismo ha sido al menos tres veces más alto en los últimos diez años que en cualquier otra década desde

1970. Más del 80 % de los homicidios vinculados con el extremismo en Estados Unidos fue perpetrado por el movimiento del supremacismo blanco.

En la obra autobiográfica de Rosa Parks *My story* (1992), la autora relata el día en que fue arrestada por negarse a ceder su asiento en un autobús segregado en Montgomery (Alabama), un acto que desencadenó el boicot a los autobuses de la ciudad y marcó un hito que definió el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. En sus palabras, Parks explicó: «La gente dice que no dejé mi asiento porque estaba cansada, pero no es verdad, no estaba cansada físicamente, o no más de lo que solía estar al final de una jornada laboral. No era vieja, aunque se tenía una imagen de mí entonces como la de una anciana. Tenía cuarenta y dos años. No, estaba cansada de ceder. Estaba harta de que me relegaran». Con este acto de resistencia frente a la segregación racista, Rosa Parks catalizó un exitoso boicot a los autobuses en Montgomery. Su negativa a ceder su asiento a un pasajero blanco el 1 de diciembre de 1955 la llevó a ser arrestada y declarada culpable de «alterar el orden público», pero su valentía inspiró una lucha colectiva que marcó el inicio de un cambio trascendental en la historia de Estados Unidos.

En la década de 1960, un renovado enfoque hacia la igualdad tuvo lugar en Estados Unidos, desplazando poco a poco la era de la abierta supremacía blanca y dando paso a una expansión significativa y repentina de los derechos democráticos y humanos. Entre julio de 1964 y octubre de 1965, el presidente Lyndon Johnson promulgó tres leyes clave: la Ley de Derechos Civiles, la Ley de Derechos de Voto y la Ley de Inmigración y Nacionalidad. Estas leyes antidiscriminatorias revolucionaron el país.

La primera de estas leyes puso fin a la segregación en casi todos los ámbitos de la vida estadounidense, desde las escuelas hasta los espacios públicos y laborales, y fortaleció la promesa de la cuarta enmienda de la Constitución al erradicar la discriminación por color de piel, sexo y género. La segunda suprimió las pruebas de alfabetización y los impuestos de votación, así como otros métodos opresivos que habían perpetuado la segregación racista en el sur durante casi un siglo, garantizando que millones de personas negras pudieran ejercer su derecho al voto. La tercera ley, aprobada en 1965, abrió las puertas del país, asegurando que nadie fuera discriminado en el proceso de obtención de una visa de inmigrante por su color de piel, género o nacionalidad. Este conjunto de leyes amplió los derechos de ciudadanía que habían sido postergados durante mucho tiempo, no sólo para personas negras, sino también para otras comunidades que habían sido discriminadas. Este cambio desencadenó un proceso de transformaciones en Estados Unidos que movilizó a una ola de conservadores y supremacistas blancos enfurecidos.

Hoy, el presidente Donald Trump organiza redadas dando inicio a la deportación masiva de millones de inmigrantes en Estados Unidos. Mientras tanto, Kristi Noem, secretaria de Seguridad de Trump —quien confesó en sus memorias que asesinó de un disparo a una de sus mascotas porque era imposible adiestrarla, y que también fue oradora estrella en el Freedom Fest, un festival que se celebra anualmente en Las Vegas y es organizado por distintas fundaciones libertarias, paleolibertarias, de derecha y conservadoras—, se mostró a finales de enero de 2025 disfrazada de policía (algo así como lo que hace Patricia Bullrich, ministra de Seguridad de Milei) en las calles de Nueva York, sosteniendo que estaba «sacando la basura de las calles», refiriéndose a los inmigrantes.

En 1995, el candidato presidencial republicano Patrick Buchanan, cuyos ídolos de la infancia fueron Francisco Franco y el senador Joseph McCarthy, y quien influyó en la política conservadora de Nixon (presidente que sentó las bases para las encarcelaciones masivas de personas negras —ciudadanos estadounidenses—, y cuya «mayoría silenciosa» es actualmente invocada por Donald Trump), advirtió que «si las tendencias actuales se mantienen, los estadounidenses blancos serán una minoría para el 2050». Propuso la construcción de la *Buchanan fence* [valla Buchanan] para impedir que los inmigrantes cruzaran la frontera con México y modificar la decimocuarta enmienda para negar la ciudadanía a los niños nacidos en Estados Unidos de padres indocumentados (algo que retoma Donald Trump). La organización judía estadounidense Anti-Defamation League (ADL) lo define así:

> Como autor, figura mediática y comentarista político, Patrick Buchanan defiende públicamente opiniones racistas, antisemitas, antiisraelíes y antiinmigrantes. Buchanan, que en su momento fue un influyente miembro del personal de las administraciones de Nixon y Reagan, ha escrito varios libros y artículos que se centran en el declive de la civilización occidental debido a lo que él llama la «invasión» de inmigrantes no europeos en Estados Unidos y Europa. Sus libros, junto con sus apariciones semanales en [el programa] «The McLaughlin Group», de la NBC, le han dado una importante exposición en los medios de comunicación. Buchanan se ha afiliado a extremistas en Estados Unidos y en el extranjero, incluido el fallecido racista Sam Francis [1947-2005] y los líderes del Vlaams Belang, un partido político xenófobo y racista de Bélgica. [1]

Patrick Buchanan, considerado uno de los precursores más influyentes y sombríos del movimiento MAGA, anticipó, alimentó y festejó los aspectos más alarmantes que observamos actualmente en este culto político al abogar por un «nuevo nacionalismo» y proponer la construcción de un muro fronterizo desde el pasado siglo XX. Fue él quien popularizó el lema «Estados Unidos primero»,

y su estilo, marcado por el escándalo y el espectáculo, sentó las bases de una nueva dinámica en la derecha estadounidense. Según el análisis de John Ganz en *When the clock broke: con men, conspiracists, and how America cracked up in the early 1990s* (2024), Buchanan encarnó la transición de la derecha tradicional hacia una política de masas más radical y conspirativa, en un momento en que los pilares que definían al movimiento conservador (desde el intervencionismo de la Guerra Fría hasta la influencia de las élites empresariales) comenzaron a desmoronarse. Aunque su candidatura presidencial de 1966 fue fallida, los temas clave de su campaña se reflejaron por completo en la insurgente campaña de Trump, y ahora el Partido Republicano es una especie de «partido de Patrick Buchanan».

Su objetivo lo resumían los eslóganes *«Make America first again»* (usado ya en una convención republicana en Cleveland en 2016) y *«Make America great again»*, que reciclaba la frase del eslogan de campaña de 1980 de Ronald Reagan, su antiguo jefe (de quien fue asesor sénior), *«Let's make America great again»*. Buchanan también es quien popularizó la idea de la «guerra cultural» *(«culture war»)* en su discurso ante la Convención Nacional Republicana de 1992, donde describió que tal batalla era una «lucha por el alma de Estados Unidos». Según Buchanan, «si los políticos no defienden el orden moral arraigado en el Antiguo y el Nuevo Testamento y el derecho natural, la sociedad se enfrentará a una caída libre permanente». Esto dijo Buchanan sobre Hitler el 25 de agosto de 1977, otro dictador que según Trump «hizo algunas cosas buenas»:

> ¡Hitler también era un individuo de gran coraje, un soldado de soldados en la Gran Guerra, un líder empapado en la historia de Europa, que poseía poderes oratorios que podían asombrar incluso a quienes lo despreciaban! Pero el éxito de Hitler no se basó sólo en sus extraordinarios dones. Su genio era un sentido intuitivo de la sensiblería, los defectos de carácter, la debilidad disfrazada de

> moralidad que había en los corazones de los estadistas que se interpusieron en su camino. [2]

En 1990, Buchanan dijo lo siguiente: «A finales de los años 1940 y 1950... la raza nunca fue una preocupación para nosotros, rara vez pensábamos en ella... No había políticas que nos polarizaran entonces, que magnificaran cada desaire. Los "negros" de Washington tenían sus escuelas públicas, restaurantes, bares, cines, parques infantiles e iglesias; y nosotros teníamos los nuestros».

En 2007 expresó lo siguiente sobre la inmigración en Estados Unidos:

> ¿Cómo se está suicidando Estados Unidos? De todas las maneras posibles. La mayoría estadounidense no se está reproduciendo. Su tasa de natalidad ha estado por debajo del nivel de reemplazo durante décadas. Cuarenta y cinco millones de sus jóvenes han sido destruidos en el útero desde el caso Roe contra Wade, ya que los niños asiáticos, africanos y latinoamericanos vienen a heredar el patrimonio que la generación perdida de niños estadounidenses nunca llegó a ver. Nuestra población minoritaria aumentó en 2,4 millones para superar los 100 millones. Los hispanos, el 1 % de la población estadounidense en 1950, son ahora el 14,4 %. Desde 2000, su número se ha disparado un 25 %, hasta los 45 millones. La población asiática estadounidense creció un 24 % desde 2000, mientras que el número de niños blancos en edad escolar cayó un 4 %. La mitad de los niños de cinco años o menos hoy son niños de minorías... La población anglosajona de California ha bajado al 43 %, y está cayendo rápidamente. Los blancos son ahora una minoría en Texas y Nuevo México. En Arizona, los hispanos representan más de la mitad de la población menor de veinte años.

Sobre la «superioridad» y «excepcionalidad» del pueblo estadounidense, Buchanan sostuvo lo siguiente:

> Lo que hay que señalar aquí es desagradable para la modernidad, pero es fundamental reconocerlo: se puede decir que Estados Unidos, la mayor república desde Roma y el Imperio británico, el mayor imperio desde Roma, [es un país que] surgió de ese fuerte de tres esquinas que los colonos de Jamestown comenzaron a construir el día que llegaron. Pero esa república y ese imperio no surgieron porque los colonos y quienes los siguieron creyeran

> en la diversidad, la igualdad y la democracia, sino porque rechazaron la diversidad, la igualdad y la democracia. Los ingleses, los virginianos, los estadounidenses eran todos gente del tipo «nosotros o ellos». Creían en la superioridad de su fe cristiana y de su cultura y civilización inglesas. Y trasplantaron esa fe, cultura y civilización únicas al suelo fértil de Estados Unidos... Esta era nuestra tierra, no la de nadie más. Pero, hoy, Estados Unidos y Gran Bretaña han adoptado ideas sobre la igualdad innata de todas las culturas, civilizaciones, idiomas... y sobre la mezcla de todas las tribus, razas y pueblos, que no sólo son ahistóricas, sino suicidas para Estados Unidos y Occidente.

Sobre las mujeres y la homosexualidad expresó lo siguiente en diversas ocasiones: «El ascenso de las mujeres al poder en una civilización es muy a menudo el signo de su decadencia»; «En resumen, el ascenso del feminismo significa la muerte de la nación y el fin de Occidente»; y «La homosexualidad no es liberación, es esclavitud. No es un estilo de vida, es un estilo de muerte».

El 25 de febrero de 1984, sostuvo lo siguiente sobre la enseñanza cristiana en las escuelas: «La cruzada de oración en las escuelas es, entonces, la primera gran contraofensiva de una comunidad cristiana duramente derrotada para recuperar sus escuelas públicas ocupadas y restablecer sus creencias como el fundamento moral legítimo de la sociedad estadounidense».

Con este lenguaje tan cargado de urgencia, el paleoconservador y exasesor de los presidentes Richard Nixon, Gerald Ford y Ronald Reagan, trataba de enfatizar la importancia del conflicto y de la batalla cultural. La historia de Estados Unidos, en palabras de Andrew Hartman en su libro *A war for the soul of America* (2019), es principalmente, para bien o para mal, una historia de debates sobre la propia idea de «Estados Unidos». Los años sesenta del siglo XX, por un lado, dieron nacimiento a un nuevo Estados Unidos, una nación más abierta a nuevos pueblos, normas, ideas y articulaciones de lo que significaba «ser estadounidense». Este hecho, más que

cualquier otro, ayuda a explicar por qué, tras los años sesenta, la cultura nacional se dividió más que en cualquier otro momento desde la Guerra Civil.

En *A war for the soul of America* (2019), Hartman indica que los estadounidenses se enfrentaron por cómo interpretar esta nueva idea de «Estados Unidos»:

> Durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que abarcaron casi dos décadas hasta el asesinato de John F. Kennedy, un conjunto de normas conservadoras dominó la cultura estadounidense. Estas normas culturales pueden describirse con la expresión «América normativa», un concepto que utilizo para referirme a un grupo de suposiciones y aspiraciones compartidas por millones de estadounidenses en esos años. Los estadounidenses normativos valoraban el trabajo duro, la responsabilidad personal, el mérito individual, la gratificación diferida, la movilidad social y otros valores que los blancos de clase media reconocían como propios. Vivían bajo estrictas expectativas sexuales: el sexo, ya fuera para la procreación o la recreación, debía darse dentro del matrimonio heterosexual. Además, seguían roles de género tradicionales: dentro del matrimonio, los hombres trabajaban fuera del hogar, y las mujeres se encargaban del cuidado de los hijos. Creían que su nación era la mejor de la historia humana, y aquellos aspectos negativos de la historia estadounidense, como la esclavitud, se ignoraban o explicaban como aberraciones. Muchos asumían que el patrimonio cristiano del país iluminaba su carácter único: los Estados Unidos de América realmente eran una «ciudad sobre una colina» [...]. El nuevo Estados Unidos nacido en los años sesenta —más pluralista, más secular y más feminista— se construyó sobre los escombros de este Estados Unidos normativo [...]. Si la liberación gay representaba el auge de la liberación en los años sesenta para algunos, para otros señalaba el declive de la civilización occidental [...]. Para los conservadores como Nixon y Gingrich, el Estados Unidos que amaban estaba en crisis. Regresar a los valores que animaron la nación en los años cincuenta era la única forma de salvarla [...]. Los conservadores luchaban por su definición de la buena sociedad, por su Estados Unidos tradicional y normativo.

Los residuos del esclavismo y racismo sistemáticos, así como sus consecuencias, siguen vigentes en la sociedad. El anteriormente mencionado Project 2025 es un documento elaborado en 2024 por el *think tank* estadounidense Heritage Foundation, respaldado por más

de cien organizaciones conservadoras, donde se detalla un plan estratégico para esta segunda Administración de Donald Trump. Este informe prioriza la reversión de derechos reproductivos, la politización del Departamento de Justicia y la implementación de políticas migratorias y discriminatorias, entre otras cuestiones. Además, moviliza una red de 10.000 activistas para imponer una ideología religiosa por encima del pluralismo democrático. A quien le interese leer un análisis crítico de dicho proyecto, que ya Trump ha puesto en práctica, recomiendo leer *Project 2025: a mandate for authoritarian leadership*, escrito por Simon Pierce (2024).

Ésa es la visión de Estados Unidos que esos sectores desean «hacer grande otra vez», impulsada por una noción tramposa de «libertad religiosa» que busca aplicar una religión dominante al mismo tiempo que descalifica como «intolerantes» o «canceladores» a quienes se resisten a ser discriminados. Como señala Judith Butler en *¿Quién le teme al género?* (2024), la defensa de la libertad de discriminar se presenta como un compromiso con la libertad religiosa, bajo la premisa de que garantizar esa libertad es esencial para proteger los valores religiosos. Sin embargo, argumenta la autora, «esta conclusión sólo sería válida si la libertad religiosa fuera un valor superior a la igualdad social que la ley antidiscriminación pretende garantizar», pues «el derecho a discriminar se defiende como una libertad consagrada, y el cristianismo se afianza más firmemente como la religión cuyas libertades deben protegerse frente a las pretensiones de igualdad». Corresponde hacer un paréntesis sobre cómo el argumento de la nueva derecha respecto de lo que entienden por «libertad religiosa» no siempre es un compromiso real con el derecho universal a la libertad de culto, sino más bien una estrategia para proteger una visión específica de la sociedad. Para muchos cristianos de la nueva derecha, la libertad

religiosa significa solamente proteger la práctica de su propia religión, excluyendo a quienes no comparten sus creencias.

La Freedom From Religion Foundation (FFRF), de Estados Unidos, se enfoca en identificar las políticas públicas y locales de distintos puntos del país, alertando y denunciando cómo juntas estatales, alcaldías, fiscales o escuelas, que trabajan en colaboración con religiones organizadas con influencia a nivel local, intentan utilizar fondos públicos para promover determinadas confesiones religiosas. Asimismo, la FFRF advierte sobre cómo esas religiones buscan intervenir en las instituciones educativas, violando así el principio de secularidad en Estados Unidos, un país donde la educación enfrenta una creciente presión para integrar creencias religiosas en los programas educativos y currículos, algo que es completamente inconstitucional sea cual sea el enfoque bajo el que lo contemplemos.

Desde el siglo XIX, cuando la Iglesia católica y otras denominaciones cristianas solicitaron dinero de los impuestos para financiar sus propias escuelas religiosas sectarias, viene remarcándose que, por derecho constitucional establecido, la mezcla de la educación pública y la religión es inadmisible (la privada debería serlo también, pues debe respetarse el derecho a las infancias de no ser adoctrinados en ideas religiosas o de cualquier tipo).

Uno de los casos recientes, denunciado por Katherine Stewart en su libro *The power worshippers: inside the dangerous rise of religious nationalism* (2020), ocurrió en Oklahoma, donde la Junta Estatal de Escuelas Charter Virtuales aprobó una escuela financiada con fondos públicos impulsada por la archidiócesis católica, a pesar de las objeciones presentadas por el fiscal general. Ése es sólo uno de los muchos ejemplos que evidencian cómo el nacionalismo

religioso busca influir en las políticas educativas. De hecho, tras su victoria en las elecciones de 2024, Donald Trump presentó un «Plan de 10 puntos» para reformar el sistema escolar estadounidense, que incluye propuestas como enseñar «patriotismo», reinstaurar las oraciones religiosas en las escuelas y despedir a los docentes que no estén de acuerdo con estas ideas o sean *wokes*. De todos modos, ya sea desde la escuela, el hogar o cualquier otro ámbito, imponer creencias religiosas a las infancias debe considerarse una forma de abuso y manipulación.

La imposición de creencias religiosas en la infancia constituye una forma de abuso que limita el desarrollo del pensamiento crítico y el libre desarrollo de la personalidad, y somete a las infancias a dogmas inquebrantables, privándolas de la oportunidad de cuestionar y explorar otras perspectivas, quitándoles la oportunidad de llegar a conclusiones por ellas mismas, sin estar atravesadas por dogmas impuestos. Al inculcar miedo, culpa o intolerancia, los mayores restringen la libertad de las infancias y perjudican su crecimiento como seres autónomos, obstaculizando así su capacidad para adaptarse al mundo de manera libre y racional. Este proceso les transmite la idea de que están «defectuosos», que necesitan ser «reparados», y refuerza una noción de que son «débiles, indignos o pecadores» y que sólo pueden ser «salvados» mediante una fe ciega y la obediencia a una autoridad invisible. Dicho control mental y emocional tiene un impacto profundamente negativo en su desarrollo personal, y todavía muchas personas no logran observarlo porque creen que los padres y madres son los «dueños» de las hijas y los hijos, y no los ven como seres únicos, sino como «reproducciones» de ellos mismos, confundiendo orientar con adoctrinar.

Las evidencias demuestran que una educación laica resulta significativamente más beneficiosa para las infancias. Estudios como el de la Universidad Duke (2010)[3] muestran que quienes crecen en entornos laicos tienden a ser menos influenciables por el racismo y la presión de grupos sectarios, además de ser «menos vengativos, menos nacionalistas, menos militaristas, menos autoritarios y más tolerantes, en promedio, que los adultos religiosos». Por otro lado, un estudio de Pew Research refleja un crecimiento de los llamados *«nones»* (personas que no se identifican con ninguna afiliación religiosa) en los hogares estadounidenses. Actualmente, los adultos no religiosos constituyen el 23 % de la población. En la década de 1950, esa cifra era sólo del 4 %.

Un estudio realizado en 2013 por la Universidad de Boston y publicado en *Cognitive Science* presentó a niñas y niños diferentes tipos de historias: realistas, religiosas y fantásticas; y se les preguntó si las consideraban reales o ficticias. El estudio encontró que aquellos con formación religiosa mostraban una mayor tendencia a creer que los personajes de las historias eran reales, mientras que aquellos provenientes de hogares sin religión los identificaban como ficticios.[4] Este hallazgo resulta significativo, ya que pone en evidencia cómo el contexto religioso influye en la capacidad de las infancias para distinguir entre lo que es real y lo que es ficción.

El ateísmo no es una creencia, sino una conclusión a la que se llega al reflexionar sobre la falta de evidencia en la existencia de los miles de dioses que las culturas humanas han construido a lo largo del tiempo. Ser ateo no define un sistema de valores ni indica cómo debe vivirse la vida. Sin embargo, sí considero importante cuestionar el adoctrinamiento religioso en la infancia, ya que no existen niñas y niños judíos, musulmanes, católicos, protestantes, budistas, etcétera; sólo existen infancias, cuyo desarrollo debe basarse en la

libertad de pensamiento y la posibilidad de explorar por sí mismas diversas perspectivas. Y es la responsabilidad de los mayores que las crían o educan el facilitar las herramientas para dicho desarrollo. Como señalé y avisé al lector al comienzo de este libro, esta obra está escrita desde una base y connotación de pensamiento ateo, lo cual tiene la intención de promover una reflexión abierta sobre la importancia de la autonomía en el pensamiento y en la formación de valores.

13

Las teorías conspirativas: Soros, China, la ONU y la Agenda 2030

Detrás de los «males» que aquejan a este Occidente en «decadencia», parece haber siempre una explicación oculta según la nueva derecha: una maraña de teorías conspirativas que rondan por el mundo. Desde el «nuevo orden mundial», que alimenta la desconfianza en las instituciones al postular que existe un grupo secreto y poderoso de élites globales que conspiran para gobernar el mundo mediante un gobierno mundial que reemplazaría los Estados nación y la soberanía, hasta el «gran reemplazo» y la temida «agenda globalista», incluyendo el terraplanismo, el gobierno de reptiles, el negacionismo climático o las conspiraciones alrededor de la COVID-19.

Es importante comenzar haciendo un paréntesis en relación con la «teoría» del Nuevo Orden Mundial. En 1991, Pat Robertson publicó *The new world order[El nuevo orden mundial]*, un libro que presenta su «teoría» de que existe una conspiración global liderada por un grupo de élites poderosas que, según él, controla la política estadounidense. En el texto, Robertson menciona a varios actores de esta supuesta conspiración, incluyendo a los Illuminati, el movimiento de la Nueva Era, los masones, el Consejo de Relaciones Exteriores y la Comisión Trilateral. Además, afirmó que este

fenómeno estaba siendo impulsado y guiado por Satanás, como parte de un plan para cumplir las predicciones de la escatología cristiana premilenial, lo que él vio como una señal del inminente fin de los tiempos.

Este tipo de teorías conspirativas ha sido adoptado y amplificado por algunas figuras de la nueva derecha, quienes la utilizan para movilizar a las bases conservadoras. La utilización de estos relatos contribuye a fortalecer un temor irracional hacia el cambio social, cultural y político, presentando a quienes cuestionan el *statu quo* como parte de una conspiración global y anticristiana.

El globalismo, por otro lado, es percibido como una élite de conspiradores que domina el mundo de manera secreta y que tiene metas políticas y culturales: en la década de 1930, el objetivo era «acabar con la raza aria»; en la Guerra Fría, era «imponer el comunismo global» que quería poner fin al cristianismo; y hoy es el globalismo, que buscaría «acabar con las costumbres occidentales» y que impone el movimiento feminista o antirracista, por ejemplo, los cuales supuestamente intentan llevar adelante una «dictadura de lo políticamente correcto». Ésta sería más o menos su lectura de la historia y del mundo.

Elon Musk, quien ocupa un papel clave en la nueva Administración Trump y en el desarrollo de la nueva derecha a escala global —y que, además, dio toda una plataforma con financiamiento para la campaña presidencial—, sostuvo que está «en contra del poder globalista» y que «la ONU no debería tener tanto poder». Lo que desconoce es que la ONU no es un gobierno, sino un organismo multilateral diseñado con el fin de prevenir conflictos globales: si funciona o no es otro tema, aunque actualmente hay menos guerras. Pero la ONU no busca gobernar ni imponer un gobierno

mundial ni obligar a los gobiernos a firmar algo, sino lograr acuerdos multilaterales.

Algo que suman al discurso de aquello a lo que se oponen es la Agenda 2030, la cual describen como una «forma de gobierno» que debe ser aniquilada, lo cual es completamente irracional y forma parte de otra teoría conspirativa (esto se observa con mayor claridad cuando tenemos en cuenta el listado que presenta la propuesta de dicha agenda, la cual, en realidad, trata de consensos, y en la cual los países tienen la libertad de tomar sus propias decisiones). Así, para esta nueva derecha, la Agenda 2030 es un «plan del nuevo orden mundial para feminizar a los hombres»; y eso exclaman los hombres menos masculinos que jamás se hayan visto.

En *Agenda 2030: libertad o tiranía* (2024), su autora Cristina Martín Jiménez expresa postulados que demuestran la histeria colectiva de la nueva derecha y su manera tóxica de relacionarse con el mundo; así, afirma que la llamada Agenda 2030 «es un plan para la dominación mundial y su cara visible son sus diecisiete objetivos», diseñados para que «codiciosos, criminales y psicópatas se apropien de todos los bienes de la tierra» (cuando, en realidad, es el gobierno de los CEO, esa nueva tecnocracia de la derecha populista auspiciada por Trump, la que se está adueñando de todo). Así que, si escuchamos hablar de la Agenda 2030 como si estuvieran describiendo el infierno inquisidor sin aportar evidencias para sustentar eso, ya sabemos... a correr.

La visión nacionalista acaba presentándose como alternativa a la ONU, a la Agenda 2030 y a George Soros, el reconocido filántropo de origen húngaro. El primer ministro de Hungría, Viktor Orbán, así como sus secuaces conspiranoicos, sostiene que Soros cuenta con un plan para poblar Hungría de migrantes no cristianos con el fin de diluir «la identidad cristiana del país». Lo mismo dice Netanyahu

sobre Soros, a quien acusa de financiar una campaña generalizada contra el plan del gobierno israelí de deportar a inmigrantes y solicitantes de asilo africanos. Orbán sostuvo lo siguiente en un discurso de 2023 durante una conferencia de la Conservative Political Action Conference (CPAC) en Hungría:

> Creo que sólo hay una razón por la que estamos [los húngaros] en este club de élite [la CPAC]. Hay una cosa que hace de nuestro país un lugar importante: el hecho de que Hungría sea realmente una incubadora donde se experimenta con la política conservadora del futuro. Hungría es el lugar donde no sólo hablamos de derrotar a los liberales progresistas y dar un giro político conservador y cristiano, sino el lugar donde realmente lo hemos hecho [...]. Si George Soros no hubiera atacado a Hungría, si no hubiera anunciado su programa para reasentar a millones de inmigrantes ilegales en Europa con la ayuda de sus ONG mercenarias, nunca habríamos figurado en los titulares de la prensa de todo el mundo. Pero el «tío George» anunció su programa de reasentamiento, movilizó a su ejército de ONG y se puso a ejecutar su gran plan [...]. Al cabo de un tiempo, me di cuenta de que no bastaba con defender nuestras fronteras, no bastaba con luchar en defensa propia físicamente, sino que sólo podríamos defender nuestro país si también emprendíamos batallas intelectuales e ideológicas. Pues nos encontrábamos en medio de un campo de batalla intelectual e ideológico, porque la migración es una parte importante de la filosofía de los progresistas liberales. No tuvimos más remedio que denunciar la ideología de la sociedad abierta y, con ella, todo el imperio de George Soros.

En ese mismo encuentro, Orbán —que fue el invitado especial de Milei durante su toma de poder en Argentina— lanzó todo su arsenal:

> Hoy les informo de que estamos siendo atacados, tanto en Europa como en Estados Unidos. También debo informarles de que el ataque no es de naturaleza económica: se trata de un arma biológica. Han lanzado un ataque vírico contra nosotros. El «virus» fue desarrollado en laboratorios liberales progresistas. Este virus ataca el punto más vulnerable del mundo occidental: la nación [...]. La tradición judeocristiana nos enseña que Dios dividió el mundo en naciones, e incluso designó un ángel de la guarda para cada nación. Hoy podemos ver que este virus no se ha escapado simplemente: se ha criado, se está propagando y extendiendo por todo el mundo. Migración, género, *woke*: todo esto no sería más que variantes de este virus. El experimento conservador

> húngaro tiene éxito porque podemos detectar a los marxistas a kilómetros de distancia, incluso por el olor, sin necesidad de verlos.

Otro caso es el de Javier Milei, quien, en su discurso en la ONU en septiembre de 2024, representó la ignorancia de caer en teorías conspirativas (por cierto, parte de este discurso fue plagiado de una escena de la serie estadounidense «The west wing» [«El ala oeste de la Casablanca»]):

> Vengo aquí a decirle al mundo, por un lado, lo que va a ocurrir si las Naciones Unidas continúan promoviendo las políticas colectivistas, que vienen promoviendo bajo el mandato de la Agenda 2030, y, por el otro, cuáles son los valores que la nueva Argentina defiende [...]. Quiero ser claro en la posición de la agenda argentina: la Agenda 2030, aunque bienintencionada en sus metas, no es otra cosa que un programa de gobierno supranacional, de corte socialista, que pretende resolver los problemas de la modernidad con soluciones que atentan contra la soberanía de los Estados nación y violentan el derecho a la vida, la libertad y la propiedad de las personas [...]. Por eso, quiero hacer una advertencia: estamos ante un fin de ciclo. El colectivismo y el postureo moral de la agenda *woke* han chocado con la realidad y ya no tienen soluciones creíbles para ofrecer a los problemas reales del mundo. De hecho, nunca las tuvieron [...]. Que Dios bendiga a los argentinos y a todos los ciudadanos del mundo, y que las fuerzas del cielo nos acompañen. ¡Viva la libertad, carajo!

De este modo, según la nueva derecha, la Agenda 2030 es un plan del mal que tiene el objetivo de destruir a la civilización occidental a partir de 17 objetivos. ¿Cuáles son? Combatir la pobreza y el hambre, fomentar la educación de calidad, promover la igualdad de género, mantener el agua limpia y el saneamiento, promover la paz y llevar adelante medidas para cuidar el medioambiente. Javier Milei acabó votando, alineándose con Irán, Rusia, Siria, Venezuela, Corea del Norte, Bielorrusia y Nicaragua, en contra de la Agenda 2030 y el Pacto del Futuro. Eso nos dice mucho sobre de qué lado está.

Basta con encontrar un enemigo, poner un líder y organizarse entre unos pocos para fundar una secta. La historia de estos movimientos lo atestigua, y el espíritu de su mentalidad de tribu puede observarse en películas como *La ola* (2008), dirigida por Dennis Gansel, pues es muy fácil organizar masas fanáticas: se trata de movilizar los instintos más arraigados del cerebro de la Edad de Piedra. Queda clara la relación y el motor en común que comparten el populismo y el conspiracionismo: el uso de la desconfianza.

El problema es que el auge de estas patológicas teorías de conspiración es alimentado con discursos de odio que se hacen cada vez más virales en un proceso de «memetización» o «memificación» de la política, muchos de los cuales son burlas o mensajes sin profundidad que no dan posibilidad a generar una reflexión real. El estilo de comunicación es gráfico, agresivo y directo, y el meme es el vehículo para alcanzar sus objetivos.

Sobre las teorías de la conspiración y su uso político, en *El siglo del populismo* (2020), Pierre Rosanvallon explica que éstas son transmitidas por sectores de la sociedad dominados o menos instruidos que se convierten en sus activos propagandistas y que encuentran en ellas una manera de orientarse en el mundo; lo explica así:

> Los sentimientos de opacidad y de impotencia pública que experimentan muchos ciudadanos se inscriben con frecuencia en tentativas compensatorias de racionalización imaginaria. Las visiones conspirativas del mundo corresponden, de hecho, al intento de restaurar la coherencia en un mundo vivido como indescifrable y amenazador. Esas teorías de complot pretenden demostrar que tras la opacidad y la complejidad aparentes del mundo político o económico real se esconde un orden del poder perfectamente simple y racional. Ellas dan sentido a sucesos de los que los individuos tienen la sensación de ser meros juguetes, reducidos al estado de peones manipulados o de espectadores inermes. Reordenan el caos del mundo y proponen una forma de reapropiación de la marcha de las cosas mediante la denuncia de sus amos ocultos [...]. La propensión por suscribir «verdades polémicas» constituye por

esto un elemento clave de lo que se podría definir como la personalidad populista. Los condenados de la tierra adquieren aquí el rostro de los mártires de la verdad, con la dimensión de fe sectaria que esto implica. La política adopta un perfil de tipo religioso, con esa capacidad para reescribir el mundo que emana de esta forma de afirmación de verdades propias de la fe.

También es conocido el panfleto antisemita usado por la propaganda nazi para perseguir judíos, el famoso «Los protocolos de los sabios de Sion», un documento de lectura obligatoria en la escuela de la Alemania nazi y extremadamente popular en muchas partes del mundo, aunque fue divulgado a principios del siglo XX (hacia 1903) por entregas en el diario ruso *Znamya* [La Bandera], con el fin de exacerbar ideológicamente los pogromos que sufrían los judíos en la Rusia zarista. Este panfleto (después publicado como apéndice de un libro ruso de 1905) explicaba la presencia de un complot judío que tenía el fin de dominar el planeta.

El temor infundado y racista sobre un supuesto «reemplazo» de la población «blanca» por inmigrantes «no blancos» ha sido otra herramienta utilizada en la política migratoria de Estados Unidos durante más de un siglo, como ya hemos visto anteriormente en este libro. Por otro lado, el grupo «racial» que ocupa el lugar de chivo expiatorio o malo de la historia ha cambiado con el paso de las décadas y de los siglos.

En *Pensar rápido, pensar despacio* (2012), Daniel Kahneman resumió sus aportaciones indicando que los seres humanos tienen dos formas de analizar la realidad y reaccionar, cada una con su propia especificidad y utilidad. Por un lado está el «sistema 1», que es rápido y se basa en intuiciones e impresiones, y en el que se actúa a partir de una síntesis instintiva de la información; por otro lado está el «sistema 2», que es más lento y analiza metódicamente los datos y evalúa los argumentos. Este marco de pensamiento es particularmente relevante para estudiar fenómenos como las

crecientes teorías de la conspiración o como la adhesión de tantas personas a los cantos seductores del populismo.

Mediante mensajes simples y emocionales, el populismo responde a las intuiciones inmediatas de la gente (en una sociedad dividida entre un *ellos* y un *nosotros*, reforzando la narrativa de lucha entre el bien y el mal), así como lo hace Donald Trump, tan narcisista como megalómano. De esta manera, las teorías de conspiración encajan y explotan el «sistema 1», puesto que ofrecen «explicaciones» rápidas sobre asuntos que realmente son producto de la imaginación paranoica de algunos.

Estas teorías otorgan una sensación de control y certidumbre al transformar la opacidad del mundo político, económico y cultural en un relato manipulador y con una suerte de supuesta explicación de fantasmas inventados que pretenden segregar a ciertos sectores de la sociedad y culpar a otros sobre los males del mundo, promoviendo la división, la violencia y la estigmatización. Todo esto con el fin de ser los que «desvelan» un poder oculto detrás de todo, de ser los dueños de la verdad y de ser las víctimas de la situación. Así actúa la nueva derecha, relegando el «sistema 2» del que habló Kahneman, ya que el análisis profundo, el pensamiento crítico y la reflexión sobre los hechos ceden ante la tentación de aceptar interpretaciones instintivas y emocionalmente satisfactorias, que apelan a la mentalidad más primitiva de todas.

Este funcionamiento dual de la mente, como lo describe Kahneman en *Pensar rápido, pensar despacio* (2012), es esencial para comprender el modo en que tanto el populismo como las teorías conspirativas llegan a captar a las masas y a controlar la mente, al activar un modo de pensar irracional en las personas, a las cuales, con tal de tener una «certeza», no les importará si lo que les proponen es verdadero o no. George Soros, la Fundación Bill Gates,

la Agenda 2030, las vacunas, Greta Thunberg, la ONU o Planned Parenthood, todo esto y más sería el sustento de lo que llaman «izquierda cultural».

El cambio climático sería también un fraude inventado por los comunistas. Todas estas teorías conspirativas son cada vez más comunes entre las personas e influyen en la toma de decisiones importantes en la vida cotidiana, como a quién votar, si vacunarse o no, si hacer esfuerzos para reducir la huella de carbono, si usar anticonceptivos o incluso si actuar contra otros grupos considerados «diferentes». Por esto, es hora de tomarse en serio este fenómeno tan extendido en nuestras sociedades y combatir la desinformación que la nueva derecha promueve activamente.

La psicología puede ofrecer claves sobre cómo decidimos qué ideas nos parecen razonables y cuáles ridículas, y por qué algunas personas creen cosas que a otras les resultan completamente disparatadas. Experimentar emociones que generan dudas y conflictos internos suele ser incómodo. Buscamos habitualmente el orden y la coherencia, por lo que sentir ambivalencia genera desorden y conflicto, lo que hace que muchas personas recurran a supuestas teorías que dan respuestas fáciles y conspirativas para explicar el mundo.

La pandemia sirvió como un trampolín para Milei, quien aprovechó plataformas como TikTok para expandir su mensaje. En su libro *Pandenomics* (2020), Milei criticó las medidas sanitarias adoptadas durante la crisis por la COVID-19 (aunque aplaudió muchas de las medidas del gobierno en su momento), canalizando así a su favor el impacto emocional del confinamiento y los efectos socioeconómicos derivados de la cuarentena. Resaltó el sufrimiento y el enojo de los jóvenes, especialmente aquellos que se sintieron molestos con el Estado, algo que encajaba de forma perfecta en el guion libertario y

anarcocapitalista. Desde allí, un grupo de *influencers* de «resistencia» alimentaron el caldo de cultivo necesario para la creación del personaje como figura política y candidato (la mayoría de ellos ya han sido purgados de su partido político).

Es importante tener en cuenta que la pandemia provocó un aumento significativo del consumo de noticias, especialmente entre aquellos que rara vez solían consumirlas, principalmente porque la sociedad se vio ante la necesidad de informarse sobre lo que estaba sucediendo. Esto fue aprovechado por quienes se benefician de difundir la desinformación y gestan así sociedades cada vez menos resistentes a las teorías conspirativas que tomaban impulso.

14

El plan oculto para reemplazar a la población

Más de cuatrocientas veces, Tucker Carlson, el entonces presentador de Fox News y conocido entrevistador personal de Vladímir Putin, mencionó la «teoría del reemplazo» en su programa. Carlson dedicó una semana completa de su *show* a emitirlo desde Hungría, donde rinde culto a Viktor Orbán, el principal enemigo de los medios de comunicación independientes del país, un destructor de la independencia judicial y un manipulador de las leyes electorales para su propio beneficio político y el de su partido.

Haciendo un paréntesis, es importante señalar que el régimen polaco de derechas en manos del partido Ley y Justicia (Prawo i Sprawiedliwość, PiS), adoptó una estrategia similar para deshacerse del control de la justicia constitucional (además, según este partido misógino, las mujeres que se plantean abortar deberían ser recluidas en «centros hospitalarios de salud mental»). Recordemos que el PiS ha llevado adelante una cruzada por «regresar a las tradiciones cristianas», creando un contexto que fomenta el odio hacia la homosexualidad y la inmigración, llegando incluso a establecer lo que llama «zonas libres de LGTBI+». Entre sus objetivos más destacados se encuentra eliminar las excepciones de violación e incesto a la prohibición del aborto, proponiendo que las mujeres que incumplieran esta normativa fueran enviadas a prisión. Son medidas

de manual derechista, y a esto es a lo que aspira el propio Donald Trump, quien se cree un rey.

Bien lo indica Butler en *¿Quién le teme al género?* (2024), donde nos dice que pongamos atención y pensemos en las «fantasías obsesivas» que tienen estos movimientos con las personas migrantes (fantasías elaboradas con el apoyo de una política migratoria xenófoba y racista) o con las mujeres como «asesinas de niños» en la retórica contra el aborto, o también con las que presentan a las «mujeres trans como violadores cis infiltrados en los baños de las mujeres». En cada uno de estos casos, sostiene Butler, nos encontramos con fenómenos psicológicos que muestran lo que sucede cuando el miedo se apodera de una población determinada, cuando «se aviva el odio contra un concepto o una idea como la del género, alegando que posee un poder de destrucción total». A la ideología de género, concluye Butler, se la presenta como la «invasión» migratoria, ya que ambas (tanto la migración como el género) «amenazan a la familia tradicional y su tarea de reproducir la familia y la nación étnicamente puras». Hay un vínculo entre migrante y género: «[...] el género es un migrante no deseado y abusivo [...], el género y la raza se entrecruzan como en un delirio que amenaza la identidad nacional».

El artículo L de la Constitución de Hungría forma parte de la Ley Fundamental de Hungría, la nueva Constitución adoptada en 2011 y en vigor desde 2012, impulsada por el gobierno de Viktor Orbán. Este artículo L establece una visión arcaica del matrimonio y la familia, en consonancia con el enfoque nacionalista del gobierno. Orbán asumió el poder denunciando que las escuelas estaban repletas de adoctrinamiento «progresista». En respuesta, nacionalizó el sistema educativo y creó una organización profesional obligatoria para los docentes, exigiendo por ley que se alinearan con los

«intereses de la nación». Éste es el ídolo de los que militan por el lema de «menos Estado».

Como señala Rosanvallon en *El siglo del populismo* (2020), este caudillo húngaro procedió con su reforma constitucional, redujo atribuciones esenciales del Tribunal Constitucional, e introdujo en el texto todo un cúmulo de medidas para seguir teniendo poder en el caso de no ser gobierno en el futuro. Desde su fundación personal, el Instituto Veritas (creado por el gobierno húngaro en 2014), Orbán dice dar una «lucha» para trabajar en «reforzar la identidad húngara» estableciendo, como lo hacen todos en esta nueva derecha, una verdad oficial sobre la historia del país, al que literalmente asumen como una propiedad. Orbán expresó lo siguiente:

> La lucha por el futuro de Europa sólo tiene sentido si se logra combinar con una política familiar que fomente el restablecimiento de la reproducción natural en el continente. Es crucial destacar que este retorno a la reproducción natural no es simplemente una causa nacional más, sino *la* causa nacional por excelencia. Asimismo, no es únicamente una causa europea más, sino *la* causa europea fundamental. [1]

Orbán combina mensajes antisemitas con otros euroescépticos, una postura que alinea a los populistas europeos de la talla de la francesa Marine Le Pen o del británico Nigel Farage. Este último fue el encargado de alimentar el movimiento del Brexit en el Reino Unido, un Estado caracterizado por su euroescepticismo, atravesado por lo que fue la política de Margaret Thatcher, figura idealizada por Milei (aunque, si éste se entera de que ella estuvo a favor de leyes que legalizaron la homosexualidad y despenalizaron el aborto en 1966, la podría llamar «marxista cultural»). En su tiempo, Thatcher señaló que se gestaría un «súper-Estado» desde Bruselas, mostrando la integración europea, el euro y el Tratado de Schengen como peligros, lo cual conformaba, de algún modo, un antecedente

tanto del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) como del Brexit.

Aquí quisiera detenerme un rato en el caso de Marine Le Pen, quien a lo largo de esta década ha dado golpes electorales a la llamada «derecha tradicional», a la cual no sólo le ha quitado votos y seguidores, sino a la que también ha impregnado con sus ideas y propuestas nacionalistas. Esto quiere decir que la nueva derecha no sólo se define como una propuesta «antizurdos», sino que también desafía y, en muchas ocasiones, intenta imponer control sobre la derecha tradicional. En este sentido, Marine Le Pen cuenta con toda una construcción detrás que lleva edificándose desde el siglo XX, de la mano de su padre, Jean-Marie Le Pen (1928-2025). En su artículo «Una desdemonización que (por ahora) no alcanza» (2024), Guillermo Fernández-Vázquez lo describe así:

> A partir de 1984, Jean-Marie Le Pen se construye una figura pública y un modo de hablar específicos. Representa la palabra bruta, liberada, disolvente de los tabúes y de lo políticamente correcto. Y crea un estilo: el registro de la provocación. El líder del Frente Nacional (FN) se hace especialista en el uso del doble sentido, de los juegos de palabras y de las insinuaciones indeseables [...]. Desde un punto de vista político, la creación del personaje Le Pen como figura mediática fue un éxito: al «decir en alto lo que muchos franceses pensaban en bajo», logró cimentar una identidad contra el *establishment* político [...]. Durante la década de 1990, el Frente Nacional se convirtió en la tercera fuerza del país, con un ciclo de oro entre 1994 y 1998. Comenzó a orientar su discurso y a implantarse entre las clases populares, y consiguió articular el descontento de una parte de la sociedad francesa hacia los consensos dominantes sobre temáticas como inmigración, identidad nacional, trabajo, seguridad en las calles... o cuestiones como el aborto, la homosexualidad o la eutanasia, sin excluir tampoco la complicada historia del pasado colonial francés. Así, entre 1984 y 2000, el FN se convirtió en un poderoso *outsider* de la política francesa [...]. La libertad estratégica y discursiva con que se mueve Marine Le Pen en la actualidad es beneficiaria en altísimo grado del partido-nicho que en los años ochenta edificaron Jean-Marie Le Pen y su colaborador cercano Bruno Gollnisch.

Todos estos líderes también recurren al lema de la «seguridad nacional», pero realmente es un escudo que sirve de plataforma para sus narrativas en contra de la inmigración que no les gusta (la de países que consideran inferiores e innecesarios, como ahora hace Javier Milei con Bolivia al proponer la construcción de un minimuro en la frontera, y como hace Donald Trump con México). Como explica Delle Donne en su artículo «El populismo de derechas y la seguridad en Europa: ¿cuál es el verdadero peligro?» (2020), el discurso de estos populistas de derechas presenta a la nación como «amenazada» y «en peligro», abonando así un terreno favorable para la aceptación de ciertas propuestas, políticas, ideas y discursos que, en circunstancias normales, serían probablemente inaceptables.

En uno de los programas del periodista Tucker Carlson (que llevaba por subtítulo «Hungría versus Soros: la lucha por la civilización»), éste tildaba al filántropo húngaro Soros como un «financiero judío malvado» que estaría al mando de la inmigración europea y destruyéndolo todo. El mismo Carlson afirmó que «los votantes obedientes del tercer mundo socialista» son una amenaza para los «estadounidenses tradicionales», y que «los agentes de sustitución son los demócratas, las élites y los globalistas», que tienen como plan «cambiar [reemplazar] la población del país para ganar y mantener el poder». Pero el verdadero reemplazo es suplantar al ciudadano por la teocracia; eso sí que es un reemplazo real, y lo representan quienes impulsan estas corrientes de la nueva derecha.

Payton Gendron, el extremista que mató a diez personas en Búfalo (Estados Unidos) el 14 de mayo de 2022 (la gran mayoría personas negras), y Brenton Tarrant, quien asesinó a 51 personas en dos mezquitas en Christchurch (Nueva Zelanda) el 15 de marzo de 2019, difundieron la teoría del «gran reemplazo» en sus ataques,

una idea que apareció en los manifiestos que dejaron tras sus matanzas. Prácticamente todos los que han encabezado tiroteos masivos en los últimos años, tanto en Europa como en Estados Unidos, han citado el «reemplazo» en sus redes sociales en algún momento de sus vidas. En su artículo «A deadly ideology: how the "great replacement theory" went mainstream» (2022), Steve Rose explicó lo siguiente en *The Guardian*:

> Irónicamente, por supuesto, son los europeos blancos los que han llevado a cabo gran parte de la sustitución a lo largo de la historia. Los contraargumentos a la teoría del «gran reemplazo» señalan que, si hay alguien que tiene motivos para quejarse, son los pueblos indígenas de América del Norte y del Sur, Australia, Nueva Zelanda, África y muchas otras partes del mundo, que han sido «sustituidos» o «reemplazados» por los colonos. Los nativos americanos representan menos del 3 % de la población estadounidense. Sin embargo, gracias a la teoría del «gran reemplazo», los pueblos que en su día colonizaron por la fuerza gran parte del resto del mundo pueden presentarse a sí mismos como víctimas oprimidas [...]. Estas teorías se popularizaron gracias al libro de 1916 *The passing of the great race[La caída de la gran raza]*, escrito por Madison Grant, un abogado, eugenista y conservacionista de Nueva York. «Grant sostiene que se puede considerar a los blancos como una especie en peligro de extinción», dice Jones. «Para él, impidiendo la entrada de los no blancos en el área protegida que es América, se puede preservar esta "gran raza" que él identifica, que son los europeos del norte». El libro de Grant fue muy influyente. Fue divulgado por los presidentes estadounidenses Theodore Roosevelt y Calvin Coolidge y mencionado en la novela *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald. Tom Buchanan, el personaje de la novela, dice: «La tesis es que, si nos descuidamos, la raza blanca va a quedar aplastada sin remedio. Es algo científico; está demostrado». La investigación de Grant sirvió de base para la Ley de Inmigración de 1924, que estableció cupos de inmigrantes en Estados Unidos según su nacionalidad de origen, favoreciendo fuertemente a los que provenían del norte y del oeste de Europa y excluyendo a casi todos los asiáticos y africanos. *The passing of the great race* contó con otro destacado admirador: Adolf Hitler. Lo llamaba su «biblia», y tomó la política estadounidense de inmigración «de puertas cerradas» como modelo para el Tercer Reich. Hitler sintetizó las ideas de Grant con sus propias teorías conspirativas antisemitas, llevando así la teoría del «reemplazo» al extremo. En *Mi lucha*, [Hitler] culpaba a los judíos de traer a los negros a Renania para «bastardizar» a la raza blanca y rebajarla cultural y políticamente, y así poder dominar ellos.

En este escenario surgieron dos textos clave que han alimentado la noción de «sustitución» o «reemplazo» cultural y demográfico. Uno de ellos fue la novela distópica *El desembarco*,[2] de Jean Raspail, publicada en 1973. Esta novela apocalíptica y abiertamente racista describe una supuesta invasión masiva de Europa por parte de migrantes del sur global. Más tarde, Renaud Camus articuló esta teoría conspirativa contra los musulmanes y los inmigrantes en su libro de 2011 *Le grand remplacement*, que inspiró el nombre del movimiento actual, sosteniendo que las olas migratorias de musulmanes, africanos y latinoamericanos acabarán con la civilización blanca y cristiana de Europa.

Éste es un momento oportuno para recordar las palabras del cantautor argentino León Gieco en su canción *De igual a igual*, donde expone una verdad histórica: «Europa no recuerda. / De los barcos que mandó, / gente herida por la guerra / esta tierra la salvó».

15

4chan, foros anónimos y troles

Hoy, mucha gente se «informa» a través de algoritmos y de la inmediatez, sin verificar las fuentes y expuesta a la desinformación. De esta forma, el mundo y los algoritmos funcionan según sean nuestros intereses; y lo mismo ocurre en la política, la cual se convierte en una política de la atención, capitalizada por políticos que dan mensajes cortos, los repiten de manera incansable y logran que la mayoría de los oyentes caigan hipnotizados ante ellos, con discursos que los atraviesan. Estos discursos se apoyan en la cultura del meme, de plataformas digitales como 4chan, creada en 2003 por Chris Poole, conocido como un *moot* (un seguidor o amigo mutuo en redes sociales) que comenzó con un espacio para aficionados al anime japonés, pero pronto se transformó en una comunidad donde individuos que se identificaban como «machos beta» empezaron a forjar una identidad colectiva basada en la percepción de sí mismos como «perdedores».

Maltratar a los medios de comunicación, atacar a los disidentes, difundir prejuicios en redes sociales y movilizar troles ha sido la estrategia de la nueva derecha en el mundo de las redes sociales. Internet actúa como un espejo de la sociedad, reflejando tanto sus virtudes como sus defectos. En este vasto entorno digital conviven «piratas» que vulneran normas, troles que buscan provocar y

sembrar discordia, «vigilantes» que defienden principios éticos, y «exploradores» que buscan conocimiento o nuevas experiencias.

También están los «artesanos», que construyen y crean contenido valioso, y los «mercaderes», que comercian con información, a menudo sin tener en cuenta las consecuencias. Este espacio es un escenario donde las dinámicas humanas se replican y amplifican, mostrando tanto lo mejor como lo peor de quienes lo habitan. Internet refleja nuestra sociedad, amplificada por la capacidad de escondernos tras máscaras invisibles, tras un avatar, con capas virtuales que nos permiten actuar sin las restricciones del mundo físico. En el mundo anónimo y digital, los individuos pueden ocultarse, manipular identidades y, a veces, infligir daño sin las consecuencias inmediatas que enfrentarían en el mundo real, creando un espacio donde lo virtual se mezcla con lo moralmente ambiguo. Tal cual señala Marcos Reguera en su ponencia «La ideología de la *Alt Right*» (2017):

> Pero, al contrario que en las plazas, la comunidad no buscaba verse las caras, sino que todo se desarrolló entre avatares, motes y nombres falsos [...]. Esta lógica de la impunidad ante la reprobación social ha sido un elemento muy importante en el proceso de radicalización del movimiento. Relacionarse a través del avatar proporciona el reconocimiento de los seguidores que puedan surgir y evita el ataque directo hacia la persona real.

El anonimato o la cultura del anonimato en plataformas como 4chan (una de muchas) dio lugar a un ambiente que permitió la difusión de ideas turbias o perturbadoras y a comportamientos extremos online. El foro, predominantemente masculino, se convirtió en un espacio donde circulan contenidos como humor oscuro, imágenes violentas, ideas sobre suicidio y asesinatos, además de racismo, xenofobia, misoginia, y pornografía; recordemos que, en general, un gran porcentaje de la población femenina afirma que la mayor parte de la pornografía es machista, tesis también apoyada

por los hombres, aunque en menor porcentaje. El psicólogo y sexólogo José Luis García, citado en el artículo «¿Qué está viendo mi hijo?» (2024), de Cecilia Zolezzi, señala que existen millones de vídeos pornográficos que representan incesto, tortura sexual explícita, abuso o violación de mujeres dormidas o drogadas, lo cual induce a normalizar la violencia en niños y adolescentes.

En la década de 1990, los supremacistas blancos recurrían a foros online para establecer conexiones y coordinarse. Hoy en día, plataformas como 4chan y 8chan han asumido ese rol, sirviendo incluso como puntos de encuentro para la derecha armada. Su formato anónimo, que no exige registro, facilita la propagación de ideas radicales y la consolidación de comunidades extremistas, ofreciendo un espacio donde las ideologías de odio pueden proliferar sin control, algo hacia lo que ahora conducen plataformas como las redes sociales que utilizamos a diario.

Los seguidores de la llamada «teoría QAnon» sostienen que Trump lidera una batalla secreta contra una élite corrupta y creen que existe un *deep state* (ese Estado profundo, o Estado dentro del Estado, del que habla Donald Trump), una red de funcionarios y élites satánicas que, según ellos, trafican con niños y conspiran para destruir a Trump y controlar el mundo. Esta seudoteoría ha sido vinculada a varios actos de violencia, ya que algunos de sus seguidores han cometido crímenes basados en sus creencias. QAnon surgió en Estados Unidos en 2017, precisamente en 4chan, con un usuario conocido como «Q», quien aseguraba tener acceso a información clasificada del gobierno y lanzaba mensajes encriptados que sus seguidores debían descifrar. Esta seudoteoría, por ejemplo, divulgó que la COVID-19 había sido inventada para inocular en el cuerpo microchips diseñados para manipular a la gente, mediante las vacunas.

Aunque comenzó como un movimiento marginal, QAnon (acrónimo de «Q Anónimo») tiene un impacto enorme en la política estadounidense. Algunos candidatos y políticos han expresado su apoyo a QAnon, y varios de sus seguidores participaron en el asalto al Capitolio. Además, Alemania alberga la comunidad QAnon más significativa fuera de Estados Unidos, lo que refleja cómo las ideas de la derecha se están internacionalizando, cruzando fronteras y ganando adeptos a nivel global. Es difícil generar pensamiento crítico si las personas se «informan» con noticias falsas que aparecen en Facebook, YouTube, TikTok o cualquier otra plataforma.

La subcultura web está estrechamente vinculada al auge de la nueva derecha, y actúa transformando los foros anónimos (y, como ya he señalado, también los no tan anónimos) en plataformas peligrosas que se convierten en el lugar ideal de reclutamiento para los supremacistas y los *influencers* de estas corrientes. Esta subcultura se dirige especialmente a los varones frustrados que culpan al feminismo de todos sus problemas, y propone cambiar la sociedad a través de la violencia organizada en las redes, luchando contra una especie de «monstruo de barro» al que llaman «marxismo cultural», base de una de sus teorías conspirativas preferidas.

16

Los inmigrantes no van a comerse a tus perros y a tus gatos

A lo largo de 2024, más de 170.000 migrantes, en su mayoría venezolanos, atravesaron el llamado tapón o selva del Darién, una de las rutas más peligrosas del mundo. Esta jungla que separa Colombia de Panamá cubre unos 5.000 kilómetros cuadrados de terreno inhóspito, donde los obstáculos de ríos y montañas se suman a la amenaza de encontrarse con grupos criminales. La travesía, que puede durar semanas, está llena de peligros, como hambre, violencia, deshidratación, abusos, violaciones y hasta la muerte. Sin embargo, miles y miles de personas han dejado sus países y han transitado esta ruta en busca de protección y de una vida mejor.

En líneas generales, para los países receptores, la inmigración amplía las oportunidades y el crecimiento económico, pero también el cultural. Donald Trump sigue repitiendo el argumento de que los inmigrantes «ilegales» estarían «quitando empleos» a los nacionales, un discurso que no es nuevo, ya que ha sido utilizado por él en el pasado y escuchado en otros países desde hace largas décadas.

En esta segunda ronda presidencial, Trump ha convertido esta idea en una de las propuestas principales de su plataforma y de las

políticas que implementa, acompañándola de la afirmación —carente de fundamento— de que las políticas económicas de Joe Biden y Kamala Harris han causado un declive económico. Esto contradice la evidencia: la inmigración, tanto legal como «ilegal» (aunque ningún ser humano es ilegal), ha sido un pilar esencial para sostener la economía más grande del mundo, incluso en tiempos de incertidumbre, como la pospandemia por la COVID-19, y en medio de conflictos globales. No nos olvidemos, además, de que los inmigrantes fundan empresas a un ritmo significativamente mayor que los estadounidenses nativos y que, por supuesto, también son consumidores que incrementan la demanda de bienes y servicios, contribuyendo incluso con una considerable cantidad de impuestos.

Los inmigrantes no están destruyendo a Estados Unidos, ni siquiera aquellos que no dominan el inglés. Según un estudio de la Immigration Research Initiative, los inmigrantes contribuyen al 17 % del producto interior bruto (PIB) de Estados Unidos, lo que, para los datos de 2024, equivale a unos 4,5 billones de dólares. Una proporción significativa de los inmigrantes se encuentra en edad laboral, lo que los convierte en un sector altamente productivo y emprendedor. El aumento de la inmigración tiene así un impacto positivo en el PIB per cápita, lo cual impulsa el crecimiento económico de manera significativa.

Si los empleos fueran un recurso fijo y limitado, el crecimiento de la población habría provocado un aumento constante del desempleo. Sin embargo, esta correlación no se observa en ningún lugar. Así pues, la afirmación de que los inmigrantes «roban empleos» es al menos errónea; por el contrario, se constata que la inmigración ha contribuido a expandir el mercado laboral y a crear nuevos empleos. Resulta ilógico defender el libre flujo de capitales, bienes y servicios, pero no el de mano de obra. ¿Por qué se acepta el dinero que huye

de Maduro y se deposita en Florida pero se ponen obstáculos prácticamente insuperables para que una joven venezolana pueda trabajar legalmente en Estados Unidos?

Además, lo «legal» en este contexto se refiere a la voluntad del Estado. Asumir o creer que el Estado es la única fuente de la ley no sólo es contrario a la definición de la libertad como principio universal, sino que también implica un rechazo al Estado de derecho. La verdadera legalidad radica en que tanto los inmigrantes como los demás ciudadanos nativos sean libres para establecer contratos y vivir su vida en paz, mientras que lo estatal representa un orden administrativo o una regulación que, en el caso de estas restricciones inmigratorias fijadas por un gobierno, en realidad, pretenden regular y restringir derechos según el lugar de nacimiento de los seres humanos.

Cuando las personas que escapan de la guerra, la pobreza y la opresión no encuentran vías legales para hacerlo, es natural que busquen alternativas «ilegales» y hasta recurran a traficantes y redes, que pueden ser peligrosas o criminales, con el fin de poder migrar y llegar al lugar de destino. Las cifras muestran que, al aumentar las opciones de migración legal y hacer más fáciles los procesos, se reduce el cruce ilegal de fronteras. Sin embargo, y más allá de que se adoptaran vías de migración legal, todavía quedan muchos mitos y racismo por erradicar en la sociedad.

En sus famosas Órdenes generales al Ejército Continental, George Washington decía que «las puertas de Estados Unidos están abiertas para recibir no sólo al extranjero opulento y respetable, sino también al oprimido y al perseguido de todas las naciones y religiones». En el interior del pedestal de la estatua de la Libertad, en Nueva York, hay una placa de bronce con el texto inscrito del poema *El nuevo coloso*, de la poeta judía estadounidense Emma Lazarus, que incluye el

siguiente fragmento: «[...] dadme a las personas cansadas, los pobres, / las masas que anhelan respirar en libertad, / los despreciados de vuestras rebosantes costas, / enviadme a éstos, los sin hogar azotados por la tempestad. / Levanto mi lámpara junto a la puerta dorada». Lo que dicen y representan estos versos no es solamente un acto de misericordia, aunque también lo sea, sino una comprensión del valor de la colaboración humana.

Imaginemos una ley que impida a las personas negras conseguir empleo sin el permiso del gobierno o que obligue a las mujeres a obtener una autorización para trabajar. ¿Qué diríamos si los homosexuales, los judíos y otras personas se enfrentaran a tales restricciones? Entonces, ¿por qué se exige a quienes nacen al otro lado de una frontera que obtengan un permiso del gobierno para conseguir trabajo? Este argumento pone de manifiesto que las leyes antiinmigración son claramente discriminatorias. Antes, muchos mexicanos migraban temporalmente a Estados Unidos para trabajar en áreas como la agricultura o la hostelería, y regresaban a México en invierno. Sin embargo, con el endurecimiento de las políticas migratorias en la década de 1990, los costos de cruzar la frontera de vuelta aumentaron, lo cual incentivó que más personas decidieran quedarse en territorio estadounidense. El sociólogo Douglas Massey observó que, mientras en 1996 la mayoría de los mexicanos regresaba a su país en menos de un año, en 2009 casi todos decidían permanecer en Estados Unidos. Complicar los procesos de visado tiende a generar el efecto opuesto al esperado por las políticas antiinmigración, ya que muchos inmigrantes optan por quedarse en lugar de arriesgarse a salir y volver a entrar repetidamente. Además, los inmigrantes generan un valor significativo: crean empresas, trabajan intensamente y, con el tiempo, alcanzan más éxito, lo que beneficia a toda la sociedad. No

hay evidencia que indique que migran para recibir beneficios sociales; la mayoría busca trabajo. Respecto al mito de la delincuencia, menos del 6 % de los presos en Estados Unidos son ciudadanos extranjeros, según un informe sobre población penitenciaria de la Oficina de Estadísticas Judiciales de Estados Unidos.

Por otro lado, algunas personas sí aceptan que debe permitirse la inmigración, excepto cuando el país receptor cuenta con un estado de bienestar del que, supuestamente, se beneficiarán los inmigrantes malintencionadamente. Haciendo un breve paréntesis, desde el discurso libertario hay una obsesión con explicar que el pobre es pobre porque quiere, sosteniendo que, a la larga, un mercado (utópico) le resolverá todos sus problemas. La *aporofobia*, el rechazo o miedo a los pobres, es un pilar fundamental en la esencia de la nueva derecha. Aunque suelen disfrazar su desprecio bajo argumentos de «mérito» o «seguridad», su verdadero pánico es más que nada al pobre y a la inmigración pobre. No es casualidad que las restricciones migratorias más férreas se apliquen a quienes huyen de la miseria y no a los inversionistas o profesionales altamente calificados. La nueva derecha, en su rechazo de las medidas de bienestar social, comparte una lógica que Hitler también promovía: la idea de que la «holgazanería» puede resolverse eliminando prestaciones sociales y forzando a las comunidades más vulnerables a «esforzarse y trabajar duro». Como explica Irene Vallejo en su nota de febrero de 2025 para el medio *El Espectador*, titulada «Voces en la frontera»,[1] «nadie llama inmigrante a un deportista extranjero de sueldo millonario ni a un prestigioso ejecutivo de otro país. No tenemos problemas con los forasteros, sino con la pobreza. El dinero abre las fronteras, mientras los desamparados llevan vidas apátridas en su tierra natal. Es fácil

detectar la discriminación en el ojo ajeno sin ver la aporofobia en el propio. En este mundo del dar para recibir, molestan quienes en apariencia poco pueden ofrecer: refugiados, migrantes, sin techo». Corresponde mencionar a Trump, a quien, en el mismo mes de 2025, un reportero le preguntó si un oligarca ruso podría ser elegible para la anunciada «Gold Card» (una visa que se puede comprar por 5 millones de dólares), a lo que el presidente respondió con un rotundo «sí», agregando que, de hecho, conoce a oligarcas rusos que son *«very nice people»* (muy buenas personas).

Ese argumento que plantea cerrar las puertas al inmigrante cuando éste podría «aprovecharse» del estado de bienestar del país receptor es utilizado de manera recurrente por los libertarios, los liberales (incluso) y su nueva derecha, que siempre caen ante la letanía de que «el gasto público ha de hacerse para los nacionales, etcétera, etcétera». Además, este argumento es económicamente erróneo, ya que el estado de bienestar necesita ampliar su base de contribuyentes, lo cual se logra con la llegada de más trabajadores de otros países y su regularización. De hecho, mantener a los inmigrantes en la ilegalidad impide también que contribuyan al sistema de ese estado de bienestar.

Una economía no se sostiene sin crecer; necesita incorporar recursos para expandirse, no para mantenerse estática. Por lo tanto, los libertarios, paleolibertarios, etcétera, ni siquiera comprenden realmente el concepto de «libertad económica» que tanto pregonan. Por cierto, haciendo otro paréntesis, hay que decir que Trump ha repetido varias veces que *arancel* es «la palabra más hermosa del diccionario». Vaya ídolo es Trump para quienes defienden la «libertad económica», teniendo en cuenta su imposición o voluntad de aumento de aranceles a México, Canadá, China, la Unión Europea... No obstante, en su artículo «¿Quién fue William McKinley

y por qué Trump lo admira tanto?» (2025), Nerea Seijas nos refresca la memoria cuando indica que Trump no es el primer presidente estadounidense que defiende un proteccionismo de este nivel y que manifiesta ambiciones expansionistas:

> William McKinley fue el vigésimo quinto presidente de Estados Unidos, y su mandato, entre 1897 y 1901, se caracterizó por la aprobación de aranceles a las importaciones y por su ímpetu expansionista. En su discurso inaugural el pasado 20 de enero, el presidente Donald Trump aseguró que McKinley había convertido a Estados Unidos en un país rico mediante «aranceles y talento». Pero el proteccionismo no es lo único por lo que ha apelado a McKinley: también comparte su retórica por expandir el territorio estadounidense y el apoyo que ha recibido de grandes empresarios. Hoy en día, Trump reivindica las medidas proteccionistas y comparte el ímpetu expansionista de McKinley.

Donald Trump ya ha comenzado a impulsar un nacionalismo económico (aranceles), un fuerte apoyo a los productores de energía basada en combustibles fósiles y una deportación masiva de inmigrantes en una escala sin precedentes.

Ahora es pertinente preguntarse si los inmigrantes son realmente una «carga» para los contribuyentes o no. Según la Encuesta sobre Ingresos y Participación en Programas de Estados Unidos, en 2020, los inmigrantes consumieron un 27 % menos de prestaciones y asistencia sociales per cápita que los ciudadanos nativos; es decir, los ciudadanos estadounidenses utilizan, en promedio, más recursos de estos programas que los inmigrantes. Millones de inmigrantes indocumentados pagan impuestos, pero no reciben beneficios de la seguridad social. Muchos de ellos trabajan con números de la seguridad social ajenos y con documentos de identidad de otras personas, todo con tal de poder trabajar y estar «blanqueados» en el sistema. El Servicio de Impuestos Internos (Internal Revenew Service, IRS) de Estados Unidos permite que los migrantes sin papeles paguen impuestos, incluso sin un número de seguridad

social, lo que implica que contribuyen a impuestos federales, por nómina, así como a impuestos estatales y locales.

Los datos reflejan que los inmigrantes no representan una carga para las finanzas públicas (y, de hecho, actualmente, la Administración de Donald Trump gasta unos nueve millones de dólares al día para detener inmigrantes). Además, la Ley de Reforma a la Beneficencia Pública del año 1996 dificultó el acceso de los inmigrantes a los programas de asistencia social, lo que ha reducido significativamente el acceso de los inmigrantes a estos beneficios en las últimas décadas. En definitiva, los inmigrantes aportan a las arcas públicas más de lo que consumen. A largo plazo, los beneficios del fisco derivados de una mayor inmigración son aún más significativos.

Por otro lado, en términos generales, las personas inmigrantes son menos propensas a cometer delitos que los ciudadanos nativos. En Estados Unidos, también se observa que los inmigrantes tienen menos propensión a cometer delitos y a ser encarcelados por ello, que los nacidos en el país, aunque ahora Donald Trump encarcela a todos los indocumentados. El motivo por el que los inmigrantes indocumentados presentan esas tasas más bajas de delincuencia es que están altamente motivados para permanecer en el país y obtener la residencia o la ciudadanía, lo cual, en muchos casos, hace que estén más comprometidos con el cumplimiento de la ley. Este comportamiento es aún más visible entre los llamados inmigrantes ilegales, quienes buscan mantenerse fuera del radar de las autoridades para evitar ser detenidos, lo que podría resultar en su deportación y la pérdida de todos sus bienes e inversiones en el proceso migratorio. En definitiva, la evidencia respalda la afirmación de que los inmigrantes tienden a cometer menos delitos que los ciudadanos nativos, y los inmigrantes legales tienen las tasas de

condenas penales más bajas. En su libro *What to say to your crazy right-wing uncle: talking points for liberals* (2019), Samuel W. Joseph y Phil Proctor exponen lo siguiente:

> Lo creas o no, los ciudadanos estadounidenses cometen más delitos que los inmigrantes. Por ejemplo, tres cuartas partes de todos los traficantes de drogas son ciudadanos estadounidenses, y la mayoría de las drogas se introducen a través de puertos de entrada legales —lo mismo ocurre con las armas, por cierto—. Y en cuanto a las agresiones sexuales, lamento decir que los estadounidenses cometen más que los inmigrantes, ya sean legales o ilegales. La mayoría de las personas que están aquí de manera ilegal simplemente se han quedado más tiempo del permitido en sus visados. No han llegado al país de manera clandestina.

Un análisis del Instituto Alemán de Política Económica (IFO) concluyó que los inmigrantes y refugiados no tienen una mayor tendencia a cometer delitos y que no existe correlación entre la proporción de inmigrantes en un distrito y la tasa de delincuencia local.[2] El estudio compara las estadísticas nacionales sobre delincuencia entre 2018 y 2023 con datos de localización específicos. Este estudio reafirma el consenso académico: el aumento de la migración no está vinculado a un incremento en los niveles de criminalidad en Alemania. A pesar de los datos, la supuesta propensión de los inmigrantes a delinquir se ha convertido en una narrativa dominante en la campaña electoral alemana, impulsada por figuras como Alice Weidel de la AfD, cuyo partido se convirtió en la segunda fuerza política de las elecciones alemanas de febrero de 2025: el partido repleto de neonazis logró un histórico segundo lugar, haciendo que se vea como un alivio que un partido conservador como la CDU (Unión Demócrata Cristiana) haya ganado las elecciones. La AfD se convirtió en la segunda fuerza política del país, obteniendo también 142 de las 630 bancas parlamentarias, y sumó un 10 % más de apoyo desde 2021.

En los últimos tiempos, también se ha argumentado que la inmigración empeora las crisis de la vivienda. Sin embargo, en Europa y algunos Estados específicos, como el Reino Unido o Estados Unidos, los inmigrantes juegan un papel crucial en la industria de la construcción. Esta aportación se ha visto reducida desde el Brexit en el caso del Reino Unido, que limitó el acceso a trabajadores inmigrantes del sector. En Estados Unidos, las estadísticas demuestran que, al aumentar las deportaciones de inmigrantes indocumentados, disminuye la construcción de nuevas viviendas, lo que podría empeorar la escasez y elevar los precios de las casas. La política de Trump de deportar (o «remover») a millones de inmigrantes pasa por alto los impactos económicos que está produciendo (sin mencionar la falta de humanidad que hay en ello). Muchos sectores clave, como la agricultura, la construcción y los servicios dependen de esta mano de obra (por cierto, siete de cada diez trabajadores del campo en Estados Unidos son mexicanos). Además, esos obstáculos reducirían la oferta laboral y disminuirían la competitividad de las empresas estadounidenses a escala global. Texas ofreció 600 hectáreas de tierra para construir campos de detención destinados a la campaña de deportaciones masivas que ya ha iniciado Donald Trump en este segundo mandato.

Este rechazo hacia el inmigrante no se limita a Estados Unidos o Europa. En el caso de la nueva derecha argentina, liderada por Milei y apoyada por su ministra de Seguridad Nacional, Patricia Bullrich, ha llevado a cabo una campaña abiertamente orientada a sostener que los inmigrantes se aprovechan del sistema de salud de la provincia de Buenos Aires, argumentando que los servicios deberían ser exclusivos para «los argentinos de bien» (enfatizando ese «de bien»). Sin embargo, la realidad contrasta con esta narrativa: la atención sanitaria a extranjeros representa menos del 1 % de las

prestaciones totales que se brindan en el sistema público de salud en dicha provincia, donde se concentra poco más de la mitad de la población migrante del país.

Durante su discurso en el Foro Económico Mundial en 2025, Milei dijo lo siguiente:

> Como Occidente es la supuesta causa de todos los males de la historia, debe redimirse abriendo sus fronteras a todo el mundo, culminando necesariamente en una colonización inversa, que se asemeja al suicidio colectivo. Así es como [lo] vemos hoy en las imágenes de hordas de inmigrantes que abusan, violan o matan a ciudadanos europeos que sólo cometieron el pecado de no haber[se] adherido a una religión en particular. Pero cuando uno cuestiona estas situaciones es tildado de racista, xenófobo o nazi. El wokismo ha calado tan profundamente en nuestras sociedades, promovido por instituciones como esta misma [Foro Económico Mundial], que se ha llegado incluso a cuestionar la idea misma de sexo a través de la nefasta ideología de género.

¡Vaya liberales! La propaganda y la mentira sirven a este tipo de modelos reaccionarios. Recordemos que Bullrich frecuentemente publica vídeos en sus redes sociales en los que se queman fardos de marihuana, una práctica que contrasta con la retórica de un supuesto gobierno liberal, puesto que va en contra de la autonomía personal al presentar al Estado como el que toma decisiones sobre el consumo de sustancias, que es algo que deberían decidir los individuos (a ver qué hubiese dicho Antonio Escohotado sobre esta medida). La ministra de Seguridad Nacional argentina ha elogiado en reiteradas ocasiones al populista salvadoreño Nayib Bukele, manifestando su deseo de imitar sus medidas en materia de seguridad (las cuales incluyen graves violaciones a los derechos humanos). También llegó a afirmar una vez que el 50 % de los estudiantes de las universidades públicas argentinas son extranjeros, lo cual es una gran mentira, porque los extranjeros representan únicamente el 4,1 % de los estudiantes de carreras de grado sin arancelar.[3] Las declaraciones y políticas públicas del gobierno de

Milei en este sentido forman parte de una estrategia de la nueva derecha dirigida a deslegitimar tanto la universidad pública como la inmigración. El discurso de Bullrich cumple diversas funciones: por un lado, busca erosionar la reputación de la universidad pública; y, por otro, utiliza al inmigrante como chivo expiatorio.

En las próximas Navidades, un mensaje para estas nuevas derechas puede ser el siguiente: «No olvides odiar a los refugiados mientras montas un belén que celebra a una pareja de Oriente Próximo desesperada por encontrar refugio». La contradicción aquí resalta la hipocresía de la nueva derecha que promueve políticas antiinmigrantes mientras abraza valores que predicarían compasión y hospitalidad. Al fin y al cabo, la historia de Jesucristo comienza con sus padres huyendo de la persecución, lo que pone en tela de juicio cómo se manipulan estos símbolos religiosos para justificar ideologías nacionalistas, ignorando la solidaridad y la compasión. Así, la nueva derecha considera que un óvulo fertilizado es ya una persona, pero niegan que las familias que cruzan mares o selvas en busca de un futuro mejor sean personas.

Al hablar de la inmigración, lo hacen sosteniendo que nos enfrentamos a una «invasión», puesto que siempre necesitan darle el condimento de amenaza inminente (sin embargo, vale la pena recordar que, cuando invaden países, los ejércitos no lo hacen para buscar trabajo). Los republicanos y sus adeptos del MAGA repiten que el aumento de inmigrantes ilegales generó un incremento de los delitos violentos. El Partido Republicano está constantemente subiendo vídeos y gritando que los inmigrantes están cometiendo delitos y hasta asesinando a gente. Lo que pasa es que, primero, toman casos aislados; y, segundo, es un error significativo pasar de exigir la sanción para los culpables individuales de un crimen a abogar por el castigo de todos aquellos con el mismo estatus

migratorio, tratando a todos como si fueran culpables. El Partido Republicano, Vox y otros grupos están relacionando la inmigración con el crimen de formas que no reflejan la realidad.

Para empezar, la noción de culpa colectiva va en contra de los principios de una sociedad coherente, equitativa y justa. Cada persona es responsable de sus propias acciones, no de las de otros con los que comparten características o rasgos, como su forma de hablar, color de piel, género o lugar de nacimiento. Esto también se aplica en casos de homicidio: si un inmigrante comete un homicidio, éste es el único responsable, pues otros inmigrantes no tienen la culpa de las acciones del primero. Decir lo contrario, como hace la nueva derecha, es incitar al odio y al racismo.

Otro argumento común en contra de la inmigración es la idea de que «si personas de países con gobiernos opresivos llegan al país, reproducirán esas sociedades y causarán problemas». Sin embargo, quienes dejan sus países suelen ser aquellos que rechazan el sistema político del lugar de donde vienen (aunque el fenómeno de los *magazolanos*, los venezolanos fanáticos de Trump, indica que algunos continúan buscando mesías), incluso cuando huyen de regímenes teocráticos complejos. Las personas que realmente desean vivir en libertad y democracia son las que están dispuestas a hacer las maletas y mudarse, ya que, si estuvieran conformes con su situación, se quedarían en su país en lugar de complicarse la vida para ir a empezar de cero en el extranjero.

Trump, que es nieto de inmigrantes alemanes por parte de su padre, y cuya madre era una inmigrante escocesa, ha mostrado una completa xenofobia, y, por supuesto, lo ha hecho de manera selectiva. En varias ocasiones expresó su preferencia por la inmigración de países nórdicos europeos, mientras lanzaba insultos repetidos hacia los mexicanos, calificándolos de «criminales,

traficantes de drogas y violadores», aunque matizó diciendo que «algunos, presumiblemente, son buenas personas». En 2015, Trump dijo: «No quiero nada con México, más que construir un muro impenetrable». En octubre de 2024, durante uno de los mítines de la campaña de Trump, específicamente en el Madison Square Garden (donde en 1939 se llevó a cabo el acto electoral abiertamente nazi de America First, con esvásticas y todo), uno de los principales oradores, el comediante Tony Hinchcliffe, dijo que Puerto Rico es «una isla flotante de basura».

Al titular una de sus novelas en 1935 como *It can't happen here(Eso no puede suceder aquí)*, Sinclair Lewis buscaba alertar sobre la vulnerabilidad democrática de su nación en un momento en que el nazismo, de la mano de Hitler, ascendía al poder. En la actualidad están surgiendo numerosos libros que advierten sobre las posibles consecuencias de las medidas de Donald Trump, pero también sobre el culto que ha gestado. Es fundamental considerar estas advertencias con seriedad: esto apenas comienza.

En *Las nuevas caras de la derecha* (2023), Enzo Traverso hace una acertada radiografía de Trump al destacar varios de sus rasgos que recuerdan a los de los líderes fascistas clásicos. En primer lugar, se presenta como un «hombre de acción», no de pensamiento; da pruebas constantes de un machismo a ultranza al exhibir su virilidad (de manera vulgar y agresiva); se muestra intolerante frente a cualquier tipo de crítica; hace del racismo un arma de propaganda (cuando promete expulsar a latinos y musulmanes del país); elogia a la policía mientras matan a afroamericanos, e incluso sugiere que Barack Obama *no es* estadounidense, sino un «comunista musulmán de Kenia»; exhibe su autoritarismo y se vale de la demagogia, llegando incluso a amenazar con poner a sus opositores tras las rejas, como ocurrió con la amenaza hacia Hillary Clinton. De acuerdo

con Trump y las teorías conspirativas que nutren su movimiento, las elecciones que pierden siempre están intervenidas y son ilegítimas.

Esther Pineda, en *El racismo y la brutalidad policial en los Estados Unidos* (2022), argumenta que la elección de Obama como presidente propició el reagrupamiento y revitalización de diversos grupos de odio, como el Ku Klux Klan, los neonazis, el movimiento neoconfederado, los *skinheads* racistas, las milicias antigubernamentales libertarias y los grupos de identidad cristiana, entre otros. En ciertos sectores había la esperanza de que la elección del primer presidente negro marcara el inicio de la erradicación del racismo, pero, por el contrario, avivó estos movimientos (y la culpa no fue de Obama). La brutalidad policial ha sido, históricamente, una de las herramientas más utilizadas para restringir, limitar, disciplinar y castigar a la población afroamericana. La institución policial no está exenta de ideología, ya que muchos de sus miembros han sido socializados en una sociedad segregacionista e inequitativa, y varios líderes de las instituciones encargadas de la seguridad pública han formado parte (y aún forman parte) de grupos de supremacía blanca. El uso innecesario y excesivo de la fuerza ha sido una constante, y las personas negras tienen tres veces más probabilidades de ser asesinadas por las fuerzas policiales que los blancos.

La autora nos hace reflexionar sobre las raíces del problema, llevándonos al hecho de que la brutal y violenta colonización europea en América definió el destino de la región, condicionando la historia y la vida de los pueblos originarios, quienes eran considerados «salvajes» y, paradójicamente, fueron aniquilados salvajemente en un genocidio sin precedentes, así como de los africanos, secuestrados y sometidos al comercio triangular de la trata esclavista. Debería conocerse la historia ancestral de nuestro

continente americano con la misma profundidad que se conocen las culturas griega y occidental. Sólo cuando entendamos y estudiemos las culturas originarias con el mismo nivel de detalle que las influencias externas podremos alcanzar una comprensión más completa de nuestra esencia y de nuestra propia historia.

La demanda de mano de obra forzada llevó a los colonizadores europeos, principalmente portugueses, británicos, franceses, neerlandeses y españoles, a la trata y esclavización masiva de africanos desde el siglo XVI (además de la trata realizada por Estados Unidos). Los africanos eran trasladados en condiciones extremas desde África hacia América, donde eran subastados fijando precios según su edad, salud y habilidades. Además de ser vendidos, eran marcados con un hierro al rojo vivo como signo de propiedad. La causa fue económica, y la trata de esclavos africanos creció y duró casi cuatrocientos años si la contemplamos desde sus inicios, menos masivos, hacia finales del siglo XV. También es importante recordar que la esclavitud es avalada por la Biblia en múltiples ocasiones, desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo Testamento, como en el caso de Colosenses 3,22-25, donde se insta a los esclavos a obedecer a sus amos terrenales como si sirvieran a Dios.

La esclavitud no surgió del racismo, sino que el racismo fue una consecuencia de la esclavitud. El racismo es una forma de mantener ese orden esclavista más allá de la esclavitud. De hecho, la esclavitud no se mantiene a través de la fuerza únicamente: cuando se cuestiona el método de domesticación, los azotes y los latigazos son la respuesta. El racismo es una secuela de la esclavitud, y negar que existe el racismo puede considerarse una nueva forma de racismo. El racismo sigue influyendo, limitando y afectando la vida de millones de personas en las sociedades actuales. Estados Unidos, por ejemplo, continúa siendo una sociedad profundamente racista, y

Europa no parece querer quedarse a la zaga. A pesar de la abolición de la esclavitud y la promulgación de los derechos civiles, el país norteamericano nunca ha logrado hacer a un lado la discriminación racista.

El rechazo al inmigrante de Trump y de esa nueva derecha de la cual forma parte, tanto dentro como fuera de Estados Unidos, no se dirige únicamente a la inmigración *per se*; en realidad se trata de racismo. Su odio se deposita en un tipo específico de persona que viene «de afuera», que trae una cultura que es «basura», que trae «idiomas» y «colores» extraños a la población y a las que se les atribuyen los grandes males del país. En 2023, en un mitin electoral en Nuevo Hampshire, Trump dijo lo siguiente:

> No tenemos ni idea de quiénes son. Vienen de África, vienen de Asia, vienen de Latinoamérica [...], están [sic] por todo el mundo. Están arruinando nuestro país. Y es cierto que están destruyendo la sangre de nuestro país, eso es lo que están haciendo. Están destruyendo nuestro país. No les gusta cuando digo eso, y nunca leí *Mein Kampf*. Dicen: «Oh, Hitler dijo eso de una manera muy diferente». Están vaciando los manicomios de todo el mundo. ¿Por qué no hacerlo? Yo lo haría si fuera candidato en Guatemala, El Salvador, Honduras, México... Están vaciando sus cárceles en nuestro país. Hay niños que van a la escuela y hablan idiomas que nadie conoce.

El teórico nazi Alfred Rosenberg promovía el «mito de la sangre», una visión que afirmaba que la sangre debía protegerse, pues representaba la «esencia divina de la humanidad». Julius Evola también desarrolló una versión de racismo esotérico basada en este mito. Este filósofo y conspiracionista italiano desarrolló una doctrina «tradicionalista» que idealizaba un orden jerárquico y espiritual basado en valores «premodernos», rechazando la modernidad, el igualitarismo y la democracia. En su libro de 1964 *Il fascismo: saggio di un'analisi critica dal punto di vista della destra*, criticó una parte del régimen de Mussolini (aunque simpatizaba con sus elementos)

por ser demasiado «modernista». Evola abogó por un fascismo «superior», más espiritual y «trascendente». Durante las décadas de 1960 y 1970, su pensamiento influyó en los movimientos de extrema derecha en Europa occidental, como la Nouvelle Droite, en Francia, el Ordine Nuovo, en Italia, y otros grupos neofascistas que lo adoptaron como base ideológica.

En *Del fascismo al populismo en la historia* (2019), Federico Finchelstein explica lo siguiente:

> No hay inmigrantes que hayan cruzado la frontera norteamericana con la intención de conquistar o contaminar. Pero eso no es lo que afirma la ideología racista de la supremacía blanca. El propio fascismo racista se basa en la mentira de que los seres humanos se dividen jerárquicamente en razas dominantes y razas inferiores. Se basa en la fantasía meramente paranoica de que las razas más débiles se proponen dominar a las superiores y por eso las razas blancas tienen la necesidad de defenderse preventivamente. Hubo muchas ocasiones anteriores en que los fascistas mataron en nombre de mentiras disfrazadas de verdades [...]. Cuando el presidente brasileño Jair Bolsonaro denigra abiertamente a los afrobrasileños, o cuando el presidente norteamericano Donald J. Trump dice que los mexicanos son violadores o «invasores» que llegan en «caravanas», lo que hacen es legitimar el pensamiento fascista en algunos de sus seguidores políticos. Las mismas mentiras que motivaban al asesino de El Paso son fundamentales para el trumpismo y el así llamado esfuerzo por «hacer que Estados Unidos sea grande otra vez», el lema del movimiento MAGA *(Make America Great Again)*.

Migrar es un ejercicio de desapego sin parangón, es más que empacar las propias pertenencias en una maleta y marcharse a otro país: es empacar metas, proyectos, sueños, recuerdos..., es dejar tus costumbres, tu vida, tu versión anterior como persona, a tu familia, tus amigos, tu pareja... Como dicen por ahí, migrar significa querer empacar y llevar contigo a los que amas, significa aprender a estar solo y también a sobrellevar los días en los que pesa esa soledad. Significa muchas veces no sentirse parte de ningún lugar.

De cualquier modo, las políticas antiinmigración están condenadas al fracaso. Las nuevas derechas, que tanto alardean de ser expertas en economía, son las primeras en querer regular algo tan esencial para la economía usando una planificación centralizada. Pareciera que creen que en la economía existe un número fijo de empleos (la falacia de la porción de trabajo).

En su libro *Los mitos de la inmigración* (2024), el sociólogo Hein de Haas repasa los falsos mantras sobre lo que llama «el tema que más nos divide» (la inmigración), y nos alerta sobre cómo los medios sensacionalistas y la propaganda política contribuyen a construir el mito de la «invasión». Además, nos invita a tener más presente que aproximadamente doce millones de africanos fueron llevados violentamente al otro lado del Atlántico como esclavos y que, aunque el comercio de esclavos fue abolido en el siglo XIX, el racismo y la discriminación persistieron. En el sur de Estados Unidos, tras la abolición de la esclavitud en 1865, las leyes Jim Crow mantuvieron a los afroamericanos como aparceros y establecieron un sistema de segregación. Además, los matrimonios interraciales fueron prohibidos hasta la década de 1960 en varios estados del país.

En su artículo «La ultraderecha en América Latina: particularidades locales y conexiones globales» (2024), Cristóbal Rovira Kaltwasser trata un punto importante cuando explica que el apoyo a estas nuevas derechas se basa más en el miedo percibido hacia los migrantes que en la propia realidad o el número de migrantes que llegan a un país:

> La cuestión migratoria es quizá uno de los motivos centrales detrás del éxito electoral de la ultraderecha en Europa, y, como [los] grandes influjos de migrantes no afectan de manera pronunciada a los países de Latinoamérica, podría pensarse que aquí [en Latinoamérica] estaríamos a salvo de la expansión electoral de fuerzas de ultraderecha. Sin embargo, esta

interpretación es errónea por al menos tres razones. En primer lugar, la bibliografía académica ha establecido que no existe un vínculo directo entre la cantidad de inmigrantes que llegan a un país y el ascenso de la ultraderecha. Por ejemplo, la mayor parte de los países de Europa del Este no reciben un gran número de migrantes, pero sí han advertido un notable aumento del voto a favor de partidos de ultraderecha. De hecho, estudios revelan que, más que el aumento real de inmigrantes, es el temor a su llegada lo que propicia el éxito electoral de partidos políticos con una agenda contra la inmigración. Esto demuestra que una de las principales causantes del apoyo a la ultraderecha son las percepciones de los votantes, muchas de las cuales tienden a descansar en amenazas subjetivas antes que objetivas.

Hoy en día, muchos creen que ciertas personas son «inadecuadas» para la sociedad porque tienen una cultura diferente que nunca les permitirá «adaptarse». Esto mismo se repetía en el pasado sobre inmigrantes italianos o irlandeses que llegaban a Estados Unidos. En la actualidad, lo que a la nueva derecha le molesta de la inmigración es, para comenzar, que el origen de las poblaciones inmigrantes sea cada vez menos europeo.

El sentimiento antiitaliano fue común y ampliamente aceptado en Estados Unidos. Un editorial de *The New York Times* de 1891 describía a los sicilianos como «descendientes de bandidos y asesinos», calificándolos como una «plaga sin remisión». Entre 1890 y 1920 se documentaron alrededor de cincuenta linchamientos públicos a italianos. En el siglo XIX, los irlandeses eran despreciados por considerarlos «vagos y propensos a beber alcohol». A comienzos del siglo XX se pensaba que los inmigrantes polacos, italianos y judíos eran tan diferentes que no podrían adaptarse nunca a la vida en Estados Unidos. Lo que antes se aplicaba a grupos como los irlandeses, polacos, italianos, judíos o chinos, ahora se dirige hacia los latinos en Estados Unidos o los africanos en Europa.

La conclusión de autores como Hein de Haas (*Los mitos de la inmigración*, 2024) es que la mejor forma de integración es facilitar que los migrantes encuentren empleo o establezcan un negocio, ya

que el trabajo sigue siendo la principal vía para alcanzar la autonomía, aprender el idioma y lograr la integración. Conceder la ciudadanía sería una de las mejores políticas de integración: cuanto más pronto tengan los inmigrantes accesos a permisos de residencia permanente y ciudadanía completa, mayor será su seguridad respecto a su capacidad para quedarse, lo que incrementará su motivación para invertir en un futuro mejor. Si los inmigrantes tienen la certeza de que no serán deportados, ganarán más confianza para invertir en su nueva vida y en su nuevo país. Esos inmigrantes son los que están dispuestos a soportar años de trabajo arduo y soledad, impulsados por la esperanza genuina de conocer un futuro mejor.

17

El curioso caso de los *magazolanos* y los cubanos trumpistas

La llamada «teoría de la escalera» describe un comportamiento egoísta y excluyente que se manifiesta cuando una persona, tras haber obtenido ciertos beneficios o alcanzado una posición favorable, busca impedir y obstaculizar el acceso de otros a las mismas oportunidades. En el contexto de la inmigración, esta teoría explica cómo algunas personas que lograron establecerse en un país adoptan actitudes o respaldan políticas que dificultan el acceso a oportunidades para otros inmigrantes. Es como si, una vez que ascienden por la escalera, decidieran retirarla para evitar que alguien llegue al mismo lugar. Dicho de otro modo, cruzan la «frontera» para luego apoyar a un populista como Trump, que promete construir un muro aún más grande y deportar a once millones de inmigrantes (también planea revocar la ciudadanía de inmigrantes naturalizados), una medida que se estima podría causar una pérdida de aproximadamente 970.000 millones de dólares en diez años en Estados Unidos.

Este fenómeno se observa particularmente entre los llamados *magazolanos* (en inglés, *magazuelans*, neologismo que alude a los venezolanos adeptos y hasta obsesionados con Trump y el movimiento MAGA) y ciertos cubanos fanáticos que, irónicamente,

replican su apoyo a caudillos al respaldar a líderes como Trump. El ruido que les hace a los cubanos y venezolanos cualquier cosa que suene a izquierda (aunque no lo sea) les dificulta identificar las características populistas de un líder al que votan, con el cual se fascinan y que, en realidad, es un autoritario muy similar al líder autoritario del cual escaparon en sus países. Eso les impide identificar el peligro, porque se apegan a cualquiera que, en el espectro político, se muestre contrario a lo que se presenta como «comunismo» (de hecho, el presidente chileno Gabriel Boric, a quien muy equivocadamente tildan de «comunista», ha condenado con fuerza regímenes como el de Maduro).

De entre todas las subculturas MAGA, ésta es una de las más incoherentes y autodestructivas. Trump los ha utilizado, y ellos lo defienden con un fervor que podría compararse al fanatismo generado por Chávez en sus militantes. Así y todo, Trump celebró que la inseguridad «está disminuyendo en Caracas» y que es «una de las ciudades más seguras del mundo». Mientras tanto, muchos venezolanos se han quedado esperando que «Mr. Trump» intervenga militarmente en su país y los libere..., mientras que todo lo que ha hecho es acordar con el régimen de Maduro la viabilidad de la «devolución» de miles y miles de deportados venezolanos (entre ellos, los que esperaban la «liberación» de su país por parte del «héroe» Trump, y que atacaron a Kamala Harris por ser «comunista», demostrando una completa ignorancia sobre qué es el comunismo... Ahora, a llorar a la iglesia). Parafraseando a José Benegas, los venezolanos que hicieron campaña por Donald Trump son hoy corresponsables de la deportación de sus compatriotas y traicionaron a Venezuela yéndose detrás de Trump para conseguir un sueldo, un acomodo o estar en la ola; la traición comenzó cuando los liberales venezolanos se abrazaron a la derecha fascista, dice el

autor, «que prostituía la palabra *libertad* con Vox, Milei y sus secuaces».

En esto se revela una dinámica compleja: quienes anteriormente eran objeto de desprecio o marginación, al ganar influencia, adoptan una postura agresiva y excluyente hacia sus opositores. Al hacerlo, replican las mismas formas de violencia que una vez vivieron, utilizando su recién adquirida posición de poder o influencia para imponer su visión y atacar a quienes consideran sus enemigos. Esta tendencia refuerza la polarización y la división, ya que los mecanismos de exclusión se perpetúan a través de un ciclo que, lejos de fomentar la reconciliación, intensifica la confrontación.

Imaginemos que a los padres del actual secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, les hubieran negado la entrada al país. Los dos eran cubanos y ninguno era ciudadano estadounidense cuando Rubio nació: bajo una orden semejante de Trump, su secretario de Estado no sería ciudadano estadounidense. Hoy, Rubio estaría en el malecón de La Habana. Sin embargo, irónicamente, otro Marco Rubio en el poder cerraría esa misma puerta. Esto es precisamente lo que está haciendo el Partido Republicano, bajo el mando de Donald Trump, al endurecer políticas que afectan a quienes buscan un futuro mejor.

Trump logró aumentar significativamente el respaldo recibido entre los votantes latinos, pasando del 32 %, en las elecciones de 2020, al 45 %, en las de 2024. Durante sus campañas presidenciales y a lo largo de su primera presidencia, Trump maltrató públicamente a los latinos y mantuvo una política distante hacia América Latina. No impulsó acciones decisivas sobre los regímenes más autoritarios de la región, ni estableció alianzas sólidas con las democracias existentes para fomentar mejoras económicas que pudieran ser beneficiosas. A pesar de todo, la población latina se está moviendo

cada vez más hacia la derecha. Como numerosos inmigrantes latinoamericanos detestan todo lo relacionado con la palabra *socialismo*, los trumpistas han sabido explotar muy bien el poder del lenguaje a su favor.

La mentalidad de algunos de estos inmigrantes que llegan a Estados Unidos consiste en encontrar a un nuevo caudillo; y, esta vez, muchos lo han hallado en Donald Trump: emigrar, invocar el llamado «sueño americano» (que, honestamente, ya es una «pesadilla»), denunciar la dictadura de su país, decir que Estados Unidos es un país de inmigrantes... Una vez que obtienen sus papeles y «se hacen estadounidenses», se convierten en republicanos y se suman a la agenda xenófoba. Eso es parte del mecanismo de muchos *magazolanos*, quienes, para sentirse parte de lo que consideran que es Estados Unidos, necesitan adherirse a una ola racista que estaría dispuesta a borrarlos a ellos mismos del mapa, pero que, sin embargo, van tras esa ola con tal de «sentirse parte».

Comprender el concepto de «cierre social» es esencial: una vez que ingresan, estos fanáticos de MAGA sienten que ya forman parte de la «ciudadanía» y que *ellos* pueden pertenecer, pero no *los demás*. Debido al afán de «pertenecer», muchas personas creen que al adherirse al mismo discurso de Trump van a formar parte del grupo de blancos anglosajones y protestantes de clase alta, o WASP *(white anglo-saxon protestant)*, y por eso se apresuran a transformarse en *«foxevangelists»* (trumpistas fanáticos que sólo consumen Fox News), se compran sombreros tejanos o modelan sus gorras rojas al estilo MAGA.

18

Los supremacistas, el KKK y los «estéticamente superiores»

«Somos estéticamente superiores», repite Javier Milei. Y Donald Trump vocifera: «Los inmigrantes están contaminando la sangre de Estados Unidos»; «La gente que no habla nuestro idioma vota y puede cambiar los resultados de la próxima elección».

En su libro *The South was right!* (1994), James y Walter Kennedy representan el modo de pensar de muchos de los seguidores de la nueva derecha global reaccionaria, especialmente la estadounidense. Los autores se quejan de que, en el sur de Estados Unidos (incluido en la región conocida popularmente como *Bible Belt* [Cinturón de la Biblia]), se enseñe la «versión del norte» sobre la guerra de Secesión, y dicen estar cansados de que los estudiantes sureños deban memorizar el Discurso de Gettysburg del presidente Abraham Lincoln, pero no sepan quién fue el presidente de los Estados Confederados, Jefferson Davis. Los autores del libro lamentan que, en el pasado, «la nación se enorgullecía de la herencia confederada de América», y ahora ya no. Según ellos:

> [...] un malvado gobierno en la sombra, de corte neomarxista, ha tomado el control de Estados Unidos. Este gobierno en la sombra está compuesto por ideólogos de izquierda en los medios de comunicación, el mundo académico, el establecimiento político y sus donantes, tanto en el norte como en el sur. Con la caída del antiguo mundo comunista, el marxismo cambió su forma, pero no

> sus objetivos. Los neomarxistas, formados por liberales, progresistas, socialistas y otros llamados «guerreros de la justicia social», han reemplazado al marxismo clásico [...]. El Estados Unidos moderno es una nación posmodernista y secular, dominada por la ideología de la corrección política promovida por los neomarxistas guerreros de la justicia social y académicos neomarxistas que ahora controlan nuestras universidades [...]. Los neomarxistas de todas las tendencias están destruyendo activamente los fundamentos sobre los cuales se basa nuestra civilización cristiana occidental.

Aunque se pueden distinguir por el grado y el nivel de su virulencia y radicalismo, existe una enorme interconexión entre los grupos y ramificaciones de la nueva derecha. La famosa manifestación llamada «Unite the Right» [«Unid la Derecha»], que tuvo lugar en Charlottesville (Virginia) en agosto de 2017, marcó un antes y un después, revelando la verdadera naturaleza de la nueva derecha en Estados Unidos: un movimiento profundamente hostil y violento hacia los valores democráticos. Bajo el pretexto de defender monumentos confederados, la protesta reunió a supremacistas blancos, miembros del KKK, el grupo neofacista Proud Boys, la Acción Anticomunista, neonazis y nacionalistas, que marcharon con antorchas y profiriendo gritos. Este evento no fue un hecho aislado, sino una expresión concentrada del odio racista que la nueva derecha ha normalizado en la esfera pública.

La supremacía blanca no es sino una forma de racismo que promueve la superioridad de una «raza» sobre las demás. Los seguidores de esta ideología consideran a las «otras razas» como inferiores. El núcleo del asunto es que la supremacía blanca, al igual que otras formas de ideas de superioridad racial, se basa en creencias racistas sin fundamento. Para un racista, cada persona de una «raza» específica tiene una predisposición mental particular que es exclusiva de esa «raza». En otras palabras, para un racista, la «raza» define la manera en que las personas piensan, viven, se comportan y actúan. La biología ha demostrado que todos los seres

humanos descendemos de un ancestro común en el África subsahariana. Las razas no existen, pero lo que sí existe es el racismo, el cual es parte de la cultura predominante en Estados Unidos desde la época colonial.

Esa cultura comenzó a quebrarse poco después de que la Corte Suprema de Estados Unidos eliminara la segregación en las escuelas en el año 1955. A partir de 1964 y 1965, distintas leyes clave desarticularon el régimen supremacista blanco en el sur y también influyeron en el resto del país. Muchos extremistas nunca pudieron aceptar que los blancos anglosajones hubieran perdido poder e influencia, lo que dio lugar a un resurgimiento del supremacismo blanco a finales del siglo xx, fenómeno que continúa expandiéndose hasta nuestros días, y, como podemos observar, no sólo en Estados Unidos.

En el ámbito académico, y especialmente desde enfoques como la teoría crítica de la raza (TCR) y la interseccionalidad, se utiliza correctamente el concepto de supremacía blanca para describir un sistema en el que las personas blancas disfrutan de privilegios y beneficios estructurales sobre otros grupos étnicos, tanto en lo individual como a nivel colectivo. Este enfoque resalta cómo las instituciones y normas históricas han mantenido desigualdades que siguen favoreciendo a los blancos, creando una jerarquía racial que persiste en la actualidad.

La TCR propone un análisis profundo de estas dinámicas para cuestionarlas, motivo por el cual también se ha convertido en uno de los «enemigos a combatir» dentro de la épica de la nueva derecha. Más tarde pondré énfasis en este punto, pero ahora hay que destacar que esta teoría no afirma en sí misma un catálogo de cuestionamientos; todo lo que hace es mirar más allá de lo literal, con el fin de buscar formas de racismo que no son verbalizadas. No

hay nada cuestionable en ese «mirar más allá», salvo para los que sean conscientes de que más allá hay algo que no es conveniente ver y que quieren proteger. Los teóricos críticos sostienen que el racismo es una vivencia diaria para la mayoría de las personas negras, y explican que una porción de la sociedad no muestra interés en erradicarlo. Tras los asesinatos de Breonna Taylor y George Floyd a manos de la policía estadounidense, estos estudios han juntado todavía más fuerza.

Aunque las leyes segregacionistas y discriminatorias han sido eliminadas en una gran parte del mundo, la supremacía blanca ha perdurado, y hoy ha encontrado acomodo para expresarse en los programas de partidos políticos de diversos países: por ejemplo, Agrupación Nacional (Rassemblement National, RN), en Francia; Alternativa para Alemania (Alternative fur Deutschland, AfD), en Alemania; Vox, en España; Fidesz-Unión Cívica Húngara (Fidesz-Magyar Polgári Szövetség), en Hungría; Ley y Justicia (Prawo i Sprawiedliwość, PiS), en Polonia; Partido de la Libertad (Freiheitliche Partei Österreichs, FPO), en Austria; Partido Republicano, en Estados Unidos; y La Libertad Avanza, en Argentina, entre muchos otros. Y todas estas formaciones abrazan nociones religiosas de la política.

Según señala el sociólogo Víctor Albert-Blanco en su artículo «La religión de la extrema derecha española» (2024), en las elecciones gallegas, vascas, catalanas y europeas de 2024, Vox no logró un crecimiento significativo, pero tampoco perdió apoyos, consolidándose como un actor clave dentro del sistema político español. De esta forma, el partido de la nueva derecha española ha jugado un papel relevante al formar parte de varios gobiernos regionales de derecha o al ofrecerles apoyo externo, reforzando así su posición en el panorama político.

Esta consolidación, según Albert-Blanco, ha provocado el resurgimiento de temas que parecían haber quedado en el pasado, colocándolos nuevamente en el centro de la discusión pública, como sucede con las nuevas derechas en otras partes del mundo donde han adquirido poder. Entre estos temas destaca la religión como un elemento central tanto en el discurso como en las prácticas políticas de la extrema derecha española. Además, el autor señala que Vox ha empleado la identidad católica como un recurso simbólico para justificar sus posturas frente a cuestiones como las llamadas políticas morales, la agenda feminista y los derechos LGTBI+, un rasgo que ha estado presente en el partido desde su fundación en 2013, además de su insistente oposición a lo que esta nueva derecha denomina «ideología de género» y «cultura de la muerte», dos conceptos provenientes de círculos católicos. Albert-Blanco lo expone así en su mencionado artículo:

> La religión es, para Vox, un recurso identitario. Es la base de un discurso «civilizacionista» que sitúa la religión cristiana en el corazón de la identidad española e incluso, más ampliamente, de la «cultura europea». Esta idea se refleja en numerosas referencias en los programas electorales, así como en las intervenciones de los cargos electos de Vox en las distintas cámaras donde el partido está representado. La referencia religiosa cristiana esgrimida por la extrema derecha no se basa tanto en una práctica religiosa explícita, sino más bien en una forma particular de nacionalismo. Este discurso sirve para definir un *nosotros* y, al mismo tiempo, designar a *otros* que no pertenecerían a la comunidad nacional. La religión parece estar en el centro de esta distinción y de esta retórica de la exclusión. En efecto, el islam y los musulmanes se ven asignados a una perpetua alteridad o, incluso, a la condición de enemigos de la nación. Esta islamofobia ideológica no es una prerrogativa exclusiva de la extrema derecha española, ya que sigue siendo un elemento fuertemente compartido por los distintos grupos nacionalistas y populistas de otros países europeos [...]. La particularidad de Vox en este ámbito reposa en un discurso centrado en la historia de España y en la reivindicación de la Reconquista, el episodio que, entre los siglos VIII y XV, permitió a los Reyes Católicos expulsar a musulmanes (y judíos) de la península Ibérica. A escala europea, este discurso basado en la identidad religiosa se traduce en numerosas acciones. No sólo permite agitar una dimensión puramente simbólica, sino que también

estructura importantes demandas en los ámbitos de la política migratoria, la prevención del terrorismo o los asuntos exteriores.

Por otro lado, en su libro *White man falling: race, gender, and white supremacy* (1999), la socióloga Abby L. Ferber argumentó que el movimiento de supremacía blanca estadounidense, junto con el movimiento de milicias que también opera dentro del mismo, ofrece explicaciones simples y directas para justificar por qué muchos hombres blancos se sienten marginados o derrotados. Ferber sostiene que una de las bases de este movimiento es su proceso de «construcción de la *diferencia*», donde los grupos considerados como *«otros»* (mujeres, personas negras, personas trans, homosexuales, etcétera) son vistos de manera negativa en comparación con una norma dominante. En este sentido, ser negro se asocia con ser inferior a blanco; ser judío, a ser inferior a cristiano; y ser gay, a ser inferior a heterosexual. Este sistema refuerza jerarquías que perpetúan la dominación de lo que se percibe como la norma.

Un aspecto relevante radica en que la nueva derecha realiza una crítica del concepto de «política identitaria» desde una posición falaz. La cuestión central es si uno se adhiere a una corriente con un fin ofensivo o defensivo, ya que promover una identidad desde una perspectiva racista es distinto a hacerlo con el fin de proteger a quienes son perseguidos debido a su color de piel, por ejemplo. La equivalencia moral entre ambas situaciones es inasumible. Por ejemplo, no es lo mismo formar una agrupación antisemita que crear una agrupación de judíos para defenderse del antisemitismo, lo cual implica una política identitaria de carácter defensivo. Insistir en lo que se denomina «política identitaria» no es comparable en casos como la creación de un partido nazi y, por otro lado, la organización de judíos para defenderse de este. Además, los defensores de los

modelos de la nueva derecha argumentan que agruparse para la autodefensa es colectivismo, cuando, en realidad, hacerlo es moralmente incuestionable. Su lógica es la siguiente: «Vamos a perseguir judíos, pero, después, éstos deben defenderse individualmente». Exigen que la defensa no sea colectiva, sino individual. En otras palabras, te atacan en grupo, pero esperan que te defiendas sola o solo. Como dice José Benegas en X: «Hay demasiada gente más preocupada por la posibilidad de que no seamos "justos" con los hijos de puta, que por los hijos de puta».

Por si fuera poco, vemos hoy el resurgir del Ku Klux Klan (KKK), el movimiento supremacista blanco más antiguo y extendido en Estados Unidos. Fue creado por seis veteranos del Ejército Confederado en 1866, en Pulaski (Tennessee), y el nombre del clan proviene de la palabra griega *kýklos* ['círculo'], transformada en *kuklos* y, después, en *ku klux*. Optaron por una vestimenta característica: túnicas y capuchas blancas que simbolizan a los fantasmas de los soldados confederados. La membresía a este movimiento, que aún existe, se mantiene en secreto. En el año 1867, el KKK se reorganizó como un «movimiento paramilitar para proteger el sagrado estilo de vida del sur».

El grupo más destacado y militante del KKK fue el United Klans of America (UKA), establecido en julio de 1961, cuando unos quinientos líderes del Klan se reunieron en el estado de Georgia para unificar la organización, intentando frenar el movimiento por los derechos civiles de aquella década; pronto, a mediados de esa misma década, el UKA se había convertido en el grupo del KKK más numeroso de Estados Unidos. En 2006, el Southern Poverty Law Center estimó que existen 86 grupos del KKK aún vigentes, operando en secreto y promoviendo discursos de odio. El nuevo movimiento antiinmigración fomentado por Donald Trump está revitalizando el KKK, y hay más

miembros de los que podemos imaginar, casi todos ocultos bajo la membresía secreta. Aunque poco debe faltar para que decidan salir orgullosos.

¿La misión del KKK? Purificar Estados Unidos y «restaurar» el estilo de vida tradicional de los blancos. En agosto de 1963, durante una quema de cruces en Carolina del Sur, el líder de UKA, Robert Shelton, expresó lo siguiente: «El movimiento integracionista se inspira en el comunismo, y su objetivo es la instalación de un gobierno mundial y la creación de una nueva raza de mestizos». Parece que los discursos no han cambiado mucho...

El clima moral de una sociedad se manifiesta en múltiples espacios: en los artículos de opinión, en los discursos de los políticos, en los debates de los programas de radio, en los chistes mordaces de los comediantes y hasta en las narrativas de las series de televisión. También deja su huella en las votaciones parlamentarias que dan forma a las leyes y en las sentencias judiciales que las interpretan. Sin embargo, este avance moral no sigue una línea recta y uniforme; más bien se parece a una montaña rusa con picos y caídas abruptas. A menudo, este proceso enfrenta retrocesos temporales y regionales, como el giro conservador que Estados Unidos ha experimentado desde principios del siglo XXI. En esta interacción entre avance y retroceso, se contempla el reflejo de una pelea permanente entre las fuerzas que buscan empujar a las sociedades hacia el progreso social y aquellas que tratan de frenar o incluso revertir ese progreso.

Las fisuras del país construido sobre cimientos racistas y sobre los hombros de personas esclavizadas, como sostiene Adam Rutherford en su libro *Cómo rebatir a un racista* (2021), son más visibles que nunca y están expuestas como un nervio al descubierto. El autor enfatiza que este racismo no surge únicamente de la violencia

policial contra hombres negros ni de las voces de los supremacistas blancos que se oyen en los discursos públicos y políticos. El racismo estructural, insiste Rutherford, es un fenómeno cotidiano y profundamente arraigado en nuestra vida diaria, que se alimenta de la indiferencia hacia las experiencias de quienes lo sufren. Los estereotipos y mitos sobre la idea de «raza» forman la base que sostiene el racismo estructural.

En su discurso «What to the slave is the fourth of July?», publicado en un folleto en 1852 (y del que hay una edición de 2021), el abolicionista que escapó de la esclavitud Frederick Douglass (1818-1895), orador, escritor y diplomático afroamericano, habló de la hipocresía de Estados Unidos, un país que celebraba un ideal de libertad pero que, a la vez, se mantenía sobre los pilares de la esclavitud. Desde su fundación, Estados Unidos ha mostrado una dualidad moral en la que el racismo y la supremacía blanca se han cobijado bajo el discurso de libertad. Este lenguaje ha sido instrumentalizado para justificar la discriminación y mantener estructuras de poder, algo que hoy se consolida en las corrientes de la nueva derecha y del nacionalismo cristiano.

19

«God, guns and Trump»

El eslogan «God, guns and Trump» («Dios, armas y Trump») es uno de los más representativos de los militantes trumpistas. De hecho, es uno de los mensajes que más apareció en las pancartas de la multitud que participó en el asalto al Capitolio en 2021. Pero ¿de dónde proviene esa obsesión con las armas, si la Biblia no menciona ni a Trump ni las armas? Para la nueva derecha estadounidense, las armas no son «sólo armas»: son un símbolo de lo que para ella es Estados Unidos.

El porcentaje de hogares que poseen armas ha disminuido de manera constante desde la década de 1970. Sin embargo, el respaldo a la propiedad de armas sigue siendo sorprendentemente alto. Una posible explicación psicológica sugiere examinar algunos rasgos de personalidad y valores que suelen diferenciar a los conservadores de los progresistas. Estudios como «The secret lives of liberals and conservatives: personality profiles, interaction styles, and the things they leave behind» (2008), de Dana R. Carney, indican que los conservadores, en comparación con los progresistas, tienden a otorgar mayor importancia a una autoridad, siempre que ésta sea percibida como legítima, y muestran una mayor aversión al cambio. Estas características inciden en su manera de abordar asuntos como el control estatal sobre las armas.

Independientemente de que la percepción de amenaza sea real o exagerada, los militantes de las nuevas derechas y sus libertarios más efusivos parecen presentar problemas para tolerar la ansiedad, lo que lleva a muchos a adoptar estrategias para calmarla y sentirse más seguros. Una estrategia adoptada por algunas personas para lidiar con sus ansiedades es buscar elementos que les brinden calma frente a los miedos que les generan las teorías conspirativas en las que creen.

Expresar enojo públicamente ayuda a algunas personas a manejar emociones que, de otra manera, les resultarían difíciles de aceptar y trabajar, como la vergüenza o el odio. Al hacerlo, también encuentran apoyo social, pues sus sentimientos son compartidos y reforzados por otros. Además de esto, ahora también son legitimados desde el poder político, desde donde los candidatos y presidentes disparan palabras hirientes y destilan violencia por diversión.

Con el fin de tomar perspectiva sobre la cuestión de las armas, es necesario retroceder a varias décadas atrás. La llamada «epidemia de violencia armada» que vive Estados Unidos, junto con la ineficacia para abordarla, tiene raíces profundas en otra crisis que afecta al país: el racismo del que hablamos hace un rato, y específicamente el prejuicio de que las personas negras representan una «amenaza» que sólo una población blanca bien armada podría controlar. Sobre esta premisa se erige la cultura de las armas en Estados Unidos, originada desde los primeros días de la América colonial y que ha atravesado para siempre la historia del país.

Aquí entra en juego otro factor: la inmigración y el concepto de «los de afuera». En la actualidad, la expresión más contundente de la «mentalidad de frontera» se refleja en esta cultura de las armas. De forma similar a como ocurrió en la época de la expansión hacia el

oeste (que supuso el exterminio de los pueblos originarios), las armas se entienden hoy como un medio de defensa frente a lo que denominan «salvajes».

La retórica empleada por Donald Trump deshumaniza a grupos enteros de personas, de manera bastante análoga a cómo se trató a los pueblos originarios durante los tres siglos de masacre y colonización hacia el oeste. En «Armed and Dangerous» (2020), la organización estadounidense Everytown Foundation agrega lo siguiente:

> Protestas armadas, un movimiento supremacista blanco en auge, milicias antigubernamentales organizadas, teorías conspirativas llevadas al discurso público y la deliberada siembra de desconfianza en las instituciones políticas: Estados Unidos enfrenta una peligrosa confluencia de desafíos impulsados por grupos e individuos de extrema derecha [...]. El fanatismo por el derecho a poseer armas es el elemento común que conecta todos estos problemas. Tras años de observar de cerca el *lobby* de las armas, y en particular la NRA [National Rifle Association of America], se presenta este informe, que analiza el papel de dicho *lobby* en la difusión de mensajes potencialmente radicalizados de la extrema derecha. Este fenómeno aviva las llamas del miedo y la ira entre quienes ya están radicalizados, a la vez que promueve leyes permisivas sobre las armas que facilitan el acceso a armamento para extremistas violentos. Un acto de violencia motivado por el odio puede enviar un mensaje devastador: que todos los miembros del grupo de identidad atacado no son bienvenidos ni están seguros. Con frecuencia, ése es precisamente el objetivo. Las armas juegan un papel crucial en el terror asociado con la violencia de extrema derecha [...]. La violencia motivada por el odio también ha alcanzado niveles preocupantes, con cifras del FBI que indican un aumento récord en ataques personales motivados por prejuicios en 2018, el más alto en 16 años [...]. Cuando manifestantes armados aparecen blandiendo rifles de asalto, no buscan promover el debate; su intención es silenciar y amenazar. Las armas, en este contexto, comunican por sí mismas: simbolizan que el tiempo para el diálogo ha terminado y que quienes están armados imponen su voluntad por la fuerza. La extrema derecha y otros grupos políticos conservadores han utilizado eventos recientes, como las protestas por el confinamiento por la COVID-19 y contra las manifestaciones tras el asesinato de George Floyd, para exhibir abiertamente armas de fuego de estilo militar. Esto no sólo incita el miedo, sino que también busca reprimir el discurso civil y sembrar la amenaza sobre quienes defienden derechos y libertades democráticas. [1]

La prevención de tiroteos masivos representa un reto complejo. No obstante, numerosos actores en el ámbito político, especialmente dentro del movimiento MAGA y ciertos sectores republicanos, han evidenciado una marcada falta de voluntad para enfrentar este problema. Aunque es ampliamente reconocido que implementar controles más estrictos y rigurosos en el acceso a armas de fuego —como verificaciones de antecedentes más profundas— resulta esencial, estos grupos de la nueva derecha se han resistido de manera sistemática a hacer cualquier avance significativo en esa dirección. Los entornos y las fundaciones libertarias intentan instalar un «chip proarmas» en las personas a base de replicar mensajes que defienden esta postura sin cuestionamientos. Lo observé de primera mano.

Según la base de datos online WONDER (Wide-rangeing Online Data for Epidemiologic Research), de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (Centers for Disease Control and Prevention, CDC), en Estados Unidos, las niñas, los niños y adolescentes tienen mayores probabilidades de morir por armas de fuego que por cualquier otra causa. Desde 2020, las armas de fuego se han convertido en la principal causa de muerte de niñas, niños y adolescentes en el país, por delante de los accidentes automovilísticos. Según la organización Moms Demand Action, persiste el mito común de que poseer un arma para defensa personal en el hogar aumenta la seguridad de las personas y sus familias. No obstante, en Estados Unidos, la evidencia muestra que la presencia de armas en los hogares incrementa significativamente el riesgo de muertes por suicidios, accidentes no intencionales y episodios de violencia doméstica. La presencia de un arma en el hogar aumenta el riesgo de suicidio en un 300 %, y una prueba de que el control de la posesión de armas reduce ese riesgo está en

Australia, donde, tras implementarse regulaciones más estrictas sobre las armas en 1996 (en respuesta a la masacre de Port Arthur de ese año), los suicidios con armas de fuego disminuyeron un 74 %.

Estados Unidos lidera las estadísticas de posesión de armas a escala mundial, con 120 armas por cada 100 personas, y también ocupa el primer lugar en muertes por armas de fuego, con más de 40.000 muertes al año. En Estados Unidos, cada año se producen más de trescientos tiroteos en escuelas, un fenómeno que prácticamente no ocurre en ningún otro país.

Es ampliamente conocido cómo incontables iglesias de todo tipo encubren y toleran a los abusadores sexuales, incluyendo a los curas pederastas, e incluso a los que ocupan altos cargos religiosos. Cuando son denunciados, a menudo sólo son trasladados a otras parroquias o instituciones, donde continúan perpetrando abusos contra menores. La nueva derecha se queja mucho de las *drag queens*, pero los hombres con vestidos que abusan de niños o niñas no son precisamente *drag queens*. ¿Qué está causando la muerte de las infancias en Estados Unidos? No es la lectura de los libros que los republicanos quieren prohibir en estados como Florida, ni la lectura sobre la historia de la esclavitud, ni los derechos LGTBI+, ni los almuerzos gratuitos en las escuelas, ni las *drag queens* leyendo cuentos en librerías. Lo que sí es una amenaza real, algo que verdaderamente está acabando con la vida de los menores, son las armas de fuego. Otra vez, las armas de fuego son la principal causa de muerte de niños, niñas y adolescentes en Estados Unidos, por delante de los accidentes automovilísticos y del cáncer, que fueron las principales causas de mortalidad entre la juventud estadounidense hasta 2020.

Lo más sorprendente es que obtener un arma en Estados Unidos es más fácil que sacar una licencia de conducir, ya que no se requiere entrenamiento ni un permiso especial. En 40 estados, es posible comprar un rifle sin pasar por una verificación de antecedentes, ya sea en ferias de armas o en ventas privadas, lo que contribuye a la facilidad con la que se puede acceder a estas armas.

20

El final del «proyecto Estados Unidos»

Donald Trump fue reelegido en 2024 a pesar de los más de noventa cargos judiciales y una condena por abuso sexual; a pesar de haber cometido fraude empresarial; a pesar de intentar revertir una elección incitando a la violencia; a pesar de las acusaciones en los documentos de divorcio de su primera esposa, Ivana, que alegaban tratos «crueles e inhumanos», incluyendo abuso verbal, físico y violación; y a pesar de declarar públicamente que podría dispararle a alguien en la Quinta Avenida de Nueva York y aun así no perder el respaldo de sus seguidores. «Hay que negar, negar, negar y contraatacar a estas mujeres. Si admites algo o cualquier culpabilidad, entonces, estás muerto... Tienes que ser fuerte. Tienes que ser agresivo. Tienes que contraatacar con fuerza. Tienes que negar todo lo que se diga sobre ti. Nunca lo admitas», dijo Trump sobre el movimiento Me Too.

Fue reelegido a pesar de enfrentar acusaciones de falsificar registros comerciales para ocultar pagos destinados a silenciar a personas durante la campaña de 2016, de retener indebidamente documentos clasificados en su mansión Mar-a-Lago (en Palm Beach) tras dejar la presidencia y de obstruir investigaciones posteriores.

Una parte significativa de los estadounidenses prefirió poner a un abusador sexual, provocador, violento, narcisista y conspicuo delincuente convicto (aunque evitó ir a prisión) en la Casa Blanca, y

no a una mujer que fue fiscal general. Todavía, la mayoría prefiere apoyar a cualquier hombre, incluso a un delincuente, antes que a una mujer. A pesar de todo, creyeron en la narrativa de que Trump era víctima de una caza de brujas política, engañados gracias a la complicidad de los CEO de Silicon Valley.

Tal vez, en un futuro, los libros de historia planteen lo siguiente: ¿cómo terminó el «proyecto Estados Unidos»? (Y cuidado con la idealización de dicho proyecto). Simplemente, los electores no quisieron votar por una mujer. Esto evidencia que los problemas de fondo siguen siendo el machismo y el racismo, mostrando que lo único que muchos detestan más que a un violador es a una mujer con poder. Subestimar el alcance de grandes grupos que operan bajo estas creencias sería un grave error. Estados Unidos, como tantas otras naciones que sucumben al embrujo de charlatanes y falsos mesías de las nuevas derechas, se presenta como una nación rota y fracturada. Trump ha protagonizado esto dos veces en apenas diez años.

La fecha de la reelección de Donald Trump en 2024 queda inscrita como un punto de inflexión histórico. ¿Qué ocurrirá con su control absoluto? Sin pesos ni contrapesos, con las plataformas digitales, el Senado, la Cámara de Representantes, la Corte Suprema y la presidencia bajo un solo mando..., ¿qué puede pasar? Las elecciones presidenciales estadounidenses de 2024 dejaron al descubierto una verdad incómoda. Parece que la inquietante predicción se cumplió: el fascismo se ha adaptado y ha llegado a Estados Unidos, envuelto en una bandera y con una cruz en la mano. Trump, el primer presidente delincuente convicto, representa el fin de una era y el inicio de otra marcada por la supremacía blanca y el nacionalismo cristiano.

No importa que cientos de republicanos hayan declarado públicamente que no votarían por Trump, incluidos su exvicepresidente, su ex jefe de gabinete, su ex ministro de Defensa, su ex comandante militar conjunto, su ex procurador general, su ex asesor de seguridad nacional, su ex director de inteligencia, su exsubdirector del FBI, más de cuarenta excongresistas republicanos, diecinueve exfuncionarios cercanos, dieciocho exgobernadores republicanos, catorce exdirectivos del Partido Republicano... Su exvicepresidente instó a no votarlo, mientras que su actual vicepresidente, James D. Vance, expresó lo siguiente sobre él en 2016: «Dudo entre pensar que Trump es un idiota cínico como Richard Nixon y que no sería tan malo (e incluso podría resultar útil) o que es el Hitler de Estados Unidos». Por cierto, Trump publicó ciertas referencias sobre «la necesidad de la creación de un *"Reich"* unificado en Estados Unidos», sugiriendo también que Hitler «hizo algunas cosas buenas», y que necesita «el tipo de generales que tuvo Hitler».

Una frase de Trump, en un debate de campaña con Kamala Harris, fue que los inmigrantes «se comen a los perros [...], se comen a los gatos, a las mascotas», de sus vecinos. Era parte de un bulo de campaña creado por los republicanos sobre los inmigrantes haitianos en Springfield (Ohio) y otros imaginarios lugares fronterizos. Y resultó ser un mensaje más efectivo o impactante que el de Kamala Harris: «Déjame ayudarte a comprar tu primera casa». Harris ganó en las grandes ciudades, incluso en las de los estados que sumó Trump, quien ganó en las zonas rurales y religiosas del país, lejanas a las ciudades cosmopolitas. Los análisis postelectorales sostienen que la preferencia demócrata está estrechamente relacionada con un nivel educativo superior y que la población de las

zonas urbanas se relaciona con una amplia variedad de comunidades, adquiriendo así valores de inclusión y equidad.

La mayoría de los seguidores de Trump provienen de sectores blancos de ingresos medios o bajos y tienen niveles educativos bajos. Son personas que sienten que han perdido lo que les pertenecía, que su país les ha sido arrebatado, y repiten angustiados que los «blancos» pronto serán una minoría. Muchos creen que el movimiento feminista ha minado su papel tradicional en las familias patriarcales. Esta sensación de pérdida también explica su intenso vínculo y apego a las armas, que consideran una forma de reafirmar su masculinidad y demostrar que son hombres poderosos y alfas.

Por eso, es importante abordar el tema del Estados Unidos más rural, donde prevalece la falta de educación y hay un exceso de ideología religiosa. Este factor, junto con el de los resultados de las elecciones, es importante, porque, según una encuesta de Gallup, el 54 % de los estadounidenses se identifica como creacionista. Muchos de ellos, que tienen el derecho de votar a quién preside el país y quiénes ocupan puestos en el Congreso, sostienen creencias como que los dinosaurios vivieron en tiempos del arca de Noé, que las primeras especies fueron formadas por suspiros divinos o que una serpiente (la bíblica) podía hablar. Estas personas no sólo votan, sino que algunos toman decisiones sobre leyes y políticas que afectan al conjunto de la sociedad. La mezcla de autoridad política y poder, junto con una visión tan limitada de la realidad, constituye una amenaza, pues puede obstaculizar la formulación de políticas basadas en hechos y frenar el progreso en áreas como la educación y el fomento del pensamiento crítico.

En *Carta a una nación cristiana* (2007), Sam Harris señala que, aunque pueda parecer imposible hacer a un lado la visión religiosa dentro de una sociedad, debemos reconocer que gran parte del

mundo desarrollado está muy cerca de lograrlo. Países como Noruega, Islandia, Australia, Canadá, Suecia, Suiza, Bélgica, Japón y Dinamarca se encuentran entre las sociedades menos religiosas del planeta. Al mismo tiempo, se destacan por ser de las más avanzadas en indicadores como la esperanza de vida, la alfabetización adulta, el ingreso per cápita y la igualdad de género, además de tener unas bajas tasas de homicidios y mortalidad infantil.

Un estudio de DW Azul[1] analizó cómo hubieran votado los europeos en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2024. En países como Dinamarca, Suecia, Alemania, Irlanda, Francia, España y Estonia, más del 70 % de los encuestados habría apoyado a Harris, opción que habría alcanzado cifras de hasta el 96 % en Dinamarca y el 90 en Suecia. Polonia y el Reino Unido también mostraron mayorías significativas a favor de Harris, con el 69 y el 68 %, respectivamente. En contraste, Rusia se destacó como la única nación donde Donald Trump recibiría un apoyo mayoritario, con el 78 % de los votos simulados.

Este apoyo a Trump en Rusia resalta una dimensión central: el vínculo estrecho entre el liderazgo de Trump y los intereses geopolíticos de Rusia. Conocemos el control que Vladímir Putin tiene sobre Donald Trump, pues, a comienzos de 2025, Putin sostuvo lo siguiente: «Trump reestablecerá el orden mundial con rapidez». Las intenciones de Putin han sido claras desde el principio: desestabilizar las instituciones y los gobiernos democráticos, tanto en Estados Unidos como en otros países. Putin pretende que Trump facilite el avance de los intereses rusos en Europa. Además, busca que se levanten las sanciones impuestas por Occidente, que afectan a ciertas cuentas bancarias de magnates corruptos rusos en el extranjero. Gracias a su vasta experiencia en el KGB (que fue la agencia de inteligencia y de policía secreta de la Unión Soviética

entre 1954 y 1991), donde sirvió desde 1975 hasta 1991, y a su habilidad en el uso de técnicas de influencia y control mental sobre el pueblo ruso, Putin cuenta con los conocimientos y recursos necesarios para avanzar en sus objetivos, entre ellos, el respaldo a la presidencia de Donald Trump. La pregunta será si todos los caminos de la nueva derecha conducen a Moscú. La respuesta es cada día más evidente.

Donald Trump ha demostrado, una vez más, su absoluto desprecio por los principios democráticos y su afinidad con regímenes autoritarios. Al afirmar que Zelenski «nunca debió haber comenzado» la guerra con Rusia, Trump no sólo muestra una falta de comprensión histórica, sino que, en la práctica, está replicando la retórica de Putin desde un podio de poder. Si bien Zelenski ha dejado claro que Ucrania no aceptará ultimátums, incluso en los momentos más difíciles, Trump prefiere lavarse las manos y hacer concesiones a los tiranos. Es muy evidente identificar de qué lado está Trump: llamó «dictador» a Zelenski, se sentó en la mesa con Caracas y convirtió la Casa Blanca en una especie de Embajada del Kremlin.

Su postura recuerda a Neville Chamberlain en 1938, cuando intentó apaciguar a Hitler con el tratado de paz de Múnich, un acuerdo que no valió nada. Hoy, Trump no sólo busca apaciguar a Putin, sino que, al igual que Chamberlain, traiciona a sus aliados y mina la estabilidad global. Si Hitler estuviera vivo y Trump fuera presidente de Estados Unidos en lugar de Roosevelt, lo más probable es que habría dicho: «No es mi problema, no es mi guerra. Prefiero negociar con Hitler y que los europeos se resuelvan, no debieron haber provocado a los nazis». Trump ha mostrado que su lema *«America First»* es sólo una fachada para poner a Rusia primero y anteponer intereses personales a la seguridad global.

21

La abstinencia sexual como educación sexual

La educación sexual integral (ESI) es un método de enseñanza en materia de sexualidad que es el resultado de un largo proceso político, social, cultural e histórico. A menudo se habla bastante sobre la ESI, y la mayoría de las críticas que recibe provienen de un modelo conservador y arcaico que sigue insistiendo en silenciar ciertos aspectos de la sexualidad y en continuar controlando no sólo el conocimiento y la creación del placer, sino también el derecho a acceder a una educación en sexualidad. Uno de los propósitos de la ESI es proporcionar a las infancias, adolescencias y familias herramientas para detectar abusos y riesgos de abusos.

De hecho, aunque en algún momento consideré que la educación en el hogar *(homeschooling)* podría ser una herramienta útil para apoyar la educación, esta modalidad se ha convertido, en manos de la nueva derecha, en un medio para moldear la enseñanza según sus propias agendas ideológicas. Muchas veces, este sistema no se usa para ampliar libertades, sino para limitar la exposición de los niños a ideas diversas y de enfoque crítico, las cuales son vistas por sus padres como herejías que los contaminarán. Así, aplicar modelos de educación en el hogar puede acabar promoviendo una visión unilateral que restringe la riqueza propia de una educación plural y democrática, con la meta de adoctrinar a las infancias en pensamientos religiosos, especialmente en países como Estados

Unidos. La influencia de la superstición en la educación resulta siempre perjudicial, ya que, de manera figurada, aleja a las personas del hábito de reflexionar, criticar y pensar de manera autónoma. Además, esto vulnera los derechos de las infancias al otorgársele a los padres un control casi absoluto sobre la educación, convirtiéndolos en «dueños», en lugar de «protectores», de los derechos fundamentales a una educación inclusiva, diversa, laica y equitativa.

Una obra que me pareció esclarecedora sobre esta temática es *Educación sexual integral: guía básica para trabajar en la escuela y en la familia* (2020), de Leandro Cahn y otros autores, en la cual se subraya lo siguiente:

> [...] no existe la posibilidad de no educar sexualmente, porque educamos con lo que hacemos, con lo que decimos y también con lo que callamos. Con o sin leyes que lo respalden [...]. Reprimir o condicionar el acceso de niños y adolescentes a información basada en evidencia o aprendizajes que contribuyen a vivir mejor con otros sólo para que los adultos estemos cómodos no es poner un límite. Es vulnerar los derechos de quienes queremos proteger.

En pocas palabras, la educación sexual es inevitable, ya que la sexualidad es un aspecto presente en todas las épocas y sociedades. Parafraseando a los autores, las personas que rechazan la ESI suelen plantear que ésta fomenta el inicio temprano de relaciones sexuales. No obstante, las adolescencias no necesitan de la ESI para explorar el terreno sexual; de hecho, siempre han podido acceder a su sexualidad y a tener relaciones sexuales a lo largo de la historia. Lo que sí es valioso para su formación es que tengan acceso a la ESI para aprender que esas relaciones sexuales que mantengan sean consentidas, cuidadas y seguras; para que puedan decir que «no es no»; para identificar cuándo se sienten listos para tener relaciones; para prevenir embarazos no deseados; para identificar la violencia y

el acoso basados en el género; para prevenir infecciones de transmisión sexual..., entre otros muchos aspectos más.

Durante largo tiempo, lo más cercano a la educación sexual en las escuelas se centraba únicamente en la anatomía y la fisiología del cuerpo humano, así como en la reproducción sexual humana, abordando temas como la pubertad y los cambios del cuerpo, todo en el marco de la materia de biología. El resto de la sexualidad quedaba como un tabú, que incluso la mayoría de las infancias y adolescencias no aprendía en su hogar, porque mayormente también era un tema prohibido para unas generaciones formadas en una época con una visión estructurada, acotada, silenciosa, culposa y pecaminosa de la sexualidad. Muchos y muchas recordaremos que, antes de la difusión de la ESI, en las pocas ocasiones en que se hablaba de sexualidad en la escuela se hacía principalmente para enfatizar la «prevención», con un enfoque puesto en el miedo y el riesgo como herramientas para cuidarse.

Son muchos los padres, madres o familias que no desean que estos temas se enseñen en las escuelas (lo cual, insisto, es irrelevante, ya que los jóvenes accederán a esta información de una forma u otra, y es mucho mejor que la reciban en entornos que sirven, precisamente, para educar). Los contenidos mínimos curriculares no pueden ser fijados por cada escuela, porque, por encima de las creencias personales o religiosas de cada familia y de los directivos de las escuelas, se encuentra la dignidad y la autonomía de cada niño, niña y adolescente. Recordemos, por cierto, que muchos contenidos que hoy forman parte del currículo escolar no siempre fueron aceptados sin oposición: temas como la teoría de la evolución, la teoría del Big Bang, la ley de gravitación universal y la posición de los astros en el sistema solar fueron

tópicos revolucionarios y profundamente cuestionados, criticados y declarados como teorías «corruptoras».

Por cierto, el legislador Ramiro Marra, una de las caras reconocidas del partido de Javier Milei —y que a finales de enero de 2025 fue expulsado del partido en una de las purgas que llevó adelante Karina Milei guiada por criterios personalistas—, declaró que la mejor manera de acceder a la educación sexual es a través de la pornografía... (Ciertamente, las ideas perversas de algunos políticos no tienen límites.) Así lo expresó Marra: «Yo no estoy en contra de la educación sexual, fomento la pornografía. A los chicos les digo que la miren. Si un chico tiene una computadora o un teléfono, se informa sobre eso. Es como aprendí yo». Este tipo de declaraciones, que las hizo ejerciendo como legislador, refleja el perfil predominante en el espacio mileísta.

Es importante destacar la Ley 26061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes promulgada en Argentina, poco antes de la sanción de la Ley de la ESI. Esta norma reconoce que ellas y ellos son sujetos de derecho, lo que obliga al Estado a garantizar su respeto, incluso cuando quienes los vulneran son sus padres, madres, otros familiares o quien fuera. Las personas adultas y el Estado deben ser garantes de los derechos de las infancias, y, en este contexto, la ESI cubre el derecho a recibir información para cuidar el cuerpo propio y adoptar conductas responsables en relación con los demás.

La ESI es un derecho de las personas que están en la infancia y la adolescencia. Como señala la periodista argentina Luciana Peker, el derecho de niños, niñas y adolescentes a ser considerados sujetos de derecho debe prevalecer sobre el derecho de los padres a decidir qué deben aprender y qué no. Esta perspectiva se fundamenta en la idea de que un progenitor no puede hacer daño, abusar o controlar

a su hijo bajo la premisa de que le pertenece. A través de la famosa campaña «Con mis hijos no te metas» (#ConMisHijosNoTeMetas), auspiciada por asociaciones ultraconservadoras como la española Hazte Oír (que son parte del mecanismo ruso para expandir la ideología homófoba y transfóbica de Vladímir Putin), se defiende la omnipotencia paterna a la hora de poder vulnerar la educación sexual y formativa de los menores cuando los padres encuentran que la que reciben no es «la correcta» o va en contra de la religión predominante en el hogar. La educación inclusiva no busca adoctrinar ni hacer prácticas extrañas como las que imaginan o inventan las derechas, sino brindar herramientas sanas para entender y respetar las diferencias.

Cuando personas de la nueva derecha dicen que «la educación sexual debe estar a cargo de las familias», podemos invitarlas a leer titulares de prensa como los siguientes: «La madre la obligaba a satisfacer a su padrastro»; «Detuvieron al padre de la nena de trece años que fue al hospital por un dolor de vientre y tuvo un bebé»; «Un papá y un primo acusados de violar a dos niñas de cinco y ocho años»; «Su mamá y su padrastro la violaron durante ocho años, la prostituyeron y vendieron sus fotos sexuales»; «Quedó preso el padre de Sofía Delgado por haber abusado de ella y su hermana cuando eran niñas»; «Hombre fue condenado a prisión por abusar sexualmente de su prima, menor de edad»; «Capturan a un padre que abusó varias veces de su hija de ocho años»; «Pilar: desmantelan un clan familiar dedicado a producir y comercializar material de abuso sexual infantil»... Entonces, la pregunta es ¿cómo hacemos para dejar la educación sexual «únicamente» en manos de las familias?

Sé que para ciertos lectores todo esto es un tema controvertido y que puede poner a muchos los pelos de punta, como suele ocurrir

cada vez que abordo el asunto en mis conferencias. No obstante, ¿qué sentido tendría un libro si no nos invita a reflexionar sobre preguntas nuevas que nos desafíen? El argumento que sostengo es que muchos padres creen ser «dueños» de sus hijos, como si les pertenecieran, y que su función es decirles qué aprender y qué no. Sin embargo, los hijos son personas libres, y no una posesión o una fotocopia de los padres, ni deben serlo. Son sujetos de derecho, y no son propiedad de los padres ni de nadie.

Ellen Key se refirió al siglo XX como «el siglo de los niños», porque fue un momento que transformó la forma en que se concebía la infancia: se profesionalizaron áreas como la pediatría y la pedagogía, se empezó a reconocer la autonomía infantil y se cuestionaron prácticas antes normalizadas, como el trabajo infantil y el abuso sexual. Este cambio comenzó a formalizarse con la Declaración de los Derechos del Niño en 1959. Hay que dar herramientas a las infancias, cuyas voces pocas veces son escuchadas, para que denuncien el abuso, porque dárselas sí es un acto de amor. Obligar a parir a una niña de trece años con una parálisis y que fue violada, porque hay que defender «las dos vidas», eso sí que no es un acto de amor (y conste que los provida de la nueva derecha, son provida hasta que el bebé necesita salud o educación pública).

Por otro lado, para garantizar una vigilancia constante sobre las conductas de clérigos acusados de abusos sexuales contra menores, es fundamental establecer comités independientes que realicen auditorías permanentemente y visitas sorpresa a instituciones religiosas. También sería importante habilitar líneas directas de denuncia y colaborar con organizaciones de la sociedad civil especializadas en la protección de menores para apoyar a las víctimas y fomentar un ambiente de responsabilidad y transparencia. Es pertinente mencionar el rescate, en diciembre de 2024, de 160

niñas y niños atrapados en la secta ultraortodoxa judía Lev Tahor en Guatemala. Los menores eran mayormente hijos de familias miembros de esta secta, que ha sido acusada de tráfico de personas y abuso sexual (al parecer, varios menores sufrieron abusos por parte de integrantes de esta organización). La región de América Latina y el Caribe es la única del mundo donde el número de niñas que dan a luz antes de los quince años sigue en aumento. La mayoría de esos embarazos son producto de violaciones, generalmente cometidas por familiares u hombres cercanos a las víctimas. Este tipo de situaciones ocurre de forma reiterada, independientemente de la religión involucrada.

Por ejemplo, en el caso de España, según datos de la Fundación Ayuda a Niños y Adolescentes en Riesgo (ANAR), en más del 80 % de los casos de abuso infantil, las víctimas son niñas y adolescentes. Además, en ocho de cada diez casos de abusos sexuales contra la infancia, el agresor es una persona del entorno familiar o conocido del niño o de la niña. Más de 370 millones de niñas y mujeres vivas en la actualidad y de todo el mundo (una de cada ocho), se han visto sometidas a violaciones y abusos sexuales en la infancia, según las primeras estimaciones realizadas por UNICEF. Por otro lado, los niños y hombres también son o han sido víctimas de abusos: se calcula que entre 240 y 310 millones de ellos han sufrido violaciones o abusos sexuales durante la infancia (uno de cada once). Y estos datos se han elaborado a partir de las declaraciones de esas víctimas, y sin contar todas las que todavía no pueden contarlo.

La educación sexual integral (ESI) representa algo mucho más amplio que una simple «clase de biología» (como las que muchos de nosotros tuvimos en la escuela a finales del siglo XX), que se enfocaban únicamente en prevenir embarazos no deseados o hablar de los «aparatos reproductivos», como se los llamaba (y tal término

ya es bastante expresivo). El objetivo de la ESI abarca la prevención de abusos, la valoración de la afectividad, la búsqueda de la equidad de género, la promoción del autocuidado, el respeto por las diversidades y el respeto por los derechos sexuales y reproductivos. Es absolutamente evidente que a Javier Milei le faltó ESI.

La escuela se reconoce como el espacio adecuado para abordar estos temas. Enseñar educación sexual desde el respeto, el cuidado y la valoración de la diversidad puede dotar a las infancias de los elementos necesarios para enfrentar realidades crudas que durante décadas se intentaron silenciar, como los abusos, las violaciones, el acoso, el machismo y la imposición de roles sociales de género.

Es por eso que la escuela desempeña un papel clave. En ese entorno escolar, cultivamos relaciones que moldean nuestra identidad y nos permiten entender mejor el mundo que nos rodea. Con frecuencia, es el primer espacio donde interactuamos con personas fuera de nuestro núcleo familiar, creando conexiones con personas que no forman parte de nuestra vida cotidiana.

Respecto a cuál es el principal rol de la ESI, leamos lo que se dice en el libro *Educación sexual integral: guía básica para trabajar en la escuela y en la familia* (2020), de Leandro Cahn y otros autores:

> Mientras no logremos que las creencias personales queden limitadas al ámbito privado y que el respeto, el cuidado y la valoración de la diversidad guíen nuestra relación con los otros, seguiremos viendo casos de *bullying* homofóbico, agresiones y hasta crímenes de odio. El 70 % de los abusos en la infancia sucede en el ámbito intrafamiliar (por lo que no parece una buena estrategia dejar su prevención exclusivamente en manos de las familias). Qué bueno que la escuela pueda darles herramientas a los más chiquitos para que puedan identificar y hablar sin miedo cuando ocurre algo que no está bien [...]. Somos bombardeados con supuestos materiales de la ESI que irían más allá de lo previsto en los lineamientos curriculares y que nada tienen que ver con el espíritu de la ley. No, no se hace pasar al frente a chicos de jardín de infantes para que, tocándose, aprendan a conocer el cuerpo del otro. Sí se les enseña que todos tenemos cuerpos diferentes que deben ser valorados y respetados, que nuestro cuerpo nos pertenece y que no puede ser forzado para dar placer

> a otros. La ESI promueve el cuidado del propio cuerpo y el poder alertar ante abusos [...]. La educación sexual integral es un espacio sistemático y continuo de enseñanza y aprendizaje que no se limita a una sola intervención educativa, la exhibición de una película alusiva al tema o la charla de un especialista. La ESI entiende la sexualidad como una dimensión en la vida de las personas que se desarrolla desde el nacimiento y que no se refiere sólo a la genitalidad, sino que vincula varios aspectos, como los sentimientos y la afectividad, la identidad, las formas de relacionarnos con otros y de experimentar el placer, el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos [...]. Este eje propone un cambio de perspectiva que no omite la valiosa información sobre infecciones de transmisión sexual o planificación de embarazos, sino que postula ampliarla para experimentar que el cuidado del cuerpo y la salud va más allá de lo biológico y se extiende después de la pubertad [...]. Cuando la puerta de la ESI no se abre, la sexualidad entra por la ventana [...]. No trabajar educación sexual en una escuela no significa que la educación sexual estará ausente: significa que esos chicos y chicas se encontrarán con los temas vinculados a la ESI sin el apoyo de la escuela, que es precisamente la institución que la sociedad espera (y así lo establece en distintas leyes) que trabaje con ellos estos temas.

Los autores del mencionado libro explican cómo todas las facetas del aprendizaje con otros ponen en juego la sensibilidad, el afecto, la apertura y nuestra capacidad de transformarnos a lo largo de ese proceso, comenzando, por ejemplo, con «la relevancia de la palabra, la escucha atenta de todas las opiniones y saberes y la valoración de las diferentes propuestas y modos de resolver una tarea», entre otros aprendizajes que se irán adquiriendo. La escuela también puede convertirse en un entorno donde se aprenda a respetar los límites entre el cuerpo propio y el cuerpo de los otros. Los autores remarcan la estigmatización, la desinformación, la manipulación y el *lobby* promovidos por los sectores más conservadores y religiosos, los cuales intentan, por intereses personales, interferir y limitar los derechos de las infancias. Muchos de estos sectores buscan, además, ocultar los abusos cometidos por sus propias autoridades religiosas. Acusan, al igual que lo hace Milei, a quienes promueven la implementación de la ESI de intentar «pervertir» a las niñas y niños,

de fomentar la homosexualidad, la masturbación y, en un acto de impresionante desinformación, hipocresía y manipulación, incluso la pedofilia, un tipo de abuso que, precisamente, abunda dentro de las instituciones religiosas que, falsamente, señalan la ESI como responsable. Y recordemos que ocho de cada diez denuncias de abuso sexual infantil fueron posibles gracias a las clases de ESI, y que, sin ella, ocho de cada diez pedófilos seguirían impunes, viviendo su vida sin consecuencias.

Como sostuvo Juan José Sebreli en *Dios en el laberinto* (2016), la pedofilia de los sacerdotes, silenciada por las jerarquías en los centros católicos de menores en cualquier lugar del mundo, existió siempre, pues el abuso sexual de menores es frecuente en el clero; sin embargo, esa violencia se comete también fuera de los ámbitos eclesiásticos, y principalmente en el interior de las familias heterosexuales, institución sagrada para el catolicismo. Sí, a pesar de todo lo que se ha llegado a conocer sobre este delito cometido en el seno eclesiástico, es mayor el número de abusos que suceden en el seno de las familias. El asunto del abuso de menores es como una gran catacumba que perdura en Occidente, un estigma que no ha desaparecido y que se sigue tapando. No parece encontrarse movimiento alguno de carácter religioso que cuestione la pedofilia en el interior de las religiones y las familias, al menos al nivel que los hay para militar contra el aborto. No ha habido renuncias en masa ni individuales de sacerdotes indignados por haber salido a la luz casos de pedofilia de supuestos guías morales con sotanas, ni tampoco por algo más escandaloso aún, que es el hecho de esconder y proteger a los perpetradores.

Mientras tanto, y por otro lado, el *bullying*, el ciberacoso y el acoso escolar, asuntos que afectan fuertemente a niños, niñas y adolescentes, deberían estar tipificados como delitos, con sanciones

claras, tal como se ha hecho en 2024, bajo la segunda presidencia de Lula da Silva, en Brasil, donde se ha tipificado el acoso escolar y el ciberacoso como delitos en el Código Penal. Pero también es necesario contar con un cuerpo docente y un equipo multidisciplinario capacitado en las escuelas, donde se sumen personas para reconocer y prevenir el acoso antes de que escale.

Para poder abordar muchas de estas cuestiones, también debemos trabajar en la inteligencia emocional. Generalmente, se asume que los adultos son más maduros que sus hijos, pero ¿qué ocurre cuando no es así?, ¿qué ocurre cuando los adultos inmaduros no tienen la capacidad de responder emocionalmente a las necesidades de sus hijos? El resultado es la negligencia emocional, un fenómeno tan real como cualquier forma de privación física y de cuidados. La falta de atención emocional y afecto durante la infancia puede dar lugar a una dolorosa soledad emocional, que impacta negativamente en las decisiones futuras sobre las relaciones personales con los otros y con ellos mismos. En otras palabras, la inmadurez emocional de los adultos puede afectar gravemente a sus hijos. Los adultos emocionalmente involucrados en las emociones de sus hijos logran que ellos siempre sientan que tienen un lugar al que acudir, un refugio, un lugar seguro, en lugar de un entorno de hostilidad, de rechazo y donde se busca constantemente validación y aprobación.

Los adultos emocionalmente inmaduros están tan centrados en sí mismos que no pueden percibir cómo se sienten internamente sus hijos, tendiendo a desestimar sus emociones y temiendo la cercanía emocional y física con ellos, lo que los lleva a invalidar los sentimientos de sus hijos. Su propia incomodidad con sus propias necesidades emocionales les impide brindar el apoyo que sus hijos requieren. Cuando las reacciones de los adultos se expresan

mediante violencia, prohibiciones, castigos y mandatos, se reprime el impulso natural de los niños de buscar conexión, cerrando así la puerta a la intimidad emocional.

Crecer en un hogar con adultos que carecen de madurez e inteligencia emocional puede ser una experiencia profundamente solitaria para las infancias, y aunque puedan ocuparse de la salud física de sus hijos, proporcionando comida y una casa, la ausencia de una conexión emocional profunda deja un vacío donde podría haberse cultivado un bonito y verdadero sentido de seguridad. Los datos revelan que la soledad derivada de sentirse ignorado puede ser un dolor tan profundo como cualquier herida física, sólo que este estigma no sería tan visible a simple vista. En la vida adulta, esta carencia relacionada con la contención emocional puede llevar a buscar formas de llenar ese vacío, y algunos lo hacen desarrollando perfiles narcisistas, y ejemplo de ello son personajes que incluso llegan a la política y al poder. Trump y Milei, por ejemplo, hablaron en distintas ocasiones sobre la ausencia de ese afecto en sus infancias.

En su libro *Hijos adultos de padres emocionalmente inmaduros* (2016), Lindsay C. Gibson hace énfasis en lo siguiente:

> Cuando los padres rechazan o descuidan emocionalmente a sus hijos, estos niños a menudo crecen esperando lo mismo de otras personas. Carecen de confianza en que los demás puedan estar interesados en ellos. En lugar de pedir lo que desean, su baja autoestima los hace tímidos y conflictivos al buscar atención [...]. La conexión emocional es una necesidad humana básica, sin importar el género. Los niños que sienten que no pueden involucrar emocionalmente a sus padres a menudo intentan fortalecer su vínculo asumiendo los roles que creen que sus padres desean que jueguen. Aunque esto puede ganarles una aprobación pasajera, no genera una verdadera cercanía emocional. Los padres desconectados emocionalmente no desarrollan de repente la capacidad de empatía sólo porque un niño haga algo para complacerlos. Las personas que no tuvieron un compromiso emocional en la infancia, tanto hombres como mujeres, a menudo no pueden creer que alguien desee tener una relación con ellos sólo por quienes son.

Como enuncia la profesora de la Universidad de Columbia Amra Sabic-El-Rayess en su artículo «How do people radicalize?» (2022), quienes ejercen violencia, a menudo provienen de entornos donde se han sentido marginados.

22

Elon Musk: el mecenas de las nuevas derechas

En el primer día de la segunda presidencia de Donald Trump, un momento inquietante sacudió el ámbito político global. Elon Musk, el hombre más rico del mundo, dio un discurso desde el estrado durante el acto de investidura de Trump, y, en un gesto que no pasó desapercibido, realizó dos veces el saludo nazi, erigiendo su brazo derecho, con la palma hacia abajo (a quienes insistan en que eso no fue un saludo nazi, deberíamos invitarlos a hacerlo en sus oficinas o en su trabajo, por ejemplo, para ver cómo es percibido). Musk se ha alineado con Alice Weidel, colíder del partido alemán de derecha (más bien extrema) Alternativa para Alemania (AfD); lo hizo en un acto público digital donde le ofreció a ésta una gigante plataforma (la conversación fue vista más de 45 millones de veces en 24 horas) y defendió la «preservación de la cultura alemana» y los valores tradicionales, rechazando el multiculturalismo.

El partido AfD ha aprobado un programa electoral que contiene propuestas extremas como el cierre de fronteras, la expulsión masiva de inmigrantes bajo el controvertido término de *remigración* y la salida de Alemania del euro. El programa también plantea la reintroducción del servicio militar obligatorio y propone una ofensiva de deportaciones a gran escala de personas en situación irregular, que incluiría a quienes no cuenten con padres alemanes. Además, pretende sacar a Alemania del sistema europeo de asilo y restringir

la concesión de la nacionalidad a hijos de padres ya con nacionalidad alemana, más tal vez en algunos casos extraordinarios. En el plano internacional, la AfD ha prometido levantar las sanciones a Rusia y reanudar las importaciones de gas, mientras que rechaza condenar la invasión rusa de Ucrania, una postura que subraya su cercanía al régimen de Moscú. De acuerdo con las encuestas más recientes, la AfD ha alcanzado su mayor nivel de apoyo en el último año, colocándose en segundo lugar, justo después de la conservadora y democristiana CDU, y superando a los socialdemócratas del SPD de Olaf Scholz.

En su discurso con la AfD, Musk subrayó que Alemania «debería superar el énfasis que pone en la culpa histórica», afirmando que las «generaciones actuales no deben cargar con los pecados de sus antepasados». De esta manera, Musk está llevando adelante una campaña activa para socavar las democracias en Europa, mediante la interferencia extranjera, la desestabilización y el respaldo a grupos y partidos de la nueva derecha, apoyados por una potente maquinaria de desinformación. Anne Applebaum lo describe de esta manera para *The Atlantic* en su artículo «Europe's Elon Musk problem» (2025):

> Durante unas elecciones en Estados Unidos, un hombre rico puede repartir cheques por un valor total de un millón de dólares a posibles votantes. Las empresas y las personas pueden utilizar organizaciones sin ánimo de lucro financiadas en secreto, conocidas como «dinero oscuro», para donar dinero ilimitado y de forma anónima a uno o más súper PAC (Comités de Acción Política, que influyen y apoyan económicamente alguna candidatura, teóricamente de forma independiente), que luego pueden gastar ese dinero en campañas publicitarias. Podcasteros, partidarios o cualquier persona puede decir mentiras escandalosas e incendiarias sobre un candidato. Pueden promover esas falsedades a través de publicidad online dirigida. Ningún tribunal especial ni ninguna regla electoral pueden detener la desinformación antes de que los votantes la vean. El tribunal de la opinión pública, que en la última década ha visto y escuchado de todo, ya no se preocupa. En Estados Unidos, las elecciones se han convertido ahora en un Las Vegas político: todo

está permitido. La cuenta personal de Musk en X tiene más de 212 millones de seguidores, lo que le da un poder enorme para establecer la agenda de noticias a escala mundial. Él y otros oligarcas tecnológicos están haciendo imposible realizar elecciones libres y justas en cualquier parte del mundo. Ahora, un grupo de oligarcas estadounidenses también quiere socavar las instituciones europeas porque no quieren ser regulados, y pueden contar con el presidente estadounidense de su lado. Muy pronto, la Unión Europea, junto con Gran Bretaña y otras democracias en todo el mundo, podrían descubrir que deben elegir entre su alianza con Estados Unidos y su capacidad para organizar sus propias elecciones y seleccionar a sus propios líderes sin la presión de una manipulación externa agresiva.

Como mencioné al comienzo de este capítulo, durante el acto de investidura de Donald Trump, Elon hizo el saludo nazi con el brazo extendido dos veces. No fue un «saludo romano», porque no existe tal cosa como el «saludo romano», nadie lo hacía en la antigua Roma. Andrew Torba, fundador de la plataforma digital y red social ultranacionalista cristiana Gab (pionera en los chatbots nazis impulsados por inteligencia artificial) y creador del bot antisemita Hitlerbot, escribió que «ya están sucediendo cosas increíbles», sumando algunas risas de su parte en respuesta al saludo nazi de Elon Musk, interpretado así como un gesto de simpatía hacia estos movimientos autoritarios. Torba, vinculado con el extremismo, celebra este tipo de actitudes, reflejando cómo figuras públicas y redes sociales como Gab contribuyen a la normalización de ideologías peligrosas para las democracias. A pesar de todo esto, muchos insisten en que Elon Musk «no es nazi». Hace un saludo nazi, promueve ideas fascistas y apoya a la AfD, el partido alemán lleno de neonazis, pero ¿cómo va a ser él nazi? Ya no se puede ser nazi sin que te acusen de ser nazi... ¡Ya no se puede hacer el saludo nazi sin que te llamen nazi! Para quienes hablan de una «dictadura *woke*», ser gay debe dar vergüenza, pero ser nazi debe sentirse con orgullo.

Elon Musk se ha convertido en el mayor difusor de desinformación en la historia gracias a la compra de Twitter (ahora X), interviniendo en procesos electorales de otros países y en campañas políticas. Desde que adquirió esa red social, X ha experimentado un giro radical, y cada vez se parece más a foros turbios como 4chan, donde los algoritmos ahora priorizan contenidos de la *alt-right* y de sus nuevas derechas. Musk es el primer demagogo global con el poder de dividir y agitar a las masas en el país en el que le venga en gana, al igual que lo hace el peligroso empresario alemán Peter Thiel, quien fundó PayPal junto con Elon Musk.

Elon Musk, conocido por su influencia tecnológica y su actual trabajo directo con Donald Trump —a quien le donó más de 250 millones de dólares para su última campaña—, también expresó en algún momento su interés en financiar el partido populista de derecha británico Reform UK, liderado por Nigel Farage y antes conocido como el Partido del Brexit. En paralelo, Musk ha gritado públicamente su respaldo a movimientos de la nueva derecha europea como el ya mencionado Alternativa para Alemania (AfD), al que calificó como el único capaz de «salvar a Alemania», y a figuras como Giorgia Meloni o Matteo Salvini en Italia, además de recibir en sus oficinas a Javier Milei y a su hermana Karina sólo para cumplir el sueño de estos hermanos de sacarse una *selfie* todos juntos.

Este fenómeno plantea interrogantes sobre la creciente influencia de figuras de este corte en la política global y sobre su capacidad, con ilimitados recursos, para moldear el panorama político mediante financiaciones estratégicas. En enero de 2025, Steve Bannon, el ideólogo de las campañas políticas de la nueva derecha estadounidense, dijo lo siguiente en una entrevista para Bloomberg: «Musk acaba de gastar 250 millones de dólares para que se elija a Trump. Si pone la misma cantidad de dinero en toda Europa que

invirtió en Trump, hará que todos los países adopten una agenda populista. No hay ningún gobierno centrista de izquierda en Europa que pueda resistir esa embestida. El dinero de Musk nos ayudará a hacer de Europa un paraíso populista».

A la par de su apoyo a la extrema derecha alemana, Musk ha protagonizado una tensa disputa con el primer ministro británico, el laborista Keir Starmer, intensificada a través de las redes sociales. El multimillonario incluso sugirió que Starmer debería ser encarcelado, y también planteó la posibilidad de una intervención estadounidense en el Reino Unido, presentando la idea de «liberar al pueblo británico» de lo que describió como un «gobierno tiránico». Este tipo de declaraciones han desatado una ola de críticas en Europa, donde diversos líderes políticos han cuestionado el impacto que sus palabras pueden tener en la política continental, especialmente por su acercamiento a grupos de ultraderecha y su tendencia a respaldar posturas autoritarias.

Esto refleja la consolidación de un modelo que aún se está desarrollando y al que podríamos llamar «oligarquía tecnócrata y populista», donde la persona más rica del mundo también controla la red social más conocida del mundo y ocupa un cargo en la presidencia estadounidense que no pasa para nada desapercibido. Su influencia, especialmente con su apoyo a Trump, pone en riesgo los valores democráticos y consolida un poder corporativo-tecnológico real que desafía los principios constitucionales.

Elon ejemplifica lo que ocurre cuando a alguien con actitudes propias de un *incel* se le otorga poder y un espacio para desplegar su narcicismo y sentirse excepcional por primera vez. Este comportamiento refleja una combinación de narcicismo y un profundo deseo de validación social. Trump y él, dos narcisistas de pura cepa han desarrollado una dinámica de retroalimentación

mutua. Quizá sea cuestión de tiempo hasta que ese dúo explote, pues dos personalidades narcisistas juntas pueden derivar en algo caótico tarde o temprano, sumado al choque de egos.

El rumbo que está tomando el mundo plantea interrogantes inquietantes. Cada día hay más personas que se adhieren al juego de la crueldad, alentadas por discursos que glorifican valores agresivos y excluyentes. Un ejemplo reciente lo protagonizó a comienzos de 2025 Mark Zuckerberg, fundador de Facebook y Meta, quien, en una entrevista con Joe Rogan, el presentador de pódcast estelar de esta nueva derecha, defendió la necesidad de adoptar una cultura empresarial que celebre la agresión: «Creo que tener una cultura que celebra un poco más la agresión tiene sus propios méritos que son realmente positivos». Zuckerberg afirmó esto atribuyendo su cambio de actitud sobre la «masculinidad» a su involucramiento en las artes marciales, que describió como una cultura «mucho más masculina» (pero, en realidad, su cambio de actitud proviene de su lamentable intento de ser *cool* como los otros CEO autoritarios, y de bajar la cabeza frente a Donald Trump).

Llegados aquí, me gustaría aportar una cita de Rodrigo Nunes en su artículo «Las declinaciones del "emprendedorismo" y las nuevas derechas» (2024b), donde explica cómo el «emprendedorismo político» jugó un papel central en la construcción de la ola que llevó a estos personajes a la presidencia, llegando a un nivel nunca visto ahora que tienen poder político. Conozco de primera mano la forma en que el discurso libertario (y hasta podría decir que el liberal) elimina al trabajador de la fórmula: siempre es la figura del «empresario», del «emprendedor», donde se asume que el trabajador está por ahí y que «hará su trabajo», pero que la creación de riqueza no depende de él o ella. Aquí está la explicación de Nunes:

> Para que la alianza entre clases que condujo a la extrema derecha al triunfo electoral en países como Brasil y Argentina fuera posible, era necesario que algunas imágenes y palabras produjeran una identificación entre sectores muy distintos de la sociedad. «Emprendedor» era uno de estos signos. Al fin y al cabo, es un término que no sólo abarca realidades muy diferentes —desde el ejecutivo hasta el trabajador informal, desde el dueño de una cadena de tiendas hasta el pequeño comerciante—, sino que, al representar un objeto de aspiración, puede referirse tanto a la realidad como a un deseo. En un mundo donde se insta constantemente a las personas a admirar a los empresarios y a ver las cosas desde su punto de vista, no sorprende que candidatos que se presentan como defensores de los emprendedores puedan atraer a ricos y pobres al mismo tiempo.

Mientras tanto, Zuckerberg pasó de las palabras a los hechos tras anunciar el fin de la política interna sobre diversidad en recursos humanos dentro de la empresa, conocida en Estados Unidos como DEI (por diversidad, equidad e inclusión), una política que existe como respuesta al racismo histórico que evidentemente existe y permea toda la Administración Trump; así, Instagram y Facebook, bajo el pretexto de «reestablecer la libertad de expresión», cambiaron sus políticas de moderación y eliminaron los *fact checkers* (verificadores de datos o de contenidos). En su artículo «Zuckermusk: la privatización del discurso público» (2025), Iván Schuliaquer aporta las siguientes ideas:

> Una sola persona decide y anuncia cuáles serán las normas para el debate público en plataformas con más de tres mil millones de usuarios [...]. El viraje rápido y oportunista recuerda a los viejos medios y su propensión a acomodarse a los gobiernos, aunque ninguno tuvo ni por asomo un poder comparable al que tiene la compañía de Zuckerberg, ni sus decisiones tuvieron tantas implicancias para el planeta. Así, el anuncio del CEO de Meta afectará las formas en que nos comunicamos y construimos el mundo en que vivimos. Zuckerberg exhibe la privatización radical del debate público en manos de actores que toman decisiones según sus intereses y sin contrapesos. Es decir, de manera no democrática. Internet, que surgió como un espacio abierto, quedó lejos de la utopía que inspiraba hace dos décadas y que suponía que una horizontalización de la palabra vendría acompañada de una escena pública más robusta, plural y democrática, y menos mercantilizada y controlada. En su

> comunicado, Zuckerberg también anunció la voluntad de que Meta (Instagram, Facebook y WhatsApp) siga las políticas de contenido de X, lo cual demuestra el triunfo de la derecha radical para imponer las reglas del discurso público. Cuando Elon Musk compró Twitter hizo una de las operaciones comunicacionales más redituable de la historia de la política moderna. Desde ese momento, el hombre más rico del mundo se volvió un referente central de las derechas radicales globales que maneja en tiempo real, vía la opacidad del algoritmo y de las políticas corporativas, la red social más política. Es decir, una parte importante del discurso público planetario [...]. La información importa menos y los hechos también. Esto se sabe desde la masificación de las redes sociales, que ya lleva al menos una década: mandan los sesgos cognitivos y las retribuciones simbólicas de estar con los propios y sentirse mayoría. Los medios tradicionales y el periodismo fueron perdiendo parte de su lugar como grandes definidores de temas y marcos en el debate público, pero la creciente desinformación siempre fue planteada como algo contra lo que había que luchar. ¿Es lo mismo pensar que la tierra es plana que pensar que es redonda? ¿Es lo mismo creer que las vacunas contra la COVID salvan que creer que matan? ¿Es lo mismo pensar que Trump perdió las elecciones de 2020 por los votos que porque hubo fraude? ¿Es lo mismo creer que el calentamiento global es una amenaza que creer que es un invento del socialismo? Las interpretaciones mandan, pero los *fact checkers* eran una intención (en lo que podían) de retomar cierto esquema de verdad.

En un mundo dominado por la influencia tecnológica, normalizar y celebrar la agresión como valor social no sólo es irresponsable, sino profundamente peligroso. La alianza entre la nueva derecha y las redes sociales ha trascendido lo simbólico, consolidándose como un eje operativo que amplifica discursos de odio y fragmenta el tejido democrático. A la histórica alianza entre la religión y el poder ahora se suman dos nuevos actores: las redes sociales y los CEO, que forman todos una coalición que redefine las dinámicas de control e influencia en el mundo contemporáneo, lo cual abre cientos de interrogantes sobre nuestro incierto futuro como sociedad.

23

La batalla cultural de Maduro y Milei

Finalmente llegamos a la obsesión por excelencia que no los deja descansar: la llamada «batalla cultural». Por supuesto, el concepto de «batalla cultural» no es algo nuevo. La Liga de Combate por la Cultura Alemana (Kampfbund für Deutsche Kultur), fundada en 1928 y dirigida por Alfred Rosenberg, uno de los principales ideólogos del nazismo, fue una estructura política dedicada a promover una visión nacionalista de la cultura alemana y a erradicar lo que consideraban influencias extranjeras y «degeneradas» en el arte, la literatura y la música. Rosenberg advertía sobre el supuesto daño que el teatro causaba al pueblo, señalándolo como un espacio de corrupción moral, un discurso similar al que hoy se emplea para acusar a Hollywood o Disney de «pervertir» a la sociedad. La retórica no ha cambiado mucho.

Javier Milei escribió un texto en X titulado «Desarmando el Gramsci kultural» (2024), donde dice que la raíz del problema argentino no es político o económico, sino que es «moral». Este economista y político que se autoproclama el «líder de la libertad mundial» insiste en que «Gramsci señalaba que, para implantar el socialismo, era necesario introducirlo desde la educación, la cultura y los medios de comunicación», mensaje que las cabezas y los *influencers* de su club académico y de fundaciones de hombres blancos heterosexuales se encargan de implantar, como si se tratara

de un chip, en las mentes de los jóvenes de esta nueva derecha, convertida en una especie de secta.

La batalla cultural ha llegado de la mano de la nueva derecha para convertir la cultura en un campo de guerra, donde no hay nada de interés por la cultura, sino por llevar a cabo la cruzada moral. De hecho, estos políticos y los *influencers* de la nueva derecha deberían ser los primeros en apoyar a Nicolás Maduro, al menos en el ámbito cultural. Maduro lleva adelante la batalla cultural, siguiendo el modelo de países como Cuba o El Salvador, modelos nacionalistas donde en lo cultural rige la moral religiosa que la nueva derecha implora que se imponga en el mundo. Por eso, la nueva derecha prepara una increíble ensalada conceptual en la que el argumento de que existe un supuesto socialismo o comunismo *woke* no tiene sentido: en Venezuela no hay aborto libre y legal, no hay matrimonio igualitario, los homosexuales no pueden donar sangre, no existen mecanismos para la protección de las familias homoparentales, no hay derecho a la identidad de las personas trans..., y Nicolás Maduro dice que la familia tradicional está siendo destruida (pareciera como si estuviésemos leyendo los primeros párrafos del Project 2025 de la Heritage Foundation).

Es peculiar la asociación que hace la nueva derecha entre las libertades sexuales y el comunismo, ya que estos derechos y libertades son, más bien, el resultado de las democracias liberales o de las socialdemocracias. Esto se hace aún más evidente si consideramos la postura de los países que hoy se autodenominan comunistas, como Cuba, Corea del Norte o China (donde en realidad no existe un «comunismo» en el sentido clásico de la dictadura del proletariado y otros elementos de la teoría), Estados en los que las libertades y derechos LGTBI+, que, según la nueva derecha, serían la esencia del «comunismo», están prohibidos o restringidos.

En otras palabras, el comunismo del que tanto hablan los *influencers* de la nueva derecha podría ser, en realidad, el oasis de la batalla cultural de los Milei, Trump, Musk, Tucker, Peterson, Meloni y demás dirigentes y CEO afines. De hecho, Hugo Chávez, al igual que hoy lo hacen Javier Milei y Donald Trump (quienes comparten estampitas de ellos mismos con una imagen de Jesucristo tocándoles la espalda), establecía un vínculo directo entre su figura, la historia nacional del país, Jesucristo y la cruz.

Chávez invocaba constantemente a Jesucristo, llamándolo «mi comandante en jefe» y «Señor de Venezuela», y, en 2012, mientras hacía frente al cáncer, comparaba su sufrimiento con la pasión de Jesucristo. Nicolás Maduro fue designado por Chávez y se autoproclamó «hijo» y «apóstol». Sobre este asunto, la autora Teresa Fernández Ulloa, de la Universidad Estatal de California, escribió un texto titulado «La fe mueve votos: uso de la subalternidad de Jesús en los discursos de Hugo Chávez» (2024). En él se exponen varios ejemplos de cómo Chávez hacía un uso político de la imagen de Jesucristo, invocándola exactamente de la misma manera en la que lo hace ahora Donald Trump, tan populista como el venezolano que hacía analogías entre su forma de liderar y la de Jesucristo. Fernández Ulloa lo explica así:

> Los políticos, no sólo Chávez, han usado, a lo largo de la historia y en diferentes culturas, esta figura [de Jesucristo] como un elemento subalterno en sus discursos dominantes para capitalizar su autoridad moral y su influencia sobre las creencias y valores de la población, reforzando y legitimando así sus posiciones y políticas [...]. Chávez era un predicador, pues su discurso político se caracteriza por combinar la retórica religiosa con la política y por apelar tanto a la moral como a la acción social y cívica [...]. Chávez frecuentemente se comparaba con Jesucristo para resaltar su papel como líder moral y espiritual de la nación: «Hoy soy un cristiano hasta el fondo del alma. Adoro a Cristo, a Jesús, que fue uno de los más grandes revolucionarios de toda la historia del mundo» (1999); o «Yo soy uno de los que creen que, si "por la verdad murió Cristo", y si por la verdad tiene que morir uno más, pues aquí estoy a la orden»

(1999). Como Donald Trump: «Y Estados Unidos prosperará mientras sigamos teniendo fe los unos en los otros y fe en Dios. Vamos a hacer que esos sueños vuelvan. Mientras tengamos a Dios, nunca, jamás estaremos solos. Ya sea el soldado en la guardia nocturna o el padre soltero en el turno de noche, Dios siempre nos dará consuelo, fuerza y confort» (2017) [...]. El político ofrece en sus discursos soluciones hechas de palabras en las que Jesús/Cristo/Dios es una estrategia poderosa que le da autoridad moral y sirve para emocionar a sus seguidores, a la vez que proyecta una imagen de liderazgo ético y abnegado. Este fenómeno subraya la intersección entre religión y política y cómo las narrativas religiosas pueden ser instrumentalizadas en el discurso dominante para fines políticos.

Hecha esta introducción, y antes de entrar en descripciones, de observar las contradicciones del término *batalla cultural* y de hablar de sus orígenes y de cómo se convirtió en el lema de la nueva derecha, es importante hacernos estas preguntas: ¿cómo sería el mundo después de la batalla cultural?, ¿cómo quieren estas nuevas derechas que sean nuestras sociedades?, ¿bajo qué modelos puritanos quieren hacernos vivir?

Cuando la nueva derecha habla de la idea de *batalla cultural* no se refiere a un «debate de ideas», eso está claro. Por el contrario, su meta es convertirse en los nuevos cruzados, los nuevos inquisidores, los nuevos Torquemada del siglo XXI. La batalla cultural es un intento de cambiar para mal lo que hace ya tiempo cambió y evolucionó para bien; es un intento de frenar un cambio social que comenzó siglos atrás y ha adquirido reconocimiento a través de la legislación y la política pública. La batalla cultural de la nueva derecha es un proyecto político que se cimenta en el falso argumento de que la cultura cambia porque hay conspiraciones en contra de Occidente, razón por la cual, según ellos, ahora les toca batallar. Esta batalla cultural es una ola puritana y un intento de frenar la apertura de la sociedad libre hacia grupos despreciados y segregados históricamente.

Esa batalla no es más que la voluntad de imponer una determinada cultura a través del Estado, de políticas públicas, de campañas de adoctrinamiento, de legislaciones, de discursos religiosos enseñados desde la infancia, del uso del miedo y del control de las emociones..., pero también a través de las redes sociales, los cursos vendidos online, las charlas, los partidos políticos y los *influencers* que cada vez se animan más a definirse como abiertamente franquistas, pinochetistas, negacionistas, nazis..., y también a mostrarse a favor de los regímenes y las dictaduras militares del siglo XX. Para esta nueva derecha, existen dictaduras «menos malas». El argumento de las dictaduras «menos malas» lo emplean aquellos que aún no se atreven a gritarle al mundo que les gustaría el retorno de un Augusto Pinochet, un Francisco Franco o un Jorge Rafael Videla. El discurso de «cárcel o bala» se naturaliza cada vez más.

En el caso argentino, eso afecta a múltiples figuras públicas, desde la vicepresidenta Victoria Villarruel y su relación con los genocidas de la etapa más oscura del país, hasta los diputados libertarios de Javier Milei que fueron a visitar a los genocidas a la cárcel de Ezeiza y a posar en una foto, mientras el gobierno reprimía físicamente a los jubilados, quienes protestaban en las calles porque, efectivamente, el ajuste no lo está pagando la famosa «casta», sino los jubilados (quienes, por cierto, perciben los fondos de previsión social más bajos de estas últimas décadas, y cuyas jubilaciones fueron «licuadas» por el gobierno de Milei).

En el libro *Está entre nosotros* (2023), edición de varios autores coordinada por el sociólogo y antropólogo Pablo Semán, los autores señalan que la aparición del mileísmo no es un fenómeno que sucedió solamente en las redes sociales o entre los varones reactivos al feminismo, aunque éstos forman parte del «combustible

espiritual» del partido. Esta nueva derecha, que ahora se vuelve popular, «incorpora tradiciones militantes, [y] las coordina con los dispositivos de la cultura digital y de la cultura de masas». Asimismo, también destacan el papel de la pandemia por la COVID-19 en el proceso de desarrollo del mileísmo.

Personalmente, recuerdo haber observado (y advertido) cómo muchas personas que hablaban desde el liberalismo empezaron a caer en teorías conspirativas y a sumarse a las filas del ecosistema de *influencers* de esta nueva derecha, quienes encontraron una perfecta justificación macartista para «luchar contra el comunismo». En *Está entre nosotros* (2023), se explica así: «La pandemia amplificó la escena del desencuentro entre el Estado —observado y discutido en su capacidad de cuidado y de daño— y la sociedad —expuesta a una situación límite [...]—. Si bien comenzaron con apenas un puñado de asistentes con reclamos heterogéneos, pronto cobraron volumen y sistematicidad».

En Francia, a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 emanaron sentimientos impulsados por el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen y el movimiento de extrema derecha Nouvelle Droite (Nueva Derecha), liderado por el filósofo político Alain de Benoist. Este último jugó un rol clave en la formación ideológica de estas derechas y del conservadurismo radicalizado. Para Benoist, durante las décadas de 1970 y 1980, la izquierda había perdido terreno en la política revolucionaria, pero parecía haber encontrado una forma de regenerarse avanzando dentro del ámbito cultural; así que decidió impulsar lo que él mismo llamó «un gramscismo de derechas», es decir, la famosa batalla cultural. El intelectual marxista Antonio Gramsci planteaba que era necesario construir consenso para introducir ideas en la vida social y lograr que las masas las asimilaran. Así que aquella nueva derecha francesa se proponía

poner el foco en la cultura con el fin de «conquistar una nueva hegemonía». ¿Llegó a cumplirse ese «gramscismo de derechas» que anticipó y propuso Benoist? Pues, pongamos las noticias, leamos la prensa y las redes sociales... y tendremos la respuesta.

24

Murray Rothbard y sus «angry white men» («hombres blancos enfadados»)

Para las nuevas derechas, la democracia es vista como un sistema obsoleto que ya no sirve más. Sin embargo, el reemplazo que proponen no apunta siquiera hacia una idea de algo «mejor», sino hacia la instauración de teocracias, autoritarismos o nacionalpopulismos que consolidan el poder en manos de unos pocos y limitan la libertad. En este contexto, el análisis que hace Pablo Stefanoni en su libro *¿La rebeldía se volvió de derechas?* (2021) da en el clavo al explicar el modo en el que el paleolibertarismo estadounidense, impulsado por Murray Rothbard, fue importado a Argentina de la mano de Javier Milei. Rothbard se declaró abiertamente enemigo del concepto de «democracia»; pero veamos de qué se trata esto.

Rothbard planteaba que, para alcanzar sus objetivos, los libertarios (quienes se declaran enemigos del Estado) debían formar una alianza estratégica con la «vieja derecha» y los grupos supremacistas blancos que habían proliferado en Estados Unidos. Esa unión es lo que compone lo que conocemos como «paleolibertarismo». En «Populismo de derecha: una estrategia para el movimiento paleo», texto de Rothbard publicado originalmente en 1992 (y recogido en el libro compilado por Simón Ocampo

Entendiendo el paleo-libertarismo [2023]), dicho autor identificó, anticipó y celebró que las bases del Partido Republicano darían lugar, tarde o temprano, a un movimiento reaccionario (hoy ya sabemos cuál es). En su artículo «Hacia una genealogía del populismo de derechas actual» (2021), Matías Saidel explica esta relación, y vale la pena citarlo aquí:

> La alianza entre los libertarios y la nueva derecha, ejemplificada en la «alianza paleo» de Murray Rothbard, refleja un fenómeno ideológico paralelo. A fines de los años ochenta, Rothbard y otros libertarios del Instituto Ludwig von Mises, como Hans-Hermann Hoppe, conectaron con los paleoconservadores en Estados Unidos. Esta alianza conjugó valores tradicionales (familia, religión y moral burguesa) con una búsqueda de privatización total, incluyendo la justicia y la seguridad. Hoppe, discípulo de Rothbard, defendió un anarcocapitalismo marcado por influencias nacionalistas y aislacionistas, mientras que Rothbard propuso un populismo de derecha que movilizara directamente a las masas contra las élites gubernamentales [...]. En efecto, el populismo de derecha en Estados Unidos, representado por figuras como Patrick Buchanan y, posteriormente, Donald Trump, encontró sus raíces en esta alianza paleo. Rothbard definió un programa populista que combinaba medidas como la abolición de impuestos y del estado de bienestar, el retorno de «valores familiares», y posturas nacionalistas, antiinmigración y antiigualitarismo. Este discurso pretendía movilizar a los *«angry white men»*, alegando que habían sido despojados de sus derechos y privilegios históricos. Como resultado, el paleolibertarismo desarrolló un puente ideológico que llevó a muchos de sus adeptos hacia corrientes de extrema derecha más explícitas, como la *alt-right* [...]. La *alt-right*, una corriente heterogénea de extrema derecha activa en internet se caracteriza por su discurso anti-*establishment*, antifeminista, antiinmigración y racista. Este movimiento defiende la creación de un «etno-Estado» blanco autoritario, rechazando la democracia liberal y los principios de igualdad universal. En los años previos a la victoria de Trump, la *alt-right* ganó terreno en medios conservadores como Breitbart y consolidó un discurso de supremacía blanca que conecta con las ideas paleo promovidas por Rothbard y Rockwell. Rockwell resumió las ideas centrales del paleolibertarismo en principios como el rechazo al Estado como una institución parasitaria, la defensa del mercado libre y la condena al igualitarismo como una amenaza a la propiedad y la autoridad social. Esta combinación de libertarismo económico y valores tradicionalistas permitió que el paleolibertarismo se alineara con corrientes neoconfederadas y supremacistas blancas, promoviendo un nacionalismo antiinmigrante y un rechazo a los derechos civiles y sociales.

> Finalmente, el discurso de Rothbard y sus seguidores cimentó las bases de un populismo de extrema derecha que encontró en Trump su máximo exponente.

Para darnos una idea de cómo piensa Hans-Hermann Hoppe, corresponde citar esta frase de su autoría en *Monarquía, democracia y orden natural* (2001):

> Será necesario apartarlos físicamente de los demás y extrañarlos. Del mismo modo, en un pacto instituido con la finalidad de proteger a la familia, no puede tolerarse a quienes promueven formas de vida alternativas, no basadas en la familia ni en el parentesco, incompatibles con aquella meta. También estas formas de vida alternativa —hedonismo individualista, parasitismo social, culto al medio ambiente, homosexualidad o comunismo— tendrán que ser erradicadas de la sociedad si se quiere mantener un orden libertario. Los libertarios deben distinguirse de los demás practicando y defendiendo las formas más radicales de intolerancia y discriminación contra los igualitaristas, demócratas, socialistas, comunistas, multiculturalistas y ecologistas, contra las costumbres pervertidas, los comportamientos antisociales, la incompetencia, la indecencia, la vulgaridad y la obscenidad.

Pero, para profundizar un poco más en las propuestas de Rothbard y su ramificación dentro de la escuela austriaca de economía, es importante mencionar que sostenía que los niños podrían ser comprados y vendidos por sus padres. Así lo expuso en *La ética de la libertad* (2009), obra publicada originalmente en 1982, en la que, según Rothbard, «si un padre puede tener la propiedad de su hijo (dentro siempre del marco de no agresión y de libertad de abandono de hogar), puede transferirla a terceros. Puede dar al niño en adopción, o puede vender sus derechos sobre él en virtud de un contrato voluntario». Rothbard sugería que los padres no deberían tener la obligación legal de alimentar, educar y vestir a sus hijos, y que hasta podrían «dejarlos morir», agregando que «en una sociedad absolutamente libre puede haber un floreciente mercado libre de niños». Milei, en un programa televisivo, le agregó a esto

algo más: «El Estado es el pedófilo en el jardín de infantes con los nenes encadenados y bañados en vaselina».

Sólo una mente perturbada puede hacer esas metáforas. Milei, ese mismo que habla de «nenes encadenados y bañados en vaselina», es quien eliminó una serie de materiales y herramientas de educación sexual integral (ESI) que estaban disponibles para las infancias en las escuelas, argumentando que son «un ataque directo a la familia», porque, según él, están vinculados con discusiones como el «ecologismo» y son parte de una «agenda posmarxista». Insisto en que ocho de cada diez denuncias de abuso sexual contra niñas y niños salieron a la luz tras recibir clases de ESI, pues recibirlas les ayudó a sentirse protegidos. El presidente Milei, que hace metáforas sobre «nenes bañados en vaselina», prohíbe una canción que habla sobre animarse a contar abusos recibidos; la letra dice: «Hay secretos chiquititos que te invitan a jugar, y hay secretos tan enormes que te vienen a asustar». Pero, para Milei, eso es «ideología *woke*» y adoctrinamiento... No hay nada más que decir.

Continuando con la influencia rothbardiana en Milei, corresponde traer a colación que la obra titulada *The bell curve: intelligence and class structure in American life* (1996) de Richard Herrnstein y Charles Murray es un texto que muchos usan como base para sostener una «inferioridad racial de las personas negras». Murray Rothbard, el gurú de Milei, sostuvo en 1994 que, hasta la publicación de dicha obra, «era vergonzoso y tabú para cualquiera hablar públicamente o escribir acerca de verdades que todos conocían en sus corazones», remarcando que se refería «al casi autoevidente hecho de que los individuos, los grupos étnicos y las razas difieren en inteligencia y en muchos otros rasgos; y que la inteligencia, así como otros rasgos de temperamento menos controversiales, son en gran parte hereditarios».

Milei unificó la rama más radical de la escuela austriaca (el anarcocapitalismo) con los elementos y pilares más fuertes de las nuevas derechas globales. Victoria Villarruel, la vicepresidenta argentina, que se define como una «chica conservadora», a favor del servicio militar obligatorio y del aumento del gasto militar y admiradora de Giorgia Meloni, es el nexo con los exmilitares cercanos a la dictadura y los grupos católicos de la derecha de Argentina. Franco Delle Donne explicó el caso de Giorgia Meloni sosteniendo que, hace treinta años, Silvio Berlusconi dio los primeros pasos en Italia al incorporar a su coalición gubernamental a Alleanza Nazionale (AN), una formación política heredera del posfascismo y predecesora del partido Fratelli d'Italia, que preside Giorgia Meloni desde 2014. Meloni llegó a liderar el sector juvenil de AN, y Berlusconi, por entonces presidente del Consejo de Ministros italiano, obsequiaba con el poder legitimador del paraguas conservador, un componente fundamental para la normalización de la derecha radical y que avalaba políticamente a una formación que defendía valores iliberales.

Por otra parte, con el discurso de la «memoria completa» sobre los años setenta, Villarruel repite la narrativa de los represores de la última dictadura militar argentina, sugiriendo que «hubo excesos aislados» en lugar de un plan sistemático de terrorismo de Estado. Villarruel y Milei se niegan a hacer una defensa abierta de la palabra «democracia», a la cual le tienen aversión, así como lo hace el resto del culto global. En *¿La rebeldía se volvió de derechas?* (2021), Stefanoni lo explica así:

> Milei tiene una visión sobre la democracia que retoma conceptos de los libertarios decepcionados de Silicon Valley. Por ejemplo, los llamados neorreaccionarios promueven directamente que hay que separar la libertad de la democracia. No es casual que Milei hable todo el tiempo de libertad, pero nunca de democracia. Tampoco que considere que el Estado democrático es un

> «pedófilo en un jardín de infantes», mientras que el Estado dictatorial de los años setenta —que literalmente mató y violó— sólo habría cometido excesos. Como recordaba hace poco Enzo Traverso en relación con otra cuestión, la democracia no es sólo un sistema de disposiciones institucionales, sino también una cultura, una memoria y un conjunto de experiencias. Milei —y más aún Villarruel— es ajeno a la cultura, la memoria y el conjunto de experiencias que —no sin problemas— fueron jalonando la transición democrática argentina, justo cuando se conmemora el 40 aniversario.

Según expone el autor argentino Luis Diego Fernández en su artículo «Genealogía del libertarianismo» (2024), el libertarismo, enemigo declarado del Estado y cuyo lema es el «principio de no agresión», surge como filosofía política en Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, basada en ideas de mercado y utopía, y que alcanza plena dimensión en la década de 1970. Es en ese momento cuando aparecen los textos más icónicos, se fundan los *think tanks* (fundaciones o centros de pensamiento) que lo promueven y también nace el Libertarian Party de Estados Unidos. En 2024, Donald Trump fue orador destacado en la Convención del Partido Libertario, un hecho que evidencia cómo distintos subgrupos dentro de la nueva derecha convergen con toda su esencia en torno a figuras populistas para consolidar su influencia política y cultural.

Los libertarios sostienen que cualquier intervención del Estado constituye una amenaza para el derecho de propiedad y abogan por un sistema donde cada individuo sea responsable de garantizar su propia seguridad frente a robos o agresiones. Proponen modelos como la justicia privada, en los que la administración de la justicia ya no quedaría en manos del Estado. Para el libertario, la intervención del gobierno en cualquiera de sus formas es un obstáculo.

En *Desquiciados: los vertiginosos cambios que impulsa la extrema derecha* (2024), Alejandro Grimson también agrega un punto importante al indicar que, para que triunfara Milei, algo del cristal del pacto democrático del «Nunca Más», «forjado desde los años

ochenta con esa escena inaugural que fue el Juicio de las Juntas Militares y el repudio a la violencia política, se quebró». El autor añade que existe la necesidad de que las fuerzas democráticas construyan un cordón sanitario:

> Lo contrario de lo que hicieron el rey de Italia con Mussolini o el presidente alemán Von Hindenburg con Hitler. Jamás aliarse en ningún punto, jamás hablar bien de los extremistas, jamás participar en ningún nivel de sus gobiernos. Marcar una frontera clara y contundente, justamente la que ellos intentan borrar. No alabarlos ni como rebeldes, simpáticos o patriotas; no hacer chistes en actos públicos con ellos; expulsar de las fuerzas democráticas a todos los dirigentes o militantes que acepten ser ministros o funcionarios de gobiernos de extrema derecha.

Nora Merlin, la psicoanalista y autora de *La reinvención democrática* (2020), ha sostenido que las intervenciones y manifestaciones públicas de Milei revelan rasgos que trascienden los límites democráticos, con un discurso verborreico, violento, misógino, agresivo y hostil, y señaló lo siguiente:

> Los psicólogos estamos en estado de deliberación y debate en las distintas instituciones porque en general estamos todos preocupados por los rasgos que observamos en este candidato [...]. Hay un déficit, una fragilidad psíquica que ponen en duda que esté apto para conducir, llegado el caso, un país [...]. Hay una incontinencia verborrágica agresiva, violenta, misógina, hostil. Sin hacer diagnóstico psicológico, ésos son rasgos de carácter que son incompatibles con la democracia. Porque en la democracia hay reglas, hay límites, no se puede decir cualquier cosa, y este personaje pasa esos límites. La vida democrática y civilizada requiere de filtros y de diques, no se puede decir cualquier cosa. Este personaje tiene una modalidad fascista. Sus modos de relacionarse son modos fascistas [...]. Milei surge en la pandemia, en un estado de mucho malestar subjetivo, psicológico, de presión y angustia generalizada. Y entonces prenden sus ideas de libertad. En medio del encierro empieza a hablar contra el coronavirus, contra las vacunas, contra el gobierno, contra la casta, por la libertad..., y era fácil cazar. Fue agitando en lo social un discurso del odio y de la bronca [...]. Entonces, hay mucha frustración encima, mucho malestar, y en ese suelo surge Milei, prometiendo motosierra [...]. No tiene tolerancia a la frustración. Como toda persona que no está en un equilibrio mental, cuando

alguien lo frustra, no le hace coro, no puede tolerar la frustración y, en vez de argumentar, recurre al exabrupto.

Siguiendo este análisis, queda claro que el ascenso de Javier Milei durante la pandemia se vincula a un ambiente de frustración y descontento generalizado, alimentado por la polarización política de las últimas décadas en Argentina, pero también como parte de la ola de estas nuevas derechas globales. A Argentina le llegó su turno, y Milei sacó provecho: denunció la crisis de representación política argentina y nos dio lo que el periodista argentino Carlos Pagni llama «el extraño caso de un liberalismo autoritario».

A continuación hago referencia a varios textos que me han parecido centrales para identificar otras aristas de este entramado. Milei hizo su campaña con una motosierra en mano, incitando abiertamente a la violencia. La motosierra de Milei ha sido más que una simple motosierra, es una manifestación de violencia simbólica y un culto a la destrucción. En febrero de 2025, Milei asistió una vez más a una conferencia de la CPAC en Washington, con el dinero público que tanto le gusta gastar, sin que su viaje haya traído ninguna inversión concreta ni beneficio real para Argentina. En ese evento, le regaló a Elon Musk una motosierra, haciendo un espectáculo de sumisión, inclinado ante el Estados Unidos de Trump, como si la fuerza bruta fuera la forma de resolver problemas. Este *show* payasesco no sólo habla de su desprecio por los procesos democráticos, sino también de cómo el símbolo de la motosierra refleja una ideología de confrontación y de eliminación, sin espacio para el diálogo ni el respeto por el otro. La motosierra es el culto a la máquina de destrucción brutal. En su artículo «Las sociedades, a veces, se suicidan» (2023), el sociólogo argentino Eduardo Grüner lo analizó así: «No puede surgir ningún loco de la motosierra sino allí donde, de alguna forma, se ha creado un consenso sobre la

conveniencia de talar el bosque [...]. La motosierra es un síntoma y un símbolo».

Así mismo, en el libro *El goce de la crueldad: Argentina en tiempos de Milei* (2024), de varios autores y compilado por Francis Rosemberg, se sintetiza bien esta idea cuando se dice que, a pesar de que Milei exhibió todas sus miserias —tanto en su etapa como mediático como en campaña—, a pesar de llegar a decir cosas inimaginables o hasta expresar que se comunicaba con Dios, la gente lo votó. Entender el drama personal de Milei, según se sostiene en dicho libro, es también comprender el drama social del país. Lo mismo podemos decir que sucede con Donald Trump, ya que sus seguidores no miden su éxito por lo que él hace *para* ellos, sino por lo que hace *en contra* de las personas que no les gustan. Es una política de venganza, de revancha. Trump atrajo a personas que están tan rotas como él, y su constante hostigamiento hacia los «otros» es lo que los sostiene y alimenta.

Sobre la personalidad y vida de Milei, en *El goce de la crueldad* (2024) se dice que, de algún modo, «la historia de palizas, tormentos, *bullying* y ausencia de cariño» explican parte de por qué Milei es como es. Pero también se remarca que «si bien esos años de sufrimiento impactaron inevitablemente de manera fuerte en la mente de ese niño apaleado», eso no justifica a Milei. De hecho, en dicho libro se afirma lo siguiente: «[...] la inmensa mayoría de los niños que son víctimas de violencia suelen predicar activamente, en su vida adulta, la necesidad del buen trato y el respeto hacia las infancias. Unos pocos, en cambio, dedican gran parte de su adultez no sólo a dañar al prójimo, sino que, además, gozan con el daño que infligen».

Por otro lado, en la obra coordinada por Pablo Semán *Está entre nosotros* (2023), de varios autores, se ponen a la luz los pilares

ideológicos de los libertarios, además del rezo del líder espiritual Alberto Benegas Lynch, rasgo de un claro culto donde se repiten eslóganes como frases bíblicas; el economista Benegas Lynch le dio al mileísmo la oración santísima del «respeto irrestricto al proyecto de vida del otro», siempre que el otro sea como ellos mismos, claro está, siempre que el otro no se aleje de la heteronormatividad... Además, no se termina de entender de qué respeto hablan los mileístas, pues ellos se burlan de todo el mundo todo el tiempo. Así que, «respeto irrestricto», excepto si eres «zurdo de mierda», «trolo», «puto», «trans», «abortera», «torta», «kirchnerista», «jubilado», «docente», «degenerado», etcétera. En *Está entre nosotros* (2023) se explica así:

> El occidentalismo de los libertarios se acoge a planteos excluyentes, belicistas e iliberales para salvar la libertad. En tanto cuestionan el feminismo y los derechos de las minorías, los libertarios empiezan a verse como antiglobalistas en la línea de Trump e incluso capaces de reconocer algún valor en líderes autoritarios como Putin [...]. La perspectiva de los actores contemporáneos no tiene la impronta pluralista de la apertura democrática de los años ochenta, sino que consiste en un recorte acotado de obras y autores, de los que se extraen apenas determinadas ideas o incluso frases aisladas a las que se les atribuyen sentidos específicos; se trata, entonces, de usos plenamente politizados, a veces coyunturales, de una galería de próceres [...]. Las respuestas que repiten tanto los dirigentes como los activistas de La Libertad Avanza (LLA) es «el liberalismo». Pero ese concepto debe entenderse en un sentido particular, que es el de la reducción de una tradición rica y heterogénea al sucedáneo de rezo laico que Milei pronuncia a coro con sus seguidores políticos, la definición del economista Alberto Benegas Lynch [...]. Quienes se autoadscriben al liberalismo libertario reingresan valores, tonos y prácticas propios del nacionalismo reaccionario y, a partir de ellos, tensan la democracia liberal y disputan con los representantes ya insertos en el sistema.

En la misma obra se explica otra de las etiquetas más utilizadas por los libertarios de la nueva derecha argentina, arraigada fuertemente a la rama libertaria estadounidense (a diferencia de lo que sucede en la mayoría de las nuevas derechas europeas), que es

el anarcocapitalismo, del cual es padre el antes mencionado Murray Rothbard, quien lloró la muerte del Che Guevara y planteaba una sociedad en la cual el mercado (siempre presentando a un consumidor utópico, por supuesto) sea la guía de las personas y donde los impuestos son un robo legalizado y organizado a gran escala (éste es uno de los mantras libertarios por excelencia, de esos que deben repetirse una y otra vez dentro de la secta); todo ello olvidando que prácticamente todas las democracias modernas implementan sistemas tributarios progresivos fundamentados en el principio de solidaridad, lo que implica que las personas con mayores ingresos contribuyen con una proporción más alta de sus ganancias en comparación con quienes perciben menos. Esto último es así incluso en los países nórdicos, a los que tanto les gusta poner de ejemplo: son sistemas con un Estado presente y extremadamente «marxistas culturales» (si hablamos en sus términos) a la hora de tratar temas como el aborto, el feminismo, la eutanasia, lo LGTBI+, el uso y consumo de drogas, etcétera. En el mencionado libro se dice:

> El anarcocapitalismo es la doctrina que impulsa la desaparición del Estado para que todas las relaciones humanas se rijan sólo por los intercambios voluntarios de los agentes [...]. Las posiciones con las que La Libertad Avanza (LLA) se presentó en la arena electoral parecen seguir la estrategia del «populismo de derecha» tal como lo propuso Rothbard (1992): un movimiento capaz de «llegar a las masas directamente, para cortocircuitar a los medios de comunicación dominantes y a las élites intelectuales, para arengar a las masas contra las élites que las están saqueando, confundiendo y oprimiendo» [...]. Lejos de consagrarse bajo la figura de los corderos, esa idea de libertad se alimenta de una retórica y de una estética de la resistencia simbolizada en la figura del león y en los componentes plebeyos de estas derechas [...]. La «corrección política», la «ideología de género», la «cultura *woke*» y el «marxismo cultural» —adaptación de la histórica teoría conspirativa de raíz antisemita— funcionaron como fórmulas de construcción de otro a combatir a base de memes, vídeos, accesorios y otros artefactos culturales materiales o digitales [...]. Expresan una visión y una perspectiva del capitalismo puro y sin

> regulaciones como panacea de la libertad, manifiestan visiones conservadoras, porque los valores «occidentales y cristianos» son los que mejor organizarían las sociedades capitalistas libres [...]. El despliegue de una visión del mundo centrada en la economía, concepción de uno mismo y los otros como unidades productivas, es el punto rector del discurso impulsado por las figuras libertarias [...]. La fusión de nacionalismo y liberalismo a ultranza puede parecer extraña, pero es uno de los senderos que recorren los votantes de Milei, especialmente las últimas camadas en las que se combina un origen que ya no es el de los deciles más altos de la sociedad.

Respecto del anarcocapitalismo, concepto tan de moda entre los libertarios de la nueva derecha, el autor argentino Santiago Siri sostuvo lo siguiente en X: «El anarcocapitalismo sin restricciones es el caldo de cultivo perfecto para ponzis, estafas y humo financiero. En la promesa de un mercado absolutamente libre, se cuela siempre el más fuerte, el más inescrupuloso, el que corre con ventaja. No casualmente, Milei sedujo a una generación joven que aún no ha vivido lo suficiente para entender que la vida es mucho más compleja que reducir todo a un juego de oferta y demanda sin reglas. No es una casualidad, es casi un experimento social: cuando el Estado desaparece, no queda libertad, queda la ley del más fuerte. Hay un punto en el que el *laissez-faire* se convierte en nihilismo económico. Abrir los ojos no es traicionar ideales, es madurar y entender que la verdadera libertad no es la ausencia de reglas, sino la existencia de estructuras que nos permitan vivir sin miedo a que nos devore el más grande».

Fuera de Argentina, es fácil dejarse guiar por titulares sensacionalistas sobre el país. A pesar de las promesas de reforma, el ajuste tan promocionado contra lo que se denomina la «casta política» bajo la presidencia de Milei no ha logrado materializarse (aún). En cambio, su Administración está integrada por funcionarios sin conocimiento de lo que hacen, *influencers*, familiares y operativos de redes sociales encargados de promover una agenda

moral e ideológica. Esta agenda, frecuentemente revestida con un tono profundamente religioso y mesiánico, se centra en un modelo personalista en el cual no se tolera la disidencia. Aquellos que cuestionan al líder son rápidamente expulsados.

Prestemos atención a todos estos atentados contra los límites al poder llevados a cabo por Milei: 1) modificar leyes a través de decretos de necesidad y urgencia sin respetar los requisitos constitucionales, incluyendo materias prohibidas como la tributaria; 2) extender el presupuesto de manera ilegal por dos años consecutivos; 3) obstruir el Congreso mediante un veto excesivo que perjudica derechos sociales esenciales, como la educación pública y las prestaciones de jubilación; 4) desconocer el sistema de coparticipación federal y gobernar bajo un esquema unitario, salvo con provincias aliadas; 5) designar por decreto a jueces para la Corte Suprema de Justicia, incumpliendo las condiciones excepcionales establecidas y dando una patada al Estado de derecho al hacerlo, pues el nombramiento de magistrados requiere del acuerdo del Senado con una mayoría calificada, y, al saltarse este paso, Milei marcó un precedente peligroso de concentración de poder en el poder Ejecutivo, atribuyéndose facultades que no le corresponden, y en medio de las tensiones por el llamado «Criptogate» que lo posicionó como promotor de una estafa y por la cual está imputado; 6) desvirtuar leyes con un abuso de la facultad reglamentaria, como ocurrió con la ley de acceso a la información pública; 7) atacar desde el Estado a periodistas y críticos del gobierno; 8) financiar y promover fuerzas digitales que acosan y desacreditan a voces críticas; 9) ignorar la obligación constitucional de garantizar paridad de género en la Corte Suprema; 10) negar el pacto del «Nunca Más» como el pilar fundacional de la democracia

desde 1983 y que repudia el terrorismo de Estado vivido entre 1976 y 1983... ¿Esto es «liberalismo»?

Los recortes, por otro lado, han afectado desproporcionadamente a sectores que representan menos del 1 % del gasto público, como las universidades y los programas científicos, a los que Milei ataca permanentemente. No olvidemos que la ciencia y las universidades son dos blancos detestados por la nueva derecha. Sin ir más lejos, en enero de 2025, el vicepresidente estadounidense J. D. Vance, en el evento del *think tank* National Conservatism, tildó a los profesores de «enemigos», citando a Nixon. Esta nueva derecha autoritaria ataca a los educadores porque representan instituciones de conocimiento crítico y pluralismo que desafían el control autoritario y las narrativas simplistas que este modelo busca imponer con teorías conspirativas.

Milei también inició una caza de brujas al estilo macartista dentro de su gobierno, luego de la destitución de la excanciller (o ministra de Relaciones Exteriores) Diana Mondino. El gobierno comunicó inmediatamente que «iniciará una auditoría del personal de carrera de la Cancillería [Ministerio de Relaciones Exteriores], con el objetivo de identificar impulsores de agendas enemigas de la libertad». La caza de brujas está en marcha. Milei prometió recortar varios ministerios del gobierno y captó a público extranjero con un vídeo en el que gritaba «¡Afuera!», mientras retiraba bruscamente notas adhesivas con los nombres de los ministerios estatales. No obstante, sus acciones sólo consistieron en cambiar los nombres de estos ministerios a «secretarías». Este cambio tuvo un impacto prácticamente nulo en el gasto y, en realidad, ha consolidado el control en menos manos, con nueve ministerios grandes reemplazando a 18 más pequeños. Todo parece un *show* para entretener y generar titulares engañosos. Milei afirmaba que el

Estado está en quiebra, pero lo primero que hizo su gobierno fue comprar 24 aviones de combate F-16 al gobierno danés por casi 700 millones de dólares, el mayor gasto militar en la historia del país, a pesar de que Argentina no está en guerra con nadie.

Milei dice que es «católico y que también practica un poco el judaísmo». En una entrevista a Ariel Goldstein (2024b) realizada por Federico Rivas Molina para *El País*, aquél señala un aspecto importante de estas nuevas derechas, y es que todos estos personajes «hacen una hibridación religiosa», puesto que «combinan los elementos más conservadores de las religiones occidentales y al mismo tiempo pueden asumir otras formas». Agrega, además, que «Bolsonaro es un buen ejemplo: es católico, fue bautizado por un pastor evangélico y se reúne con los judíos más ortodoxos, va a Israel y visita a Netanyahu». Así, sigue Goldstein, hacen una «hibridación siempre desde lo más conservador, y eso les sirve para una narrativa mesiánica, donde Dios les encomendó salvar al país».

Recordemos que, en Jerusalén, Milei sobreactuó una escena en el Muro de las Lamentaciones exhibiendo unos aparatosos llantos; y luego, en Miami, fue nombrado por una sinagoga como «Embajador Internacional de la Luz», a pesar de designar como procurador del Tesoro a Rodolfo Barra, un miembro del Opus Dei que militó abiertamente en el nazismo en su juventud. Milei repite lo que le enseñó su profesor español Jesús Huerta de Soto: «Dios es libertario». Para esta nueva derecha, resulta imposible concebir un mundo donde el Estado esté separado de la religión. Él, al igual que Jair Bolsonaro, utilizó el eslogan «Dios, patria y familia», así como lo hicieron Francisco Franco y Benito Mussolini en su momento.

Pero continuemos con Murray Rothbard (1926-1995), el gurú de Milei. En el ensayo *¿Este es tu ídolo?* (2024), Miriam Lewin y Horacio

Lutzky cuentan que Rothbard mantenía fuertes vínculos con algunos antisemitas, negacionistas del Holocausto y hasta miembros del KKK. El primero de ellos era Harry E. Barnes, un historiador estadounidense que sostuvo que la muerte de millones de judíos en el Holocausto fue simplemente una «propaganda de guerra». Rothbard reivindicó el trabajo de Barnes, hasta el punto de que, tras la muerte de éste en 1968, expresó que Barnes había sido una víctima por defender «la verdad histórica» y promover el revisionismo: «Fue el compromiso apasionado de Harry con la verdad lo que le valió la pérdida del aplauso de los académicos y las multitudes y lo arrojó, durante las últimas dos décadas de su vida, a la más completa oscuridad».

Otro nombre que circula en las organizaciones libertarias en general, aunque mucho más en Estados Unidos, es el de Lew Rockwell, el fundador del *think tank* Instituto para la Economía Austriaca Ludwig von Mises, una fundación con extensas alianzas y sedes a lo largo del mundo, especialmente en América Latina. Rockwell y Rothbard compartían un informe titulado *Informe Rothbard-Rockwell*, en el cual publicaron el siguiente texto de Sam Francis, un autor supremacista blanco, amigo de Rothbard y asesor de Pat Buchanan: «En primer lugar, la diferenciación natural de las razas en capacidades intelectuales implica que, de las dos razas principales hoy en día, sólo una en Estados Unidos posee la capacidad inherente de crear y sostener el nivel de civilización que ha caracterizado históricamente a los países de origen en Europa y América».

Luis Diego Fernández, en su artículo «Genealogía del libertarianismo» (2024), cuenta que la circulación del término *libertario* en redes sociales y medios masivos ha generado una transformación significativa en su interpretación. Décadas atrás, en

América Latina, dicho término estaba principalmente asociado con la izquierda, y, durante algunos años de la década anterior, con posturas marginales que ya estaban asociadas a la derecha. Sin embargo, en los últimos años, el libertarianismo, especialmente en sus formas anarcocapitalistas y paleolibertarias, ha ganado visibilidad. El autor lo explica de esta forma:

> Posteriormente, luego de una decepcionante participación en numerosas elecciones (siempre con esperables cifras magras en un sistema bipartidista), el discurso libertario en la década de 1990, traccionado por un nuevo sistema de alianzas de Rothbard, inició su conversión hacia una posición de derecha dura, reaccionaria, en línea con políticos tradicionalistas como Pat Buchanan. En ese momento se oficializó la estrategia «paleolibertaria»: un nuevo término que sugería una vuelta a las raíces («paleo») del «orden natural» perdido (familiar, cristiano) tras la experimentación social de la década de 1960. La argamasa de un discurso libertario-conservador (que incorpora elementos abiertamente racistas) comenzaba a tomar forma. En 2024, la referencia ya instalada de «lo libertario» es esta última, que también admite la categoría de «populismo de derecha». Motorizado por los seguidores de Trump en Estados Unidos y por figuras como Bolsonaro en Brasil y Javier Milei en Argentina, el discurso libertario actual mantiene los ejes de la utopía y el mercado, pero va más allá, mixturando el canon del último Rothbard con la estética digital de la derecha alternativa, hiperbólica, chillona y hábil en el uso de memes, en el troleo y en la difusión teorías de la conspiración. Ésa es la versión actual.

El concepto de *liberal* ha cambiado hasta el punto de que movimientos como el mileísmo llegaron a la presidencia en nombre del propio liberalismo, utilizándolo como relato ideológico hueco, ya que la presidencia de Milei no tiene nada de liberal. Por ejemplo, en un momento llegué a afirmar con orgullo que yo misma era «liberal», pero hoy, eso que se conoce como *liberalismo* ha cambiado mucho, y el término se lo han apropiado injustamente hordas de fanáticos de la nueva derecha. Los liberales han sido expulsados del liberalismo, han sido «excomulgados» por las instituciones absorbidas por las facciones religiosas y

ultraderechistas. No obstante, a diferencia del pasado, ya no insistiré en defender la palabra *liberalismo*.

Si escarbamos sólo un poco más, tendremos el siguiente panorama: los libertarios y muchos de los ahora llamados liberales, que conforman el ala fuerte de la nueva derecha, siempre estuvieron dispuestos a ceder libertad política o individual a cambio de «libertad económica» (que en realidad es lo que menos les importa, porque Trump ha creado impuestos y aranceles, pero ellos continúan aplaudiéndolo mientras destile odio hacia las personas trans, con las cuales la nueva derecha tienen una extraña obsesión).

Mario Vargas Llosa le reprocha a Friedrich Hayek, una de las caras del liberalismo académico del siglo xx, el haber dicho que «bajo la dictadura militar de Pinochet había en Chile mucha más libertad que en el gobierno democrático populista y socializante de Allende». El lavado de cerebro lo hacen desde adentro, y es organizado; por eso insisto, después de haberlo observado de primera mano, en exponer que «las ideas de la libertad» operan como una secta teocrática, donde no se lee nada más allá de la tríada «Hayek, Mises, Rand». Las cosas que critican no las han leído jamás.

25

¡Son todos unos comunistas!

Había algo que a Murray Rothbard le llamaba especialmente la atención sobre el senador Joseph McCarthy: su manera de llevar a cabo el populismo, apelando a las masas y enfrentándose al *establishment* (medios de comunicación, el Partido Demócrata, las élites o las universidades). Rothbard, como era de esperar, se mostró fascinado por este congresista estadounidense, conocido por liderar un feroz ataque anticomunista que no se basó en debates ideológicos, sino en la creación de listas negras, persecuciones, restricciones a la libertad artística y de expresión, y su participación en el Comité de Actividades Antiamericanas, que persiguió a artistas emblemáticos de la época bajo la acusación de ser «promotores del comunismo».

Este macartismo (o la cruzada anticomunista) es una de las características más importantes para identificar rápidamente a los seguidores de la nueva derecha. El término *macartismo* alude al período de la historia estadounidense entre las décadas de 1940 y 1950, cuando el congresista Joseph McCarthy impulsó acusaciones conspirativas sobre una supuesta infiltración comunista dentro del gobierno de Estados Unidos, liderando una campaña propagandística diseñada para propagar el miedo al comunismo. Por extensión, hoy en día se llama *macartismo* a la práctica de hacer acusaciones de que el otro «es un comunista». Lo más interesante es que las

actuales nuevas derechas combaten hoy un comunismo inexistente, utilizando un discurso anticomunista propio de los años cincuenta. Como se suele decir, ya no hay comunistas, pero abundan los anticomunistas (estos últimos, agrupados políticamente en alianzas como el Foro de Madrid o la CPAC). En relación con esto, es pertinente citar las palabras del polifacético músico Frank Zappa en una de las entrevistas que ofreció en 1986, durante una aparición en el programa de la CNN «Crossfire», donde debatió sobre la censura con los comentaristas conservadores Robert Novak y John Lofton:

> La mayor amenaza para Estados Unidos hoy no es el comunismo, sino llevar a Estados Unidos hacia una teocracia fascista, y todo lo que ha sucedido durante la Administración Reagan nos está llevando directamente por ese camino. Eso pasa cuando tienes un gobierno que prefiere un cierto código moral derivado de una cierta religión y ese código moral se convierte en legislación para adaptarse a un cierto punto de vista religioso, y, si ese código resulta ser muy derechista, pues es casi al estilo de Atila el Huno.

Lo que Frank Zappa advirtió sobre el peligro de una teocracia fascista que impone un código moral basado en una religión específica, convirtiéndolo en legislación, está comenzando a suceder. La profecía se cumplió. En *La cuarta ola* (2024a), Ariel Goldstein señala que estas nuevas derechas representan una forma de neomacartismo, corriente que, obviamente, presenta el comunismo como una amenaza constante, evocando la lógica de la Guerra Fría. Para McCarthy, el verdadero peligro en Estados Unidos no eran los conflictos internacionales, sino el «enemigo interno» y los «comunistas» del país, que, según su visión conspirativa, se infiltraban en instituciones clave como el Departamento de Estado. Aunque esa supuesta amenaza desapareció con la desintegración de la Unión Soviética, y a pesar de que el modelo político de Venezuela no es visto como ejemplo a imitar (pues es un país donde, realmente, no hay «comunismo» teórica y propiamente hablando),

el fantasma del comunismo sigue estando presente en el discurso político contemporáneo de estos modelos neorreaccionarios de la nueva derecha.

Algo que sostiene Milei y que se repite con frecuencia es que Hitler era de «izquierda» y «socialista», precisamente porque se cae en la «falacia etimológica» de atribuir un significado literal al nombre del partido de Hitler, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán; dicha atribución confunde, pero el nombre es una cosa, y la ideología es otra cosa diferente: el uso de «socialismo» en el nombre del partido de Hitler fue más estratégico que doctrinario, pues sólo tenía el objetivo de atraer a trabajadores y descontentos en un contexto de agitación social tras la Primera Guerra Mundial, pero su visión y sus políticas estaban profundamente arraigadas en principios nacionalistas, antimarxistas y autoritarios.

Hitler tampoco era de izquierda desde la perspectiva económica: el socialismo y el comunismo, en su sentido tradicional, buscan la colectivización de los medios de producción y la superación de las clases sociales, valores que eran diametralmente opuestos al programa nazi. En lugar de redistribuir la riqueza o los medios de producción, el nazismo dejó el control económico en manos de grandes empresas privadas, siempre que éstas sirvieran a los intereses del Estado nazi.

Recordemos que el nazismo no sólo dirigió su odio contra los judíos, sino también hacia diversos grupos a los que calificaba como «basura»: judíos, gitanos, homosexuales, personas con discapacidades y personas negras, entre otros. Y entre los principales enemigos de su ideología también se encontraban los comunistas, a quienes Hitler consideraba una «amenaza directa al orden social y a la jerarquía racial». En *Mein Kampf[Mi lucha]*, Hitler acusaba a los comunistas de ser una herramienta del «judaísmo

internacional» destinada a destruir las naciones y alentar el caos social. Al llegar al poder, prohibió el Partido Comunista, combatió brutalmente a los comunistas, socialistas, socialdemócratas, izquierdistas y sindicalistas, a quienes persiguió, torturó y envió a campos de concentración.

«El comunismo es el veneno que destruye las naciones desde adentro. Nuestra misión es erradicarlo antes de que devore al pueblo alemán», afirmó Hitler en un discurso el 10 de febrero de 1933. El anticomunismo fue un pilar central de la ideología nazi. En esa misma ocasión, en el Palacio de los Deportes de Berlín, Hitler pronunció un discurso bajo el lema «Liberemos a Alemania del marxismo». En él, dejó clara su postura: «Los partidos de la lucha de clases deben convencerse de que haré todo lo posible para destruirlos. Con todas mis fuerzas y con toda mi voluntad. Nunca abandonaré el deber de hacer desaparecer el marxismo y a sus sicarios de Alemania. Y jamás aceptaré ningún acuerdo. Alguien debe vencer: o el marxismo o el pueblo alemán. Y Alemania vencerá».

Ese discurso, si no supiéramos quién lo pronunció, encajaría perfectamente en la voz de cualquier representante de la nueva derecha. De hecho, ese tipo de discurso es el que repite Milei una y otra vez, así como lo hizo recientemente el portavoz de su gobierno, Manuel Adorni: «Es parte de nuestra agenda eliminar cualquier vestigio de las ideologías de izquierda». En otra ocasión, el 23 de marzo de 1933, en un discurso en el Parlamento alemán, Hitler sostuvo lo siguiente: «La suprema misión del gobierno nacional será extirpar por completo el comunismo y eliminar de nuestro país este fenómeno».

Pareciera que el triunfo de la nueva derecha, así como su estrategia discursiva más efectiva, radica en convencer a las

personas de que todo lo que no encaja en su visión moral es comunismo o izquierda; así, en una conferencia de la CPAC, Viktor Orbán dijo que «el movimiento *woke* y la ideología de género son exactamente lo que eran el comunismo y el marxismo». Por ejemplo, hay quienes creen que Joe Biden era un político «socialista» o «comunista», cuando en realidad no existió ningún candidato en las últimas elecciones que representara una postura de tal naturaleza. Para la nueva derecha, cualquier ideología o derecho que no comulga con sus posturas, incluida la socialdemocracia, es comunismo. Desde esta óptica limitada, perciben el mundo como una eterna batalla macartista, reducida a su mundo binario.

El anticomunismo se vuelve así una herramienta útil para simplificar los debates, jugar sucio, polarizar la sociedad y deslegitimar cualquier idea progresista, socialdemócrata o reformista. Como señaló el filósofo y politólogo italiano Norberto Bobbio (1909-2004), donde el fascismo hace acto de presencia, lo hace esencialmente bajo la bandera del anticomunismo. En su artículo «¿Quién dijo comunismo?» (2024), Alejandro Galliano y Tomás Borovinsky ponen su mirada en el asunto:

> No hace falta ser muy estrictos con el término para decir que el comunismo no está en condiciones de tomar el poder en ningún lado. A no ser que no seamos muy estrictos y llamemos *comunismo* a otra cosa [...]. Parafraseando a Peter Hitchcock, hoy, el médium que invoca al fantasma del comunismo es la propia derecha. «El cuento de hadas del marxismo cultural —escribió Jason Wilson— proporcionó un adversario poscomunista ubicado específicamente en el ámbito cultural: académicos, Hollywood, periodistas, activistas de derechos civiles y feministas. Desde entonces ha sido un pilar del activismo y la retórica conservadores» [...]. Como decíamos al principio, ya no hay comunistas realmente existentes, pero el anticomunismo funciona muy bien, aunque no queden partidos políticos marxistas relevantes en Occidente. Y ya prácticamente no hay ni siquiera catedráticos marxistas en las facultades de Economía [...]. La pandemia por la COVID-19 [...] —el mal llamado «virus chino»— funcionó como un verdadero acelerador de tendencias que venían de antes. El triunfo del Brexit y de Donald Trump fueron en 2016, y ahí ya

> empezaban a alinearse elementos que venían de la propia crisis de 2008. Con la llegada del virus en 2020, la cuarentena terminó haciendo mímesis con la sola idea de la intervención estatal y constituyó una nueva divisoria de aguas o frontera política. En partes de América Latina, Estados Unidos, Canadá y Europa, las medidas de restricción pasaron a ser sinónimo de autoritarismo, cuando no de «comunismo». Todo esto incluso más allá de que en algunos de los países en los que se aplicaron cuarentenas estrictas gobernaban gobiernos de derecha o conservadores, como en el Reino Unido en Europa o Chile en América Latina. De cualquier forma, el señalamiento estaba más puesto en casos paradigmáticos como el estado de California en Estados Unidos o en el continente europeo, de Merkel a Macron, que para la vocería libertaria son todos sinónimo de comunismo.

En esta misma línea, en *¿La rebeldía se volvió de derechas?* (2021), Stefanoni hace referencia a la creación de «fantasmas» o «monstruos» del comunismo:

> Hoy ya no existe el comunismo más que en enclaves residuales; sin embargo, para muchos, un nuevo totalitarismo, portador de la misma utopía de llegar a colonizar los cerebros humanos, habría emergido de forma mucho más sutil pero efectiva, y se habría implantado en escuelas y universidades, medios de comunicación, empresas, etcétera. La obsesión de la *alt-right* con el marxismo opaca el hecho de que el fenómeno que critica como efecto de la confabulación del «marxismo cultural» —degradación moral, promiscuidad sexual, hedonismo del consumidor y demás— es el resultado de las propias dinámicas de las sociedades capitalistas. El marxismo cultural es un chivo expiatorio de la derecha, no es un concepto científico, es una excusa de la desintegración del conservadurismo cultural, de sus tradiciones y sus visiones sobre la familia, el matrimonio, el aborto y el lugar de la mujer en la sociedad [...]. El marxismo cultural es el blanco de una teoría conspirativa de la derecha que sostiene que la escuela de Frankfurt inició un amplio movimiento que va desde el ámbito político al estético, tendente a debilitar e incluso destruir la cultura occidental. El término —utilizado en ámbitos de extrema derecha, incluidas sus variantes libertarias y cristianas— acaba siendo un «paraguas» que incluye cualquier expresión de progresismo, como la defensa del feminismo, el multiculturalismo o la justicia social.

Los paralelismos entre Donald Trump y Joseph McCarthy son evidentes, y deberían servir como advertencia en este peligroso contexto de polarización que favorece el surgimiento del

nacionalismo, caracterizado por campañas xenófobas y socialmente ultraconservadoras. Trump no sólo persigue la meta de establecer una nación cristiana (o especie de teocracia con oligarquía), sino que también pretende castigar a quienes, según su narrativa, obstaculizan que esa visión se concrete. Su agenda, al igual que la de Milei, no sólo se limita a la promoción de valores religiosos, sino que se extiende a asegurar que aquellos que no se ajustan a su moral sean perseguidos, castigados y sometidos al linchamiento público bajo un intenso escrutinio.

26

El Partido Demócrata está controlando el clima

La negación del cambio climático es otra característica de las nuevas derechas. En algunos casos, como el de los estadounidenses del MAGA, se ha llegado a sostener que el Partido Demócrata «controla» el clima. Esta negación del cambio climático, que implica dudar, rechazar o ignorar injustificadamente el consenso científico sobre este fenómeno, desafía las evidencias que muestran cómo las emisiones de efecto invernadero derivadas de actividades humanas o la deforestación, por ejemplo, contribuyen al calentamiento global, además de cuestionar sus repercusiones en el medio ambiente y en la sociedad, así como las posibilidades de adaptación a estos cambios. Muchos de los opositores a estas evidencias se autodenominan «escépticos del cambio climático», una expresión que es cuestionada por numerosos científicos por su carácter engañoso.

La selva amazónica está siendo destruida a un ritmo alarmante, equivalente a la deforestación diaria de un territorio semejante a la isla de Manhattan. Esta devastación representa uno de los mayores crímenes contra nuestro planeta, mientras líderes como el expresidente Jair Bolsonaro y Donald Trump han negado las evidencias del cambio climático, ignorando las pruebas del calentamiento global y sus efectos en el clima.

Uno de los argumentos más comunes entre quienes niegan el cambio climático es que «el clima de la Tierra siempre ha cambiado». De hecho, Milei sostuvo lo siguiente en el Foro Económico Mundial en 2025:

> Cuando uno argumenta que la Tierra ha tenido ya cinco ciclos de cambios bruscos de temperatura, y que en cuatro de ellos el hombre ni existía, nos tildan de terraplanistas para desacreditar nuestras ideas, sin importar que la ciencia y los datos estén de nuestro lado. No es casualidad que estos mismos sean los principales promotores de la agenda sanguinaria y asesina del aborto, una agenda diseñada a partir de las premisas malthusianas de que la superpoblación va a destruir la Tierra y, por lo tanto, debemos implementar algún mecanismo de control poblacional.

Milei demuestra ser un ignorante, conspiracionista y un confabulador al tergiversar hechos científicos. Al final, es muy probable que también sea terraplanista en serio (en el partido de Javier Milei, legisladoras han sido vinculadas al terraplanismo de forma pública tiempo atrás). Los ciclos climáticos pasados no tienen relación con el cambio climático actual, causado por actividades humanas, como confirma la comunidad científica. Además, vincular el cambio climático con el aborto es una falacia absurda, conspiranoica y sin fundamento. Hablar de Malthus y una supuesta «agenda de control poblacional» sólo refuerza su discurso conspirativo. Es muy peligroso que personas que difunden tanta mentira y desinformación tengan tanto poder.

Desde 1880, con un continuo aumento de la temperatura, hemos experimentado consecuencias notables como sequías más intensas, olas de calor más extremas, lluvias más fuertes y mal distribuidas en el tiempo, inundaciones, huracanes más violentos, calentamiento de los mares, pérdida de arrecifes de coral y deshielo de los glaciares. El calentamiento prolongado de los océanos, que son fundamentales para regular el clima de la Tierra, no sólo afecta a los corales y

peces, sino que también altera las corrientes marinas y atmosféricas. Los mares más cálidos liberan mayor cantidad de vapor de agua a la atmósfera, lo que proporciona más energía para la formación de fenómenos meteorológicos extremos, como huracanes, tormentas y tornados. El nivel de vapor en la atmósfera alcanzó un récord en 2024, según el observatorio climático europeo Copernicus.

La evidencia científica señala el efecto invernadero como el principal impulsor del cambio climático, ya que, desde la Revolución Industrial, se vienen acumulando en la atmósfera gases como el dióxido de carbono (CO_2). Si bien factores naturales como la actividad solar, los volcanes y las nubes también afectan al clima, la correlación irrefutable entre el aumento de los gases de efecto invernadero y el incremento de las temperaturas globales subraya el impacto decisivo de la actividad humana en este fenómeno. Esa actividad generó todo el aumento de temperatura que vimos en los últimos 150 años.

La quema de combustibles fósiles, como el gas natural, el petróleo y el carbón, genera más del 70 % de las emisiones de gases de efecto invernadero. Estas emisiones, cargadas además de contaminantes tóxicos, no sólo envenenan el aire, sino que contribuyen al calentamiento global, ya que la radiación térmica emitida por la superficie del planeta es absorbida en la atmósfera por esos gases (CO_2 y metano, entre otros), y después es en gran parte irradiada de vuelta a la superficie terrestre. A pesar de que las inversiones en energías renovables están en aumento en varias regiones del mundo, la transición hacia fuentes energéticas más limpias no avanza con la rapidez necesaria.

El planeta experimentó un aumento de su temperatura media de más de 1,5 ^{o}C en los últimos dos años, un número alarmante. Éste es un límite crítico señalado por expertos en los puntos de inflexión

del planeta, un límite que la humanidad debía evitar a toda costa; de hecho, éste era el objetivo establecido por los líderes mundiales al firmar el Acuerdo de París en 2015, en el cual se manifestó la necesidad de trabajar entre todas las naciones para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.

Si la temperatura global alcanzara un incremento de 2 °C, aproximadamente el 25 % de las 80.000 especies de plantas y animales en las zonas de mayor biodiversidad podrían extinguirse y desaparecer. El observatorio Copernicus confirmó que 2024 fue el año más caluroso registrado desde el inicio de las mediciones en 1850, dato validado y corroborado por la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica (NOAA) de Estados Unidos. Las peores consecuencias de la crisis climática pueden llegar a evitarse, pero esto exige que el mundo tome medidas inmediatas y contundentes. Por el rumbo que ha tomado la política internacional y el auge de los negacionistas en el poder, el destino no sólo se vuelve incierto, sino también aterrador.

En 2025, Donald Trump ha regresado al poder, lo que, dado el historial de sus posturas sobre el asunto, genera preocupación sobre el futuro de las políticas climáticas globales. En su primer día de este segundo mandato, pocas horas después de su toma de posesión, Trump firmó una orden ejecutiva con medidas destinadas a retirar a Estados Unidos del Acuerdo de París (uniéndose así a Irán, Libia y Yemen, países que no han ratificado el acuerdo) en el plazo de un año, a impulsar el uso de combustibles fósiles y a deshacer los avances de Estados Unidos en la lucha contra la crisis climática y la transición hacia energías limpias. Estas decisiones se toman mientras los incendios relacionados con la crisis climática arrasan el sur del estado de California, tras el año más caluroso registrado en la

historia, en el que dos huracanes de gran magnitud, Helene y Milton, causaron estragos en el sureste del país.

Estados Unidos, como segundo mayor emisor de CO_2 y principal responsable histórico del calentamiento global, tiene un rol fundamental en la lucha contra la crisis climática, motivo por el cual preocupa sobremanera la postura negacionista de Donald Trump, quien ya retiró oficialmente su país del Acuerdo de París en 2020, durante su primera presidencia, medida que revirtió la Administración Biden en 2021. Debido a su influencia económica y geopolítica, las decisiones de Estados Unidos tienen repercusiones globales. Organizaciones como Ecologistas en Acción advierten de que la falta de acción climática por parte de dicho país (el más contaminante de la historia) representa un desafío crítico. Este panorama se complica con el crecimiento de partidos de la nueva derecha en Europa, muchos de ellos negacionistas del cambio climático.

He aquí una lista de catástrofes que nuestro mundo está viviendo: grandes incendios forestales, como los que hemos visto en California; huracanes y ciclones que se han intensificado causando inundaciones y destrucción masiva; olas de calor extremo que han alcanzado temperaturas récord en Europa, Asia y América, dañando cultivos y causando problemas de salud pública; deshielo de glaciares en el Ártico y la Antártida, que están provocando un aumento en el nivel del mar, amenazando ciudades costeras del mundo; sequías prolongadas que causan crisis alimentarias; propagación de enfermedades en regiones tropicales (como el dengue, la malaria y el zika); fenómenos meteorológicos extremos, como tormentas de nieve más intensas, tornados fuera de temporada y lluvias torrenciales que están ocurriendo con mayor frecuencia debido al desequilibrio climático... En efecto, estamos

experimentando los primeros impactos de una Tierra con un aumento de la temperatura media global en superficie de 1,5 ºC (respecto a los niveles preindustriales).

Las actividades humanas han alterado el equilibrio natural del planeta, intensificando los fenómenos climáticos, que son la muestra del impacto humano en el período geológico llamado Antropoceno (de mediados del siglo xx hasta nuestros días). El sistema económico actual prioriza el crecimiento de los beneficios inmediatos y la acumulación de riqueza a expensas del medio ambiente, impulsando así un consumismo insostenible que agrava la crisis climática y sus consecuencias a largo plazo, con lo cual se está generando un daño irreversible. Por ejemplo, como señala el informe de Naciones Unidas titulado «El costo ambiental de estar a la moda» (2019), la industria de la moda es la segunda más contaminante del mundo: dicho rubro, según la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), hace uso cada año de 93.000 millones de metros cúbicos de agua, una cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de cinco millones de personas, sumado a que también, cada año, se tiran al mar medio millón de toneladas de microfibra, lo que equivale a 3 millones de barriles de petróleo, sumado a la cantidad de emisiones de carbono que generan todos los vuelos y envíos marítimos internacionales juntos de la industria de la moda o llamada también «moda rápida», donde a los consumidores se les ofrece con bombardeos de marketing colecciones a bajos precios, alentando a comprar, desechar la ropa y volver a comprar en un ciclo sin fin.

A pesar de la creciente evidencia, la conciencia ambiental global sigue siendo insuficiente frente a la magnitud de la crisis que enfrentamos. La nueva derecha, al tachar la preocupación por el medio ambiente como «comunismo», no sólo revela una falta de

comprensión sobre la urgencia de la crisis climática y un reduccionismo que contempla un tema global y constatado científicamente a un simple enfoque malintencionado de la «izquierda», sino que también utiliza este discurso para desviar la atención de la crisis climática y proteger los intereses de unos pocos, ignorando las consecuencias devastadoras para el planeta y las generaciones que vienen. En vez de pensar en colonizar Marte, el mundo debería estar invirtiendo en soluciones sostenibles para la Tierra, el único hogar que realmente tenemos.

El cambio climático no es sólo una amenaza futura, sino una crisis en curso cuyos efectos se aceleran de manera alarmante y están a la vista de todos. Como señaló el periodista David Wallace-Wells en *El planeta inhóspito* (2023), publicado originalmente en 2019, la humanidad no puede confiar en la fe ciega del mercado para garantizar el respeto por los derechos humanos y la supervivencia en un planeta en rápido deterioro. Nuestra propia biología nos hace vulnerables: como mamíferos, dependemos de la regulación térmica para sobrevivir, lo que implica que aumentos extremos de temperatura pueden volver inhabitables vastas regiones del planeta. Con sólo 5 ^{o}C de calentamiento global, zonas enteras quedarán fuera del rango de habitabilidad humana; con 6 ^{o}C, cualquier actividad física al aire libre en verano será imposible. Desde 1980, la frecuencia de las olas de calor extremo se ha multiplicado por 50, y las proyecciones indican un agravamiento aún mayor (ya todos lo hemos experimentado). Mientras tanto, algunas fuentes indican que se está perdiendo suelo fértil a un ritmo de 75.000 millones de toneladas anuales, lo que amenaza la seguridad alimentaria global. A pesar de estas advertencias, la indiferencia y la falta de acción siguen dominando el debate público, con líderes como Donald Trump, cuya única prioridad es su propio beneficio, sin considerar el

impacto ambiental ni el bienestar de las generaciones futuras, porque eso ya sería pedir demasiado a un narcisista como él.

Las consecuencias del cambio climático no sólo tendrán consecuencias indeseadas en la vida cotidiana, sino que transformarán radicalmente el mundo tal como lo conocemos. Para 2080, si no se logra una reducción drástica de las emisiones, el sur de Europa sufrirá una sequía extrema permanente. El aumento del nivel de las aguas de los mares será inevitable, y podrá traer consigo la desaparición de monumentos históricos y ciudades costeras enteras. Lugares icónicos como la basílica de San Marcos, en Venecia, Miami Beach, buena parte del sur de Florida, Venice Beach, en Los Ángeles, y la propia mansión de Trump en Mar-a-Lago quedarían sumergidos. Además, la infraestructura de internet será inoperable debido a la inundación de cables y servidores costeros. Incluso con una drástica reducción de las emisiones, muchos de estos efectos ya se dan por inevitables. En 2018, un estudio reveló que el deshielo del casquete polar antártico se había triplicado en sólo una década, lo que confirma que el cambio climático avanza más rápido de lo que se había estimado. En un futuro no tan lejano, las generaciones venideras podrían preguntarse en qué estábamos pensando mientras el mundo se desmoronaba frente a nuestros ojos.

27

El festín de los dioses y los justicieros del deporte

Si de verdad te gustan los deportes, seguramente seguiste de cerca los Juegos Olímpicos de París 2024 y escuchaste las noticias sobre la participación de mujeres trans. Pero, aunque no siguieras las competiciones olímpicas, seguro que oíste o leíste sobre las deportistas trans, porque fue el tema central de los medios durante un mes entero. Lo curioso es que muchas de esas noticias estaban llenas de desinformación y presentaban un relato completamente distorsionado de la realidad.

Las reacciones de la nueva derecha durante la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de París 2024 reflejaron una indignación ante un evento que celebró la integración, la diversidad y la libertad. Esta celebración fue vista como un desafío por los principales referentes del movimiento neorreaccionario, quienes se sintieron confrontados por el «mensaje progresista» transmitido desde un escenario tan global, pasando por alto temas como la rica historia de la cultura de Francia, su legado artístico, cinematográfico, musical, filosófico y posmoderno.

La interpretación de *La marsellesa* por una cantante de jazz negra, la inclusión de personas trans y la participación de *drag queens* en una representación que muchos defensores de la batalla cultural consideraron una sátira de la pintura *La última cena* de Leonardo da Vinci, generó controversia a escala mundial. Políticos,

académicos, artistas y personas de todo el mundo se alzaron en protesta, argumentando que esta representación constituía «una falta de respeto al cristianismo» y que se trataba de «una sátira gay de un episodio que es sagrado».

Mucho «Jesucristo, Jesucristo, Jesucristo», pero al final parece que no todos deben ser bienvenidos en la mesa de Jesucristo. Otro argumento que se presenta con frecuencia es que algo similar nunca se haría con el islam, pero este razonamiento no se sostiene si se analizan las dinámicas de poder y opresión. Los que aparecen en esa presentación de los Juegos Olímpicos no han sido oprimidos solamente por el islam, sino por aquellos que dicen seguir la religión basada en el amor. Pues, al final del día, como sostuvo Christopher Hitchens, «no hay derecho a olvidar cómo se comportó la religión cuando fue fuerte y cuando realmente pensaba que Dios estaba de su lado».

Hoy, la política hace lo mismo, y no debemos pasar por alto cómo se comportan los políticos y los movimientos neorreaccionarios de la nueva derecha cuando están completamente convencidos de que Dios está con ellos, les habla directamente a través de Trump y les dice cómo unir las «fuerzas del cielo» para dar batalla al «enemigo *woke*» (todo lo que no encaja en su moral puritana de los años cincuenta del siglo XX). Esos defensores de la batalla cultural, que quieren mostrarse como los mejores representantes de la «religión del amor al prójimo», todo lo que hacen es «cazar» prójimos, humillarlos y destruirlos en público, todo para no ver amenazado un lugar que creen merecer.

Y, paradójicamente, esa nueva derecha que tanto clama por la defensa del «derecho a ofender» se muestra profundamente molesta cuando alguien hace una referencia que les suena como crítica a sus ídolos o sus símbolos. Lo irónico de esta situación es

que aquella representación en la inauguración de los Juegos Olímpicos de París 2024 ni siquiera hacía alusión a la mesa de la última cena de Jesucristo, sino que era una reinterpretación de la obra del pintor neerlandés Jan van Bijlert, *Le festin des dieux(El festín de los dioses)*, una obra del siglo XVII que celebra a los dioses grecolatinos. En esa mesa no se encontraba Jesucristo, sino figuras mitológicas griegas como Dioniso (el latino Baco), Apolo, Poseidón (Neptuno), Hera (Juno), Zeus (Júpiter), Afrodita (Venus) y Eris (Discordia), entre otras. En realidad, la inspiración de la escena era la pintura de Van Bijlert, que representa una fiesta dionisíaca para celebrar la boda de la diosa Tetis y el héroe Peleo (padres de Aquiles), celebración en la que participan, entre otros, los dioses griegos del Olimpo (y, por ende, relacionados con los Juegos Olímpicos); sin embargo, otra vez, tal representación era una ofensa cultural para la nueva derecha, obsesionada como está con *su* visión del cristianismo y de Occidente. Pareciera que, para numerosos sectores del cristianismo político, nadie puede cuestionar su propio pedestal «sagrado», donde esperan ser tratados con guantes de seda, mientras que sus adeptos, desde su posición, se sienten con el derecho de atacar a los demás y despellejarlos. Todo, finalmente, parece girar en torno a su protagonismo y su ego.

Supongamos ahora que, efectivamente, aquella representación hubiese estado inspirada en la última cena que narran los evangelios, en la que Jesucristo y sus apóstoles fueron sustituidos por figuras del «mundo gay». ¿Por qué eso iba a generar controversia? ¿Por qué sería un problema? En primer lugar, existen miles de representaciones artísticas de la última cena que nunca han generado polémica, ni siquiera algunas versiones populares o paródicas de la pintura de Da Vinci, como la de un episodio de «Los Simpson», otra con los personajes de las tiras cómicas de Popeye,

otra en la que Marilyn Monroe preside la mesa rodeada de actores y personajes famosos del cine clásico... Lo que realmente incomodó es que los personajes estuvieran representados por personas gais o trans. Por otro lado, es importante señalar que la imagen que se ha impuesto de Jesucristo, como un hombre blanco, rubio y de ojos celestes, es una construcción social que ha sido adaptada a la imagen que conviene a ciertos grupos cristianos.

La obsesión de la nueva derecha con el sexo, la homosexualidad y todo lo relacionado con ello dice mucho sobre su visión del mundo y sus propios prejuicios. Al respecto, recordemos comentarios como el del conservador argentino y legislador por la provincia de Tucumán Ricardo Bussi, quien hizo una comparación entre personas con discapacidad y personas homosexuales, al decir que estos últimos «merecen respeto como los rengos [cojos], como los ciegos, como los sordos»; o el acto en el que Milei visitó Brasil en 2024, donde el ya expresidente Jair Bolsonaro le regaló la medalla del «Club Bolsonaro» por su «gran virilidad» y por no «haber tenido [nunca] relaciones sexuales con otro hombre». Dicha medalla es un símbolo de pertenencia a un grupo político que incluye a figuras como Trump y Orbán. Según Eduardo Bolsonaro (hijo de Jair), la medalla tiene tres íes que representan conceptos específicos: la primera *i* hace referencia al término portugués *inmorível*, que significa «inmortal» o «indestructible», en referencia a la supervivencia de Bolsonaro después de que intentaron asesinarlo con un arma blanca; la segunda *i* es de *imbrochável*, que significa «intacto», en referencia, en este caso, a la virilidad y la masculinidad en el acto sexual; y la tercera *i* es por *incomível*, que significa «incomible», y que alude en este caso al hombre que nunca podrá ser abordado sexualmente por otro hombre.

El párrafo 175 del Código Penal alemán fue promulgado en 1871. Allí se penalizaban las relaciones sexuales entre hombres. El Partido Nazi lo modificó en 1935 con el fin de endurecer las penas y ampliar su alcance, lo cual permitió la persecución de un mayor número de personas. Si leemos lo que el nazismo expresó sobre esta legislación que veía la homosexualidad como un atentado a la masculinidad, probablemente pensemos que son palabras de Javier Milei, Santiago Abascal, Giorgia Meloni o cualquiera de los *influencers* libertarios que dan charlas financiadas por organizaciones religiosas extremistas. El 14 de mayo de 1928, los nazis publicaron esta respuesta a una pregunta planteada sobre su postura respecto a la reforma del párrafo 175. Ésta es una de sus respuestas más directas sobre el tema de la homosexualidad:

> [...] No es imprescindible que usted y yo sigamos viviendo, pero es esencial que el pueblo alemán viva. Y sólo podrá vivir si tiene la capacidad de luchar, pues la vida es lucha. Y sólo podrá luchar si conserva su masculinidad, la cual se mantiene a través de la disciplina, especialmente en el amor. El amor libre y las desviaciones son formas de indisciplina. Por lo tanto, los rechazamos, al igual que todo lo que perjudique a nuestra nación. Cualquier persona que considere el amor homosexual se convierte en nuestro enemigo. Rechazamos todo lo que debilita a nuestro pueblo y lo convierte en un objeto de manipulación por parte de nuestros adversarios, porque sabemos que la vida es lucha, y es una ilusión creer que los hombres alguna vez se abrazarán en fraternidad. La historia natural nos enseña lo contrario [...]. [1]

También vale la pena hacer un paréntesis sobre las personas trans y el deporte, y mucho más después de todo el odio que se despertó al respecto durante los Juegos Olímpicos de París 2024. En el caso de las mujeres trans (cómo no van a atacar todo lo que se acerque a lo femenino, por supuesto), el debate es bien acalorado, ya que algunos argumentan que tienen ventajas físicas injustas debido a la pubertad masculina. Este tipo de críticas, muchas veces transfóbicas y racistas, no tienen en cuenta que las diferencias biológicas son

comunes en los deportes y que las mujeres cisgénero también pueden tener características físicas variadas sin que se las acuse de tener una ventaja injusta. Por otro lado, la mayoría de las leyes antitrans están dirigidas a niños que juegan deportes por diversión, ya que no todo el que hace natación o juega algún deporte lo hace para ganar o competir. No existe evidencia científica que respalde ventajas atléticas en mujeres trans. Un extenso informe de 2022 titulado «Transgender women athletes and elite sports: a scientific review», elaborado por el Canadian Centre For Ethics In Sport y publicado en HAL Open Science, confirma que factores sociales como la nutrición y los entrenamientos son determinantes claves en el rendimiento deportivo.

En los Juegos Olímpicos de París 2024, la boxeadora argelina Imane Khelif derrotó en 46 segundos a la italiana Angelina Carini. Sin embargo, esta victoria desató una campaña de odio orquestada por los grupos de la nueva derecha, que intentaron difundir que Khelif no era una mujer, sino un hombre o una mujer trans. Este rumor era completamente falso, pero el discurso de odio y el ciberacoso ya habían creado un clima de homofobia, transfobia y discriminación. La boxeadora fue difamada con epítetos como «hombre depravado», «macho», «degenerado», «enfermo» y «tramposo». Khelif proviene de Argelia, un país árabe con más del 98 % de población musulmana, donde no existen leyes de identidad de género, la homosexualidad está penada por la ley y las manifestaciones del movimiento LGTBI+ están prohibidas. De ser trans, Khelif no podría representar a su país como «mujer», porque el gobierno jamás se lo hubiese permitido (del mismo modo que quiere y pretende hacerlo la nueva derecha).

El debate sobre la exclusión de las mujeres trans en el deporte femenino a menudo se presenta bajo el pretexto de «proteger» el

deporte femenino, como si ahora todos fueran justicieros del deporte femenino. Sin embargo, este enfoque va mucho más allá de las mujeres trans. Las prohibiciones propuestas, que buscan identificar y excluir a las mujeres trans mediante exámenes genitales, pruebas de genotipificación y evaluaciones hormonales (procedimientos que incluso no se aplican en los hombres trans), tienen un impacto directo en todas las niñas y mujeres en general, no sólo en las mujeres trans.

Uno de los principales problemas con este tipo de políticas es la imposición de una vigilancia estricta y constante sobre el cuerpo de todas las deportistas. Estas políticas no sólo perpetúan la discriminación hacia las personas trans (personas que existen y seguirán existiendo, aunque a algunos no les guste), sino que también crean un ambiente en el que cualquier mujer, simplemente por ser percibida como demasiado «masculina», por destacarse demasiado o por presentar niveles más altos de testosterona, puede ser acusada y forzada a someterse a pruebas humillantes o al escrutinio y al acoso público, como sucedió en el caso de la boxeadora argelina.

Veamos el caso de la nadadora abiertamente trans Lia Thomas, ya que han circulado muchas afirmaciones distorsionadas sobre su desempeño y trayectoria en la natación. Un ejemplo común es la idea de que Lia ha estado «dominando» la categoría femenina, rompiendo récords y «destruyendo» el deporte femenino. Sin embargo, esto no es cierto. Aunque Lia ganó los 500 metros estilo libre en el Campeonato de Natación Femenina de la National Collegiate Athletic Association (NCAA) de Estados Unidos, convirtiéndose en la primera atleta transgénero en lograrlo, su rendimiento no fue dominante dentro del contexto general de la competición. Su tiempo en esa competición fue apenas ligeramente

mejor que el de la campeona del año anterior, por menos de cuatro décimas de segundo. En ese mismo campeonato se batieron 27 récords, pero ninguno de ellos fue establecido por Lia. No rompió récords estadounidenses, del US Open, de la NCAA... Su tiempo en los 500 metros libres ni siquiera se encuentra entre los cincuenta mejores de Estados Unidos. Además, en otras competiciones, Lia ocupó el quinto lugar en los 200 metros libres y el octavo en los 100 metros libres, lo que contradice aún más la narrativa de su «dominación» en la natación femenina.

Éstos son algunos ejemplos de cómo, en los últimos años, se ha desatado este intenso debate sobre la inclusión de mujeres trans en competiciones deportivas. Los críticos argumentan que esto otorga una ventaja injusta, mientras que los defensores sostienen que prohibir su participación es discriminatorio. No obstante, no existen pruebas de que las mujeres trans estén acaparando becas deportivas debido a que, supuestamente, dominen todas las competiciones o ganen títulos en todas las áreas deportivas.

Cuando la diversidad corporal se presenta en hombres cisgénero, como es el caso del nadador olímpico estadounidense Michael Phelps, a menudo se celebra como una ventaja natural. Phelps, por ejemplo, tiene varias características físicas que lo hacen excepcional: un torso desproporcionadamente largo y una capacidad pulmonar el doble de la media, entre otras características. Estos rasgos fisiológicos le proporcionan ventaja competitiva, pero gran parte de la sociedad no lo considera injusto. Las diferencias fisiológicas y biológicas de los deportistas existen en todos los deportes, y no necesariamente hacen que una competición sea injusta. A menudo, la gente olvida que entre las personas cis (es decir, cuya identidad de género y sexo asignado al nacer son coincidentes) también se dan variaciones fisiológicas significativas que pueden proporcionar

ventajas o desventajas, como es el caso de Michael Phelps y Serena Williams.

De hecho, a pesar de que a las mujeres trans se les ha permitido competir en la categoría femenina de los Juegos Olímpicos desde 2004, sólo una ha competido en estos juegos, y ni siquiera ganó una medalla. Pero nadie cuestiona la legitimidad de los triunfos deportivos de Michael Phelps, Serena Williams o Shaquille O'Neal por el hecho de tener rasgos fisiológicos privilegiados. ¿Acaso hay que prohibir que compitan los jugadores de la NBA que son muy altos? La diferencia de trato hacia Lia Thomas y otras mujeres trans revela la aplicación de una clara doble vara de medir, basada en prejuicios y desinformación, y no en un genuino interés por la «equidad en el deporte». No todas las mujeres pueden tener hijos, así como no todos los hombres destacan por tener una fuerza física excepcional.

Por último, también es necesario aclarar que no existe ninguna ley de identidad de género en todo el mundo que tenga como objetivo «mutilar, hormonar, obligar y operar» a niños y niñas trans. Las legislaciones sobre identidad de género están diseñadas para garantizar el reconocimiento, la dignidad y el acceso a derechos de las personas trans, protegiéndolas así de la discriminación. Además, muchas de las leyes relacionadas con este punto establecen topes de edad para ciertos procedimientos. La idea de que estas leyes buscan imponer tratamientos médicos a menores es una distorsión de la realidad promovida por sectores que buscan generar desinformación sobre los derechos de las personas trans, que, según los últimos datos de la Organización Mundial de la Salud, son el 0,4 % de la población mundial.

28

¡Quieren ser trans para usar los baños!

Si nos damos la oportunidad de romper paradigmas y dogmas establecidos, podemos ir eliminando las barreras que todavía limitan los derechos civiles y sociales. Las palabras evolucionan, adaptándose a las nuevas inquietudes, demandas y derechos que las personas articulan conforme piensan la libertad. Lo mismo ocurre con las personas trans: han existido siempre, pero lo que ha cambiado en este tiempo es la forma en que, como sociedad, nos relacionamos con quienes se identifican con un género diferente al asignado al nacer.

En muchos países, ser transexual (lo que implica cambios quirúrgicos) o transgénero, ya no es considerado un trastorno o una enfermedad mental, como lo era hasta hace muy poco. La Asociación Psiquiátrica Americana dejó de considerar la homosexualidad como una enfermedad mental en 1973, y la identidad transgénero también dejó de ser vista como tal desde que el «trastorno de identidad de género» fue retirado de los manuales de diagnósticos psicológicos en 2013. Para la nueva derecha, la homosexualidad es algo que «se padece», y ser trans es una «enfermedad». Ahora, Meta y las demás redes sociales, por orden de Trump, permiten que sus usuarios digan que las personas gais y trans tienen una «enfermedad mental».

Lo que sucede es que las identidades están dejando de ser patologizadas, y los de la mayoría moral están perdiendo el poder y el control sobre distintos grupos de personas, y por eso se quejan, porque ya no pueden internarlas en centros psiquiátricos, ni exorcizarlas, ni hacerles lobotomías, ni mandarlas públicamente a las llamadas «terapias de conversión» (que constituyen una forma de abuso y tortura que aún existe en nuestras sociedades, y más de lo que creemos, y que son «terapias» que aumentan la depresión y los intentos de suicidio en jóvenes LGTBI+).

A pesar de que los hechos demuestran que estas prácticas, que deberían ser ilegales, son perjudiciales para quienes son sometidos a ellas, este tipo de terapistas sostienen que la demanda de sus servicios crece cada vez más, incluso con campamentos «educativos» o grupos de ayuda (principalmente vinculados a organizaciones religiosas) mediante los cuales persiguen a las personas LGTBI+ y las «captan» en redes sociales o a través de distintas asociaciones (que no necesariamente tienen que llegar a ser sectas, y que, de hecho, muchas veces son las propias familias las que buscan estas prácticas para enviar a sus «desviados») para proceder a realizar esta violación de los derechos humanos, y que actualmente operan, incluso de manera clandestina, en cada uno de nuestros países, en silencio, sin hacer ruido.

En *La nueva cruzada* (2024), el autor cristiano Israel Corral «denuncia» lo siguiente: «Ahora tenemos niños que se "sienten" niños cuando son niñas, o niñas cuando son niños, o hay incluso otros que no se consideran de ningún sexo, o que son [de] género fluido o se identifican con ambos sexos». Declaraciones como ésta reflejan una incapacidad para distinguir entre construcciones sociales, avances científicos en torno al género y la sexualidad y creencias basadas en mitos religiosos. Paradójicamente, estas

críticas provienen de sectores con una perspectiva sustentada en relatos como la creación del mundo en seis días en las manos de un dios hombre, el nacimiento «virginal» de un hijo enviado por ese dios, la capacidad del hijo de ese dios de transformar el agua en vino y su ascensión al cielo, desde donde «supervisa» a la humanidad. Desde esos sectores, los que profesan esa religión esperan a que un dios vuelva a enviarles a su único hijo.

Estas narrativas y lenguajes incluyen conceptos como el «pecado original», atribuido a la desobediencia de una mujer (Eva), quien, según el relato, fue creada a partir de una costilla de un hombre (Adán) y persuadida por una serpiente parlante para consumir un fruto prohibido. Esta perspectiva se complementa con la idea de un castigo eterno en un lago de fuego para quienes no se adhieran a dichas creencias, las cuales entran en conflicto directo con la evidencia científica y los avances en el entendimiento humano sobre la naturaleza, la evolución, el género y la sexualidad. Así y todo, desde esa cosmovisión perfectamente «lógica», insisten con toda seriedad en que una mujer no puede ser hombre y un hombre jamás puede ser mujer. Resulta curioso cómo las leyes de la biología y la ciencia parecen ser aceptadas y aplicadas sólo cuando no contradicen ni cuestionan sus creencias religiosas, lo cual constituye una paradoja que invita a reflexionar.

Una explicación la dio la política demócrata estadounidense Alexandria Ocasio-Cortez, quien criticó los intentos de los republicanos en la Cámara de Representantes de prohibir que las personas trans usaran baños exclusivos para «individuos de ese sexo biológico» en el Capitolio, una medida que surgió poco después de la histórica elección de Sarah McBride, la primera congresista transgénero de Delaware; en palabras de Ocasio-Cortez: «Las mujeres saben que los hombres no planean “vestirse como niñas”

para agredirlas. Lo hacen [agredirlas] todos los días a plena luz del día. Y los que están en el poder se protegen entre sí para mantenerlo en silencio. Basta con preguntarle al Comité de Ética de la Cámara de Representantes. O al presidente electo de Estados Unidos [Donald Trump]».

El argumento de que las mujeres trans van a meterse en los baños para mujeres cisgénero con el objetivo de violarlas, como ha sugerido el mileísmo o el trumpismo, no sólo es infundado, sino que está basado en prejuicios y desinformación. Las personas trans no pasan por procesos largos, costosos y emocionalmente difíciles de transición para, simplemente, poder entrar a un baño y violar. En la sociedad machista en que vivimos, si alguien quisiera cometer un delito de abuso o violación, lo haría sin necesidad de tener que asumir una identidad trans, pues ya son abusos que cometen hombres cisgénero dentro y fuera de los baños. Otro argumento que repiten estas nuevas derechas, por ejemplo, es que, en las cárceles, las mujeres trans representan un peligro para las mujeres cis, y que las pueden violar. Esto es completamente falso. Este tipo de discurso criminaliza injustamente a toda la población trans, basándose en falacias creadas a partir de tomar un incidente aislado y generalizarlo a todo un grupo.

Por cierto, el estadounidense George Takei, actor, director y activista por las libertades democráticas, dijo lo siguiente sobre esta falsa polémica de los baños y las personas trans: «No es por los baños, de la misma forma que tampoco era por las fuentes de agua». Con esta frase, Takei estaba estableciendo una analogía con la segregación racista en Estados Unidos durante el período de la lucha por los derechos civiles. Esta frase destaca cómo comentarios sobre derechos y libertades a menudo se convierten en excusas para ocultar actitudes discriminatorias profundas, como ocurrió con la

segregación en el pasado. Esas «fuentes de agua» se refieren a la segregación racista en Estados Unidos durante la era de las leyes Jim Crow, cuando las personas, según el color de su piel, tenían instalaciones separadas para beber agua.

29

¡Pero la sirenita es blanca y pelirroja!

Y, como no podía ser de otra manera, otro tema que parece obsesionar a la nueva derecha, y que se ha convertido en algo así como una nueva «amenaza inminente», es la elección de personas no blancas para interpretar roles de personajes de ficción «tradicionalmente» blancos. Por ejemplo, en 2019, Disney anunció que su *remake* con actores reales de *La sirenita* estaría protagonizado por la actriz, cantante y música estadounidense afroamericana Halle Bailey, lo cual generó una gran polémica proveniente de voces más bien identificadas como adeptas a esa nueva derecha, que exigían que el papel lo hiciera una actriz blanca y pelirroja, como en la película de animación original (por no decir en el cuento original de Hans Christian Andersen en que se basó). Tales protestas continuaron tras el estreno de dicho filme en 2023, lo cual no impidió sus buenos resultados de taquilla.

Reflexionando sobre esta cuestión, leí el artículo «Romeo y Julieta: el grito racista de ¡inclusión forzada!» (2024), de la abogada y autora peruana Yesenia Álvarez, que destaca la polémica generada tras la noticia de que la actriz y música británica afrodescendiente Francesca Amewudah-Rivers había sido elegida para interpretar a Julieta en una nueva adaptación teatral de *Romeo y Julieta* en 2024. Esta decisión desató una ola de reacciones racistas en las redes sociales, especialmente en X, poniendo en evidencia cómo la

elección de una actriz «no convencional» en un rol clásico todavía provoca reacciones cargadas de prejuicios.

Según dice Álvarez en el mencionado artículo, el problema no radica realmente en un supuesto compromiso y preocupación sobre la fidelidad a las historias originales; el concepto de «inclusión forzada» funciona entonces como una pantalla para ocultar un racismo flagrante. Estos críticos afirman que las nuevas versiones no respetan las historias originales, pero su grito contra una «inclusión forzada» se convierte en un pretexto fabricado por la nueva derecha para cuestionar la representación de ciertos personajes de ficción por personas negras o LGTBI+, tanto en películas como en libros u obras de teatro; esta actitud es parte de esos objetivos que buscan destruir bajo el amparo de lo que denominan «batalla cultural». Y protestan porque no les agrada; se quejan al igual que lo hicieron cuando las personas negras o las mujeres pudieron por fin votar; se quejan como lo hacen cuando las mujeres se organizan para denunciar el abuso sexual y de poder que ha existido durante siglos. Protestan porque desean preservar sus privilegios, pero también porque ahora están mucho más expuestos.

Todas esas quejas de la nueva derecha sobre la «inclusión forzada» evidencian una profunda ignorancia respecto a la libertad creativa y una negativa a aceptar que se trata de adaptaciones de historias ficticias. A lo largo del tiempo, libros, obras de teatro, películas, series y otras producciones han modificado innumerables elementos significativos o históricos de las obras originales, pero nadie dijo una palabra, nadie expresó objeción alguna, muy probablemente porque los personajes, los actores o las actrices seguían siendo «evidentemente» blancos, heterosexuales, etcétera.

En concreto, la representación de las personas LGTBI+ en el cine no busca restar importancia a otras identidades, sino promover

precisamente su representación e inclusión social y cultural, así como respetar todas las formas de vivir y experimentar la sexualidad y el género. Las formas de vivir la sexualidad han variado a lo largo del tiempo y de las épocas. La evolución de la moral ha consistido en cuestionar los prejuicios y las ideas limitantes; y los logros alcanzados en este ámbito hicieron que, durante un largo tiempo, se toleraran al menos cosas que no habían sido toleradas antes, y que ahora se han vuelto de nuevo intolerables para esos sectores neorreaccionarios. Ahora, las cosas han cambiado, y esos sectores que se quejan se han convertido en una especie de justicieros de la historia del cine, de la literatura, etcétera, al igual que lo han hecho con el deporte. Como ya no pueden recurrir a castigos físicos (al menos por ahora), optan por ejercer su odio y su hostilidad a través del acoso en redes sociales, el maltrato institucionalizado y la violencia simbólica.

Bernard Kouchner, cofundador de Médicos sin Fronteras y Médicos del Mundo, sostiene que las redes sociales no se deben prohibir, pero subraya que es necesario establecer un control muy estricto sobre ellas, agregando que las empresas de internet sean responsabilizadas o corresponsabilizadas por las palabras e imágenes que difunden, tal como ocurre con los editores de prensa. Por su parte, Rolf Skjoldebrand, cofundador de Non-Violence Project, explica que el odio es un comportamiento aprendido, que nace de factores como el miedo, la inseguridad, la ignorancia o experiencias pasadas, pero también de las influencias culturales y los condicionamientos sociales.

Si entendemos que el odio es un comportamiento aprendido, también debemos estar de acuerdo en que el odio puede y debe ser «desaprendido». Según el marco conceptual del modelo creado por la psicóloga Hilary Jacobs Hendel y llamado «triángulo del cambio»,

diseñado para que las personas puedan gestionar adecuadamente sus emociones, incluidas las de odio y violencia, en cualquier situación de odio suelen participar tres actores principales: las víctimas, los agresores y los espectadores. Estos últimos, los espectadores, suelen mantenerse al margen debido al miedo, la indiferencia o la falta de herramientas para intervenir. Sin embargo, los espectadores son clave en la transformación del entorno, pues tienen el poder de romper la dinámica del odio al convertirse en aliados de las víctimas.

30

The handmaid's tale: el proyecto ideal de la nueva derecha

Cada vez más mujeres se dan cuenta de que son las primeras mujeres en su linaje en tener independencia financiera, vivir solas y poder ser completamente responsables de sí mismas, sin tener maridos, sin sentirse obligadas a tener hijos, sin tener que cumplir con «el deber de formar una familia tradicional». Ha llevado mucho tiempo, y muchas luchas de sus antecesoras, hasta que han logrado experimentar una libertad de tal magnitud por primera vez, y están haciendo historia. Con movimientos como el Me Too, las mujeres fueron rompiendo el silencio, compartiendo experiencias y episodios de malos tratos intrafamiliares o de pareja que durante mucho tiempo permanecieron ocultos, ya fuera por miedo, vergüenza o por haber sido minimizados con frases como «no seas exagerada, no es nada» o «te trata mal porque en realidad te quiere».

A lo largo de la historia, las mujeres fueron tratadas como propiedad de los hombres. Al igual que las tierras o las casas, las mujeres eran heredadas, pasando del control de sus padres al de sus esposos. Incluso hoy en día, en algunas sociedades persiste esta práctica, que alguna vez fue considerada normal en este Occidente. Son los representantes de la nueva derecha y sus libertarios quienes proponen volver a colocar a la mujer en el papel de sumisa. Como si

estuvieran todavía aferrados a mitos de la Edad de Bronce, circula una manera de hacer política que ha alcanzado el poder real y busca tratar a la mujer como si fuera un bien mueble, una fábrica de bebés y una propiedad, como se observa en las propuestas de la nueva derecha para prohibir el aborto.

Hasta prácticamente 1980, en todos los estados de Estados Unidos era legal que un esposo violara a su esposa. Esta justificación se basaba en un tratado de 1736 del jurista inglés Matthew Hale, quien afirmaba que, al casarse, una mujer aceptaba implícitamente «entregarse sexualmente a su marido» y que un «marido no puede ser culpable de violación cometida por él mismo contra su legítima esposa, ya que, por su mutuo consentimiento matrimonial y contrato, la esposa se ha entregado de esta manera a su marido, consentimiento del cual no puede retractarse». Dado que el derecho de las mujeres a divorciarse fue negado por los hombres hasta la segunda mitad del siglo xx, el matrimonio a menudo relegaba a las mujeres a ser esclavas de sus esposos.

Los años han pasado, y algunos pueden decir que estos problemas ya no existen, pero la realidad es que siguen estando vigentes. Un claro ejemplo de esto es el caso de Gisèle Pelicot, que nos grita a los cuatro vientos la necesidad de poner atención a la violencia sexual perpetrada contra mujeres y niñas. El 19 de diciembre de 2024, Dominique Pelicot fue condenado por violación agravada tras haber drogado y violado durante años (de 2011 a 2020) a quien fue su esposa, Gisèle, para coordinar violaciones grupales por parte de otros hombres, abusos que, además, Dominique grababa en vídeo. El caso se extendió por más de una década e involucró al menos a 72 hombres, lo cual convierte este caso en uno de los más graves de abuso y explotación sexual sistemática. Dominique Pelicot ya había sido detenido por grabar con

su móvil bajo las faldas de mujeres en un supermercado, tras lo cual la policía se incautó de sus dispositivos electrónicos y de material grabado. Dos meses después, en noviembre de 2020, la policía convocó a Gisèle, y ella pensó que era para tratar aquel turbio asunto, pero lo que le dijeron es que, a partir del material incautado a Dominique, se sospechaba que ella misma había sido objeto de violaciones. Gisèle tuvo acceso a esas imágenes, y se abrió una denuncia. En el juicio, ella habló, denunció, y con ello nos enseñó esta lección: «[...] la vergüenza tiene que cambiar de lado». Es al violador a quien debe darle vergüenza ser un violador. En diciembre de 2024, un tribunal francés condenó a Dominique Pelicot a veinte años de prisión, y a otros hombres involucrados, a penas no menores de diez años.

La misma semana en que se produjo esa sentencia, una investigación en Alemania reveló la existencia de un chat, en la plataforma Telegram, en el que más de 70.000 hombres de todo el mundo compartían «consejos» sobre cómo sedar y agredir sexualmente a mujeres y dónde comprar narcóticos para hacerlo, además de enviarse imágenes y vídeos de las agresiones sexuales.

Dado el pasado de dónde venimos, no resulta complicado observar que todavía persisten rastros de esa realidad, a veces de manera violenta y más visible, y otras de forma más sutil y escondida. De lo que no cabe duda es de que el mundo después de la batalla cultural que propone la nueva derecha es muy parecido al mundo de *The handmaid's tale(El cuento de la criada)*,[1] la novela distópica publicada en 1985 por Margaret Atwood, donde imagina una sociedad controlada por una secta seudocristiana llamada los Hijos de Jacob y que domina Nueva Inglaterra. En ese régimen, a las mujeres se les prohíbe tener cuentas bancarias, trabajar y leer. Las pocas mujeres que podían quedar embarazadas, tras un desastre

nuclear, son asignadas a «comandantes» que intentan embarazarlas en ceremonias rituales, supuestamente siguiendo el ejemplo bíblico de Abraham y la criada de su esposa Sarai, llamada Agar. Inspirada en parte en las consecuencias para las mujeres derivadas de la Revolución iraní de 1979, Atwood plantea un régimen represivo que, en su novela, se presenta como cristiano.

Un ejemplo reciente de este énfasis de la nueva derecha en recuperar los roles tradicionales de la mujer lo protagonizó Donald Trump. Tras su segunda toma de posesión como presidente de Estados Unidos, hizo que el Departamento de Transporte del país publicara un memorando que instruyera a los responsables de los programas de dicha agencia a priorizar la financiación de proyectos en comunidades con altas tasas de matrimonio y natalidad.

Es frecuente toparse con argumentos como que «las feministas de antes sí peleaban por cosas importantes, como el voto, mientras que vosotras os quejáis por tonterías» o que, «en países de Oriente Próximo, las mujeres tienen problemas reales, no como vosotras». Estos dos argumentos son moneda frecuente. No obstante, el hecho de que, en épocas anteriores o en otras partes del mundo, las mujeres enfrentaran o enfrenten realidades difíciles y duras no descalifica las luchas del feminismo en nuestra sociedad, que también son difíciles y arduas.

Las mujeres siguen siendo víctimas de violencia y asesinatos simplemente por el hecho de ser mujeres. A veces, basta con recordar un gesto común, como el despedirse de una amiga con un «escríbeme cuando llegues», para darnos cuenta de que la preocupación por la seguridad femenina es una constante. Y aquí quisiera hablar sobre los piropos y las miradas de los hombres que parecen hacer radiografías a las mujeres, como si fueran a comprar sus cuerpos. Algo que para algunos puede parecer inofensivo o un

«simple cumplido», en realidad es insoportable y más que inapropiado, y puede ser la antesala de cosas horribles para la mujer, que pasa así a ser cosificada.

El piropo simboliza la experiencia de vivir en un mundo machista: el hombre se siente con el derecho de juzgar a una mujer por su apariencia física y, además, de hacerlo en voz alta. La cosificación y sexualización de las mujeres son fenómenos cotidianos; se percibe el cuerpo de la mujer como «algo» destinado a ser disfrutado por otros y para el «consumo» masculino. Este comportamiento implica que el hombre puede interrumpir a una mujer en cualquier momento, ya sea que esté conversando con alguien, paseando o trabajando, para expresar un juicio que no ha sido solicitado. La necesidad y autoridad que el hombre cree tener para opinar sobre un cuerpo, para hacerle saber a ese «cuerpo» lo que él considera, refleja una forma de prepotencia inasumible.

31

¡Una lobotomía para la histérica!

Si hay dos palabras que sacan lo peor de un *«macho man»*, éstas son *aborto* y *feminismo*. Ahora, además de explicar la importancia de continuar promoviendo la defensa del acceso al aborto y de exponer las problemáticas que aún enfrentan las mujeres, las preguntas que debemos hacernos son las siguientes: ¿por qué esas dos palabras generan eso?, ¿qué nervio tocan en tantos hombres?, ¿a quiénes les molesta tanto la liberación de la mujer?, ¿qué control les molesta haber perdido sobre las mujeres?

Para responder a esas preguntas, la palabra clave es *control*. No hay nada que haga delirar más a un militante de la nueva derecha que saber que no tiene el control sobre los demás o que lo está perdiendo. Así reaccionaron siempre: frente a las mujeres que exigían su derecho a participar en política, a votar en las elecciones, a divorciarse, a estudiar, a acceder a la píldora anticonceptiva, a tener control propio sobre su cuerpo y su sexualidad. Siempre se tuvo que luchar. No olvidemos que se tuvo que esperar hasta 1974 para que en Estados Unidos se aprobara la Ley de Igualdad de Oportunidades de Crédito, que concedió a las mujeres el derecho a abrir una cuenta bancaria por su propia cuenta, sin requerir la firma de sus maridos (incluso muchas entidades bancarias se negaban a abrir cuentas a mujeres solteras).

Todo esto nos lleva a hablar sobre la historia del feminismo, que va mucho más allá de la primera ola, que es la única que apoya la mayoría de los que se denominan liberales, porque, según esos círculos —como el de los jóvenes libertarios de Students for Liberty o el de la Ladies of Liberty Alliance, de los cuales tiempo atrás estuve cerca—, las demás olas «adoctrinan» y son «comunistas». Y es importante entender el motivo por el cual la nueva derecha detesta tanto el feminismo, movimiento que ha atravesado y marcado para siempre la historia humana, desafiando peligrosas y poderosas estructuras de poder.

En el libro *Feminismo 4.0: la cuarta ola* (2019), Nuria Varela hace un repaso sobre la historia del movimiento feminista, definido como una vanguardia con tres siglos de historia que no es lo contrario que el machismo, sino un movimiento por la igualdad. Utilizando la metáfora de la «ola», el feminismo explica las reacciones patriarcales que surgen ante cada progreso: cada vez que el feminismo logra un avance, surge una potente reacción destinada a frenar o revertir esas conquistas.

La primera ola del feminismo, detectada ya a mediados del siglo XVIII, marcó un punto de inflexión en la forma de concebir el poder político, y se desarrolló al mismo tiempo que se desmantelaba el Antiguo Régimen a finales de ese siglo. Por primera vez, emergió un discurso feminista acompañado de prácticas políticas específicas que buscaban incluir a las mujeres en la ciudadanía, de la que habían sido completamente excluidas. La segunda ola, desarrollada en el siglo XIX, nació al compás de la Revolución Industrial y los cambios derivados de la consolidación de las democracias. Aunque el sufragio universal fue la principal demanda, también se luchó por el derecho a la educación, por poder poseer propiedades, por acceder

a un empleo y controlar ingresos propios, con el propósito de transformar profundamente los modos de vida de la época.

Esta etapa concluye aproximadamente con la publicación de *El segundo sexo* (1949), de Simone de Beauvoir, obra que establece las bases teóricas de una nueva etapa del feminismo. La pensadora francesa, en sintonía con el existencialismo que compartía con Jean-Paul Sartre, resaltó la importancia de que las personas puedan elegir su propio camino y tomar decisiones por ellas mismas. Desde allí, cuestiona y rechaza las condiciones que relegan a las mujeres a roles de dependencia y que las confinan a tareas domésticas o a la maternidad. Así, en el siglo XX se abrió paso la tercera ola del feminismo, impulsada por los profundos cambios que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Esta ola tomó fuerzas, en gran parte, hacia 1963, año en que Betty Friedan publicó *La mística de la feminidad* (2009), bautizando lo que hasta el momento se conocía como «el problema que no tiene nombre», es decir, el hecho de que las mujeres se sienten vacías al constatar que están destinadas a la vida doméstica y definidas por sus roles de madres y esposas.

La formación de la cuarta ola del feminismo la podríamos situar en la segunda década del siglo XXI. Esta última ola está nutrida por los logros y aprendizajes de las anteriores, y se ve fortalecida con la aparición de las redes sociales y el despertar de las generaciones más jóvenes, que están sacudiendo los cimientos del machismo como nunca. La ruptura del silencio de las mujeres representa un hito histórico, con movimientos feministas como el agrupado bajo el eslogan «Ni una menos», nacido en Argentina en 2015 para denunciar la violencia de género y los feminicidios, lo cual marcó un antes y un después en la lucha por los derechos de las mujeres. Como sostuvo la guionista Malena Pichot, la pesadilla viva de los *incels* argentinos, «culpar a la última ola feminista del avance de la

derecha es exactamente lo mismo que preguntarle a una mujer "¿y vos qué hiciste para que él te pegara?"». Para quien quiera comprender mejor la historia del feminismo, recomiendo la lectura de *El atlas de la revolución de las mujeres* (2018), obra de varias autoras y coordinada por Creusa Muñoz. Se trata de un libro importante que, de la mano de mujeres expertas, ofrece un análisis profundo y crítico sobre temas clave como la violencia de género, los techos de cristal, el aborto y la transformación de la familia tradicional, entre otros temas.

Medio siglo antes de la cuarta ola feminista, la escritora argentina María Elena Walsh, cuya música y letras marcaron la infancia de muchos de nosotros, ya abordaba ideas que pocos se atrevían a escuchar, cuestionando los roles rígidos que se les asignaban a las mujeres y manifestándose en contra de la violencia machista y la misoginia. Walsh definió el feminismo de la siguiente forma:

> Es una respuesta al odio que la sociedad masculina, pasada y presente, siente por la mujer. Es una toma de conciencia individual y grupal. Es justa indignación. Es comprender que muchas desgracias femeninas no son ordenadas por Dios ni la naturaleza, sino por los hombres para su comodidad. Es pretender reinar no sobre los hombres, sino sobre nuestros propios cuerpos y destinos. Es rechazar las imágenes con que la sociedad nos encasilla: prostitutas o diosas, mártires o brujas. Es comprender que vivimos deformadas y traicionadas por educación falsa. Es comprender que todas las revoluciones que trajeron algún progreso parcial no contemplaron los problemas específicos de la mitad de la humanidad. Es señalar y combatir la misoginia, porque lo que empieza por una simple palabra puede terminar en quema de brujas o campos de concentración.

La patologización de las mujeres, como sabemos, ha sido una herramienta recurrente para mantenerlas en roles subordinados: calificarlas de histéricas, locas o brujas no sólo servía para desacreditarlas, sino también para justificar su exclusión de ciertos espacios sociales y laborales. Un ejemplo paradigmático de esa

patologización es la asociación de las mujeres con la histeria. Esta asociación, que se basó en supuestas diferencias biológicas respecto al hombre, ha sido utilizada históricamente para relegar social, laboral y políticamente a las mujeres. Durante siglos, la histeria fue considerada una enfermedad femenina (el término tiene su origen etimológico en la palabra griega *hystéra*, que significa «útero»).

En la Edad Media y el Renacimiento, la histeria era a menudo atribuida a influencias demoníacas o espirituales. Ya en el siglo XIX, en la era victoriana, la histeria fue medicalizada, convirtiéndose en un diagnóstico común para las mujeres. Los médicos de la época sostenían que la histeria estaba relacionada con la supuesta «naturaleza emocional» y la «debilidad» inherentes a la feminidad. A lo largo de la historia, el «tratamiento» de esa histeria pasó desde el uso de hierbas y remedios naturales hasta el empleo de métodos invasivos, como la histerectomía (operación para extraer el útero), la lobotomía y la terapia de electrochoque.

En el siglo XIX, la feminista y abolicionista estadounidense Elizabeth Cady Stanton sostuvo que «la Biblia y la Iglesia han sido los mayores obstáculos en el camino de la emancipación de la mujer». Más recientemente, en su libro *La edad de la penumbra* (2018), la historiadora y periodista Catherine Nixey dice que, «antes de preservar, la Iglesia destruyó». En un contexto global, las tres principales religiones monoteístas (el judaísmo, el cristianismo y el islam) han sido fuerzas poderosas que han tratado de restringir los derechos de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, vida y salud. La Biblia, por ejemplo, lo deja así reflejado en Génesis 3,16: «Aumentaré tus dolores en el parto; darás a luz con dolor, y tu deseo será para tu marido, y él te dominará». En ese texto bíblico ya comienza a delinearse una visión sobre la mujer en la que la maternidad, que debería ser una decisión libre y personal, se

convierte en una maldición divina y un castigo con dolor sentenciado por un supuesto ser supremo. Es importante subrayar pasajes bíblicos como éste, puesto que la Biblia ha sido utilizada tradicionalmente como guía, y a la fuerza, para definir el papel de la mujer en nuestras sociedades occidentales. No es casual que existan más de doscientos versículos bíblicos que menosprecian y degradan específicamente a las mujeres.

Con estos mimbres, para la nueva derecha, cualquier destello de feminización de la sociedad es una señal de debilidad, de amenaza a los valores tradicionales y de todo aquello repudiable. Este rechazo no sólo evidencia la existencia de una fobia (y también ira) que muchos hombres tienen hacia la mujer, sino que, además, dice mucho sobre cómo éstos la conciben: como algo contaminante, algo que puede «pervertir» los ideales de fuerza y control que la masculinidad tóxica de la nueva derecha venera.

Otro ejemplo de cita bíblica es la de 1 Timoteo 2,11-14 (Nuevo Testamento): «La mujer debe aprender en silencio, con sumisión. No permito que la mujer enseñe o ejerza autoridad sobre el hombre; debe permanecer en silencio. Porque Adán fue formado primero, luego Eva. Y no fue Adán quien fue engañado, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión».

Con este tipo de doctrinas no sólo se consolida la subordinación femenina, sino que se refuerza como una norma «divina», justificando la exclusión de las mujeres de roles de autoridad y liderazgo tanto en la estructura sociocultural como en la religiosa. Aún hoy hay vestigios de esta mentalidad y estas injusticias en la sociedad, producto del modo en que la religión ha limitado la libertad y definido el estatus de las mujeres y ha perpetuado una desigualdad que se origina a partir de interpretaciones religiosas.

Asimismo, el libro bíblico Deuteronomio (Antiguo Testamento) contiene preceptos que hoy en día resultan moralmente más que cuestionables. Por ejemplo, en Deuteronomio 22,5 se considera una abominación que las mujeres usen «ropa de hombres», y viceversa; mientras que en 22,22-24 se dicta la pena de muerte tanto para una mujer casada a la que se encuentra acostada con un hombre como para dicho hombre, y, si se trata de una joven virgen prometida a un hombre y que se acuesta con otro hombre (o que hasta puede ser violada por este último, supuestamente), ambos deberán ser apedreados hasta morir. Igualmente, en 24,1 se establece que los hombres pueden divorciarse de sus esposas por el simple hecho de haberlas «aborrecido» (pero nada se dice de que las mujeres tengan el mismo derecho). Y, para acabar de entender el peligro de la «palabra sagrada», veamos lo que se dice en Éxodo 22,17: «No dejarás con vida a la hechicera». ¿Cuál puede ser el resultado de tal precepto? Pensemos en las mujeres perseguidas y asesinadas durante las diversas cazas de brujas a lo largo de la historia.

En definitiva, es claro que estos textos bíblicos presentan una visión evidentemente «antimujeres», culpándolas por el «pecado original» y por «tentar» al hombre, demandándoles sumisión y promoviendo relaciones con los hombres del tipo amos-esclavas. Las diversas Iglesias cristianas lucharon con uñas y dientes contra el avance de las mujeres y se opusieron a toda iniciativa de las mismas para alcanzar dignidad, desde el derecho de la mujer a hablar en público hasta la posibilidad de usar anestesia en el parto (ya que la Biblia argumenta que las mujeres deben sufrir en el parto), pasando por el sufragio femenino o el acceso al aborto. Nuestra sociedad y nuestro día a día están completamente atravesados por estos preceptos bíblicos, aunque la mayor parte del tiempo no nos demos cuenta.

En la actualidad, los grupos más organizados que se oponen a los derechos sociales, económicos y sexuales de las mujeres siguen siendo todas las religiones organizadas, las cuales operan ahora junto con la política (como se ha hecho históricamente). Los modelos de conducta de la mujer que presenta la Biblia las convierte en posesiones y estereotipos de seres desprovistos de dignidad y libre albedrío: primero, los padres son sus poseedores, y después las pueden vender como esclavas, entregarlas a esposos que ellas no han elegido y hasta sacrificarlas. El desprecio por la autonomía de los cuerpos y las mentes de las mujeres es un gran pilar de las tres principales religiones monoteístas. En los modelos a seguir por las mujeres que se ofrecen en la Biblia, incluso las consideradas como «heroínas bíblicas» son admiradas sólo por ser obedientes y silenciosas.

La estadounidense Matilda Joslyn Gage (1826-1898), destacada sufragista, activista y abolicionista, señaló que el Estado y la Iglesia son responsables de la sumisión de las mujeres. En su obra escrita en 1893 *Woman, church, and state* (2002), analiza cómo ambas instituciones han influido en la opresión femenina. Gage critica el cristianismo por controlar el matrimonio, perseguir a mujeres, predicar la inferioridad de las mujeres, sostener la idea de que fueron creadas a partir del hombre para obedecerle y calificarlas como inherentemente malvadas por culpa del pecado original. Durante toda su vida, Gage realizó campañas en defensa de los derechos de las mujeres y de romper con la idea de que el fin máximo de la vida de una mujer es ser madre, es decir, de que la mujer sólo puede realizarse a través de la maternidad. Incluso en la actualidad, hay voces que replican esa letanía, como el gurú canadiense de la nueva derecha Jordan Peterson, según el cual, si eres mujer y no has sido madre, eres un fracaso. Al no ser madre,

una mujer desafía las expectativas de la sociedad, lo que genera una condena social sobre ella, ya que su libre actitud rompe con un ideal que tantos consideran necesario para preservar el orden cultural y moral. En la crítica que escribió en 2019 Teresa Martín-García del libro *¿Existe el amor maternal?*,[1] de Elisabeth Badinter, dice lo siguiente:

> En 1980, la filósofa francesa Elisabeth Badinter publicó *¿Existe el amor maternal?*, una obra polémica al cuestionar la idea convencional del amor maternal como un comportamiento arraigado universalmente en la mujer que se activa automáticamente al ser madre. La autora defiende que el amor maternal no es un instinto innato que proviene de una naturaleza femenina, sino más bien un comportamiento histórico y social que varía según épocas y costumbres.

En *Feminismo 4.0: la cuarta ola* (2019), Nuria Varela señala que la constante disponibilidad de las mujeres para los hombres se encuentra institucionalizada en muchas sociedades. En este sentido, la prostitución funciona como una institución dentro de los sistemas patriarcales, mientras que la pornografía perpetúa estereotipos que refuerzan la «objetificación» o cosificación de la mujer. Por otro lado, más de la mitad de los adolescentes que consumen pornografía afirman que utilizan esos contenidos como guía o inspiración para sus propias experiencias sexuales, y un 30 % reconoce que es su única (o principal) fuente de información sobre sexualidad. Según el informe «(Des)información sexual: pornografía y adolescencia» (2020), de Save the Children, el consumo de pornografía entre los jóvenes se ha incrementado significativamente en los últimos años, con casi 7 de cada 10 accediendo a estos contenidos de manera regular y con una edad de inicio que ha descendido hasta los doce años.

Dentro del feminismo, el debate sobre la pornografía se desarrolla en una tensión marcada por dos posturas históricas. Por un lado, la

postura crítica sostiene que la pornografía refuerza la cosificación de las mujeres, normaliza la violencia sexual, perpetúa sistemas de opresión y presenta a la mujer como un sujeto a ser dominado. Según esta perspectiva, la pornografía convierte la violencia de género en una fuente de excitación sexual y funciona como una práctica política de dominio, donde se reproducen roles de dominadores y dominadas, colocando a la mujer como un objeto sexual al servicio de los hombres. Por otro lado está la postura a favor, que argumenta que la pornografía, cuando se produce de manera ética y consensuada, puede ser una herramienta de empoderamiento y de exploración y expresión sexual. Tomando como referencia la definición que da Jeffrey Weeks en su libro *El malestar de la sexualidad* (1993), «la pornografía es simultáneamente una definición legal, un producto históricamente formado y cambiante, y un fenómeno sociológico, organizado dentro de una industria particular en diversas localizaciones sociales». Es decir, no se trata de ver la pornografía sólo como unos contenidos sexuales explícitos, sino como un fenómeno mucho más profundo.

Históricamente, los cuerpos de las mujeres han sido objeto de control, vigilancia y regulación por parte de la sociedad, las instituciones y las normas culturales, un control que se manifiesta en aspectos como la reproducción, la sexualidad o la apariencia física. Lo que sí está claro, retornando a Varela y su libro *Feminismo 4.0: la cuarta ola* (2019), es que siempre, «tras una época fructífera para los derechos y las libertades de las mujeres, sigue, sistemáticamente, una virulenta reacción patriarcal», y que «toda ola nace con un reflujo en su interior»; en dicho libro, Varela apunta lo siguiente:

> Contra el nacimiento del feminismo en la Revolución francesa, se alzaron la guillotina y el Código Napoleónico; frente a la victoria, tan trabajada, de las

sufragistas y, por lo tanto, de la expansión de la democracia con el sufragio universal, se alzó la mística de la feminidad; y tras la sacudida del feminismo se alzó la reacción de los años ochenta, liderada por Reagan y Thatcher.

Cuando hablamos de *libertad*, nos encontramos con una idea que no es tan clara ni definitiva. La noción de *libertad* merece un debate filosófico muy amplio y profundo. Por ejemplo, en la Edad Media nadie se detuvo a reflexionar sobre la necesidad de ser libres en los términos modernos. En aquel entonces, la gente creía que era libre al seguir a Dios, a la religión católica, y, por encima de todas las cosas, creía que era libre *con* Dios; es decir, las personas habían interiorizado que la libertad estaba hecha para la devoción. Reconocer esto nos invita a repensar continuamente qué significa ser libres en el mundo actual.

32

«No al aborto, sí a la vida» (excepto si es un feto inmigrante)

El debate sobre el aborto es, en el fondo, un debate sobre la autonomía, la libertad y el control sobre el cuerpo propio. En un contexto donde los derechos reproductivos continúan siendo objeto de disputa, se hace necesario cuestionar las narrativas que intentan limitar las decisiones de las mujeres, quienes se enfrentan a diario a mentalidades medievales reinsertadas en el lenguaje político agresivo, una vez más, por la nueva derecha que las acusa de «asesinas».

Al entonar el mensaje de «No al aborto, sí a la vida», se autoproclaman con el título de «provida». En *¿Quién le teme al género?* (2014), Judith Butler argumenta que, «cuando los gobiernos restringen el derecho al aborto porque alegan que las mujeres no deberían poder ejercer libertades como ésta, se está definiendo a las mujeres y privándolas de una libertad fundamental. No se trata sólo de que las mujeres no tengan esta libertad, sino de que el Estado quiere definir los límites de esa libertad».

A estas alturas, ya deberíamos comprender que prohibir el aborto no elimina su práctica; simplemente la empuja hacia la clandestinidad, donde el acceso a condiciones seguras es limitado o nulo. Esta prohibición obliga a muchas personas a someterse a

procedimientos improvisados y peligrosos, que pueden resultar en infecciones graves, daños permanentes e incluso la muerte. Los datos evidencian que, en países con leyes restrictivas, el número de abortos no disminuye, pero sí aumenta la mortalidad materna y el riesgo de complicaciones.

La Biblia no condena explícitamente el aborto; pero, incluso si lo hiciera, vivimos bajo una constitución secular, no en una teocracia. El aborto no se permite, principalmente, porque se considera contrario a la «ley de Dios». Sin embargo, según la narrativa bíblica, ese mismo Dios, en distintos momentos, habría ordenado actos como abrir el vientre de mujeres embarazadas, acabar con los primogénitos de Egipto y arrasar con gran parte de la humanidad. Veamos algunos ejemplos de citas bíblicas: «Matad ahora a todos los varones de entre los niños» (Números 31,17); «Mata a hombres y mujeres, niños y lactantes» (1 Samuel 15,3); «Quebrantarás a sus niños, y abrirás el vientre a sus mujeres embarazadas» (2 Reyes 8,12); «Sus niños serán estrellados delante de ellos; sus casas serán saqueadas, y sus mujeres violadas» (Isaías 13,16); «No tendrán compasión de los frutos del vientre; no perdonarán a los niños» (Isaías 13,18); «Sus niños serán despedazados, y sus mujeres embarazadas serán abiertas en canal» (Oseas 13,16).

Por su lado, la ley mosaica ordena la pena de muerte para personas que cometieran «crímenes» como maldecir a su padre o madre (Éxodo 21,17), por ser un «hijo rebelde» (Deuteronomio 21,18-21), por ser homosexual (Levítico 20,13) o incluso por recoger leña en el día de reposo (Números 15,32-35). Lejos de proteger la «santidad de la vida», la Biblia propone la pena capital por conductas que ninguna persona o nación civilizada consideraría criminales. Las matanzas masivas fueron ordenadas, cometidas o aprobadas rutinariamente por el Dios de la Biblia.

Las enseñanzas y contradicciones de la Biblia muestran que los antiabortistas no tienen una base bíblica para lanzar su afirmación de que su dios es provida. De hecho, si tomamos las palabras de la Biblia, podemos observar que se sugiere que el ser humano (el hombre) comienza a existir cuando toma su primer aliento. Esto se refleja en la historia de la creación de Adán en Génesis 2,7, donde se dice que Dios «sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente». Sostener que un ser humano existe desde la concepción es una cuestión de fe, no de hechos probados.

Javier Milei, por ejemplo, sostiene que el aborto es un «asesinato agravado por el vínculo entre madre e hijo», un argumento que no cuenta con respaldo en teorías jurídicas o legislación vigente. Milei afirma, con tono de un conocimiento supremo y providencial, que la vida comienza en la concepción, y que eso, para él, no es discutible. Durante un discurso en una de las tantas conferencias partidarias de la CPAC a las que asistió bajo el cargo de presidente, Milei equiparó el aborto con el socialismo. Quizá eso sólo se deba a otro delirio místico de Milei, quien afirma que su perro clonado, que murió años atrás y con el que se comunica a través de una médium, es actualmente uno de sus asesores políticos. Y sin duda es también el discurso de alguien que, con insistencia, grita que Dios le asignó personalmente la misión de ser presidente de Argentina, para poder salvarla del «comunismo» y «combatir al maligno en la Tierra». Estas creencias, que fusionan lo esotérico con lo político, se encuentran en las antípodas de cualquier razonamiento lógico.

Pero, continuando con el aborto, corresponde traer algunos datos a la luz. El primero es que los abortos espontáneos ocurren con una mayor frecuencia que los abortos médicos. Casi el 90 % de los abortos son espontáneos, lo que convertiría al dios encargado de la naturaleza en el mayor abortista del que se tenga registro. Los

estudios han demostrado que el 99 % de las personas gestantes que se realizan un aborto experimentan alivio, en lugar de arrepentimiento. Por otro lado, en los países donde el aborto está prohibido, las estadísticas muestran que estas restricciones no disminuyen el número ni las tasas de procedimientos. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), las muertes maternas ascienden a unas 500.000 al año, con al menos una de cada cinco derivadas de abortos inseguros y clandestinos; y hay muchas más personas que quedan mutiladas o con graves daños de salud por realizarse abortos autoinducidos. En lugar de reducir la práctica del aborto, estas leyes generan condiciones más inseguras para quienes necesitan esa atención médica, lo cual provoca numerosas muertes relacionadas con el embarazo que podrían evitarse a escala mundial.

Las experiencias de países que han despenalizado el aborto, como Colombia, Argentina y México, demuestran que la legalización, junto con el acceso a servicios médicos seguros, reduce significativamente los riesgos asociados. En Argentina, por ejemplo, tras varios años de ser aprobada la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE), de 2021, las muertes por aborto han disminuido un 53 %. Las naciones que han despenalizado el aborto han comprobado que el acceso legal al mismo no sólo salva vidas, sino que también ofrece a las personas la oportunidad de tomar decisiones sobre su propio cuerpo y destino, sin exponerse a procedimientos inseguros. En el continente americano, solamente Estados Unidos, Nicaragua y El Salvador han retrocedido en esta área y han eliminado protecciones legales para el aborto, lo cual va en contra de la tendencia global hacia la liberalización de las leyes de aborto. El mensaje es claro, tal como se expresó en el debate para lograr el derecho al aborto en Argentina: «Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir».

El debate sobre el aborto ha sido una cuestión absolutamente determinante en las elecciones de Estados Unidos durante décadas, y desde el siglo xx ha sido un tema que ha polarizado a los votantes y marcado profundamente la política nacional. Desde la histórica decisión del caso Roe vs. Wade en 1973, que garantizó el derecho al aborto a escala federal, el tema ha influido en las plataformas de ambos partidos y en la conformación de la Corte Suprema, impulsando campañas y movilizando tanto a defensores de los derechos reproductivos como a opositores. En cada ciclo electoral se ha visto cómo el tema resurge, impulsado por decisiones judiciales, propuestas de ley y promesas de candidatos. La reciente anulación de la sentencia Roe vs. Wade, en 2022, intensificó aún más esta dinámica, afectando al debate en las elecciones de mitad de período (o intermedias) y consolidando el aborto como un asunto que define la identidad de los partidos, además de impactar directamente en las vidas de millones de habitantes.

Son muchos los mitos respecto a la interrupción del embarazo. También existe una creencia errónea de que las personas recurren al aborto como método principal para evitar embarazos, cuando en realidad se trata de una medida extrema, a la que la mayoría recurre sólo cuando otras opciones han fallado o no están disponibles: las personas no usan el aborto como un método anticonceptivo, como sí quiere hacer crecer la militancia de la nueva derecha.

La falta de educación sexual integral y el acceso limitado a métodos anticonceptivos eficaces, especialmente en comunidades con menos recursos, son factores que aumentan la tasa de embarazos no deseados. En Argentina, Javier Milei y Victoria Villarruel promueven la abstinencia como la opción preventiva y buscan limitar la educación sexual que se imparte en las escuelas. En el caso de Estados Unidos, el 30 % de los programas de

educación sexual enseña abstinencia. Como dice Sam Harris en *Carta a una nación cristiana* (2007), en tales circunstancias, no se está realmente preocupado por los embarazos de adolescentes o las enfermedades, sino que, en realidad, se está preocupado por el sexo. A pesar de la cantidad de tiempo que las personas dedican a pensar en el sexo y hablar sobre él, muchas tienen un conocimiento extremadamente limitado sobre el tema. A nivel mundial, existen factores que obstaculizan la comprensión de la sexualidad, la cual ha sido abordada, vista y enseñada a lo largo de generaciones como algo vergonzoso sobre lo que es mejor no hablar, lo cual ha hecho que proliferen informaciones infundadas y llenas de mitos, que terminan eclipsando los intentos de la educación sexual integral por abordar abierta y científicamente el tema.

Según la nueva derecha, lo que está en peligro es lo que ellos identifican como la «masculinidad», hasta el punto de que Tucker Carlson, periodista estadounidense misógino y supremacista, llegó a producir un «documental» titulado *The end of men[El fin de los hombres]*, de 2022. Sin embargo, esta llamada «crisis de la masculinidad» (que no es la primera de la que se tiene noticia) no es más que la crisis del machismo, el cual es una construcción social aprendida, y no una característica biológica inherente. A pesar de la evidencia, muchos hombres han llegado a creer que el mundo está en su contra y que se enfrentan a algún grado de «discriminación» debido a que son «hombres». Durante los períodos en el que el orden social ha estado en constante cambio, los hombres han reaccionado ante las amenazas percibidas, adoptando posturas con formas «hipermasculinas», conocidas como «comportamientos compensatorios».

De manera similar, no hay una «crisis de la familia», sino una crisis de un modelo familiar específico que la nueva derecha quiere

imponer como el único modelo legítimo. Como argumenta Corey Robin en *La mente reaccionaria* (2019), «eso es el conservadurismo: una meditación, así como una versión teórica, sobre la experiencia de tener el poder, verlo amenazado e intentar recuperarlo de nuevo». Lo mismo podemos decir de la esencia de la nueva derecha.

He leído a muchos *influencers* y autores adeptos a esa nueva derecha neorreaccionaria, y todos insisten en que el problema es que el feminismo «ha llevado a muchos varones a claudicar de su papel indispensable en el seno de la familia, y, por tanto, en la sociedad»; esto último lo dice Israel Corral en su libro titulado *La nueva cruzada: el fenómeno mundial de hombres rezando el rosario* (2024), y este libro es sólo uno de los muchos que muestran ese enfoque. El autor sostiene que el planeta está actualmente bajo «ataques luciferinos», los cuales son una consecuencia «de que tantas personas ofendan constantemente a Dios». Según Corral, el «feminismo radical», que considera como uno de los «tentáculos del globalismo», ha «contribuido a una epidemia de divorcios sin precedentes», afirmando que más del 70 % de ellos son iniciados por mujeres, lo cual, en su opinión, tiene el «evidente objetivo de destruir a la familia y la posible procreación de la especie», lo que sería uno de los «claros propósitos de la agenda globalista».

Este autor, que insta a los hombres a rezar el rosario, dice que la deconstrucción de la masculinidad y la «masculinización» de la mujer generan tal desestabilización que acabarán con la familia y la descendencia. Además, agrega que, «con la moral y la ley natural, se ve en muchos países un descenso en las tasas de natalidad, lo que provoca un invierno demográfico». Listo, *voilà*... Lo que le preocupa no es que no nazcan más niños, sino que no nazcan más niños «blancos». Dicho autor, al igual que otros dentro de la nueva derecha que abordan este tema, nos conduce directamente a la

teoría conspirativa del «gran reemplazo». El discurso parece ser de manual.

33

¿*Woke* o un rico wok?

Finalmente llegamos a la palabra de moda que saca de quicio y descoloca a muchos: *woke*. Cada vez más, este neologismo inglés resuena en el debate político, especialmente de forma despectiva por parte de numerosos políticos o *influencers* de la nueva derecha. En 2017, el *Diccionario Oxford* incorporó el término *woke* con este significado: «Estar consciente de temas sociales y políticos, en especial del racismo». Pero agregó el siguiente comentario a tal definición: «Esta palabra suele usarse con desaprobación por quienes consideran que otros se ofenden con demasiada facilidad sobre estos temas o los discuten excesivamente sin generar cambios reales».

Si a la nueva derecha se le pidiera que defina lo que significa *woke*, la mayoría de sus líderes y seguidores no tendría la más mínima idea de cómo hacerlo, ni mucho menos explicar la historia del término o su origen. Algunos ni siquiera logran pronunciarlo correctamente o traducirlo al español, lo que deja al descubierto la falta de profundización intelectual que exhiben sus críticos, así como la falta de interés de una gran parte de la sociedad que utiliza dicho término para generalizar un tipo de desaprobación, sin saber realmente qué es esa palabra que les suena parecido al nombre de un plato de comida asiática, el wok.

«Estoy en contra de lo *woke*», se escucha una y otra vez, en artículos, conversaciones y discursos políticos. Pero, cuando uno pregunta qué es exactamente ser *woke*, nadie está completamente seguro ni puede dar una respuesta clara y contundente. Creo que es fundamental que sepamos sobre qué estamos discutiendo, y lo es más aún que, si alguien dice rechazar algo, al menos intente conocer de qué trata «ese algo». El problema radica en que la nueva derecha no debate: únicamente está interesada en atacar, invalidar y destruir al otro más que en entablar un debate civilizado (si prestamos atención, casi todos sus vídeos de debates en YouTube tienen en sus titulares las palabras *destruye*, *aniquila* o *destroza*).

Los enemigos de lo llamado *woke* también dirigen sus ataques hacia la teoría crítica de la raza (TCR), una corriente de pensamiento que, como explica Butler en *¿Quién le teme al género?* (2024), es una teoría atacada porque incluye todas las perspectivas que insisten en la persistencia histórica y sistémica del racismo en lugares como Estados Unidos y el Reino Unido. Juan Meseguer aborda este fenómeno en su artículo «El gran despertar: qué es y por qué importa la revuelta *woke*» (2022), donde explica la TCR de la siguiente manera:

> Desarrollada por juristas como Derrick Bell y Kimberlé Crenshaw, [la TCR] sostiene que el derecho y las instituciones están impregnados de racismo sistémico. Crenshaw introdujo el concepto de «interseccionalidad» para describir cómo diferentes formas de discriminación (por ejemplo, por raza, género y orientación sexual) se superponen en ciertos grupos. Según este enfoque, las leyes deben ser proactivas en favor de las minorías, incluso mediante la discriminación positiva. Por su parte, intelectuales como Ibram X. Kendi argumentan que ser «antirracista» implica apoyar medidas de reparación y acciones afirmativas, rechazando cualquier posición neutral como intrínsecamente racista [...]. El rechazo a lo *woke* ha tomado forma en iniciativas políticas y legislativas, especialmente dentro del Partido Republicano. Desde la creación de la «Comisión 1776» hasta leyes estatales que limitan la enseñanza de la TCR.

Esto es interesante, porque la «Comisión 1776» representa una especie de respuesta al «Proyecto 1619», liderado por *The New York Times*, que busca recontextualizar correctamente la historia de Estados Unidos, sosteniendo que la llegada de los primeros esclavos africanos a la Virginia colonial en 1619 es, de hecho, la verdadera fecha fundacional del país. Esta perspectiva, que quiere poner de relieve el racismo estructural, ha sido introducida en las escuelas a través de programas educativos de inclusión y diversidad, pero ha generado una fuerte oposición por parte de la nueva derecha, especialmente de aquellos sectores con influencia en los estados sureños de Estados Unidos.

Insisto, la definición del concepto *woke* variará dependiendo de a quién le preguntes sobre su significado. De todos modos, la tendencia general es que, cuando oímos a alguien decir que una actitud o pensamiento es *woke*, lo hace dándole una concepción despectiva, cargada de connotaciones negativas, como un insulto, tal cual lo hacen tantos: como Donald Trump, Ron DeSantis, Santiago Abascal, Javier Milei, Giorgia Meloni, Elon Musk, Viktor Orbán y otros muchos afines.

Veamos el caso del Foro Económico Mundial, o Foro de Davos... Aunque dicho evento, que tiene lugar anualmente en la localidad suiza de Davos, está diseñado para discutir cuestiones económicas y fomentar inversiones, en enero de 2025, Javier Milei utilizó su espacio en él para arremeter contra el feminismo, la homosexualidad y lo que él llama «ideología *woke*». No cabe duda de que Milei está haciendo catarsis sobre sus traumas cada vez que va a alguno de estos foros. Lejos de abordar temas económicos, su objetivo parecía ser ganar más aprobación por parte de Donald Trump, en una competición simbólica y discursiva con otros políticos de la nueva derecha, quienes se refieren a Trump como «papá». Esos dichos le

salieron bastante caros a Milei: el 1 de febrero de 2025, con un calor que superaba los 35 grados, más de un millón de personas en toda Argentina participamos en una movilización masiva, organizada en cuestión de días, contra tales dichos de Milei en Davos.

«Otro de los conflictos que los socialistas plantean es el del hombre contra la naturaleza. Sostienen que los seres humanos dañamos el planeta y que debe ser protegido a toda costa, incluso llegando a abogar por mecanismos de control poblacional o en la agenda sangrienta del aborto», dijo Milei con motivo de su primera asistencia al Foro de Davos en 2024, en una intervención en la que mezcló aborto con socialismo y medio ambiente. Con «argumentos» como éste, Milei distorsiona el debate ambiental al reducirlo a una caricatura ideológica. La evidencia científica demuestra que el cambio climático y la destrucción ambiental son problemas reales que requieren soluciones urgentes, y no teorías conspirativas. Vincular la protección del planeta con el control poblacional o el aborto es una falacia que busca desacreditar una agenda legítima de sostenibilidad y derechos humanos. Pero, otra vez, en esa batalla cultural de la nueva derecha abunda la ignorancia bruta.

En su segunda visita a Davos, en enero de 2025, Milei nombró como «amigos de la libertad» a Musk, Meloni, Bukele, Orbán, Netanyahu y Trump (que pareciera ser que es el único grupo de amigos que tiene Milei, una persona completamente sola y rota). Sus palabras fueron las siguientes:

> Tampoco me siento solo, porque a lo largo de este año he podido encontrar compañeros en esta pelea por las ideas de la libertad en todos los rincones del planeta. Desde el maravilloso Elon Musk hasta la feroz dama italiana, mi querida amiga, Giorgia Meloni; desde Bukele en El Salvador hasta Víctor Orbán en Hungría; desde Benjamin Netanyahu en Israel, hasta Donald Trump en Estados Unidos.

Y agregó:

> Es nuestro deber moral y responsabilidad histórica desmantelar el edificio ideológico del wokismo enfermizo. Hasta que no hayamos logrado reconstruir nuestra catedral histórica. Hasta que no logremos que la mayoría de los países de Occidente vuelvan a abrazar las ideas de la libertad y hasta que nuestras ideas no sean la moneda común en los pasillos de eventos como éste, no podremos bajar los brazos.

Esto último denota que Milei trata todo aquello que no le gusta como un «virus» o una «enfermedad». Esas «ideas de la libertad» de Milei contienen cualquier cosa menos libertad.

En ese contexto, Milei definió la «ideología *woke*» como un «régimen de pensamiento único sostenido por distintas organizaciones cuyo propósito es penalizar el disenso: feminismo, diversidad, inclusión, equidad, inmigración, aborto, ecologismo e ideología de género». Es decir, todo lo que no les gusta es *woke*. Derechos humanos, *woke*. Igualdad de género, *woke*. Cambio climático, *woke*. No discriminar, *woke*. Transporte público, *woke*. Pronombres, *woke*. Criticar el racismo, *woke*. Ateísmo, *woke*. Vacunas, *woke*. Libertades sexuales, *woke*. Criticar a genocidas, *woke*. Una sirenita negra, *woke*. Dudar, *woke*. Democracia, *woke*. Incluso amar al prójimo es *woke*. En resumen: todo lo que no entienden o no quieren aceptar es *woke*. Respecto a estas voces neorreaccionarias, el problema no es ya qué consideran *woke*, sino su fobia al progreso. Como se ha posteado en redes sociales desde la revista *Anfibia* y sectores progresistas: «No es [mi] wokismo, es tu fascismo».

En los primeros 23 días de 2025, en Argentina se registró un feminicidio cada 20 horas, una realidad alarmante que Javier Milei parece ignorar. Lejos de reconocer la gravedad de esta situación, Milei ha atacado sistemáticamente a las mujeres, a la comunidad trans y LGTBI+, al feminismo, al ambientalismo y a los inmigrantes. En su discurso en Davos en 2025, vino a sostener que la violencia de

género no existe, pero, como ya sabemos, Milei vive una realidad paralela, al igual que le sucede con los datos económicos que reporta para el exterior, donde pinta una Argentina próspera, pero, si fuera tan próspera, deberíamos preguntarnos por qué le está pidiendo dinero al FMI y por qué la vida en Argentina es cada vez más cara y los salarios cada vez peores (a los economistas libertarios españoles, que ya más que economistas parecen propagandistas de Milei, los invito a Argentina a vivir como vive un jubilado o un trabajador promedio, a ver qué tan lindo es el país de Milei). Quienes afirman que, en Davos, en 2025, Milei no pronunció un discurso misógino ni homofóbico, únicamente refuerzan y confirman la peligrosidad inherente a este populismo de derecha, y están contribuyendo a la normalización de la irracionalidad y la crueldad.

Milei está desesperado por satisfacer a «papá» Trump y mostrarle que puede ser como él (o al menos intentarlo), con el fin de sentirse validado.

Negar la existencia del feminicidio es ignorar una realidad brutal, la de mujeres que, tras denunciar reiteradamente la violencia que sufren, terminan asesinadas porque el sistema no les ofreció protección. Son mujeres víctimas de un patrón de violencia de género que no es un hecho aislado, sino parte de una estructura que desoye sus advertencias hasta que es demasiado tarde. Los hombres no pasan por algo así por culpa de las mujeres. Milei dice que «las mujeres buscan privilegios», cuando, cada diez minutos, una mujer es asesinada por su pareja o por un miembro de su familia en el mundo. [1]

Las mujeres son asesinadas, acosadas y violentadas por el solo hecho de ser mujeres, lo que se traduce en feminicidios, una forma de violencia extrema que tiene raíces en el machismo: la propuesta de Milei es proteger a los feminicidas y reducirles las penas. Hacer

equivaler la violencia de género con la violencia en general es ignorar la especificidad de este hecho luctuoso y perpetuar la invisibilización de las mujeres como víctimas de un sistema profundamente desigual.

Intentemos nombrar al menos solamente un país donde las mujeres controlen la ropa que usan los hombres, donde decidan dónde trabajan ellos, donde uno de cada tres hombres sea objeto de abusos sexuales por parte de una mujer, donde los hombres tengan que vestirse con cuidado para no «provocar» o donde las mujeres decidan qué han de hacer los hombres con su cuerpo... No hay ni tan siquiera un país así. Y, al contrario, en el mundo entero, las mujeres son acosadas, violadas, mutiladas y asesinadas sólo por ser mujeres. Los hombres, en cambio, no enfrentan una violencia estructural como ésa. No son violados en manada ni mutilados por su género. La violencia masculina contra las mujeres es una de las principales causas de muerte prematura a nivel mundial para las mujeres.

Por si fuera poco, Milei ha relacionado sin base alguna la ideología de género con el abuso infantil; según sus palabras:

> Hace pocas semanas fue noticia en todo el mundo el caso de dos americanos homosexuales que, enarbolando la bandera de la diversidad sexual, fueron condenados a cien años de prisión por abusar y filmar a sus hijos adoptivos durante más de dos años. Quiero ser claro [en] que cuando digo *abusos* no es un eufemismo, porque, en sus versiones más extremas, la ideología de género constituye lisa y llanamente abuso infantil. Son pedófilos.

Estudios y organizaciones como la Asociación Estadounidense de Psicología (APA) y UNICEF refutan el vínculo entre pedofilia y homosexualidad. De acuerdo con la APA, no existen pruebas de que las personas homosexuales tengan una mayor probabilidad de cometer abusos sexuales a menores, y UNICEF indica que la mayoría de los abusadores son hombres heterosexuales, desafiando las

falacias promovidas por Milei sobre un tema tan importante y delicado: según los datos del Ministerio Público Tutelar argentino, más del 80 % de los casos de abusos cometidos sobre las infancias son intrafamiliares, y en más del 99 % de los casos se trata de infancias con familias heterosexuales. Argentina es gobernada por alguien que, en un foro global sobre economía, asocia la homosexualidad con la pedofilia.

Lo que hace Milei con discursos como el de Davos en enero de 2025 es mentir y, además, proteger la pedofilia en la familia, en la Iglesia, en el Opus Dei, en los Legionarios de Cristo y en todas las sectas religiosas.

Por ejemplo, en España, el 75 % de los agresores son parte del entorno familiar o cercano de la víctima. En Argentina, los datos muestran que la mayoría de los casos de abuso sexual infantil son perpetrados por adultos hombres heterosexuales dentro del contexto familiar, lo que refuta las afirmaciones de que la «ideología de género» promueve la pedofilia. Una situación similar ocurre en Estados Unidos, donde los abusos sexuales a menores son predominantemente cometidos por hombres heterosexuales y personas conocidas por las víctimas.

A continuación cito las palabras del comediante argentino Migue Granados, quien respondió así al homofóbico discurso de Milei en Davos:

> Tu hijo no va a «convertirse» en gay porque le hablen de diversidad en la escuela ni por ver gais en la calle. Pero, si tu hijo es gay, a lo mejor ver gais con la misma naturalidad con la que ve heterosexuales hará que no pase una infancia de mierda e infeliz. Y, por el contrario, si tu hijo es heterosexual y ve gais con la misma naturalidad con la que ve a heterosexuales, a lo mejor no se vuelve un miserable homofóbico que piense que la diversidad es una ideología.

El eslogan «Stay *Woke*» [«Mantente alerta»] deriva de una expresión que pronunció ya en 1938 el músico y cantante de blues y

folk afroestadounidense Leadbelly en el prólogo hablado de su canción *Scottsboro boys*, sobre unos adolescentes y jóvenes negros acusados falsamente de violar a dos mujeres blancas en Alabama en 1931. Así, Leadbelly llamaba a la comunidad afroamericana a estar alerta frente a la injusticia, la segregación, los linchamientos, la brutalidad policial y el racismo en el sur de Estados Unidos. En esa mención, el músico advierte de lo siguiente: «Así que les aconsejo a todos que tengan cuidado cuando pasen por Alabama, manténganse despiertos y mantengan los ojos abiertos».

Martin Luther King usó el término *woke* ya en 1965, y su hija menor, Berenice King, dijo recientemente que «estamos viviendo en una época en la que la retórica anti-*woke* se ha convertido en un arma para dividirnos y distraernos de los problemas reales de la injusticia».

Uno de los principales factores que impulsó la difusión del término *woke* en tiempos recientes fue el asesinato de George Floyd en 2020, en Mineápolis (Minesota), cuando un policía blanco lo asfixió al colocar su rodilla sobre su cuello durante largos minutos. Este asesinato se convirtió en un punto de inflexión, marcando un antes y un después en la lucha contemporánea contra el racismo.

Ser *woke* (una palabra que creo que deberíamos reivindicar en vez de verla como algo despectivo) se refiere a proteger a los más vulnerables: se trata de estar despiertos, se trata de denunciar las injusticias que derivan de problemáticas sistémicas, se trata de dudar, de señalar comentarios o comportamientos que pueden desencadenar consecuencias dañinas, de reconocer microagresiones y de confrontar los discursos de odio que hoy se disparan desde los asientos presidenciales o políticos de la mayor parte del mundo. Como lo explicó la actriz y activista de ochenta y siete años Jane Fonda, en los SAG Awards de febrero de 2025, ser *woke* «significa

que te importan las demás personas». Ser *woke* es abrir la caja de Pandora de lo *woke*: una vez que cuestionas una injusticia, empiezan a caer todas. Lo que la nueva derecha teme no es el término en sí, sino el efecto dominó de desafiar privilegios y estructuras que prefieren intactas.

No obstante, diversos personajes, como Jordan Peterson, han intentado distorsionar el significado de la palabra *woke* de manera estratégica, con el fin de desacreditar a quienes buscan justicia y advierten que hay que estar alerta. Estos extremistas autoritarios, que se presentan como caballeros cruzados dispuestos a librar la batalla cultural, tergiversan el término y llevan a cabo una propaganda de tintes neofascistas. En 2024, durante su visita a Italia para hablar con su aliada Giorgia Meloni, Javier Milei gritó lo siguiente: «Frente a los avances del virus *woke*, pedimos resaltar los valores el mundo occidental». Con esta declaración, presentaba lo *woke* como algo que debe eliminarse, como una amenaza que requiere ser erradicada del mapa de manera urgente.

Lo interesante del activismo *woke* es que no necesariamente aborda las desigualdades de clase ni los problemas económicos, lo cual lo desvincula considerablemente de lo que tradicionalmente se asocia con el socialismo. No obstante, la nueva derecha lo presenta como «socialista» para desviar la atención de su enfoque central en la reparación histórica y la justicia social. Lo *woke* desvía la atención del asunto económico tradicional por excelencia, redirigiendo el foco hacia las imposiciones morales y las injusticias sociales, adoptando un rumbo que se aleja de las narrativas tradicionales de los socialistas, que se centran, generalmente, en la desigualdad económica. Es precisamente por esta falta de un enfoque económico que las nuevas derechas recurren a la creación del fantasma del socialismo asociándolo con lo *woke*, en un intento por deslegitimar y

desviar el debate hacia una narrativa que les permita conservar su *statu quo*.

Lo *woke* no es una ideología en sí misma. Lo que sí es ideología es lo que hay del lado opuesto, es decir, el movimiento anti-*woke*, que insta a la sociedad a señalar al otro con el propósito de mantener el orden normativo, proteger los roles tradicionales del hombre y de la mujer, preservar las jerarquías establecidas y reforzar una moralidad religiosa forzada.

La palabra *woke* debería ser reivindicada por quienes estamos comprometidos a enfrentar la maquinaria posfascista que se ha instalado y que no piensa irse. Ser *woke* es asumir una militancia activa que visibiliza las profundas desigualdades estructurales; es una invitación a reconocer cómo ciertos momentos históricos han moldeado y configurado injustamente nuestras sociedades, así como a desafiar esas injusticias. Pero esta palabra está siendo tergiversada por la nueva derecha, que la usa como una herramienta de descalificación para trivializar luchas por la igualdad, la justicia y los derechos humanos.

Los afines a esta nueva derecha intentan justificar su comportamiento violento atribuyéndolo a la influencia del movimiento *woke*. Y también se justifican así muchos de los que se llaman «liberales», quienes culpan a «todo eso *woke*» y sus «exageraciones» de que ahora hayan aparecido los Trump, los Milei, etcétera. Decir que quienes luchan por derechos y justicia son responsables de las reacciones violentas y regresivas de los opresores es una distorsión peligrosa. Lo *woke* no es responsable del odio que destila la nueva derecha, los responsables son quienes se niegan a abandonar privilegios y estructuras de poder en las que se encuentran muy cómodos y de las cuales se benefician. ¿Desde

cuándo exigir respeto por las diferencias o combatir la discriminación es un exceso?

34

Placer y prejuicio

El cambio en la forma en que las personas reflexionan sobre el acto del pensamiento es algo que las nuevas derechas atribuyen, de manera peyorativa, a figuras como Michel Foucault, Jean-François Lyotard y Jacques Derrida. Sin embargo, la filosofía posmoderna no es «comunismo», como lo quieren hacer ver autores como Stephen Hicks (sí, otra vez los fantasmas de esa nueva derecha), ni mucho menos un «marxismo encubierto», como intentan argumentar los modelos reaccionarios. Se trata, en esencia, de una forma de escepticismo aplicado al lenguaje y a los sobreentendidos del lenguaje. Es, por encima de todo, una mirada crítica a distintos mecanismos de control contenidos en el lenguaje.

El posmodernismo pone de relieve la idea de que se construye significado al observar las cosas. Es un espacio abierto al cuestionamiento que nos enfrenta con la realidad de nuestra falibilidad, que nos recuerda que no somos perfectos, que nos dice sin ambages que nos equivocamos y que el conocimiento se adquiere con el tiempo, en lugar de que una verdad absoluta sea revelada en un éxtasis celestial por medio de un dogma religioso o una moral suprema.

Foucault se propuso analizar las formas de ejercicio del poder, destacando que el poder moderno es un «biopoder», el cual se articula en dos formas: la disciplina y la biopolítica. Este poder se

ejerce sobre los cuerpos, y, dentro de este marco, surgen disciplinas que buscan normalizar los cuerpos individuales. En la década de 1950, Foucault exploró la locura; en los años sesenta, el lenguaje; en los años setenta, el poder de la norma; y en los años ochenta, la historia del sujeto, un sujeto que no es el punto de partida, sino el resultado de un proceso histórico. Según el filósofo francés, lo característico de las sociedades modernas no es que hayan condenado al sexo a permanecer en la sombra, sino que siempre se dedicaron a hablar de él como un secreto. Lo que marcó a la cultura occidental es un hiperdesarrollo del discurso sobre la sexualidad: queremos saber la verdad de nuestro sexo en vez de alcanzar el placer. Las personas hablan de deseo, pero rara vez de placer. Según Foucault, es necesario «desgenitalizar» el placer, concibiendo el cuerpo entero como un lugar de placeres, sin jerarquizar ciertos órganos o partes, como explica Luis Diego Fernández en *La creación del placer: cuerpo, vida y sexualidad en Michel Foucault* (2022) y otras obras.

El poder funciona mediante mecanismos multiplicadores de discursos; está presente en todas partes y proviene de todas partes. En la construcción de Occidente, el ser humano es un «animal que confiesa», y la confesión es la matriz general que rige la producción del discurso verdadero sobre el sexo. De tal modo, el «pastorado» cristiano representa la presencia autoritaria del «otro» en la relación con uno mismo, y el gobernar pastoralmente a la gente se constituye como una práctica que busca regular conductas mediante la producción de «discursos verdaderos». Este poder pastoral, según Foucault, es una modalidad de gobierno que se define con la llegada del cristianismo. Como indica Luis Diego Fernández en *La creación del placer* (2022), el cristianismo neutraliza el acto del placer, deshedoniza la actividad sexual y, al mismo tiempo, la

«conyugaliza»: el sexo se concibe entonces como una continuación de la acción creadora de Dios, y el matrimonio heterosexual monógamo se establece como la práctica lícita.

La Iglesia, en este sentido, ejerce una técnica de poder que Foucault describe como el «poder morfológico del cura» durante la formación del individuo. La moral sexual cristiana, nos dice el filósofo, se caracteriza por tres grandes rasgos o principios: primero, el cristianismo impone la regla de la monogamia; segundo, asigna a la sexualidad el rol exclusivo de reproducción; y tercero, hace una descalificación general del placer sexual, considerándolo «un mal que hay que evitar». El cristianismo crea así un conjunto de mecanismos de poder que inculcan imperativos morales. Así, la religión presenta lo que llama «moralidad» como un conjunto de reglas de conducta que poco o nada tienen que ver con la felicidad humana. Las personas se humillan a sí mismas, se proclaman miserables y pecadoras, impulsadas por el miedo, y esta práctica se configura como un fenómeno social.

También quisiera poner el foco en el panóptico, un concepto basado en un diseño arquitectónico propuesto por el filósofo Jeremy Bentham en el siglo XVIII para las prisiones. Este diseño consistía en una torre central desde la cual un vigilante podía observar a los prisioneros, quienes se encontraban en celdas dispuestas en un círculo alrededor de la torre. Los prisioneros, al no poder ver al vigilante, vivían con la sensación constante de estar siendo observados, incluso si no estaban siendo vigilados. Foucault adoptó este concepto como una metáfora para analizar y describir las dinámicas del poder moderno y los mecanismos de vigilancia en su obra *Vigilar y castigar* (2012), publicada originalmente en 1975.

Según Foucault, el panóptico ilustra cómo las sociedades modernas controlan a los individuos. Este modelo de poder no

depende de una vigilancia constante; basta con que las personas crean que están siendo observadas para que ajusten su comportamiento a las normas establecidas. Así, el control social se internaliza, y las personas terminan regulando su propia conducta, lo que convierte este método en una forma de dominación social altamente eficaz, para los dominadores.

Es importante tener en cuenta que, desde la filosofía posmoderna, se señala que hay normas que perpetúan el sistema actual, las cuales excluyen y ponen en desventaja a las mujeres, así como a las minorías sexuales y étnicas. Los pensadores del posmodernismo sostienen que las estructuras en las sociedades occidentales están impregnadas de normas que favorecen a los hombres blancos heterosexuales. El concepto «poder/conocimiento», como lo formuló Foucault, subraya que el conocimiento y el lenguaje son herramientas e instrumentos de poder con los que se imponen a la sociedad los discursos dominantes.

En el artículo «Laclau, el teórico del populismo» (2024), firmado por La Trivial, el concepto que se ofrece de *discurso* (o, mejor dicho, de *discursos*) resulta muy esclarecedor; en este artículo se indica que los discursos son esas explicaciones que compiten por volverse aceptadas, incuestionables y evidentes: «Así, fue un discurso exitoso —y [lo] es en algunos lugares todavía— el que daba cuenta de la mujer como un ser exclusivamente doméstico, el de las personas negras como seres intelectualmente inferiores al hombre blanco, etcétera».

Vivimos en un mundo increíblemente diverso, y nuestra mente no siempre está dispuesta a asumir que cada persona tiene su propia singularidad. Sin embargo, es fundamental que hagamos el esfuerzo consciente de romper con esta tendencia: necesitamos alejarnos de

las generalizaciones y evitar los prejuicios. Por eso, entrenarnos para reconocer y superar nuestros sesgos es cada vez más esencial. Comprender cómo funciona nuestra mente, tanto en nosotros mismos como en los demás, nos ayuda a tomar decisiones de manera reflexiva y justa, en lugar de simplemente reaccionar impulsivamente.

Transitamos una era decisiva y de transformaciones profundas. El proceso de desarmarnos y deconstruirnos todo el tiempo nos da la oportunidad de examinar nuestras creencias, convicciones o certezas, así como de reconocer que, por más firmes que sean, ninguna justifica imponerse sobre los otros. En *Yo soy el monstruo que os habla* (2021), Paul B. Preciado, quien dedicó su vida (en sus propias palabras) a estudiar los distintos tipos de jaulas en las que los humanos se encierran a sí mismos, señala que «la masculinidad y la feminidad normativas, la heterosexualidad y la homosexualidad tal como fueron imaginadas en el siglo XIX, han entrado en un proceso que, si no se atreven a llamar de derrumbamiento, tendrán que aceptar llamarlo deconstrucción, por eufemismo o por convicción filosófica».

Preciado habla del concepto de «somateca» como un espacio corporal que surge en el contexto de la modernidad y donde se inscriben diferentes regímenes biopolíticos. Y añade que la «somateca» está mutando, pues está definida por cómo el poder y las representaciones influyen en nuestros cuerpos y nuestra identidad, ya que es una construcción que parece viva y define tanto cómo nos vemos, como cómo somos percibidos en sociedad. Preciado habla también de que «el monstruo es aquel que vive en transición», aquel cuyo «rostro, cuerpo, prácticas y lenguajes no pueden todavía ser considerados como verdaderos en un régimen de saber y poder determinado». De este modo, por un lado, «el

migrante ha perdido el Estado nación. El refugiado ha perdido su hogar. La persona trans pierde el cuerpo. Todos ellos cruzan la frontera. La frontera los constituye. Los corta y los destituye. Los atraviesa y los revienta. Viven en el cruce». Así, sugiere Preciado, es como «la libertad se fabrica» y «nadie te la da».

Hoy más que nunca, nos encontramos en un momento decisivo en la historia para cuestionar comportamientos o situaciones que dábamos por sentados, para darnos cuenta de que muchas «normas» que seguimos no son tan naturales como pensábamos, sino construcciones que sirven a aquellos que prefieren mantener las cosas como están. Frente a las nuevas derechas, que a menudo se aferran a respuestas rígidas y simplistas, nuestra mejor herramienta es abrirnos a preguntas que nos ayuden a avanzar hacia una sociedad más abierta, democrática y justa.

Informar con base en evidencia científica, reconocer las teorías conspirativas para evitar caer en ellas y, además, deconstruir nuestros prejuicios requiere un esfuerzo consciente para reconocer nuestras prácticas cotidianas. Este proceso implica no caer en sectarismos y aprender a observar las cosas con una perspectiva diferente, cuestionando patrones que a menudo repetimos de forma automática y analizándolos a la luz de conocimientos y descubrimientos.

Lamentablemente, vivimos en sociedades donde muchos prefieren entregar la democracia a cambio de un favor personal o de que se eliminen algunos impuestos. Esperemos que no sea demasiado tarde, y ojalá que el apego tan tortuoso y escalofriante a la idea de un «pasado glorioso» no destruya nuestro futuro y el de las próximas generaciones. No podemos cruzarnos de brazos y dejar que esto suceda. Es el momento de arremangarse y avanzar.

Conclusión

El recorrido por los discursos, mitos y obsesiones de la nueva derecha nos ha permitido deconstruir un movimiento que, aunque con distintas ramificaciones, comparte una narrativa común: la promesa de un regreso a una época idealizada y la constante apelación al miedo hacia el «otro» como herramientas de control y movilización. Nos urge hacer una reflexión profunda sobre el pasado para identificar los modelos y estructuras de poder y control heredados de épocas anteriores, los cuales hoy nos limitan y pretenden destruir el progreso alcanzado en materia de derechos.

Este análisis intenta alertar sobre el peligro que estos movimientos representan para la democracia y el tejido social. En muchos casos, el éxito de los movimientos de la nueva derecha radica en su habilidad para explotar las ansiedades de una sociedad que enfrenta retos económicos, sociales, políticos y tecnológicos sin precedentes. Los líderes de la nueva derecha se presentan como «salvadores», pero sus soluciones son simplistas, reactivas y cargadas de nostalgia por una idea de *pasado* que ignora los avances y conquistas democráticas logrados con tanto esfuerzo. Ninguna esperanza de «éxito económico» justifica la destrucción de los principios democráticos y de los derechos humanos.

Este movimiento neorreaccionario no es un fenómeno aislado ni exclusivo de una región del mundo. Su capacidad para adaptarse a distintos contextos culturales y políticos lo convierte en un problema global que requiere respuestas igualmente globales. No sabemos

cómo acabará este peligroso experimento en el que se acaba de meter nuestra humanidad, pero lo que sí sabemos (y nos preocupa) es que estas nuevas derechas parece que estarán aquí por largo tiempo.

Estamos atravesando un momento de la historia en el que las futuras generaciones quizá se preguntarán dolorosamente por qué nadie actuó antes para detenerlo. Asegurémonos ahora de que esa pregunta nunca tenga que hacerse. El destino de nuestras democracias dependerá de nuestra capacidad para organizarnos, levantar la voz y hacer frente al autoritarismo populista y religioso que aparece disfrazado de salvación.

Bibliografía

Albert-Blanco, Víctor, «La religión de la extrema derecha española», *Nueva Sociedad*, julio-agosto de 2024.

Alonso, Lucía; y Vázquez, Víctor, *Sobre la libertad de expresión y el discurso de odio,* Athenaica Ediciones, Sevilla, 2017.

Álvarez, Yesenia, «Romeo y Julieta: el grito racista de ¡inclusión forzada!», *Perú21*, 6 de abril de 2024.

Álvarez, Yesenia; y Ato, Diego (eds.); y vv. aa., *La familia en disputa: ensayos sobre el género, la libertad, el matrimonio y las familias homoparentales*, Divergente (Instituto Pro Libertad Perú), Perú, 2024.

Applebaum, Anne, «Europe's Elon Musk problem», *The Atlantic*, 27 de enero de 2025.

Badinter, Elisabeth, *XY, la identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

Badiou, Alan, *et al.*, *Neofascismo: ¿cómo surgió la extrema derecha global (y cuáles pueden ser sus consecuencias)?*, Ravinovich, Luciana (comp.); Stefanoni, Pablo (prol.); Capital Intelectual, Argentina, 2022.

Barker, Dan, «La importancia de la separación de gobierno y religión», *Revista Eupraxofia* (Instituto Humanista Racionalista del Perú), 2022.

Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo* [1949], Cátedra, Madrid, 2017.

Benedict, Ruth, *Race and racism*, Routledge & Kegan Paul PLC, Reino Unido, 1983.
Benegas, José; Marty, Antonella; Zanatta, Loris, *et al., Nacionalismo: el culto común del colectivismo* (Benegas, J.; y Marty, A., comp.), Centro Nacional del Libro de Venezuela, Venezuela, 2021.
Bernal-Triviño, Ana, *No manipuléis el feminismo: una defensa contra los bulos machistas*, Espasa, Barcelona, 2019.
Bittencourt, Paulo, *Liberto de la religión: el inestimable placer de ser un librepensador*, CreateSpace Independent Publishing Platform, Estados Unidos, 2018.
Blake, John, «Un "cristianismo impostor" amenaza la democracia estadounidense», *CNN* (en español), 24 de julio de 2022.
Butler, Judith, *Deshacer el género*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2006.
—, *¿Quién le teme al género?*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2024.
Cahn, Leandro, *et al.*, *Educación sexual integral: guía básica para trabajar en la escuela y en la familia*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2020.
Carney, Dana R., *et al.*, «The secret lives of liberals and conservatives: personality profiles, interaction styles, and the things they leave behind», *Political Psychology*, 29, 6 (diciembre de 2008), pp. 807-840.
Clarkson, Frederick, «The Christian right's playbook to elect Donald Trump in November», *Barn Raiser*, 15 de septiembre de 2024.
Confravreux, Joseph; y Salvi, Ellen, «Extremas derechas: 50 tonos de pardo y un deseo de transgresión», Nueva Sociedad, julio-agosto de 2024.
Corral, Israel, *La nueva cruzada: el fenómeno mundial de hombres rezando el rosario,* edición de autor, 2024.
Corriveau, Kathleen; Chen, Eva E.; y Harris, Paul L., «Judgments about fact and fiction by children from religious and nonreligious

backgrounds», *Cognitive Science: A Multidisciplinary Journal*, 39, 2 (junio de 2014).
Dawkins, Richard, *El espejismo de Dios*, Espasa, Barcelona, 2017.
De Benedetti, Francesca, «Las dos caras del gobierno de Giorgia Meloni», *Nueva Sociedad*, julio-agosto de 2024.
Delle Donne, Franco, «¿Peor que el fascismo?», *Anfibia*, 13 de octubre de 2022.
—, «El populismo de derechas y la seguridad en Europa: ¿cuál es el verdadero peligro?», *Diálogo Político*, 1/2020 (2020), pp. 120-127.
Douglass, Frederick, *What to the slave is the fourth of July?*, The Old Mill Press, Estados Unidos, 2021.
Equipo de mujeres de Amnistía Internacional, «Derechos sexuales y reproductivos», Amnesty.org, 2024, <https://www.amnesty.org/es/what-we-do/sexual-and-reproductive-rights/>.
Everytown Foundation, «Armed and Dangerous. How the Gun Lobby Enshrines Guns as Tools of the Extreme Right», 2020, <https://everytownresearch.org/report/extreme-right/>.
Ferber, Abby L., *White man falling: race, gender, and white supremacy*, Rowman & Littlefield Publishers, Estados Unidos, 1999.
Fernández, Luis Diego, *La creación del placer: cuerpo, vida y sexualidad en Michel Foucault*, Galerna, Argentina, 2022.
—, «Genealogía del libertarianismo», Faro [web], 2024, <https://www.faro.plus/contenido/genealogia-del-libertarianismo> [consulta: 16 de febrero de 2025].
Fernández Ulloa, Teresa, «La fe mueve votos: uso de la subalternidad de Jesús en los discursos de Hugo Chávez», *Discurso y Sociedad*, 18, 3 (octubre de 2024), pp. 462-481.

Fernández-Vázquez, Guillermo, «Una desdemonización que (por ahora) no alcanza: Marine Le Pen y la extrema derecha francesa», *Nueva Sociedad*, julio-agosto de 2024.
Finchelstein, Federico, *Del fascismo al populismo en la historia*, Taurus, Barcelona, 2019.
Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2018.
—, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012.
Fraccaroli, Nicolo; Cantarella, Michele; y Volpe, Roberto, «Does fake news affect voting behaviour?», DEMB Working Paper Series, 146 (2019).
Friedan, Betty, *La mística de la feminidad*, Cátedra, Madrid, 2009.
Fukuyama, [Frankly] Francis, «Elon Musk and the decline of Western civilization», *Persuasion*, 14 de enero de 2025.
Gabarrot, Mariana, *El ABC del género: nociones mínimas para discutir el tema*, Lumen, Barcelona, 2022.
Gage, Matilda Joslyn, *Woman, church, and state* [1893], Humanity Books, Estados Unidos, 2002.
Galliano, Alejandro; y Borovinsky, Tomás, «¿Quién dijo comunismo?», *Supernova* [web], 2024, <https://revistasupernova.com/nota/quien-dijo-comunismo> [consulta: 16 de febrero de 2025].
Ganz, John, *When the clock broke: con men, conspiracists, and how America cracked up in the early 1990s*, Farrar, Straus and Giroux, Estados Unidos, 2024.
Gibson, Lindsay C., *Hijos adultos de padres emocionalmente inmaduros*, Sirio, Málaga, 2016.
Goldstein, Ariel, *La cuarta ola: líderes, fanáticos y oportunistas en la nueva era de la extrema derecha*, Editorial Marea, Argentina,

2024ª.
—, *Poder evangélico: cómo los grupos religiosos están copando la política en América Latina y Estados Unidos*, Editorial Icono, Colombia, 2021.
—, «Ariel Goldstein: "No existe cordón sanitario a la extrema derecha en América Latina"» [entrevista por Federico Rivas Molina], *El País*, 25 de agosto de 2024b.
González, Juan Luis, *El loco: la vida desconocida de Javier Milei y su irrupción en la política argentina*, Planeta, Argentina, 2023. (Edición en España: *El loco: Javier Milei, el hombre que obedece a su perro*, Península, 2024.)
Greenberg, Gary, *101 mitos de la Biblia: cómo crearon los antiguos escribas los relatos bíblicos*, Océano, Barcelona, 2002.
Grimson, Alejandro, *Desquiciados: los vertiginosos cambios que impulsa la extrema derecha*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2024.
Grüner, Eduardo, «Las sociedades, a veces, se suicidan», *La Tecl@ Eñe*, 16 de octubre de 2023.
Guasch, Óscar, «Masculinidades y homofobias: resistencia y liberación», *Las Disidentes* [blog], 10 de enero de 2014.
Haas, Hein de, *Los mitos de la inmigración: 22 falsos mantras sobre el tema que más nos divide*, Península, Barcelona, 2024.
Harris, Sam, *Carta a una nación cristiana*, Paradigma, Madrid, 2007.
Hartman, Andrew, *A war for the soul of America: a history of the culture wars*, The University of Chicago Press, Reino Unido y Estados Unidos, 2019.
Hassan, Steven, *The cult of Trump: a leading cult expert explains how the president uses mind control*, Free Press, Estados Unidos, 2019.
—, *Cómo combatir las técnicas de control mental de las sectas*, Urano, Barcelona, 1995.

Herrnstein, Richard; y Murray, Charles, *The bell curve: intelligence and class structure in American life*, Simon & Schuster, Estados Unidos, 1996.

Hirsh, Michael, «How Russian money helped save Trump's business», *Foreing Policy*, 21 de diciembre de 2018.

Hoppe, Hans-Hermann, *Monarquía, democracia y orden natural*, Unión Editorial, Madrid, 2001.

Hulse, Elliott, *Make men strong again: the 12 pillars of traditional masculinity*, Ashman Free Press, Estados Unidos, 2023.

Ipar, Ezequiel, «La democracia cruel», *Anfibia*, 21 de agosto de 2024.

Ipar, Ezequiel; Cuesta, Micaela; y Weglein, Lucía, *Discursos de odio: una alarma para la vida democrática*, UNSAM Edita, Argentina, 2024.

Jenkins, John Philip, «White supremacy», entrada de *Encyclopaedia Britannica* (última actualización, 31 de enero de 2025), <https://www.britannica.com/topic/white-supremacy> [consulta: 16 de febrero de 2025].

Joseph, Samuel Warren; y Proctor, Phil, *What to say to your crazy right-wing uncle: talking points for liberals*, Sam/Phil Books, Estados Unidos, 2019.

Kahneman, Daniel, *Pensar rápido, pensar despacio*, Debate, Barcelona, 2012.

Kennedy, James R.; y Kennedy, Walter D., *The South was right!*, Pelican Publishing, Estados Unidos, 1994.

Kimmel, Michael, *Angry white men: American masculinity at the end of an era*, Nation Books, Estados Unidos, 2015.

La Trivial, «Laclau, el teórico del populismo», *Filosofía&Co*, 16 de mayo de 2024.

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2005.
Lee, Bandy X. (ed.), *The dangerous case of Donald Trump: 27 psychiatrists and mental health experts assess a president*, Thomas Dunne Books-St. Martin's Press, Estados Unidos, 2017.
Levitsky, Steven; y Ziblatt, Daniel, *Cómo mueren las democracias*, Ariel, Barcelona, 2018.
Lewin, Miriam; y Lutzky, Horacio, «¿Este es tu ídolo?», *Anfibia*, 2024.
Martín Jiménez, Cristina, *Agenda 2030: libertad o tiranía*, Ediciones Martínez Roca, 2024.
Martín-García, Teresa, «"¿Existe el amor maternal?", de Elisabeth Badinter» [crítica del libro], en *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 18, 2019.
Martínez, Ramón, *La cultura de la homofobia y cómo acabar con ella*, Egales, Barcelona y Madrid, 2016.
Marty, Antonella, *Ideologías: las ideas políticas que mueven el mundo*, Deusto, Barcelona, 2024.
McCullough, Matthew, *The cross of war: Christian nationalism and U. S. expansion in the Spanish-American wars*, University of Wisconsin Press, Estados Unidos, 2014.
Merlin, Nora, *La reinvención democrática: un giro afectivo*, Letra Viva, Argentina, 2020.
Meseguer, Juan, «El gran despertar: qué es y por qué importa la revuelta *woke*», *Nueva Revista*, 21 de julio de 2022.
Milei, Javier, *Pandenomics*, Galerna, Argentina, 2020.
—, [@JMilei], «Desarmando el Gramsci kultural», X, 16 de febrero de 2024, <https://x.com/JMilei/status/1758492144224895437?lang=es&mx=2>.
Millett, Kate, *Política sexual*, Cátedra, Madrid, 2010.

Moffitt, Benjamin, *Populismo: guía para entender la palabra clave de la política contemporánea*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2022.
Montaner, Gina, «El nuevo mesías», El Instituto Independiente [web], 15 de noviembre de 2024.
Mudde, Cas, *The far right today*, Polity Press, Estados Unidos, 2019.
—, *Populist radical right parties in Europe*, Cambridge University Press, Reino Unido y Estados Unidos, 2007.
Mudde, Cas; y Rovira Kaltwasser, Cristóbal, *Populism: a very short introduction*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2017.
Müller, Jan-Werner, *What is populism?,* University of Pennsylvania Press, Estados Unidos, 2019.
Muñoz, Creusa (coord.); y vv. aa., *El atlas de la revolución de las mujeres: las luchas históricas y los desafíos actuales del feminismo*, Capital Intelectual, Argentina, 2018.
Naciones Unidas, «El costo ambiental de estar a la moda», Objetivos de Desarrollo Sostenible, 12 de abril de 2019.
Nixey, Catherine, *La edad de la penumbra: cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico*, Taurus, Barcelona, 2018.
Nunes, Rodrigo, *Bolsonarismo y extrema derecha global: una gramática de la desintegración*, Tinta Limón, Argentina, 2024ª.
—, «Las declinaciones del "emprendedorismo" y las nuevas derechas», *Nueva Sociedad,* 312 (julio-agosto de 2024b).
Orwell, George, *1984* [1949], Destino, Barcelona, 2009.
Packer, George, «The mafia style in American politics», *The Atlantic*, 3 de octubre de 2019.
Pally, Marcia, *White evangelicals and right-wing populism: how did we get here*, Routledge, Estados Unidos, 2022.
Parks, Rosa, *My story*, Dial Books, Estados Unidos, 1992.
Pasquinelli, Lala, *La estafa de la feminidad: cómo la belleza nos educa para ser sumisas*, Planeta, Barcelona, 2024.

Pierce, Simon, *Project 2025: a mandate for authoritarian leadership*, edición de autor, Estados Unidos, 2024.
Pineda, Esther, *El racismo y la brutalidad policial en los Estados Unidos*, Prometeo Editorial, Argentina, 2022.
Prada, Nancy, «¿Qué decimos las feministas sobre la pornografía? Los orígenes de un debate», *La Manzana de la Discordia*, 5, 1 (enero-junio de 2010).
Pratkanis, Anthony R.; y Aronson, Elliot, *La era de la propaganda: uso y abuso de la persuasión,* Paidós Ibérica, 1994.
Preciado, Beatriz, «Las mujeres en los márgenes», Eco Leganés [web], 2007.
Preciado, Paul B., *Yo soy el monstruo que os habla*, Anagrama, Barcelona, 2021.
—, *Un apartamento en Urano: crónicas del cruce*, Anagrama, Barcelona, 2019.
Prooijen, Jan-Willem, *The psychology of conspiracy theories*, Routledge, Estados Unidos, 2018.
Ranea Triviño, Beatriz, *Desarmar la masculinidad: los hombres ante la era del feminismo*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2021.
Reguera Mateo, Marcos, «La ideología de la *Alt Right*: orígenes, pensadores e ideas de la nueva extrema derecha estadounidense» [ponencia], en XIII Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, Santiago de Compostela, 2017, <https://aecpa.es/files/view/pdf/congress-papers/13-0/1462/> [consulta: 17 de febrero de 2025].
Requena Aguilar, Ana, *Feminismo vibrante: si no hay placer, no es nuestra revolución*, Roca Editorial, Barcelona, 2020.
Robertson, Pat, *The new world order*, Word Publishing, Estados Unidos, 1991.

Robin, Corey, *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump,* Capitán Swing, Madrid, 2019.

Rosanvallon, Pierre, *El siglo del populismo*, Manantial, Argentina, 2020.

Rose, Steve, «A deadly ideology: how the "great replacement theory" went mainstream», *The Guardian*, 8 de junio de 2022.

Rosemberg, Francis (comp.); y vv. aa., *El goce de la crueldad: Argentina en tiempos de Milei*, Ediciones Continente, Argentina, 2024.

Rothbard, Murray N., *La ética de la libertad* [1982], Unión Editorial, 2009.

—, «Populismo de derecha: una estrategia para el movimiento paleo» [1992], en Ocampo, Simón (comp.), *Entendiendo el paleo-libertarismo,* Editorial STO, Argentina, 2023.

Rovira Kaltwasser, Cristóbal, «La ultraderecha en América Latina: particularidades locales y conexiones globales», *Nueva Sociedad*, 312 (julio-agosto de 2024).

Rutherford, Adam, *Cómo rebatir a un racista: historia, ciencia, raza y realidad*, Paidós, Barcelona, 2021.

Sabic-El-Rayess, Amra, «How do people radicalize?», *International Journal of Educational Development*, 87 (noviembre de 2022).

Saidel, Matías, «Hacia una genealogía del populismo de derechas actual», *El banquete de los dioses - Revista de Filosofía y Teoría Política Contemporáneas*, 9 (2021).

Save the Children, «(Des)información sexual: pornografía y adolescencia» [informe], Save the Children (web), 22 de septiembre de 2020.

Schuliaquer, Iván, «Zuckermusk: la privatización del discurso público», *Anfibia*, 9 de enero de 2025.

Schuster, Mariano, «Entre la extrema derecha y el conservadurismo radicalizado» [con una entrevista a Natascha Strobl por M. Schuster], *Nueva Sociedad*, septiembre de 2023.

Scott, David W., «Christianity tends towards nationalism; mission keeps it honest», United Methodist Insight (web), 24 de septiembre de 2020.

Sebreli, Juan José, *Dios en el laberinto*, Editorial Sudamericana, Argentina, 2016.

Seijas, Nerea, «¿Quién fue William McKinley y por qué Trump lo admira tanto?», *El orden mundial* (web), 24 de enero, 2025.

Semán, Pablo (coord.); y vv. aa., *Está entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2023.

Solnit, Rebecca, *Los hombres me explican cosas*, Ediciones Antílope (col. Desdoble), México, 2017.

Solzhenitsyn, Alexandr, *Archipiélago Gulag*, Tusquets, Barcelona, 1998.

Stanley, Jason, *Cómo funciona el fascismo: diez conceptos clave para entender el auge y los peligros de los nuevos tiranos del mundo*, Blackie Books, Barcelona, 2020.

Stefanoni, Pablo, *¿La rebeldía se volvió de derechas?*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2021.

Stefanoni, Pablo; y Sanahuja, José Antonio (eds.); y vv. aa., *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, Fundación Carolina, Madrid, 2023.

Stenner, Karen, *The authoritarian dynamic*, Cambridge University Press, Estados Unidos, 2005.

Stewart, Katherine, *The power worshippers: inside the dangerous rise of religious nationalism*, Bloomsbury, Estados Unidos, 2020.

Temperley, George, *El camino del hombre alfa: la masculinidad bajo el nuevo orden social*, edición de autor, 2022.

Torre, Carlos de la; y Srisa-nga, Treethep, *Populismos globales*, Prometeo Editorial, Argentina, 2024.

Tortolero, Raúl, *La nueva derecha: el retorno de Dios a la cultura ante el supremacismo progresista*, Ediciones Kabod, México, 2023.

Traverso, Enzo, *Las nuevas caras de la derecha*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2023.

Trump, Donald; y Schwartz, Tony, *Trump: the art of the deal* (1.ª ed., 1987), Random House, Estados Unidos, 2009. (Hay ed. en castellano: *Trump: el arte de la negociación*, Grijalbo, Barcelona, 1988.)

Vaid-Menon, Alok, *Beyond the gender binary*, Penguin Workshop, Estados Unidos, 2020.

Varela, Nuria, *Feminismo 4.0: la cuarta ola*, Ediciones B, Barcelona, 2019.

Walker, Barbara G., *Religion and the inner child*, Freedom From Religion Foundation, Inc., Estados Unidos, 2022.

Wallace-Wells, David, *El planeta inhóspito: la vida después del calentamiento*, Penguin Random House, Barcelona, 2023.

Walsh, María Elena, *El feminismo* (selección de textos y prólogo de Sara Facio), Alfaguara, Barcelona, 2024.

Weeks, Jeffrey, *Sex, politics and society: the regulations of sexuality since 1800*, Routledge, Estados Unidos, 2012.

—, *El malestar de la sexualidad: significados, mitos y sexualidades modernas*, Talasa, Madrid, 1993.

Whitehead, Andrew L.; y Perry, Samuel L., *Taking America back for God: Christian nationalism in the United States*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2020.

Zolezzi, Cecilia, «¿Qué está viendo mi hijo? Guía para padres y madres sobre los riesgos de la pornografía en la infancia y la adolescencia», *La Nación*, 30 de noviembre de 2024.
Zuckerman, Phil, *How secular family values stack up*, Freedom From Religion Foundation, Inc., Estados Unidos, 2010.

Notas

Introducción

1. Término inglés que el *Diccionario Collins* define como «sensible ante las injusticias», y el *Diccionario Oxford*, como: «estar consciente de temas sociales y políticos, en especial del racismo». En castellano equivale a «concienciado/a», a tener los ojos abiertos frente a las injusticias. El término empezó a ser usado hacia 2020 por sectores de la derecha y la ultraderecha de Estados Unidos y otros países occidentales para aludir de manera peyorativa a movimientos o ideologías progresistas.

2. El término *zurdo* se usa en algunos países de Sudamérica, como Argentina, Uruguay y Chile, de forma despectiva como equivalente a *izquierdista;* así como la palabra *facho* alude a *derechista*. *(N. del e.)*

Capítulo 2

1. Por ejemplo, en el libro: Hassan, Steven, *Cómo combatir las técnicas de control mental de las sectas*, Urano, Barcelona, 1995.

2. Trump, Donald; y Schwartz, Tony, *Trump: the art of the deal* (1.a ed., 1987), Random House, Estados Unidos, 2009. (Hay ed. en castellano: *Trump: el arte de la negociación*, Grijalbo, Barcelona, 1988.)

3. Stoeckl, Kristina; y Uzlaner, Dmitry, *The moralist international: Russia in the global culture wars*, Fordham University Press, Estados Unidos, 2022.

4. Lissardy, Gerardo, «¿Por qué Donald Trump se lleva mejor con líderes fuertes como Putin que con aliados demócratas como Trudeau?», *BBC News*, 17 de julio de 2018.

Capítulo 4

1. <https://labs.la.utexas.edu/swann/files/2016/03/bosson_etal06_chemistry.pdf>.
2. Redacción, «Javier Milei, un "experto" en sexo tántrico: qué es y cómo se practica», *TN Todo Noticias*, 15 de agosto de 2023, <https://tn.com.ar/salud/bienestar/2023/08/15/javier-milei-un-experto-en-sexo-tantrico-que-es-y-como-se-practica/>.

Capítulo 5

1. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-63465024>.

Capítulo 7

1. <https://noticias.perfil.com/noticias/politica/la-plata-sucia-de-los-milei-la-ruta-del-dinero-karina.phtml>.

Capítulo 9

1. <https://elpais.com/ideas/2025-02-02/una-sublime-perversidad.html>.

Capítulo 11

1. JD / Gi, «"Yo sólo soy un divulgador, ella es el Mesías": las referencias de Milei a su hermana Karina», *Perfil*, 7 de noviembre de 2023.

Capítulo 12

1. <https://www.adl.org/resources/profile/pat-buchanan-his-own-words>.
2. <https://www.adl.org/resources/profile/pat-buchanan-his-own-words>.
3. <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/1088868309352179>.
4. <https://www.sakkyndig.com/psykologi/artvit/corriveau2013.pdf>.

Capítulo 14

1. <https://2015-2019.kormany.hu/en/the-prime-minister/the-prime-minister-s-speeches/prime-minister-viktor-orban-s-opening-speech-at-the-2nd-budapest-world-congress-of-families>.
2. Raspail, Jean, *El desembarco*, Áltera, Barcelona, 2009.

Capítulo 16

1. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/ivallejo/voces-en-la-frontera/>.
2. <https://www.dw.com/es/estudio-la-migraci%C3%B3n-no-aumenta-la-criminalidad-en-alemania/a-71712967>.
3. En diciembre de 2024, el gobierno argentino anunció que las universidades del país podrán cobrar aranceles (cuotas) a los estudiantes extranjeros. *(N. del e.)*

Capítulo 19

1. «Armed and Dangerous. How the Gun Lobby Enshrines Guns as Tools of the Extreme Right», Everytown Research & Policy, Informe 30/09/2020.

Capítulo 20

1. <https://europeelects.eu/2024/11/04/u-s-election-europeans-would-vote-for-harris-if-they-could/>.

Capítulo 27

1. Heger, Heinz, *Die Männer mit dem rosa Winkel*, Merlin Verlag, Alemania, 1972. Este libro *[Los hombres del triángulo rosa]* trata de la persecución de los homosexuales en la Alemania nazi a partir, sobre todo, de entrevistas que el autor realizó al homosexual austriaco Josef Kohout (1915-1994), superviviente de los campos de concentración. *(N. del e.)*

Capítulo 30

1. Atwood, Margaret, *El cuento de la criada*, Bruguera, Barcelona, 2008.

Capítulo 31

1. La última edición de este libro en castellano en España tiene un título algo diferente: Badinter, Elisabeth, *¿Existe el instinto maternal?: historia del amor maternal, siglos XVII al XX*, Paidós, Barcelona, 1984. *(N. del e.)*

Capítulo 33

1. ONU-Mujeres, «Cada diez minutos, una mujer o niña muere a manos de su pareja u otro miembro de la familia», comunicado de prensa, ONU, 25 de noviembre de 2024, <https://www.unwomen.org/es/noticias/comunicado-de-prensa/2024/11/cada-diez-minutos-una-mujer-o-nina-muere-a-manos-de-su-pareja-u-otro-miembro-de-la-familia>.

La nueva derecha
Antonella Marty

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Antonella Marty, 2025

Diseño de la cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-234-3888-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta